

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**  
**FACULTAD DE FILOLOGÍA**



**TESIS DOCTORAL**

**El estudio de la ética en las novelas de Juan Gabriel Vásquez**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADA POR**

**Rui Liu**

**Directora**

**Rocío Oviedo Pérez de Tudela**

**Madrid**

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE FILOLOGÍA**

**Departamento de Filología Española IV**

**(Literatura Hispanoamericana)**



**EL ESTUDIO DE LA ÉTICA  
EN LAS NOVELAS DE JUAN GABRIEL VÁSQUEZ**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**

**PRESENTADO POR**

**Rui Liu**

Bajo la dirección de la doctora:

Rocío Oviedo Pérez de Tudela

Madrid, 2019





U N I V E R S I D A D  
**COMPLUTENSE**  
M A D R I D

**DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LA TESIS  
PRESENTADA PARA OBTENER EL TÍTULO DE DOCTOR**

D./Dña. Rui Liu \_\_\_\_\_,  
estudiante en el Programa de Doctorado Literatura Hispanoamericana \_\_\_\_\_,  
de la Facultad de Filología \_\_\_\_\_ de la Universidad Complutense de  
Madrid, como autor/a de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor y  
titulada:

El estudio de la ética en las novelas de Juan Gabriel Vásquez  
\_\_\_\_\_

y dirigida por: María del Rocío Oviedo Pérez de Tudela  
\_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_

**DECLARO QUE:**

La tesis es una obra original que no infringe los derechos de propiedad intelectual ni los derechos de propiedad industrial u otros, de acuerdo con el ordenamiento jurídico vigente, en particular, la Ley de Propiedad Intelectual (R.D. legislativo 1/1996, de 12 de abril, por el que se aprueba el texto refundido de la Ley de Propiedad Intelectual, modificado por la Ley 2/2019, de 1 de marzo, regularizando, aclarando y armonizando las disposiciones legales vigentes sobre la materia), en particular, las disposiciones referidas al derecho de cita.

Del mismo modo, asumo frente a la Universidad cualquier responsabilidad que pudiera derivarse de la autoría o falta de originalidad del contenido de la tesis presentada de conformidad con el ordenamiento jurídico vigente.

En Madrid, a 6 de mayo de 2019

*Rui Liu*

Fdo.: \_\_\_\_\_

Esta DECLARACIÓN DE AUTORÍA Y ORIGINALIDAD debe ser insertada en  
la primera página de la tesis presentada para la obtención del título de Doctor.

Tesis doctoral

**EL ESTUDIO DE LA ÉTICA  
EN LAS NOVELAS DE JUAN GABRIEL VÁSQUEZ.**

**Rui Liu.**



## **Agradecimientos.**

Son muchas las personas que han contribuido al proceso y conclusión de esta tesis. En primer lugar, quiero agradecer a mi tutora, Rocío Oviedo Pérez de Tudela, por su enseñanza, sobre todo, por su paciencia en el proceso de dirigir la tesis. Ella me animó a escribir libremente, sin ninguna restricción, en los momentos que me enfrenté a la falta de inspiración, y gracias a ello, encontré el eje de análisis utilizado en esta tesis. En segundo lugar, quiero agradecer a la Biblioteca Nacional de China, situada en Beijing, donde pude leer una crítica ética sobre Conrad, ídolo de mi escritor, la cual me inspiró y me permitió realizar este trabajo. También a la Universidad Complutense de Madrid por sus millones de libros, profesores y amable personal. En tercer lugar, quiero agradecer a mi pareja, Víctor Sánchez, por ser siempre mi primer lector, por el gran apoyo y ánimo que me ha dado durante todo el proceso, por ser mi chofer, lo cual me permitió compaginar mi estudio y mi trabajo, por amarme, motivo principal por el cual decidí quedarme en España y terminar aquí esta tesis. Por último, quiero agradecer a mis padres, sin ellos, no existiría esta tesis, y a todos los que la han leído, sin vuestro consejo, la tesis no podría tener esta fisonomía.





# ÍNDICE

## El estudio de la ética en las novelas de Juan Gabriel Vásquez

RESUMEN.....	7
ABSTRACT.....	9
INTRODUCCIÓN.....	11
1.1: Estado de la cuestión. Investigaciones precedentes sobre Vásquez.....	13
1.2: Estudiar la obra de Vásquez desde la ética.....	20
1.2.1: ¿De qué trata la crítica ética?.....	23
1.2.2: El valor, la preocupación y la sensibilidad humana.....	27
 PARTE I: LA VIDA DE JUAN GABRIEL VÁSQUEZ Y LA MADURACIÓN DE SU ÉTICA NARRATIVA.....	 33
1.1: La identidad del escritor inquilino y la búsqueda del tema literario.....	35
1.1.1: La crisis de París.....	37
1.1.2: Una escapada a Bélgica: Conrad y Naipaul.....	42
1.2: La identidad colombiana desde una perspectiva macroscópica.....	46
1.3: La identidad colombiana desde una perspectiva microscópica.....	52
1.3.1: La ética narrativa como asombro.....	55
1.3.2: La ética narrativa como complicidad humana.....	60
 PARTE II: LAS PREOCUPACIONES ÉTICAS Y LOS PROBLEMAS SOCIOPOLÍTICOS EN LAS NOVELAS DE VÁSQUEZ.....	 67
2.1: La preocupación ética frente a la violencia.....	70
2.1.1: La violencia en Colombia y su reflejo en la literatura colombiana.....	72
2.1.2: La memoria: un recurso contra la violencia.....	77
2.2: La preocupación ética frente al horror.....	85
2.3: La preocupación ética y los mass media.....	96
 PARTE III: LA DECISIÓN DE LOS “DONNADIES”.....	 115
3. <<La historia secreta de Costaguana>>:.....	123
3.1: La realidad I: Colombia y sus guerras civiles.....	129
3.1.1: El ser humano en el contexto de la guerra.....	133
3.2: La realidad II: Colombia: un país débil en las relaciones exteriores.....	142
3.3: La realidad posible: el forcejeo moral de los personajes en un país inmoral.....	152
3.3.1: Miguel Altamirano: la obsesión por el progreso.....	152
3.3.2: José Altamirano: un hombre cínico.....	162

<b>4. &lt;&lt;Los informantes&gt;&gt;</b>	183
4.1: El entorno ético de los personajes	183
4.2: El análisis moral del “yo” narrativo	191
4.2.1: Literatura y orden	193
4.2.2: Literatura como deliberación	200
4.2.3: Literatura como comunicación	205
4.3: El análisis moral de Gabriel Santoro padre	214
4.3.1: Tres traiciones de doble injusticia	215
4.3.2: Cuatro mentiras	223
4.3.3: El esfuerzo para la reconstrucción de sí mismo y su fracaso	230
4.4: El análisis moral de Sara Guterman	237
4.4.1: La simpatía y la compasión de Sara Guterman	238
4.4.2: La conciencia de edad de Sara Guterman y su proceso de maduración	252
<b>5. &lt;&lt;El ruido de las cosas al caer&gt;&gt;</b>	269
5.1: El entorno social y ético desde la segunda mitad del siglo XX	274
5.1.1: El origen y el desarrollo del narcotráfico	274
5.2.2: El apogeo del narcotráfico y su conflicto con el Estado	279
5.2.3: La decadencia del cartel de Medellín y el olvido	285
5.2: El análisis moral de Ricardo Laverde	290
5.2.1: La cara vil del deseo: la pasión	291
5.2.2: El juicio de las acciones	296
5.2.3: La fallida reconstrucción moral	298
5.3: El análisis moral de Elaine Fritts	300
5.3.1: La degeneración moral	302
5.3.2: El conflicto moral de Elaine	305
5.3.3: La zona gris y la benevolencia hacia el otro	308
5.4: El análisis moral de Antonio Yammara	312
5.4.1: Antonio, una persona dominada por la mala fe	314
5.4.2: Mediocridad	322
5.5: ¿Cómo debemos enfrentarnos a una realidad imperfecta?	327
<b>6. Las reputaciones: una novela moral y psicológica</b>	333
6.1: La memoria y la creatividad: ¿se debe confiar en la memoria?	336
6.2: La reputación y el orgullo: ¿cómo se debe opinar en el sentido moral?	341
6.3: La opinión pública	348
6.3.1: Sugestión, credulidad y la moralidad de las masas	349
6.3.2: La esencia de la opinión pública	351
6.3.3: El tiempo y la opinión pública	354
<b>CONCLUSIÓN</b>	359
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	369

## RESUMEN.

La presente tesis doctoral aborda el análisis de los valores éticos que se establecen en las cuatro novelas de Juan Gabriel Vásquez: *Los informantes* (2004), *Historia secreta de Costaguana* (2007), *El ruido de las cosas al caer* (2011) y *Las reputaciones* (2013). El trabajo se distribuye en tres partes. La primera parte, mediante una breve presentación sobre la vida de Vásquez, presenta el cambio y la maduración en la ética narrativa del autor. La segunda parte realiza una exploración sobre sus intereses en el sentido moral que rebela su narrativa, y donde se reflejan ciertos problemas sociales, históricos y políticos existentes en Colombia. Podríamos percibir la actitud precavida del autor hacia la violencia, el terrorismo global y la cultura de los mass media de nuestro siglo y la consecuencia negativa que trae esta cultura misma, así como el pensamiento del vacío y del olvido.

En la tercera parte, partiendo de la crítica ética que propone Wayne C. Booth y Zhenzhao Nie y la teoría de la zona gris, penetramos en el análisis detallado sobre los comportamientos y las decisiones que adoptan los personajes en cada novela, bajo su correspondiente escena histórica, y notamos que, en el proceso de rastrear el origen y el desarrollo de la enfermedad nacional – la violencia incesante –, el autor nos brinda cómo la violencia se fomentó bajo los hilos del comportamiento humano, influido por la inmoralidad, tales como el deseo, la mentira, la corrupción, la debilidad, la ceguera y el egoísmo, etc.

Llegamos a la conclusión de que Vásquez considera que una persona moral debe esforzarse constantemente en los siguientes aspectos: en el sentido social, en el sentido familiar y por último en el sentido individual. En primer

lugar, desde el punto de vista social, Vázquez revela la importancia del amor para rebelarse contra una realidad imperfecta. Desde el punto de vista familiar, Vázquez admite que mantener la felicidad familiar no es un asunto fácil y requiere un esfuerzo continuo. El autor piensa que una persona moral debe ser fraternal y para mantener este amor fraternal la gente debe comprender la importancia de la comunicación y luchar contra el egoísmo e individualismo que nos acosa constantemente. Por último, desde el punto de vista individual, el autor considera que para llegar a ser una persona moral, hay tres elementos indispensables: no mentir, saber reflexionar y saber arrepentirse. Primero, Vázquez afirma que una persona moral debe ser una persona honesta tanto consigo misma como con los demás. En segundo lugar, Vázquez concluye que una persona moral debe ser una persona que sabe reflexionar. El autor critica las acciones que se ejecutan sin reflexión ni prudencia, así descubrimos que, bajo su pluma, la mayoría de los personajes son víctimas de actos promovidos por cierta ideología social o política, sin consideración a su adecuación ética y sostiene que el hecho de no pensar es el suelo natural en el que se cultivan las ideologías extremas, la ceguera, el orgullo y otros factores inmorales, mientras que reflexionar es la manera correcta para conseguir la redención moral. Por último, Vázquez, en su análisis de la condición humana, considera que somos imperfectos por naturaleza, por lo tanto, sus novelas muestran su comprensión hacia el ser humano, una compasión sincera hacia los defectos naturales de los jóvenes debido a su corta edad y experiencia en el mundo y ponen el acento en la consciencia del arrepentimiento sobre la reconstrucción moral de una persona.

**Palabras clave:** Juan Gabriel Vázquez, ética, moral, condición humana.

## **ABSTRACT.**

This doctoral thesis deals with the analysis of the ethical values established in four novels written by Juan Gabriel Vásquez: *Los informantes* (2004), *Historia secreta de Costaguana* (2007), *El ruido de las cosas al caer* (2011) and *Las reputaciones* (2013). It is divided into three parts. The first part gives a brief presentation on the life of Vásquez and portrays the change and the maturity in the author's narrative ethics. The second part explores his interest in the moral sense that is showed in his narrative, where certain social, historical and political problems in Colombia are reflected. We could perceive a cautious attitude of the author toward violence, global terrorism and the culture of the mass media of our century and the negative consequence that this culture itself brings, as well as the thought of emptiness and oblivion.

In the third part, starting from the ethical criticism proposed by Wayne C. Booth and Zhenzhao Nie and the theory of the gray area, we dive into the detailed analysis of the behavior and the decisions that the characters adopt, in each novel under its corresponding historical framework, and we notice that in the process of tracing the origin and development of the national disease - incessant violence -, the author shows us how violence was fostered under the threads of human behavior, influenced by immorality, such as desire, lie, corruption, weakness, blindness, selfishness, etc.

We conclude that Vásquez considers that a moral person must constantly strive in the following aspects: in the social sense, in the family sense and finally in the individual sense. First, from the social point of view, Vásquez reveals the importance of love to rebel against an imperfect reality. From the family point of

view, Vásquez admits that maintaining family happiness is not an easy matter and requires continuous effort. The author thinks that a moral person must be fraternal and to maintain this brotherly love, people must understand the importance of communication and fight against the selfishness and individualism that constantly haunt us. Finally, from the individual point of view, the author considers that to become a moral person, there are three essential elements: being sincere, knowing how to reflect and knowing how to repent. First, Vásquez affirms that a moral person must be an honest person both with himself and with others. In the second place, Vásquez concludes that a moral person must be someone who knows how to be self-critical. The author criticizes the actions that are carried out without reflection or prudence, thus we discover that, under his pen, most of the characters are victims of acts, promoted by a certain social or political ideology, regardless of their ethical adequacy, and maintains that the lack of self-criticism is the ground from which extreme ideologies, blindness, pride and other immoral factors sprout, while self-examination is the right way to achieve moral redemption. Finally, Vásquez, in his analysis of the human condition, considers that we are imperfect by nature. As it is shown in his novels his understanding of the human being, proves a sincere compassion towards the natural defects of young people due to their young age and inexperience in the world while he puts the accent on the conscience of repentance on the moral reconstruction of a person.

Keywords: Juan Gabriel Vásquez, ethics, moral, human condition.

## Introducción

Gracias al Master que realicé en Literatura Hispanoamericana de la Universidad Complutense, tuve la oportunidad de conocer cómo Juan Gabriel Vásquez indaga en la condición humana. A pesar de la escasa bibliografía y estudios académicos sobre él, debido a su breve trayectoria en el mundo literario, mi tutora, Rocío Oviedo Pérez de Tudela, me apoyó en la propuesta para investigar sus novelas. Fue así como empecé el estudio detallado sobre el joven escritor colombiano y elegí la ética en sus novelas como el eje sobre el que construir esta investigación.

Con la publicación de su quinta novela oficial, *La forma de las ruinas*, vemos que Vásquez se hace cada vez un escritor más maduro, que sabe a dónde se dirige su camino artístico. En una de las entrevistas sobre su última novela, afirma que: la esencia de la literatura es crear “la posibilidad de ensanchar el mundo” (Vásquez, *Arcadia*: 2015). Porque para él, la ficción es una manera de luchar con nuestra perspectiva del mundo, que es “estrecha, limitada y personal” y por lo tanto tiene la virtud de “permitirnos vivir por unos días desde la perspectiva de otro, desde las emociones y los sentimientos de otro y así enriquece nuestra comprensión de eso tan raro y tan impenetrable que llamamos la condición humana” (Vásquez, *Arcadia*: 2015). Al leer todas las novelas de Vásquez, inmediatamente percibimos ciertos intereses que le preocupan más que otros, tales como la política, la Historia y el pasado, empero, como el propio autor exclama: “lo maravilloso de la novela como género es que durante toda la historia se ha liberado de cada encasillamiento que le han puesto” (Vásquez, *Comunicación y Ciudadanía*: 2009). El carácter polifacético que hemos

encontrado en su novela realmente alcanza el efecto que el autor mismo busca. Su obra se completa con las entrevistas, las cartas, los hipertextos del otro escritor y la inclusión de otra ficción en el proceso de la novela misma, que añade a otras técnicas sejemantes a las “cajas chinas”. Todas sus novelas se desarrollan en torno a unos episodios históricos colombianos, sin embargo, transmiten una preocupación universal y, tal como afirma en una entrevista, “la literatura es un encuentro en un terreno común que tenemos por el hecho de ser humanos. La significación universal es lo que yo persigo en los episodios locales”(Vásquez, *Espagnol*: 2018). Justamente es esta hipersensibilidad ante la complejidad del pasado histórico y la condición humana la que se manifiesta en las obras de Juan Gabriel Vásquez, esto mismo es lo que Mario Vargas Llosa elogió de nuestro joven escritor al afirmar su valor como “una de las voces más originales de la nueva literatura latinoamericana” (Vásquez, *Bomb*:2010).

Revela que no escribe “por sentido de responsabilidad política, sino por un sentido del misterio, el misterio apasionante de la existencia humana” y continúa con más claridad: “las novelas que quiero escribir son políticas, pero no hacen política. Y además son novelas donde lo más importante ocurre en nuestras emociones, nuestros sentimientos, nuestra moralidad o nuestra conciencia” (Vásquez, *Arcadia*: 2015). De esta manera, creo que uno de los temas que merecen nuestra consideración es: ¿a qué se refiere cuando él confiera publicamente que sus novelas ponen el acento en el “misterio apasionante de la existencia humana”? Además, pese a que Vásquez confirma que en cada nuevo libro “se rebela” contra el anterior, trata de hacer algo distinto y procura “ser fiel a lo que decía Gide de no aprovecharse del impulso adquirido” (Cfr. en *El*



*Diario*, 2014), ¿pero existe una conexión interna entre estas novelas? Y en el caso de que la haya, ¿cómo ocurre dicha conexión? El presente estudio pretende responder a estas preguntas.

### **1.1: Estado de la cuestión: investigaciones precedentes sobre Vásquez.**

No cabe ninguna duda que Juan Gabriel Vásquez es uno de los escritores latinoamericanos más brillantes de nuestra época. En la actualidad, ha publicado cinco novelas con buenas críticas y todas han recibido varios premios y distinciones tanto en su país como en el extranjero: *Los informantes* (2004), *Historia secreta de Costaguana* (2007), *El ruido de las cosas al caer* (2011), *Las reputaciones* (2013) y *La forma de los ruidos* (2015). Entre ellas, *El ruido de las cosas al caer* es la novela más premiada, con los siguientes premios: Premio Alfaguara de Novela (España), Premio Roger Caillois (Francia), Premio Gregor von Rezzori (Italia) y Premio Literario Internacional IMPAC de Dublín (Irlanda). También cuenta en su producción con dos libros de cuentos donde se refleja su pensamiento existencialista, *Los amantes de Todos los Santos* (2001) y *Canciones para el incendio* (2019)<sup>1</sup>; dos ensayos literarios: *El arte de la distorsión* (2009) y *Viajes en un mapa en blanco* (2018); y una biografía de su ídolo literario: *Joseph Conrad: El hombre de ninguna parte* (2007). Aparte de ser escritor, también es traductor de John Hersey, Victor Hugo y E. M. Forster, y además ha sido durante siete años (2007- 2014) el columnista semanal del periódico colombiano *El Espectador*. Con el paso del tiempo, su voz y el “estilo vasquiano” son cada día más maduros, a la vez, atractivos. Respecto a ello, me gustaría citar un comentario que se publicó en el Centro Virtual Cervantes: Juan

---

<sup>1</sup> Día del lanzamiento en España es el día 11 de abril del 2019.

Gabriel Vázquez, “en contraste con otros escritores de su generación que abordan temas ‘duros’ en tono ligero con afán, a veces rompedor, y a menudo voluntad de contestar posiciones – literarias ideologías de las generaciones precedentes; es un escritor serio, tanto su estilo como por los temas de su narrativa” (Furió, *Rinconete*: 2015). Hasta el momento se han podido recoger alrededor de veinte estudios académicos, publicados en revistas literarias tanto colombianas como internacionales. Entre estos estudios, la mayoría de estas voces adoptan la crítica narrativa o la crítica del “nuevo histórico” como punto de partida, así como, la crítica cultural.

Sin duda alguna, hasta la actualidad, entre estos estudios, destaca la tesis doctoral del estudioso belga, Jasper Vervaeke: *Juan Gabriel Vázquez, la distorsión deliberada*, en la que aborda un recorrido crítico cronológico por las obras de Vázquez, desde las primeras publicaciones que datan de finales de los noventa, hasta *Las reputaciones*, pretendiendo dar cuenta de cómo Vázquez se apropia del legado de sus precursores tales como Gabriel García Márquez, Philip Roth, V.S.Naipaul y Joseph Conrad para ir edificando, sobre esas mismas bases, un patrimonio propio que se cristaliza en la obra *El ruido de las cosas al caer*. Además, Jasper Vervaeke, completó su estudio con tres extensas entrevistas con el autor, publicadas previamente en *Ciberletras*, *Confluencia* y *Letras libres*, y dos estudios, uno titulado “Crónica de una consagración literaria. Juan Gabriel Vázquez y España”<sup>2</sup> y otro titulado “una mirada en los abismos de la historia. La impronta de Pynchon, Borges y Sebald sobre ‘Los informantes’ de Juan Gabriel Vázquez”, en el que, como indica su título, se demuestra cómo la huella de estos

---

<sup>2</sup> Con este estudio, Jasper Vervaeke indaga la importancia de España que ha dejado a Vázquez en su carrera como escritor.

tres escritores se disuelve en la misma escritura de Vásquez. Semejante al análisis de Vervaeke, se encuentra el estudio de Camilo Bogoya de la Université de Marne – la – Vallée: “Posturas e imposturas en la nueva narrativa colombiana: el caso de Juan Gabriel Vásquez o el arte de la traición”, que indaga la relación entre Vásquez y los escritores del “boom” y la musicalidad en el lenguaje narrativo del escritor colombiano.

Otros dos estudios son relativamente más completos: “Bogotá en perspectiva: un recorrido por la obra de Juan Gabriel Vásquez” de Carlos Tous y ““El presente era un peso y un estorbo”: Subjetividades de la huerfanía en la narrativa del colombiano Juan Gabriel Vásquez” de Daniuska Gonzáles Gonzáles. En su estudio, Carlos Tous ha estudiado tres obras de Vásquez y analiza cómo Bogotá bajo la pluma del autor se convierte en una presentación de “búsquedas individuales, de espacios en conflicto y de hechos históricos sin resolver” (Tous 58). Y D. G. González en su estudio, desde la condición de huerfanía, confirma que la obra posee “un registro que se deslinda de un estado que tiene que ver con el pasado y con la orfandad por la infancia” (González 153). En su análisis estudia la construcción de la noción de sujeto en las novelas *El ruido de las cosas al caer*, *Las reputaciones* y *La forma de las ruinas*.

Entre todas sus obras, la obra más estudiada es *El ruido de las cosas al caer*. De los estudios académicos se destacan “El narcotráfico como mundo de machos: imaginarios de lo masculino en *Cartas cruzadas* y *El ruido de las cosas al caer*” de Luz Marina Rivas, “Configuraciones del miedo en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez y *Los ejércitos* de Evelio Rosero” de Marco Ramírez, “El miedo y la memoria en *El ruido de las cosas al caer* de

Juan Gabriel Vásquez” de María Victoria Albornoz Vásquez, y “Entrando en materia: novela, poesía y cultura material en *El ruido de la cosa al caer*” de Aníbal González. Se puede ver a través de los títulos de estos estudios que el miedo y la memoria son dos palabras claves que dan el meollo para la comprensión de la misma obra, en la cual, “el miedo aparece como tema narrativo, núcleo estructural y también como una manera específica de habitar la realidad” (M. Ramírez 148) y la reflexión sobre la memoria que rebasa en el plano individual intenta “dar respuestas a muchas de las preguntas sobre Colombia, como país y como sociedad, que aún siguen vigentes” (M. V. Vásquez 51). Marisella Buitrago Ramírez, investigadora colombiana, analiza *El ruido de las cosas al caer* y *Las reputaciones* desde la perspectiva de la crítica de la memoria y señala que la antimemoria, lo antisocial y la contra imagen, se eligen como los tres conceptos claves que tienen en común las obras de Vásquez, centrados en el dolor, en los enfrentamientos y recuerdos del pasado, en los cuales “la memoria es sinónimo de daño, de prejuicio, de entorpecimiento, la antimemoria sería entonces todo lo contrario, lo que evita el dolor, lo que tranquiliza, en otras palabras, la tabla de salvación” (Ramírez 73). También hay estudiosos que adoptan la violencia como la palabra clave para analizar la identidad colombiana y la era que se manifiesta en las obras de Vásquez. Entre las voces representativas de esta crítica se encuentra “*El ruido de las cosas al caer* o la reconstrucción de una era” de Priscilla Gac-Artugas, artículo en el que se destaca su teoría de que “las reglas que definen el juego del billar entregan una alegoría de la vida de la humanidad” (Gac-Artigas 165)<sup>3</sup>.

---

<sup>3</sup> Según el estudio de Gac – Artugas, Vásquez articula la historia a través de las reglas del juego de billar, alegoría de la sociedad, donde la causalidad y la precisión del frío cálculo matemático

Otro ensayo “El refinamiento de la novela del narcotráfico y la identidad colombiana” de Marias Vásquez, señala que la impotencia de Antonio es una presentación de que la violencia invade a la cotidianidad tanto física como psíquicamente.

La segunda obra más estudiada es *Historia secreta de Costaguana*. Sobresale el estudio de Ricardo Carpio Franco, investigador colombiano, quien en su detallado análisis sobre *Historia secreta de Costaguana*: “Espejo, simulacro y distorsión: hacia una tipología de la metaficción historiográfica”, pretende, por un lado, analizar la novela estudiada bajo conceptos como la “nueva novela histórica” y la “metaficción historiográfica”. Y, por otro, aborda “la búsqueda de las claves de una escritura en cuyo seno se debate la validez de los distintos discursos que pretenden dar cuenta de los hechos del pasado” (Franco 44). Y, sobre todo, subraya que la principal característica de las novelas que pertenecen a la misma categoría que incluye *Historia secreta de Costaguana* es “distorsionar el pasado a través de la parodia y la manipulación de los relatos de la historia” (Cfr. en Franco 49). Como el autor mismo declaró en su ensayo “El arte de la distorsión”: “Mi Historia secreta de Costaguana cuenta la historia colombiana en clave de parodia o de farsa.” (Vásquez, 2009: 43) y, aún más, interpretó el episodio de la Masacre de las Bananeras en *Cien años de soledad*, desde la perspectiva de “novela histórica” y, comentó que Márquez, bajo la etiqueta del realismo mágico, tal vez involuntariamente, da cuerpo a uno de los debates más recurrentes sobre la historia y la ficción: “la imposibilidad de conocer la historia o más bien, la idea de que toda historia, puesto que nos es

---

conviven con lo impredecible de la conducta humana.

contada, es apenas una versión” y afirmó que él recibe esta señal y plantea ir más allá: ir hacia “la libertad de distorsionar la historia” y cree que esta manipulación de la verdad histórica por parte del novelista conduce a la revelación de verdades más densas o más ricas que las univocas y monolíticas verdaderas de la historia misma (Vásquez, 2009: 41).

Además, en otro excelente estudio de la investigadora francesa María A. Semilla Durán, titulado “Nuevas totalidades: la armonización de lo heterogéneo”, se propone que la novela *Historia secreta de Costaguana* se puede clasificar en el género llamado “novela total” latinoamericana (Durán 4). Se trata de un tipo de novelas en las cuales “una constelación de lecturas y de relecturas” (Durán 6) funcionan como protagonistas, y no sólo se reelaboran los materiales de la Historia resignificándola y completando los inevitables agujeros de toda trama de causalidades, sino que también se indagan las relaciones entre los textos, sus lecturas de-constructoras, sus interpretaciones y sus reescrituras. Sin embargo, en dicho estudio no es difícil notar que esta “novela total”, en esencia, es una historia distorsionada del pasado basándose en lecturas de la historia colombiana durante el siglo XIX y en relecturas de *Nostromo* de Conrad. Al mismo tiempo, merece la pena mencionar el trabajo de la estudiosa polaca, Adriana Sara Jastrzebska, en el cual trató de analizar *Historia secreta de Costaguana* bajo el concepto de “auto ficciones”<sup>4</sup>. Sin embargo, tanto Carpio Franco como Durán y Jastrzebska, han señalado que, mediante la relectura y la distorsión, José Altamirano, personaje que se considera como el gemelo de alma de Joseph Conrad en la novela, se dedica a la investigación de la historia

---

<sup>4</sup> Según esta estudiosa polaca, “llamamos autoficciones a las obras que tienen como fundamento la identidad visible o reconocible del autor, narrador y personaje del relato.” (Jastrzebska, 2011).

colombiana a lo largo del siglo XIX y cómo es la mejor forma de narrarla. Esto parece ser un homenaje de Vásquez a sus precursores literarios, tal como él mismo explica cuando analiza la técnica narrativa de Conrad en un ensayo: “como tantas grandes ficciones desde el Quijote hasta Austridez, Conrad, *El corazón de las tinieblas*, contiene, además de la historia que narra, una reflexión intensa y personal sobre el arte de narrar historias, casi diríamos un manual de instrucciones de uso” (Vásquez, 2009: 57).

En su estudio “La razón de ser la presencia de Joseph Conrad en *El sueño del celta* de Mario Vargas Llosa e *Historia secreta de Costaguana* de Juan Gabriel Vásquez”, Caroline Houde, por un lado, conjetura la influencia de la obra conradiana en las dos novelas elegidas desde la perspectiva de la técnica narrativa; por otro lado, desde la perspectiva del neo colonialismo, cuestiona el papel de Conrad como “escritor anticolonialista” y propone que ambos escritores sólo participan objetivamente en la denuncia del imperialismo extranjero en el mundo hispanoamericano, a la vez enfatiza que “la escritura en el área hispanoamericana es producto de influencias extranjeras, muchas veces, europeas” (Houde 119) y también señala que “la naturaleza particular de la obra literaria, desvinculada de las acciones de escritor, libre de todas construcciones doctrinas y exenta de cualquier intento de reducción binaria de su significado” (Houde 120). Por último, merece mención el análisis de Luz Mary Giraldo, quien se fija en el punto de vista cultural de los inmigrantes, en la obra *Los informantes* y el estudio de Clemencia Ardila “De la realidad a la ficción, de la literatura al periodismo”, en el que nos indica la investigadora que los narradores de Vásquez, en *Los informantes* y *Historia secreta de Costaguana* se enfrentan

con los dilemas éticos, en el momento de narrar su historia, y concluye que en sus novelas Vásquez nos da una respuesta moral frente a “su responsabilidad social que bien puede sinterizarse en los diversos pepales que como autor de una crónica, una novela” (Ardila 247) .

## **1.2: Estudiar la obra de Vásquez desde la ética.**

Repasando todos estos estudios, descubrimos que la mayoría de las críticas se concentran en la fascinación que muestra Vásquez en la narrativa, así como en los temas históricos, sociales y políticos y la construcción de la identidad colombiana desde lo real y lo imaginario. Vásquez confirma en una de sus últimas entrevistas: “la novela nos provee de una educación moral, de una educación que estimula la curiosidad y la empatía” (Vásquez, *OjoPúblico*: 2016), es cierto, varios estudiosos ya señalan que las novelas de Vásquez son morales, tal como Vervaeke comenta, al afirmar que sus personajes “son moralmente coplejos. Son humanos” (J. Vervaeke, 2017:141) y María José Furió califica a los narradores de Vásquez de héroe moral que “asume riesgos por el bien común y encarna determinados valores ante la sociedad de su tiempo: integridad, visión de futuro, altura de miras” (Furió, *Rinconete*: 2018). Sin embargo, solo ha habido un estudio que analiza las obras de Vásquez desde la perspectiva de la ética<sup>5</sup> y algunas reseñas que comentan desde el punto de vista de la moralidad y la crítica psicológica.

---

<sup>5</sup> El estudio de Clemencia Ardila “De la realidad a la ficción, de la literatura al periodismo”, en el que nos indica la investigadora que los narradores de Vásquez, en *Los informantes* y *Historia secreta de Costaguana* se enfrentan con los dilemas éticos, en el momento de narrar su historia, y concluye que en sus novelas Vásquez nos da una respuesta moral frente a “su responsabilidad social que bien puede sinterizarse en los diversos pepales que como autor de una crónica, una novela” (Ardila 247).



Sin embargo, ningún estudioso ha tratado de hacer una crítica sistemática y orgánica desde la perspectiva ética en todas sus obras. Por lo tanto, este es el objetivo del presente trabajo. La ética es entendida por Valls (2000) como una disciplina filosófica definida en principios directivos para orientar a las personas en su concepción de la vida, del hombre, de la moral, de los juicios y de los hechos; que “reflexiona de forma sistemática y metódica sobre el sentido, validez y licitud de los actos humanos individuales y sociales en la historia. También se ocupa de la fundamentación racional del comportamiento moral del hombre y de encontrar las convergencias axiológicas racionalmente justificables para todo ser humano” (Cfr. en Rodas, 2012). Para la existencia humana, la ética es importante porque, en la vida cotidiana, la ética es el tema central de las interacciones humanas, porque no hay nada más importante para nosotros que el hecho de que otras personas nos traten con amor u odio, con honestidad o engaño, bondad o crueldad, avaricia o generosidad, compasión o insensibilidad, desprecio o caridad, justicia o injusticia, respeto o falta de ello, o si se sienten culpables por habernos hecho daño en términos inmorales. La ética no sólo nos ha ayudado a sobrevivir, sino que también los aciertos y los errores que nos brinda en la vida cotidiana nos influyen más en la calidad de nuestra vida que cualquier otra consideración. Además, no sólo son estas disciplinas cruciales para nosotros, sino que también llevan un imperativo de reciprocidad. Es importante para nosotros no sólo cómo nos tratan los demás, sino también la forma en que tratamos a los demás. Cuando esto se manifiesta en la literatura, entonces, ésta consiste en el arte de tratar el comportamiento del ser humano y la condición de la existencia humana y, de esta manera se nos ofrecen uno o diferentes valores éticos y estéticos. Tal y como dice Anthoy Burges: “las

novelas tratan de las formas en que los seres humanos se comportan, tienden a implicar un juicio del comportamiento, lo cual significa que la novela es lo que la sinfonía o la pintura o la escultura no son, es decir, una forma impregnada de moralidad” (Cfr. en Booth, 2005). También señaló Hegel: “the chief thing of art is not the external march and turn of events [...] but the ethical and spiritual configuration and the great movements of temperamente and character which are disclosed and unveilde through the process of this configuration” (Hegel 217). De este modo, me parece que estudiar la ética que conlleva una obra literaria es la base para comprender el pensamiento artístico de un escritor. Además, me parece que estudiar la ética en las obras de Vásquez al menos aporta significado en dos sentidos: primero, desde el desarrollo de la crítica ética; segundo, desde el conocimiento del valor y la preocupación y la sensibilidad humana. Partiendo de tal consideración, el presente estudio procura analizar sus cuatro novelas desde *Los informantes* (2004) hasta *Las reputaciones* (2013) desde la perspectiva de la crítica ética. La razón por la cual no incluyo *La forma de las ruinas* en este estudio es porque dicha novela por un lado, de clara orientación autobiográfica, narra las complicaciones médicas del embarazo de su esposa, el nacimiento de sus hijas gemelas, la vida en Europa y la creación literaria de *El ruido de las cosas al caer*. Por otro lado, la trama principal tiene como núcleo dos asesinatos de políticos liberales que delinearon la evolución del país. Estas dos notables figuras de la historia colombiana del siglo XX fueron: el general Rafael Uribe Uribe que murió a manos de dos obreros el 15 de octubre de 1914; y el alcalde de la capital y candidato a la presidencia, Jorge Eliécer Gaitán, asesinado el 9 de abril de 1948 a punta de pistola por Juan Roa Sierra, crimen que fue nombrado como “El Bogotazo” por sus severas repercusiones. Estos

eventos que aún están ahí, eclipsados por la era de los grandes cárteles del narcotráfico, con Pablo Escobar como el rey de estos, y que controlaban la vida diaria de los colombianos, indujeron un régimen de excepción en el país mediante la práctica de atentados y asesinatos que tuvieron en alerta a toda la nación, sumando a todo esto la guerrilla de las FARC. La transición a la nueva democracia infunde ciertas dudas que cuestionan el relato del pasado, desde *Los informantes* a *Las reputaciones* o *El ruido de las cosas al caer*. Es decir, con esta novela Vásquez intenta, con mayor ambición, observar la conducta humana a través de sus personajes bajo las violencias plurales que aparecen, separadamente, en sus novelas anteriores, lo cual, produce cierta repetición<sup>6</sup>. De esta manera, me parece más prudente no incluirla dentro del estudio de esta tesis misma.

### **1.2.1: ¿De qué se trata la crítica ética?**

Primero, antes de proceder al análisis, me parece oportuno aclarar el desarrollo de la ética literaria como un término de crítica literaria. Su origen se puede remontar a la idea de “expulsar a los poetas fuera de la ciudad ideal” de Platón<sup>7</sup> y a la propuesta de “la catarsis” de Aristóteles<sup>8</sup>. Pero, su forma más

---

<sup>6</sup> En cuanto al sentido repetitivo, comparto la opinión de María José Furió: “aunque la reconstrucción de estos hechos históricos y el interesante perfil de los personajes invitarían al habitual subrayado romántico, Vásquez prefiere indagar en el lado oscuro de la historia y de las psicologías. Por eso se pone en solfa a sí mismo, enfrentado a Carballo, su implacable antagonista, que lo desafía groseramente en su privilegio de clase y de cultura. Esta argucia parece romper con su narrativa previa para conectarla mejor, pues el destino trágico de los asesinados o el fracaso del abogado Marco Tulio Anzola y el trabajo sin alharacas del doctor Benavides tienen paralelismos en los protagonistas de *Los informantes*, *La historia secreta de Costaguana* o *Las reputaciones*.” (Furió, *Rinconete*:2018)

<sup>7</sup> “En la tradición del arte occidental, la noción de representación artística está profundamente ligada a la mimesis, precisamente, es por esa capacidad por la Platón propone una condena a los fabricantes de imitaciones, a los «falsificadores de la realidad», como llama a los poetas, y por lo que pedirá su expulsión de la ciudad ideal. En esta disquisición tendrá que ver la dicotomía entre

temprana sólo se limita a la discusión de la relación entre la literatura y la ética, sin producir una fusión real entre estos dos elementos. Esta situación no cambió hasta el siglo XIX, con la prosperidad de la literatura realista. En 1838, Ralph Waldo Emerson publicó un discurso titulado “la ética literaria” en Dartmouth College, y más tarde escribió un volumen con el mismo título. Aunque, en aquel momento, el estudio sobre la ética literaria sólo enfrentaba la crítica en la literatura desde el punto de vista de la ética y la moralidad, es una crítica sobre la moralidad en el sentido tradicional. Al mismo tiempo, también, faltó un sistema teórico para aplicar a la crítica literaria. Sin embargo, “la ética literaria” como término ya ha sido reconocida en el círculo académico. (Booth: 2015)

Esta situación no evitó la decadencia en la crítica ética, según explicó Wayne Booth en *Las compañías que elegimos*, debido a los siguientes factores: la censura moral, la subjetividad, y su propia peculiaridad<sup>9</sup>. Esta situación no

---

lo verdadero y lo falso, por lo que la palabra «arte», ya al principio, surge como una noción de peligro potencial que hay que frenar y domesticar. De momento, en este capítulo, sólo hay censura y todavía no condena, aunque Platón ya dice de Homero y de Hesíodo, y con ellos los demás poetas, que son «forjadores de falsas narraciones que han contado y cuentan a la gente» (377d). En cierta medida, Platón cree que el poder más perverso de los poetas no es que cuenten las fábulas sobre los dioses, sino que introducen la confusión. Por ello considera perverso al arte, porque, desde su teoría de las ideas, sólo el filósofo está habilitado para manejar la imitación (y los asuntos políticos de la ciudad) y el teatro no. El arte es una mimesis (imitación) que copia las cosas que, a su vez, son reflejo de las ideas. La obra de arte imita el reflejo de la Idea. Una obra que representa la realidad está distanciada de la existencia real. Es tan sólo una mera evocación, una sombra. No hay realidad en una obra de arte. El artista es un ilusionista, y sólo el filósofo puede interpretar las formas divinas a través de un proceso de razonamiento.” (Herreras 88)

<sup>8</sup> Catarsis es una palabra descrita en la definición de tragedia en la Poética de Aristóteles como purificación emocional, corporal, mental y espiritual. Mediante la experiencia de la compasión y el miedo los espectadores de la tragedia experimentarían la purificación del alma de esas pasiones.

<sup>9</sup> Por ejemplo, según Booth, la ética de la crítica es una preocupación más obviamente universal que la mayoría de las demás éticas; de la universalidad de nuestra experiencia de la narrativa se desprende que la ética de la narrativa es un estudio peculiarmente reflexivo; la ética de la narrativa es recíproca de una forma en que no lo son otros medios de estudios éticos; el debate ético sobre los valores de la narrativa puede llevar casi, de manera instantánea, a las cuestiones

mejoró hasta que en los años ochenta llegó un *turn back* de la crítica ética con estudios de Wayne C. Booth , Martha C. Nussbaum, etc. Durante esta época, muchos estudiosos han intentado redefinir qué es la crítica ética. Entre ellos, Booth señala que la crítica ética no tiene por qué ser un proyecto concentrado en ciertos valores morales limitados, sino que debe preocuparse por un tema mucho más amplio: por “todo el aspecto de efectos sobre el ‘carácter’ o la ‘persona’ o el ‘yo’”. Los juicios ‘morales’ son apenas una pequeña parte de ese espectro” y aún declara que:

“Los críticos éticos no necesariamente tienen desde un comienzo la intención de valorar, pero [...] una crítica ética plenamente responsable hará explícitas aquellas apreciaciones que están implícitas siempre que un lector u oyente se refiere a historias relativas a seres humanos en acción.” (Booth19)

Basándose en la opinión sobre la crítica ética de Wayne C. Booth, Marshall W. Gregory señala en su artículo “Redefining Ethical Criticism: The Old vs. the New” que la crítica ética debería enfocarse en la invitación “to feeling, belief, and judgment” y en el descubrimiento de “the dynamic porosity of selfhood, the ethical content of literary art in relation to selfhood, the rhetoric of ethical argumentation, the methodology of ethical argument, and the reasons why any of these issues matter in the first place” (Gregory, 2011).

Además, el estudioso chino, Zhenzhao Nie<sup>10</sup>, en su obra *La crítica ética y otras cuestiones*, aborda desde su origen, la esencia y la función de la literatura y

---

esenciales, sobre el sentido de la vida; la crítica ética nunca debe contentarse con hablar de las consecuencias. (Booth, 2005)

<sup>10</sup> Profesor del departamento de La literatura inglesa en la universidad Central Normal de China. su campo de estudio es la crítica ética. Tiene tres obras referentes a la crítica ética: *La crítica*

explica que la literatura es "un arte de textos", y como tal tiene una función ética. Se trata de "una expresión única de la ética y la moral dentro de un cierto período histórico" (Nie 5). Él sostiene la opinión de Booth "la crítica ética no puede divorciarse de la crítica social y política" (Booth 77), y enfatiza que para analizar el aspecto moral de la sociedad y del individuo en las obras artísticas hay que situarlos en la escena histórica, ya que "no hay tal cosa como una literatura que sea realmente grande, o realmente cualquier cosa, independiente de las formas en que esta escritura sea tratada dentro de las formas específicas de la vida social e institucional" (Booth 91).

Desde mi punto de vista, una obra debe ser una combinación de lo moral y lo estético y los dos son inseparables, como las dos caras de una moneda. Además, la escritura de Vásquez se encuentra en una época en la que la economía se desarrolla a una gran velocidad, mientras que el mundo espiritual del ser humano sufre un vacío sin precedentes, en el que por un lado se presta menos atención a una lectura profunda y por otro lado millones de informaciones diversas entran a nuestro alcance sin el menor esfuerzo debido a los mass media, de lo que se deriva que un pensamiento duradero y profundo sobre un cierto tema se vuelve difícil, o casi imposible. Por lo tanto, es necesario que todo el mundo, incluida Colombia, realice una indagación y reflexión respecto a los temas históricos, sociales y políticos surgidos recientemente bajo el contexto del siglo XXI. Vásquez afirma que no escribe sobre un tema histórico de cierto periodo ni de ciertos episodios, sino sobre el

---

*ética: un nuevo acercamiento a la crítica literaria* (2006). *Literatura inglesa desde la perspectiva de la crítica ética* (2007) y *La crítica ética y otras cuestiones* (2013).

destino “de los personajes y de las implicaciones morales o humanas” (Vásquez, *Nuevo Texto Crítico*: 2012). De este modo, en mi opinión, realizar un análisis del texto desde la perspectiva de la crítica ética, es decir, analizar el proceso de la maduración narrativa, las preocupaciones morales en torno a los problemas sociales, políticos e históricos en sus obras, los elementos morales o inmorales que llevan las decisiones de sus personajes, así como la zona gris de la naturaleza humana, no sólo nos ayuda a comprender la naturaleza del arte novelístico, sino que también es una manera apropiada para entrar en el verdadero fondo del mundo literario de Vásquez.

### ***1.2.2: El valor, la preocupación y la sensibilidad humana.***

En opinión de Nie, la crítica ética analiza la relación ética en las obras literarias con una mirada histórica y dialéctica desde una perspectiva objetiva. Respecto a su metodología, la crítica ética tiene como base el materialismo dialéctico e histórico marxista, señala que la misión principal de la crítica ética es analizar la evolución de la relación ética entre los personajes y los problemas morales y las consecuencias que se dan debido a la evolución misma. Además, puntualiza, la crítica tiene que ser realizada de acuerdo con su escena histórica y que el examen hacia los personajes de las obras literarias no puede separarse de su contexto histórico, social y cultural. Nie declaró que la diferencia entre un ser humano y un animal se encuentra en la diferencia del uso de la razón, que es el núcleo de la ética. Kant también afirmó que “dos cosas llenan el ánimo de admiración y respeto, siempre nuevos y crecientes, cuanto con más frecuencia y aplicación se ocupa de ellas la reflexión: el cielo estrellado sobre mí y la ley

moral en mí”<sup>11</sup> (Kant, 1975: 223). De hecho, desde el origen de la literatura, nuestros ancestros ya empiezan a interrogarse y reflexionar acerca del tema filosófico: “qué es el ser humano”. El enigma que lanzó la Esfinge, en la mitología griega fue descifrado por el hombre, Edipo, lo cual es una alegoría de que la razón es la clave que distingue a un humano de un animal, además la razón que posee Edipo deriva de su obediencia hacia los tabúes éticos que exige el oráculo, es decir, la disciplina ética de aquel entonces. En la historia de la literatura, desde Homero en el mundo occidental hasta *Analectas* de Confucio en el oriental, desde *Hamlet* de Shakespeare hasta el *Quijote* de Cervantes, desde *El corazón de las tinieblas* de Conrad hasta *Los pasos perdidos* de Alejo Carpendier y *La casa verde* de Llosa, se encuentran los temas referidos a los problemas éticos y la observación de la creencia y la decisión moral hacia sus personajes. Mientras tanto, mediante el análisis de los personajes ficticios y sus creencias, decisiones morales, así como sus interacciones sociales, la crítica ética nos ofrece una guía para el conocimiento del valor y el aspecto espiritual y nos hace ver unas perspectivas que difieren de las nuestras, comprendiendo así la razón y el poder moral por el que el ser humano es humano.

---

<sup>11</sup> Según Kant, “el primer espectáculo de una innumerable multitud de mundos aniquila, por decirlo así, mi importancia como criatura animal que tiene que devolver al planeta (un mero punto en el universo) la materia de la que fue hecho, después de haber sido provisto (no se sabe cómo) por un cierto tiempo, de fuerza vital. El segundo, en cambio, eleva mi valor como inteligencia infinitamente por medio de mi personalidad, en la cual la ley moral me descubre una vida independiente de la animalidad y aun todo el mundo sensible, al menos en cuanto se puede inferir de la determinación confirme a un fin que recibe mi existencia por esa ley que no está limitada a condiciones y límites de esta vida, sino que va a lo infinito. Desde mi punto de vista, el cielo estrellado sobre nosotros hace que la gente sienta su pequeñez solo como una especie en el universo inmenso; pero las leyes morales aumentan el valor del humano como un animal racional. Estas nos hacen distinguir lo animal depositado en nosotros y gracias a ellas, nuestro valor humano puede ser prolongado sin restricción física y geográfica” (Kant: 1975: 223-224).



Es verdad que, desde Platón, la mayoría de los filósofos, escritores y críticos que comentan el arte literario, han fundado sus reflexiones sobre la profunda intuición de su poderoso potencial educativo, pero este carácter educativo tiene que ser simbólico, tal y como el mismo Vásquez confirma en una entrevista: “cualquier lector de mis novelas puede sentir que al final aprendió algo”, aunque enseguida apostilla que “¿las novelas nunca han sido solo de información, sabías?” (Vásquez, *Bomb*: 2010). En el prólogo para su libro de ensayos literarios, Vásquez declara que la manera en que la literatura puede continuar existiendo consiste en “la búsqueda – humana, demasiado humana – de certezas” (Vásquez, 2009: 16). A mi parecer, precisamente, es la insistencia sobre la búsqueda humana lo que otorga a sus obras la complejidad, el poder, la profundidad y por lo tanto la belleza que conlleva la literatura misma, y nos permite acercarnos a la sensación a la que alude Vásquez sobre las obras de Conrad: “allí hay una cualidad más misteriosa, menos identificable, que tiene que ver con los arquetipos que todos cargamos dentro, los miedos atávicos, el eterno debate entre el bien y el mal” (Vásquez, 2009: 55). Indagar esta “cualidad más misteriosa, menos identificable”, precisamente, es el ambiente crítico que quiero crear en el presente estudio y, a la vez, el mundo espiritual que está presentado en las obras de Vásquez.

El trabajo se distribuye en tres partes. En la primera parte, mediante una breve presentación sobre la vida de Vásquez, procuro presentar el cambio y la maduración en la ética de la narración del autor. En la segunda parte realizo una exploración sobre sus intereses en el sentido moral que se revela en su narrativa, y donde se reflejan problemas sociales, históricos y políticos existentes en

Colombia. Podríamos percibir la actitud precavida del autor hacia la violencia, el terrorismo global y la cultura de los mass media de nuestro siglo y la consecuencia negativa que trae esta cultura misma, y así como el pensamiento del vacío y el olvido. También nos revela la importancia del amor para rebelarse contra una realidad imperfecta. En la tercera parte, partiendo de la crítica ética que propone Wayne C. Booth y Zhenzhao Nie y la teoría de “la zona gris”, penetramos en el análisis detallado sobre los comportamientos y las decisiones de los personajes en cada novela bajo su correspondiente escena histórica y notamos que en el proceso de rastrear el origen y el desarrollo de la enfermedad nacional – la violencia incesante –, nos brinda el autor cómo la violencia se fomentó bajo el funcionamiento de los factores humanos pero inmorales tales como el deseo, la mentira, la corrupción, la debilidad, la ceguera y el egoísmo, etc. Vásquez está en contra de la ética de mirar hacia adelante a ciegas y sostiene lo que dice Carlos Fuentes de que “no hay futuro vivo con un pasado muerto” (Cfr. en Vásquez, *El Norte de Castilla*: 2016), por lo tanto mediante sus obras, retrocede al pasado una y otra vez y, durante este proceso, inevitablemente, revela sus cicatrices por las que los errores, las traiciones, las venganzas, las crueldades sin el menor disimulo invaden la actualidad con dolor, soledad, angustia, inquietud y arrepentimiento. Vásquez tiene una perspicacia en su análisis de la condición humana. Respecto a ella, considera que somos imperfectos por naturaleza, por lo tanto, sus novelas muestran su comprensión hacia el ser humano, una compasión sincera hacia los defectos naturales de los jóvenes debido a su corta edad y experiencia en el mundo y ponen el acento en la consciencia del arrepentimiento sobre la reconstrucción moral de una persona. Además, Vásquez critica todas las acciones que se ejecutan sin reflexión ni

prudencia, así descubrimos que bajo su pluma la mayoría de los personajes son víctimas por haber actuado siguiendo cierta ideología social o política sin consideración a su adecuación ética y sostiene que el hecho de no pensar es el suelo natural en el que se cultivan las ideologías extremas, la ceguera, el orgullo y otros factores inmorales, mientras que reflexionar consiste en la manera correcta para conseguir la redención moral.



# **Parte I**

**La vida de Juan Gabriel Vásquez y la  
maduración de su ética narrativa**



## 1.1: La identidad del escritor inquilino y la búsqueda del tema literario

Juan Gabriel Vásquez, nació en 1973 en una familia bogotana acostumbrada a la lectora. Por lo tanto, aunque estudió Derecho como carrera en la universidad del Rosario, cuando abandonó la idea de ser abogado para convertirse en escritor, no encontró ningún rechazo por parte de su familia. En 1996, después de graduarse, cuando sólo tenía 23 años, y con una novela iniciada– *Persona* –, viajó a París para estudiar Literatura Hispanoamericana en la universidad de la Sorbona. Varios años después, sobre su decisión de alejarse de Colombia, Vásquez, declara que viajó por el deseo de conocer el mundo y no morir de “provincialismo y tedio”; segundo, afirma que fue por seguir la “tradición latinoamericana que le dictaminó que tenía que irse” (Vásquez, *Bomb*: 2010). Según él, para los autores hispanoamericanos, escribir fuera es casi como una tradición, un cliché latinoamericano. Esta tradición puede remontarse hasta Rubén Darío en el siglo XIX, y aún antes, desde la Independencia, sin contar los escritores latinoamericanos expatriados, que estuvieron obsesionados con reinventar a sus países en la literatura. Tal es el caso de Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes o Gabriel García Márquez. En su opinión, las mejores novelas sobre Perú fueron escritas en Londres y París. Las grandes novelas sobre México fueron escritas en París y Nueva York. Y *Cien Años de Soledad* fue escrita en México. Respecto a la causa de elegir a París entre tantos lugares, Vásquez declara al igual que Rubén Darío, “pensé que París a los escritores o los aspirantes a escritores [...] los escritores responsables de mi vocación<sup>12</sup> habían

---

<sup>12</sup> Según el escritor, estos escritores incluyen *The Lost Generation*, Hemingway, Fitzgerald. “Pero me refiero sobre todo a James Joyce. *Ulises* y *Cien Años de Soledad* son los libros que me hicieron querer ser escritor. *Ulises* fue escrito en París y García Márquez vivió en París por un

hecho algo en París en un momento u otro” (Vásquez, *Bomb*: 2010). A pesar de esta justificación, años más tarde, admite que “fue algo bastante ingenuo” (Vásquez, *Bomb*: 2010). Sin embargo, irse a estudiar a París obviamente era un punto de inflexión para su vida. Allí, logró publicar sus dos primeras novelas: *Persona* y *Alina suplicante*. Después de residir allí tres años, vivió sucesivamente en Bélgica (1999) y Barcelona (1999 – 2012), y luego regresó a Colombia hasta la actualidad. Pese a su juventud al tomar la decisión de dedicarse a la literatura, su entusiasmo, sus dotes y su insistencia, así como la pronta perspicacia sobre los problemas sociopolíticos, le permiten avanzar en el camino de la creación literaria.

Esta breve presentación sobre la vida de Vásquez, nos informa de que casi ha pasado 15 años viviendo en el extranjero, y durante esta época ha escrito casi la mayoría de sus novelas que entran en el estudio de esta tesis doctoral. Por lo tanto, tenemos razones para preguntarnos si esta identidad del escritor expatriado ha influido en su creación literaria, y si la respuesta es afirmativa, ¿cómo lo hace? En segundo lugar, Vásquez se fue de su país para convertirse en escritor, pero años después, regresó a su país de nuevo por causas literarias (para poder escribir con menos dificultades en la búsqueda de materiales). Por lo tanto, entre esta ida y vuelta y el cambio de la identidad de un estudiante de derecho, pero aficionado a las letras, a un escritor expatriado, ¿su ideología y ética sobre la narrativa ha experimentado algún cambio? Estas dos preguntas son las que intento estudiar en esta parte de la tesis.

---

tiempo. La mayoría de escritores del BOOM, en diferentes momentos, vivieron en París: Julio Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes. Por eso era que París, era para mí, la ciudad correcta para que fuéramos los que quisiéramos ser escritores.” (Vásquez, *Bomb*: 2010)



### **1.1.1: La crisis de París.**

París, es el primer punto de cambio en su vida profesional como escritor. Sabemos que viajó a París con la esperanza de ser un escritor de éxito, no obstante, la vida en París no fue tan maravillosa como imaginaba. Los tres años de su vida allí, en su opinión, no fueron la <<fiesta móvil>> de Hemingway, ni la <<inmensa metáfora>> de Cortázar, sino que acabaron en “una ruina arrogante” como fue para Joyce su final (Vásquez, 2009: 182). La causa se encuentra en la honda crisis que sufrió Vásquez frente a su creación literaria. Aunque acostumbrado al compromiso literario desde muy pequeño - escribió su primer cuento con sólo ocho años-, cuando oficialmente inició su carrea como escritor, dudó entre las distintas manifestaciones de la ética que adoptan diferentes escritores.

Para resolver un problema personal, primero hay que saber quién es uno mismo. O sea, la autodefinición. Ante todo, Vásquez es un escritor expatriado. Aunque en 2012, volvió a vivir en Colombia, pensemos en el carácter temporal de esta vuelta<sup>13</sup>, pues creo que es razonable seguir considerándole como un

---

<sup>13</sup> Según varias declaraciones del mismo Vásquez. Tengo razón para decir que el plan de Vásquez de establecerse en Colombia no es nada indefinido. Véase en “¿Por qué la obra de Juan Gabriel Vásquez sigue cosechando premios?” de Isabel Uribe Moya:

“Tengo un plan, no para años, pero sí para cinco libros que tengo más o menos estructurados y esa es la única visión que tengo del futuro aparte de la idea de que quiero seguir moviéndome, de que otros 2 o 3 años serán suficientes en Colombia y a partir de ahí buscaré con mi familia otro lugar. Me seguiré moviendo por el mundo” (Vásquez, *Las 2 orillas*: 2014).

Y “En Colombia nos acostumbramos a lo extraordinario y no reaccionamos ante el narco” de Élmer L. Menjívar:

Cuando le preguntó que si podría volver a Colombia, su respuesta es: “No permanentemente. Me siento mucho más a gusto en un sitio donde soy más anónimo. Aunque no descarto volver a pasar una temporada corta, quizá en par de años, pero no podría volver de manera definitiva. Valoro mucho todo lo que me da la vida afuera” (Vásquez, *El faro*: 2011).

escritor que escribe fuera del país. A su parecer, para describir su situación al escribir fuera del país, las palabras como “diáspora” o “exilio” siempre le sitúan en un lugar incómodo, porque considera que la palabra “diáspora” contiene “cierta pretensión de superioridad moral”<sup>14</sup>. Pero la palabra “exilio” tiene un color político demasiado denso, su decisión de salir del país es totalmente personal y voluntaria y puede regresar en cualquier momento (Vásquez, 2009: 179). De este modo, siente que necesita buscar otra palabra más neutral y objetiva para su caso. Respecto al tema, en su ensayo *Literatura de inquilinos*, Vásquez lo desarrolla y admite que no encuentra la palabra conveniente hasta identificarse con los escritores que forman parte de la misma especie que él, sobre todo con Joseph Conrad y V.S Naipaul, y propone la palabra “inquilino”<sup>15</sup> para definir a escritores en su situación. Además, explica que, aunque en español ésta es una palabra “bastante pacífica y siempre inmobiliaria”<sup>16</sup>, en un diccionario inglés el sentido cambia; en el de Webster, el inquilino es <<cualquier animal que vive en la madriguera o el nido de un animal de otra especie>>, o de una forma más eficaz, según el diccionario Oxford es el <<animal que vive en el hogar de otro>> (Vásquez, 2009:179). En comparación con otras palabras exageradas, inexactas o “pesadas”, él prefiere identificarse

---

<sup>14</sup> En su opinión, una sensación superior hace a algunos escritores hispanoamericanos que acepten esta palabra de buena gana, como si vivir fuera los hiciera mejores, pero a ellos, no a su prosa. (Vásquez, 2009:179)

<sup>15</sup> De hecho, esta palabra, primero, ha sido propuesto por uno de los críticos de V.S Naipaul para describir su situación de escribir fuera de su lugar de origen.

<sup>16</sup> En *Rae*, inquilino significa “persona que ha tomado una casa o parte de ella en alquiler para habitarla.” Pero en otros diccionarios españoles también el inquilino también se refiere al animal, por ejemplo, en términos de zoología, un inquilino es “un animal que vive como un comensal en la madriguera o refugio de otra especie.” (Rae: <http://dle.rae.es/?id=LimddB9>)

con la palabra “inquilino”: un escritor inquilino, un escritor colombiano que escribe en otro país<sup>17</sup>.

Sin embargo, el hecho de escribir en otro país otorga a esta identidad un sentido del desplazamiento físico. Para este tipo de escritores, por un lado, ha elegido por su propia cuenta mantener la distancia con su país, por el otro ha tomado consciencia de que no pertenece ni se integra completamente en su país de destino. Es decir, se encuentra en terreno de nadie. Años más tarde, Vásquez declara que a él le gusta esta sensación de extrañamiento porque siente que “está más anónimo” (Vásquez, *El Faro*: 2011). Sin embargo, su comodidad como “inquilino” no ha sido así desde el principio, sobre todo durante sus primeros años de creación, sino que fue este desarraigo que le impulsó a un estado de parálisis en la búsqueda del tema. Un estado que ha preocupado a ciertos escritores, como en el caso de Philip Roth, quien escribe en Estados Unidos siendo un escritor judío: “Para un escritor de ficción, sentir que no vive en su propio país debe de ser un impedimento profesional muy serio, pues ¿cuál será entonces su tema?” (Vásquez, 2009: 179). En el caso de nuestro escritor, su angustia en la búsqueda del “tema” se muestra, en particular, en su incapacidad de escribir sobre Colombia.

Veamos en su primera novela *La persona* (1997), la acción transcurre en el recuerdo de cuatro personas y el lugar – la ciudad de Florencia – sirve sólo

---

<sup>17</sup> No es la primera vez que Vásquez usa la palabra “inquilino” en su sentido inglés. Hace años, él escribió un cuento titulado “El inquilino” que fue incluido en su libro de cuentos *Los amantes de Todos los Santos*, en el que nos contó cómo un muerto ocupa la memoria de dos personas vivas, y eso transmite al protagonista del cuento una sensación inquieta de que el muerto, Moré, “se apropiaría de una parte de la casa: sería un inquilino permanente” (Vásquez, 2008: 88). Sin duda, un inquilino desquerido que ocupa un sitio que no pertenece al suyo.

para subrayar sus preocupaciones. *Aline Suplicante* (1999), por su parte, plantea un amor incestuoso entre dos hermanos que tiene como escenarios Bogotá y Francia. Incluso en 2001 cuando publicó el libro de cuentos, *Los amantes de Todos los Santos*, los siete cuentos de amor suceden en Francia y Bélgica, en ellos no hay ni un personaje colombiano, notamos que en estas obras Vásquez intentaba encontrar su propia voz y tema fuera de Colombia, rodeado de los lugares cercanos a su existencia real.

En su opinión, esto, por un lado, se debe a que ha crecido leyendo a dos figuras importantes en la literatura, uno es Hemingway y el otro es Borges. El primero le enseña que el método de escribir es “escribir sobre lo que conoces” y el último le enseña con su famoso ensayo “El escritor argentino y la tradición” que los escritores latinoamericanos no tienen la obligación de tener que escribir sobre su país. En opinión de Borges, los escritores argentinos deberían escribir como Mahoma que “sabía que podía ser árabe sin camellos”. Un escritor bueno y tolerable debe “ensayar todos los temas” (Borges 133). Por otro lado, suelen decir que la distancia produce el conocimiento, sin embargo, en el caso de Vásquez, en los primeros años del dos mil, ocurría lo contrario, Colombia era un lugar lleno de zonas oscuras y difíciles de entender, una hoja blanca difícil de rellenar. Porque según él explica: “como dueño de un estatus de inmigrante, que es inestable y precario por definición, mi experiencia es tan incompleta, tan fragmentaria, que no puedo compartir...certidumbres” (Vásquez, 2009: 183). En suma, siguiendo la ideología de Hemingway, sin la certidumbre y el conocimiento, aunque hubiera sido un deseo, no se sintió capaz de escribir sobre Colombia. Por consiguiente, en sus primeros años de creación, sus intentos

literarios quedan fuera de la escena de Colombia. Una situación que no le satisface. Un sentimiento de desorientación y una búsqueda del tema más adecuado gobiernan el nervio de la escritura del escritor. La disconformidad y la insatisfacción que sintió hacia sus primeras dos novelas – *Persona* (1997) y *Alina suplicante* (1999) – le desanimaron e, incluso, estuvo tentado años más tarde de eliminarlas<sup>18</sup>. Mientras tanto, su tercer libro *Los amantes de Todos los Santos*, - para él, su primer libro oficial – sí consiguió cierto éxito y fue incluido en la lista de los más vendidos en Colombia, pero, curiosamente, en la columna de autores extranjeros. Obviamente, esto no coincide con lo que esperaba él: ser un escritor colombiano que escribe sobre temas universales. En suma, se puede decir que ninguno de estos libros ha alcanzado el efecto deseado del autor. Todas las novelas sin explorar temas colombianos, en cierto sentido, han fracasado; por otro lado, aunque quiere escribir sobre Colombia, se siente incapaz de hacerlo. En tal situación, se multiplican las preguntas al escritor, “¿cuál será el tema de mi creación?” y “¿Cómo debo presentarlo en la novela?” Y hasta duda de la razón de irse de Colombia: “¿para qué se va uno? ¿Cómo

---

<sup>18</sup> Años más tarde, cuando el autor habla de estas dos novelas, las considera como dos novelas de aprendizaje y obras prematuras y prefiere eliminarlas: "Me gustaría que me dejaran olvidar esa parte de mi pasado. Me tomo ese derecho" (Vásquez, El País, 2011). Y siete Años más tarde, nos dio el autor una explicación más detallada: “esas dos novelas las escribí cuando era muy joven y por razones muy diferentes me parece que son ejercicios valiosos e interesantes para mí, pero no tengo por qué imponérselos al lector. Veo esas dos novelas como ensayos, como experimentos, como muestra de una búsqueda que se resolvería de mejor manera en el futuro. Pienso que ocurre lo que en el teatro: uno no va a ver los ensayos, sino la puesta y esa es la sensación que tengo con mis dos primeros libros. La primera se llama *Persona* (1997) y la publiqué cuando tenía 24 años. Para ese entonces yo no había leído casi nada de mis contemporáneos, mis lecturas se concentraban en los grandes modernistas como Joyce, Woolf o Faulkner por mencionar algunos, y mi novela pretendía ser un muestrario de todas las técnicas aprendidas en esas lecturas, lo que resultaba quizá pretencioso, un acto de acrobacia. Eso hundió el libro. En la segunda novela, *Alina suplicante* (1999) traté de hacer todo lo contrario, optar por la simpleza, y de ahí resultó una novela simplona.” (Vásquez, *Ojopúblico*: 2018)

escribe cuando está fuera?” Y, sobre todo, “¿cómo justificarán sus libros su partida?” (Vásquez, 2009: 189)

### **1.1.2: Una escapada a Bélgica: Conrad y Naipaul.**

Después de la publicación de su segunda novela *Alina suplicante*, y tras la sensación desagradable que le produjo París y la crisis honda sobre su propio futuro literario, él mismo confesó “sólo quería tomar mis cosas e irme a otro lado” (Vásquez, *Bomb*: 2010). En este momento en el que no sabía hacia donde refugiarse sentimental y psicológicamente, una pareja belga de ancianos de setenta años, Suzanne y Francis Laurenty, le invitaron a vivir con ellos en su casa gigantesca en las Ardenas belgas y averiguar cómo resolver su crisis. Vásquez aceptó. Según afirmó, vivió allí casi un año y llevó “una vida paralela” en la que por las mañanas salía a cazar y el resto del tiempo leía “hasta morir”, con el fin de intentar “encontrar qué clase de escritor quería ser y que clase de lecturas lograrían ayudarme a aquello” (Vásquez, *Bomb*: 2010). Un año de aprendizaje, acumulación y absorción. Durante este año lleno de lecturas, meditación y auto búsqueda en las montañas de Bélgica, encontró a los escritores que cambiaron su ideología sobre qué es la literatura, a los escritores que le ayudaron a encaminarse para convertirse en un escritor maduro, sobre todo, encontró al escritor polaco inglés, Joseph Conrad y más tarde a Naipaul. Conforme a sus propias palabras, ellos son como su “amuleto” o “fetiche”, pertenecen al mismo grupo de escritores inquilinos y a la vez igual que él, “tienen relación difícil con el medio en que escriben” (Vásquez, 2009: 184), por lo tanto, le pueden enseñar cómo lidiar con el medio y con su propia escritura.

En primer lugar, en cuanto al paralelismo con otros relatos, en el sentido del desplazamiento físico, igual que Vásquez, ninguno de los dos escribe en su propio país. Conrad, es de origen polaco, Naipaul es de origen trinitense-hindú, pero ambos escriben en Inglaterra. En otro aspecto, los tres escriben con una lengua híbrida e impura. Una hibridación lingüística traída por el desplazamiento, dado que escribir fuera, igual que leer en otras lenguas, ya es someterse voluntariamente a la hibridación, a la impureza. En el caso de Conrad y Naipaul, dicha impureza proviene de voces polacas y francesas<sup>19</sup> o del Caribe. Y Vásquez, como colombiano, escribe en español colombiano, algo que ya es impureza de forma innata. Una hibridación entre el idioma colonizador y la lengua nativa.

En segundo lugar, ambos escritores suelen escribir sobre países que no conocen bien. La mayoría de las escenas novelísticas tienen lugar en países extranjeros y zonas poco tratadas: las selvas africanas o malasias y el desconocido mar oriental para Conrad, así como los países del tercer mundo, la India y su isla de Trinidad de V. S. Naipaul. En sus libros, ambos escriben aprovechándose de su “condición de viajeros” (Vásquez, 2009:185) como un modo de penetrar zonas oscuras. Eso hace que sus obras compartan un carácter común, una cierta poética común: “la novela no da certidumbre, sino que es un género inquisidor, un género que funciona mejor cuando se adentra en territorios desconocidos o inexplorados, cuando lleva a cabo una averiguación, una iluminación” (Vásquez, 2009:185). Esta forma poética de escribir con incertidumbre rompe la idea de Hemingway que se le inculcó desde joven –

---

<sup>19</sup>A parte de hablar inglés, Joseph Conrad habla polaco y francés.

escribe sobre lo que conoces -, disipa sus dudas frente el desconocimiento sobre Colombia, le hace comprender que el estado de desconocimiento e incertidumbre justamente es el mejor medio, la mejor carta para escribir sobre Colombia. Vásquez dice que “la literatura es cuestión de método. Tu trabajo como escritor es encontrar el método adecuado para contar la historia que quieres narrar, los personajes que quieres evocar” (Vásquez, *Bomb*: 2010). Para él, el método que le enseñan Conrad y Naipaul es su método adecuado para tratar los temas colombianos y le hace comprender que:

“todas las condiciones de mi experiencia como inquilino – las incertidumbres, las particularidades de una vida más o menos itinerante, la experiencia fragmentada, la percepción desde fuera de un país inestable y, sobre todo, el tratamiento de ese país como territorio desconocido – están incluidas de manera tácita en la novela” (Vásquez, 2009: 188).

En este sentido, se puede decir que *Los informantes*, es el libro más importante entre todos los libros publicados hasta hoy día de nuestro escritor. No es sólo porque en *Los informantes* Vásquez nos ofrece una estética narrativa más desarrollada, unos temas y una preocupación más universales, y una historia mucho más amplia y ambiciosa, en comparación con sus anteriores libros, sino también porque como el propio autor ha confesado en su ensayo “Literatura de inquilinos” - gracias a Conrad y Naipaul-, además de romper con varias de sus lealtades literarias más arraigadas y con la mayorías de sus prejuicios, sobre todo rompe con una de las limitaciones más notarias que hasta entonces ha tenido: la imposibilidad de descubrir algo nuevo sobre Colombia:

“Hace un par de años publiqué una novela, *Los informantes*, que además de romper con todas las convicciones que hasta entonces había tenido sobre el oficio, rompía con varias de mis lealtades



literarias más arraigadas y con la mayoría de mis prejuicios, y sobre todo rompía con una de las limitaciones más notorias que hasta entonces había tenido: la imposibilidad de escribir sobre Colombia. Me tomó diez años descubrir el tono adecuado para tocar la realidad desbordante de mi país, una realidad capaz de dejar en ridículo la imaginación más intensa; pero sobre todo me tomó diez años descubrir, gracias a Conrad y a Naipaul, que mi país podía ser material novelístico precisamente porque hasta el momento yo había sido incapaz de entenderlo, o en otras palabras, precisamente por su condición de zona oscura. [...] Sospecho que el novelista que yo era cuando comencé a publicar se sintió paralizado por la falta de certezas disponibles sobre aquel << punto de donde partimos >>; hoy, en cambio, la falta de certezas me parece la mejor razón para emprender el complejo aparato preguntón que es una novela. Con esto en mente escribí *Los informantes*.” (Vásquez, 2009:187-88)

A partir de esta novela, entender qué es Colombia se convierte en un tema sumamente importante. Empero - tal vez debido a su identidad de escritor expatriado, o a hablar desde su propio punto de vista, la identidad de “autor de inquilino” -, a Juan Gabriel Vásquez no sólo le interesa explorar la vida de los colombianos de diferentes generaciones y de distintos tiempos y espacios históricos, sino también le fascina descubrir cómo es la vida de los extranjeros que viven en Colombia o la de los colombianos que residen en países extranjeros. Y aún añade el sentimiento de incertidumbre que ha experimento él mismo respecto a sus personajes extranjeros para entender su respectivo país de acogida. Es el caso de Sara Guterman, una judía alemana que vive cada día para entender mejor a Colombia, este país que la ha hecho sufrir y perder por razones casi inexplicables, y el de Elaine, quien, en opinión de su propia hija Maya, era “una gringa perdida que estaba saliendo con un colombiano sin entender gran cosa ni de Colombia ni del colombiano” (Vásquez, 2011: 112). De este modo, bajo esta poética influida por su propia perspectiva, el mundo narrativo de nuestro autor colombiano deja de ser un mundo puro colombiano para ser un

mundo mezclado y convivido entre los colombianos y los inmigrantes extranjeros, así como entre el conocimiento y la incertidumbre. Y la historia contada en sus novelas no sólo se limita a ser una historia de los colombianos, sino también una historia de indagación sobre la identidad colombiana entre la hibridación e impureza.

Por consiguiente, si decimos que su decisión de irse a París hizo a Vásquez convertirse en escritor, entonces su encuentro con Joseph Conrad en la estancia en Bélgica y más tarde con Naipaul le hizo madurar como escritor. La escritura de estos dos autores le salvan de la ideología narrativa de Hemingway – “escribe sobre lo que conoces” (Vásquez, 2009: 186) – y con ellos logra entender cómo la magia del desconocimiento y la incertidumbre funciona en la literatura; segundo, son ellos dos los que le enseñaron a “ver el desplazamiento físico como una fuente de energía creativa” (Vásquez, *Bomb*: 2010); tercero, sobre todo, son ellos dos los que le enseñaron a escribir “la historia en término de personas” (Vásquez, *Bomb*: 2010). Mientras tanto, de hecho, estos tres aspectos vuelven a resolver la angustia y la desorientación que siente Vásquez sobre su creación literaria, es decir, contesta a sus anteriores preguntas: primero, ¿cuál será el tema de mi creación? segundo, ¿cómo debo presentarlo en la novela? y, por último, ¿cómo justificarán mis libros mi viaje?

## **1.2 La identidad colombiana desde una perspectiva macroscópica.**

La identidad, es el conjunto de rasgos que nos caracterizan y diferencian de los demás. Es pieza clave en la forma de entender la vida e interpretar el mundo que nos rodea. La novela sobre la búsqueda de identidad no es

infrecuente a lo largo de la historia de la literatura mundial. En particular, en la literatura hispanoamericana, se trata de un tema común. Inhibida su escritura por razones políticas y doctrinarias durante los siglos coloniales, la novela hispanoamericana nació, tardíamente, con las revoluciones de independencia de los países latinoamericanos y adoptó, desde el principio, una franca posición emancipadora, que busca su propia identidad. Según señala Gonzalo Celorio, en su ensayo “Epígono y precursor”, el primer propósito literario de América fue independizar el entorno natural a través de la palabra. Durante el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, del argentino Domingo Faustino Sarmiento al colombiano José Eustasio Rivera, del uruguayo Horacio Quiroga al venezolano Rómulo Gallegos, los escritores se empeñaron en describir la naturaleza brava del continente- sus selvas y ríos, sus pampas, montañas y desiertos- y en dar cuenta de las denodadas y casi siempre frustrantes luchas del hombre por domeñarla. Guiados por el viejo paradigma que oponía la civilización a la barbarie, planteado por Sarmiento en *Facundo* al mediar el siglo XIX, pretendieron también, paralela o consecutivamente a la apropiación del paisaje, adueñarse de lo que ahora llamaríamos el patrimonio intangible de sus países: la historia, la sociedad, la cultura americana para conformar, como meta final de su emancipación, una identidad propia y un lenguaje capaz de definirla y expresarla (Celorio, 2012).

A la vuelta de su historia, la novela hispanoamericana superó el dilema decimonónico creando una nueva corriente que José Lezama Lima llamó *el arte de la ciudad* o lo que dice Alejo Carpentier el indicio de los derroteros eminentemente urbanos. Según Carpentier, “pintar montañas y llanos es más

fácil que revelar una ciudad y establecer sus relaciones posibles – por afinidades o contrastes- con lo universal. Por ello, esa es la tarea que se impone ahora al novelista latinoamericano” (Carpentier 127). Muchos escritores latinoamericanos practicaron esta poética en sus obras durante todo el siglo XX, como el caso de Carlos Fuentes, cuya obra, *La zona más transparente* y *Muerte de Artemio Cruz*, son una búsqueda de la identidad mexicana describiendo la ciudad. Mario Vargas Llosa realiza un manifiesto de lo que es ser peruano en *La ciudad y los perros*, *La casa verde* y *Conversación en La Catedral*; mediante Macondo, García Márquez escribe sobre la identidad colombiana en su obra emblemática, *Cien años de soledad*. Aunque después del famoso ensayo de Borges que trata de la tradición y la literatura argentina, un escritor latinoamericano ya deja de sentir la obligación de escribir sobre su país, Vázquez joven, en una época también lo sintió así, pero Vázquez maduro cada vez se identifica más con lo que dice Naipaul: “Todo escritor debe escribir a partir de un fuerte sentido de su lugar de origen” (Cfr. en Vázquez, 2009: 181) y señala en una mesa ronda sobre las raíces y la identidad:

“Nuestra identidad nos desautoriza totalmente o bien son un símbolo perfecto de lo que pasa en la literatura de hoy en día, aseveración sostenida por el propio Mario Vargas Llosa en su discurso ante la Academia Sueca del Nobel: “No me parece que haberme convertido, sin proponérmelo, en un ciudadano del mundo, haya debilitado eso que llaman “las raíces”, mis vínculos con mi propio país.” (Vázquez, *Club del Libro en Español*: 2010)

Además, añade que “nuestra identidad y nuestros relatos constituyen nuestra conciencia de lo que somos en este siglo XXI” (Vázquez, *Club del Libro en Español*: 2010). Por consiguiente, en sus relatos, es cierto que se ve un esfuerzo por tener conciencia de lo que es ser uno mismo, y también lo que es

ser colombiano. A mi parecer, este esfuerzo se muestra al menos en dos aspectos: primero, en una observación interna sobre sí mismo; segundo, en el choque y el conflicto con el otro. Primero, en su novelas sobre Colombia, siguiendo la tradición de “El Arte de la ciudad”, entre unos edificios viejos, sucios y rotos, el cielo siempre gris, el gentío que siempre camina con prisa en la calle, las autopistas largas y monótonas que comunican las ciudades colombianas, el paisaje modesto del campo, el frío y el calor, o un perro descansando bajo el árbol, con una pluma minúscula y detallista, nos dibuja Vázquez físicamente un retrato tanto urbano como campesino de Colombia en distintos espacios temporales. Empero, frente a los escritores que escriben con un fuerte tono local para describir Colombia, las obras de Vázquez no dependen de la estabilidad que ofrece un lugar fijo. Sino que en él, los lugares de acción cambian y siempre se encuentran en un estado de movimiento. Silvana Paternostro también ha comentado que en los libros de Vázquez, “el asunto del desplazamiento y la búsqueda de entender qué significa Colombia es muy fuerte” (Paternostro, 2010). Es el asunto del desplazamiento lo que pertinentemente promueve el desarrollo de la historia. Por ejemplo, la historia de *Los informantes* comienza con la emigración de la familia Guterman desde Alemania a Colombia; la historia del robo en *La historia secreta de Costaguana* pone en escena el exilio voluntario de Altamirano a Londres; mientras que se puede decir que la tragedia en *El ruido* no sucede sin relación con la inmigración de Elaine.

Como E.L.Doctorow afirma “Faulkner tiene su pedazo de tierra en Misisipí, y yo tengo una década del siglo veinte, que da la frontera para la

historia que quiero contar” (Cfr. en Fu, 2015). En las novelas de Vásquez, también se advierte que el espacio territorial no está fijo, sino que es el espacio temporal el que esboza el límite del esquema histórico. Para él, para explorar la identidad colombiana, no imperiosamente, la historia tiene que tener lugar en Colombia, el personaje principal no tiene por qué ser un colombiano, pero es imprescindible una época histórica específica. Esta sirve de punto de partida para construir la historia, como un ámbito territorial para otros escritores. De acuerdo con el orden cronológico de sus historias, *Historia secreta de Costaguana* abarca desde mediados del siglo XIX hasta principios del siglo pasado; *Los Informantes* se centra en la época de la Segunda Guerra Mundial, los años cuarenta del siglo pasado; y el espacio temporal de *El ruido de las cosas al caer* sitúa la historia de dos generaciones, entre los años sesenta del siglo pasado y finales del mismo siglo. Con arreglo a cada momento histórico, el temperamento colombiano también varía. Pensando en todas las novelas de nuestro escritor, Vásquez analiza las vidas de personas completamente distintas que viven dentro o fuera de Colombia y las entrelaza para crear un prisma de la identidad colombiana a lo largo de casi dos siglos, en los que nos indica cómo era Colombia en el pasado y cómo es en la actualidad, y a través de ello se prevé cómo será su futuro.

Segundo, el autodescubrimiento de una persona o un país suele tener lugar entre el conflicto y la comparación con otros. La existencia del otro es prescindible para la confirmación de la identidad propia, precisamente como cree Tzvetan Todorov, “el descubrimiento del Yo es posible sólo a través del descubrimiento del Otro, el cual es solamente una abstracción construida por el

Yo” (Garduño, 2010). En las novelas de Vásquez, bajo un ambiente de hibridación, a veces mediante el punto de vista de los alemanes, los franceses, y de los norteamericanos, nos presenta una Colombia de distintos temperamentos, tal como en la impresión de Sara Guterman, el carácter de su nuevo país: “era un país donde un hombre manda la parada por el hecho de venir del norte; que para la mitad de sus huéspedes, pomposos y arribistas, estar en el hotel era de alguna manera estar en el extranjero... el único papel de importancia que podían tener en su minúscula obrita de teatro” (Vásquez, 2004: 41). En *El ruido de las cosas al caer*, el temperamento de Colombia se concreta en las palabras de Elaine, voluntaria americana de Cuerpos de Paz:

Ya había sucedido en varias ocasiones: los colombianos, se quejaba Elaine, creían que la labor de los Cuerpos de Paz era llevar a cabo todo lo que a ellos les daba pereza o les parecía difícil. << Es la mentalidad de la colonia>>, solía decirle a Ricardo cuando hablaban del tema. <<Tantos años acostumbrados a que otro les haga las cosas no se borran así>> (Vásquez, 2011: 177)

Tal vez, tanto las palabras de Elaine como las de Sara Guterman son subjetivas para describir el carácter de un país, pero nos brindan una perspectiva no colombiana para completar el entendimiento hacia este país. Así que exhibidas las explotaciones del pasado y la actualidad colombiana, los retratos urbanos y campesinos, las observaciones tanto de los forasteros como de los colombianos respecto a sus problemas políticos, sociales y éticos, y los pensamientos y preocupaciones sobre ello del autor mismo, Vásquez enlaza todas sus novelas para presentar una panorámica colombiana en el sentido macroscópico, que se puede describir con una frase llena del sentimiento de amor y odio del narrador de *Historia secreta de Costaguana*: “Colombia es una

obra en cinco actos que alguien trató de escribir en versos clásicos pero que resultó compuesta en prosa grosera, representada por actores de ademanes exagerados y pésima dicción...” (Vásquez, 2007: 37).

### **1.3: La identidad colombiana desde una perspectiva microscópica.**

Cuando habla de la influencia de otros escritores en su escritura, nuestro autor recuerda el epígrafe de *Balzac* que Vargas Llosa pone en *Conversación en la catedral*: "La novela es la historia privada de las naciones" (Vásquez, *El Faro*: 2011). En su libro *El arte de la distorsión*, Vásquez también trató este tema. Se puede decir que la palabra “privada” ha dado en la diana de su postura sobre cómo escribir, porque cree que “la única razón de ser de la novela es decir lo que sólo la novela puede decir” (Vásquez, 2009: 38), en la que no sólo cuenta la historia que ocurrió, sino que también, incluso lo más importante, cuenta la historia que hubiera tenido lugar en el pasado o completa sin miedo los espacios donde la historiografía ignora lo que pasó o lo sabe de forma incompleta. Aún dijo que el episodio de la Masacre de las Bananeras en *Cien años de soledad*, involuntariamente, da cuerpo a uno de los debates importantes: “la imposibilidad de conocer la historia, o más bien, la idea de que toda la historia, puesto que nos es contada, es apenas una versión” (Vásquez, 2009: 41). Por decirlo de otra manera, la historia misma también es una ficción. Esta propuesta ha permitido a la ficción la libertad de modificar las cronologías, cambiar los escenarios, crear las casualidades, en suma, “la libertad de distorsionar la historia” (2009: 41). Justamente en esta libertad de creación, es probable cambiar la historia con la imaginación y la sensualidad de la experiencia personal, hacer una novela con el



calor humano, en la que se encuentra una manera nueva y distinta para acercarse a su nación y su pasado.

La reflexión sobre que la historia no debe ser unitaria no ha sido propuesta recientemente. Walter Benjamín, en su tesis sobre la filosofía de la historia, sostuvo que la historia como curso unitario es una representación del pasado construida por los grupos y clases sociales dominantes:

“¿Qué es, en realidad, lo que se transmite del pasado? No todo aquello que ha ocurrido, sino sólo lo que parece ser relevante. En la escuela, por ejemplo, hemos estudiado mil fechas de batallas, de tratados de paz, o de revoluciones, pero nunca se nos ha hablado de las transformaciones relativo al modo de alimentarse, al modo de vivir la sexualidad, o a cosas parecidas. Lo que narra la historia son los avatares de la gente que cuenta, de los nobles, de los monarcas, o de la burguesía cuando se convierte en clase de poder: los pobres, sin embargo, o aquellos aspectos de la vida que se consideran “bajos”, no “hacen historia” (Cfr. en Vattimo, 125).

En opinión de Walter Benjamín, la historia tal y como la conocemos ha sido contada por los representantes de la clase del poder. De ello se deriva que, uno de los deberes de los escritores justamente consiste en cambiar esta perspectiva y tratar la historia contando y registrando “el modo de alimentarse”, “el modo de vivir la sexualidad” o “cosas parecidas”. Lo cual también corresponde a la visión de la tendencia literaria que se conoce como “Nuevo Historicismo” que plantea, desde un enfoque plenamente postmoderno, “la compleja interacción entre sociedad y cultura negando la existencia de verdades absolutas y surgiendo tanto la sustitución de metarelatos tradicionales por micronarraciones, como la reconceptualización de la historia de una forma abierta y plural” (M. J. Bragado, 2010). Juan Gabriel Vásquez mismo es un

practicante de este canon literario<sup>20</sup>. En sus obras existe una búsqueda entre lo plural, lo complicado y lo indeterminado frente al pasado tanto colectivo como personal. Se puede decir que todos sus protagonistas se ocupan de la búsqueda de una verdad o una causa entre varias historias contradictorias o sin vínculo ninguno. En *Los informantes* nos crea Vásquez un conflicto entre padre e hijo, entre una historia distorsionada con propósito y un esfuerzo dedicado a la búsqueda de la historia verdadera entre varias historias. En *Historia secreta de Costaguana*, nos brinda una diferencia entre “la narración que recibimos y la verdad de los hechos” (Rita De Maeseneer y Jasper Vervaeke: 2010), incluso nos da una sensación de perderse en lo confuso porque no podemos asegurar que lo que cuenta el narrador sea cierto. Y *El ruido de las cosas al caer* se construye sobre varias historias cruzadas: el narrador cuenta su propia historia; Aura cuenta su historia; las cartas o documentos cuentan la historia de Ricardo Laverde y Elaine; Para Maya (hija de Ricardo y Elaine), Ricardo sólo es una invención, o una historia de su madre Elaine. Cada uno tiene una historia o una versión de la historia. Así que la realidad que buscan sus protagonistas está metida en numerosas historias fragmentadas, contadas por diferentes personas y mediante diferentes medios. El sentido de su escritura nunca existe en una historia unitaria, sino entre las relaciones de diferentes historias. Esta teoría – la historia es ficción - se encuentra en una entrevista de nuestro escritor con la escritora colombiana Silvana Paternostro:

---

<sup>20</sup> Y desde este punto de vista, la literatura, es lugar de observación privilegiado para examinar el funcionamiento de la sociedad, sus relaciones y procesos y para llenar los vacíos o huecos de la memoria colectiva contando lo menor, subalterno y olvidado. En el mundo literario, este tipo de novelas históricas gozan de una vitalidad clara y un éxito en el mercado. Entre ello, en América Latina, los representantes de esta tendencia son numerosos y Juan Gabriel Vásquez es uno de ellos, así como Abel Posse, Ana Teresa Torres, María Rosa Lojo, Pedro Ángel Palou, Ena Lucía Portela, etc. (Bragado, 2010).

“¡Los países y los gobiernos son los mejores narradores! Su habilidad de hacer creer, de recurrir a las mejores metáforas; su poder – que los novelistas rara vez tienen – de eliminar cualquier elemento discordante, cualquier cosa que cuestione su narrativa. La historia es un relato contado por el poder, no hay nada nuevo en esto. Así que una de las pocas justificaciones posibles de la novela – aunque no lo requiera – es la contradicción. No es sobre contar que pasó sino que podría haber ocurrido. Lo que llamamos pasado, público o privado, es solo una historia invariable contada por primera vez por alguien con ciertos intereses, prejuicios e influencias. Las novelas nos recuerdan eso, que no hay una sola verdad, una sola historia ni un solo pasado” (Vásquez, *Bomb*: 2010).

Según lo expuesto arriba, para Vásquez, el control de las autoridades forma parte del totalitarismo en la narración de la historia, y por supuesto, también en la creación de la identidad colombiana. En su opinión, escribir la novela es el medio privado y personal para liberarse de este totalitarismo y reconstruir su propia historia colombiana desde una perspectiva, que aún no está explorada, o al menos de manera suficiente. De este modo, lo que procuro hacer en esta parte del estudio es explicar qué ha hecho Vásquez en un sentido “microcósmico” para llevar a cabo la construcción de su historia privada de la nación y de la identidad colombiana.

### ***1.3.1: La ética narrativa como asombro.***

Ya hemos visto que después de cierto rodeo y reflexión, su situación de “inquilino” (escribir fuera de Colombia) produce funciones positivas a nuestro escritor. Este desplazamiento tanto físico como temporal con Colombia, le ayuda a poder describirlo desde una perspectiva nueva: un estado de incertidumbre. Bajo su pluma, todos sus personajes son expulsados hacia una situación en la que se encuentran el desconocimiento y la duda, así como una

necesidad de indagación. Esta tensión producida por la investigación en las novelas tiene como resultado el comentario de los críticos que apuntan al tono misterioso y ambiente policial de sus obras. Esto conlleva el riesgo de hacer creer a la gente que desconoce su producción, de forma equívoca, que se trata de novelas policiacas. Sin embargo, una sensibilidad sutil sobre los problemas sociales y políticos colombianos y una explotación amplia sobre el origen o un porqué sobre estos problemas mismos hacen que sus novelas no sólo posean la legibilidad exigida por los lectores, sino que también otorguen en particular la profundidad requerida a lo literario y construyan los elementos importantes para retratar el temperamento nacional.

La crítica Marianne Ponsford comenta que la obra de Vásquez “fluye, pero no como un arroyo alegre o inocente, sino como un río de caudal denso y oscuro, en el que uno intuye escondidas corrientes que amenazan” (Ponsford, 2011). Lo cual en mayor grado es debido a que el autor ha sido influido por la ética literaria del escritor peruano, Mario Vargas Llosa: el escritor es “la voz de lo incómodo”, es “el aguafiestas” (González, 2015). Considera que los escritores deberían enfrentar cara a cara el lado negativo y oscuro de una sociedad, un país, o del mundo. Generalmente, al hablar de la maldad que se genera en Colombia, lo que surge de inmediato suele ser la violencia, el tema más tratado en la literatura colombiana. También es cierto que, en todas las novelas de Vásquez, aparece la violencia, como una línea del desarrollo. En su opinión, la violencia es un tema con peso específico y aunque ha sido tratada de diversas maneras, sigue teniendo un lugar de vacío para explorar, difícil de entender, como una zona oscura, según él mismo revela:

“La literatura siempre se ha alimentado de conflicto. Si grandes generaciones literarias durante toda la historia han coincidido en temas como estos es porque algo está pasando en sus países que no logran entender, y la violencia es una de esas cosas difíciles de entender, y por eso, mientras haya violencia, mientras haya muerte y destrucción, siguen saliendo novelas para tratar de explicar eso tan difícil de entender” (Vásquez, *El Faro*: 2011).

Declara que no le preocupa el hecho de la reiteración de un hecho tan común en Colombia:

“Eso solo pasa cuando la novela es mala, pero cuando la novela es buena, es todo lo contrario. La literatura lo que logra es hacernos sentir que ese mundo es absolutamente nuevo, sorprendente, impredecible y chocante. La mala literatura anestesia, la buena novela logra que un asesinato o un enamoramiento, algo que hemos visto mil veces, lo veamos por primera vez, con luz para entender algo” (Vásquez, *El Faro*: 2011).

Dicho de otra manera, para nuestro autor, una buena novela requiere la capacidad de hablar de los temas comunes y antiguos con un estilo propio y original, necesita cumplir con lo que dice Naipaul: “la labor del novelista es revivir el asombro del lector ante un mundo que es, por derecho propio, asombroso” (Vásquez, 2009: 186). Con el fin de producir el asombro en sus lectores, por un lado, él busca asuntos poco conocidos. En su opinión, ha tenido la fortuna de proceder de “un territorio donde la novela tiene todo por hacer, donde el asombro está aún intacto” (Vásquez, 2009: 187). Así que en sus dos primeras novelas sobre Colombia nos brinda dos momentos poco explotados y conocidos: la época de Las Listas Negras en Colombia y la separación de Panamá en 1903; por otro lado, lo más importante es tratar los temas desde una perspectiva renovadora. Esto lleva al autor a introducirnos en zonas más oscuras que la oscuridad de la historia misma, y nos expulsa para entrar en las marañas

complicadísimas de la psicología de sus personajes, en las que nos hace preguntas difíciles de “comportamiento humano, de nuestros errores, de nuestras decisiones y de cómo lidiamos con las consecuencias de estas” (Vásquez, *Las Dos Orillas*: 2014).

Leyendo las obras de Vásquez, no es difícil notar que la mayoría de sus novelas poseen dos facetas: primero: una exploración sobre la Historia, que principalmente se ve demostrada en los temas vinculados con los problemas históricos y sociales, tales como la violencia, la política, el imperialismo, o la historiografía; segundo, una exploración hacia las grandes preguntas existenciales y morales de los individuos. Como él mismo ha revelado en la entrevista con *El Faro* después del premio Alfaguara, cuando le elogian por captar la esencia de Colombia.

“Lo que he hecho con mis libros es perseguir mis obsesiones, y mi obsesión en mis novelas es ese cruce de caminos que hay entre la vida pública, lo que llamamos historia, lo que llamamos vida social, y la vida privada de la gente, las vidas íntimas, las historias con minúsculas, ese cruce de caminos es lo que siempre me ha interesado como novelista. Como la historia con mayúscula afecta nuestras pequeñas historias con minúscula, y la forma que ha tomado esa obsesión son novelas que tratan de explorar momentos difíciles de la historia colombiana.” (Vásquez, *El Faro*: 2011)

Además, hay que darse cuenta de que la sonda con la que analiza el autor estas dos facetas no es igualmente profunda. Primero, sin duda ninguna, la Historia, efectivamente, ocupa un lugar importante en las obras del autor, como lo confirma él mismo en “Diálogo de la lengua”: “tanto *Los informantes* como mi próxima novela intentan traer, a la fuerza, la historia universal a Colombia, ubicar a Colombia en el panorama de las grandes historias” (Vásquez, *Quórum*,

2006), porque en la Historia se encuentra la llave para comprender el presente y el futuro. Pero, en sus prácticas literarias, sólo deja que la Historia se encarne como memoria colectiva y se desalinice como contexto histórico, y que sirva como uno de los dos pedernales que producen el fuego, porque el fuego verdadero en sus obras siempre se encenderá en una tensa relación entre la gran fuerza social e histórica y las vidas privadas de los protagonistas. Un tema eterno en sus obras es explorar cómo la gente pequeña actúa cuando su vida ha sido influida o invadida por la fuerza social e histórica. Lo califica de cruz entre la “Historia con Mayúscula” y “las pequeñas historias privadas de los personajes” y aún explica que sus obras son “la versión íntima, personal de los hechos públicos, no es sino un paso mínimo al lado de la Historia” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010). O dicho de una forma más concreta, en vez de hablar de la Historia y sus grandes temas, Vásquez prefiere disponerse a narrar la historia personal. En vez de lanzar una crítica vacía hacia el defecto político y la violencia nacional, prefiere situarse al lado de las personas corrientes y habla para aquellos que no participan de forma directa en la política y su violencia, pero son invadidos y heridos por éstas casi en cada momento. En sus obras, pocas veces se lee un pensamiento que esté en contra de algún gran tema de forma muy directa y aguda, como pueda ser la violencia o el imperialismo, sino que describe las emociones frente a ello: el miedo, la indiferencia, o una sensación de impotencia en general, así como el sentimiento de no saber cómo enfrentarse a estas fuerzas terribles e incesantes. Tal vez, esto se hace con un propósito de revuelta calmada y sobria de nuestro escritor. Tal como en la nota preliminar de *Las ciudades invisibles*, Italo Calvino declaró: “libros que profetizan catástrofes y apocalipsis hay muchos; escribir otro sería pleonástico,

y, sobre todo, no se aviene a mi temperamento. Lo que le importa a mi Marco Polo es descubrir las razones secretas que han llevado a los hombres a vivir en las ciudades, razones que puedan valer más allá de todas las crisis” (Calvino 6). Los buenos escritores se asemejan. Tal vez, igual que Calvino, para Vásquez, sólo tratar el tema de la Historia con mayúscula ya impide el asombro en los lectores, pero narrar las emociones y los sentimientos de los protagonistas que se encuentren bajo la sombra de la fuerza construye un viable punto de partida para acercarse a su identidad nacional, tal como él mismo ha declarado que “el novelista, es un historiador de las emociones”:

“Uno puede ir a YouTube y ver el video del asesinato de Luis Carlos Galán [político liberal (1943-1989), asesinado por orden de Escobar], en las hemerotecas colombianas se pueden encontrar fotos de las bombas de Pablo Escobar, se puede encontrar el número de víctimas que produjo una cierta bomba en un avión, pero mi preocupación fue que nada de esto nos habla del impacto que esta época tuvo en nuestras vidas internas, nuestras vidas emocionales, morales. Esto no está documentado: un historiógrafo, o un periodista, no tiene acceso a las emociones, al trastorno moral que eso significó para los que lo vivieron. El novelista, en cambio, es un historiador de las emociones.” (Vásquez, *Confluencia*: 2013)

### **1.3.2: La ética narrativa como complicidad humana.**

Si decimos que la importancia de *Los informantes* consiste en permitir a Vásquez escribir sobre Colombia, *Historia secreta de Costaguana* avanza en la madurez narrativa del escritor, porque, mediante esta novela, nuestro escritor descubre cuál es su tono más apropiado para hablar sobre los temas vernáculos. Cuando el estudioso belga, Jasper Vervaeke entrevista a Vásquez, comenta que, en sus obras, con la excepción del tenor exuberante de *Historia de Costaguana*, ha afinado un “sello vasquiano” caracterizado por una voz pulida en un ambiente



“brumoso”, “moralmente complejo” y a la pregunta sobre si se lanzará a “otro experimento camaleónico como *Costaguana*”, nuestro escritor responde:

“*Costaguana* fue un histrionismo, una pieza teatral que yo representé, mientras que en las otras novelas la voz, los ambientes y los intereses se corresponden a mi propio temperamento. Crear un narrador o un personaje siempre es asumir una máscara, y uno decide qué tan cercana está esta máscara de su sensibilidad y temperamento. *Costaguana* es ese momento de la noche en que empiezas a contar bromas en la mesa, a asumir la voz de otro. Así como para hablar de esos temas el descubrimiento de esa voz fue muy importante, puede que vuelva a suceder. Pero sí he descubierto que lo que me viene de manera más natural es el otro tono, el de *Los informantes*, *El ruido* y *Las reputaciones*. Viendo los proyectos que tengo ahora, creo que cada vez más voy hacia eso, lo identifico cada vez más con mis inquietudes, con la cualidad moral de las novelas que me gusta leer, con las preguntas que quiero hacerme en mis novelas. *Los informantes*, *El ruido* y *Las reputaciones* se acercan mucho más a cierta familia literaria que asocio con las ideas de la tragedia clásica, en el sentido del hombre cuya vida es vulnerable a fuerzas que no entiende. Pero también en el sentido de la tragedia como metáfora de la caída, como la idea de rastrear ese proceso desde el cual un personaje que está en las alturas de su vida acaba cayendo. Este es el mundo que quiero explorar en la acción, y en mi cabeza esto suena con la misma voz de estas novelas, no con la de *Costaguana*. *Costaguana* es una tragicomedia, à la limite, pero muchas veces está más cerca del vodevil o la farsa” (Vásquez, *Letras Libres*, 2014: 42-43).

Según lo que ha expuesto Vásquez, el tono aplicado en las novelas, excepto en *Costaguana*, no sólo se corresponde con su temperamento, sino que también responde a la necesidad de la creación y sus inclinaciones literarias. Respecto a esta necesidad, hay dos puntos que merecen ser tenidos en cuenta. Primero, sus novelas son una respuesta a sus inquietudes, lo cual nos explica que por más ficticias que sean sus obras, siempre nos presentan un acercamiento a una realidad cotidiana, hasta el punto de que en varias entrevistas le preguntan si sus novelas son autobiográficas. Él suele reconocer cierto contenido

autobiográfico, “no porque las cosas que les pasan a sus personajes le hayan pasado a él, sino porque a sus personajes les pasan cosas que no quiere que le pasen a él mismo” (L.Menjivar, 2011). Es decir, sus novelas no están construidas sobre sus experiencias personales (aunque algunos actos de sus narradores, también los tiene el autor, tal y como, igual a Antonio Yammara de *El Ruido*, él siempre iba a la Casa de Poesía cuando estudiaba en la universidad para escuchar las poesías de José Asunción Silva), sino sobre sus fantasmas, sobre sus problemas, sus angustias, así como sus miedos, justamente por lo que antes hemos afirmado: un escritor debe ser un historiador de emociones.

En segundo lugar, como dice Ralph Waldo Emerson, el miedo siempre procede de la ignorancia. Vásquez revela que sus novelas se asocian al sentido de la tragedia clásica, en el que la vida del hombre “es vulnerable a fuerzas que no entiende” (Vásquez, *Bomb*: 2010). En mi opinión el motivo se puede encontrar en que Vásquez suele establecer una zona gris de doble sentido en sus novelas: por un lado, en el sentido de la Historia misma, por el otro, en el sentido de la naturaleza humana, y el mismo reconoce que a partir de cierto momento le empieza a obsesionar explotar “algunas áreas grises de nuestra historia, de nuestro *geist* como pueblo” (*Bomb*: 2010).

Hemos hablado de que una cierta época histórica marca la frontera en la historia en Vásquez, por tal razón, la selección de la época histórica se hace necesaria para presentar la identidad de su país. En sus obras, aunque no falta la violencia ni el conflicto, nunca aparece una época estereotípica o altamente simbólica, sino que se muestran más los momentos grises y difíciles cuando no

están claros los límites entre lo correcto y lo incorrecto<sup>21</sup>. De este modo, se ve que en *Los informantes* explora un momento histórico poco conocido, pero quién busque culpables no los va a encontrar, sino que sitúa al lector ante una zona gris en la que unas disposiciones gubernamentales bienintencionadas tuvieron consecuencias desastrosas para unas personas que no sólo no tenían relación con los nazis, sino que habían escapado de ellos. *El ruido* plantea una historia secreta e irónica en la que los miembros del Cuerpo de Paz, la agencia federal de Estados Unidos para transmitir la paz y la amistad con el tercer mundo, fueron agentes indirectos del narcotráfico colombiano<sup>22</sup> cuando Nixon declaró la guerra contra las drogas: “un problema de salud pública con puntos focalizados se convierte por obra y arte de esa decisión en una gran industria de corrupción y violencia” (Sabogal, 2011) en Colombia.

También tal y como apunta Carlos Fuentes en *La gran novela hispanoamericana*, Vásquez nos ofrece “la zona gris de la acción y de la conciencia humana donde nuestra capacidad de cometer errores, traicionar, ofuscar, crea una cadena de infidencias que nos condena a un mundo de insuficiencias” y al hacerlo “nos coloca ante disyuntivas morales e históricas inevitables” (Fuentes, 2011). Aparte de su interés por los momentos históricos, no olvidemos su interés por demostrar la zona gris del “geist como pueblo”

---

<sup>21</sup> *Costaguana* es una excepción. Ella nos recuerda de una época oscura, una época más ridícula y absurda que la de cualquiera narrativa literaria, en la que por un lado el conflicto entre los dos partidos del país es incesante y por el otro la visión imperialista de las potencias extranjeras nunca le deja en paz. Una época en el que el Mal en mayúscula está desenfrenado.

<sup>22</sup> Según Vásquez revela "eso no aparece en los libros de Historia, pero en Colombia es un secreto a voces que en los Cuerpos de Paz había mucha gente salida de la contracultura hippie, que en sus estancias en México, Jamaica y Guatemala, o en California, había aprendido técnicas de cultivo de la marihuana y transmitió esos conocimientos a los campesinos colombianos" (Ortiz, 2011).

(Bomb: 2010). El “geist” se puede entender como el espíritu y el espíritu de un pueblo está íntimamente relacionado con la ética de la sociedad y la época. En este sentido, podemos decir que lo que quiere decir Vásquez cuando habla de la zona gris del “geist como pueblo”, en realidad se refiere a la zona gris de la naturaleza humana, donde no se puede distinguir fácilmente lo bueno y lo malo, lo que llama Nietzsche “más allá del bien y del mal” (Nietzsche: 1997). Por ende, en sus “Historias” con mayúscula, Vásquez nos describe personajes moralmente dudosos frente a las decisiones y errores cometidos en su correspondiente época histórica. Como el caso del conflicto entre lo público y lo privado, el olvido y la memoria, la culpa y el perdón en *Los informantes*; el amor y la redención, la tensión entre el esfuerzo personal y el deseo material en *El Ruido*; la duda entre el amor genérico y el amor personal frente la desgracia nacional en *Costaguana*, lo cual demuestra que, en cierto sentido, estas novelas se convierten en ese tipo de novelas que nos presentan la situación moral de los personajes frente a los hechos históricos y su consecuencia, en vez de la verdad del momento histórico. Y, además, esta inclinación es más obvia en su última novela, donde abandona el momento histórico para narrar sólo los tres días en la vida de Javier Mallarino, un hombre que cambió la pintura por la caricatura, aunque con ella se convirtió en el más importante e influyente creador de opinión en el ámbito político del país. En el momento cumbre de su carrera recibe un homenaje nacional, pero el encuentro con una amiga de la infancia de su hija, hace que se replantee todas las certezas de su vida profesional y personal. A Juan Gabriel Vásquez le gusta que esta historia haya sido calificada en algún momento como una “novela moral” y admite que:

“El tipo de novela que más me interesa como lector últimamente y que más me interesa escribir, es un tipo de novela que hace preguntas de tipo moral, es decir, preguntas sobre la manera en que lidiamos con nuestras decisiones, sobre la capacidad que tenemos los seres humanos para hacernos daño y cómo lidiamos con el daño que podemos hacer y cómo lidiamos también con el daño que nos hacen, cuál es ese tejido de responsabilidades que tenemos en el trato diario. Los libros que marcaron este (Las novelas cortas de Tolstoi, las de Henry James, de Saul Below), son todos libros muy obsesionados con hacer preguntas de carácter moral, del comportamiento humano, de nuestros errores, de nuestras decisiones y de cómo lidiamos con las consecuencias de estas” (Vásquez, *Las Dos Orillas*: 2014).

Tal vez, la complejidad tanto de la comprensión sobre la Historia misma como la naturaleza humana aumenta más la dificultad de entender un porqué y dota de sentido trágico a sus novelas. Sin embargo, para miles de lectores hay miles de Hamlet, Vásquez cree que el fin de la ética literaria no es dar repuestas, sino que exactamente su valor consiste en hacer preguntas interesantes y difíciles y mover a los lectores a repensar y reflexionar sobre ello. Porque al hablar de la función de la literatura, Vásquez está de acuerdo con lo que ha dicho William Faulkner: “la literatura es como fósforo que uno enciende en un campo oscuro” (Cfr. en *Confluencia*, 2013: 213). Un fósforo no es capaz de iluminar nada, pero sirve para darnos cuenta de cuánta oscuridad hay alrededor de nosotros; igualmente que la literatura, o la posibilidad construida por los escritores no tiene poder de cambiar nada, pero sí tiene poder de “afectar nuestras conciencias y nuestra comprensión del mundo” (*Confluencia*, 2013: 213).



# **Parte II**

**Las preocupaciones éticas y los problemas  
sociopolíticos en las novelas de Vásquez**





El estudioso chino Shuxin Xiu señala en su obra *La crítica ética de la narrativa de Toni Morrison*, “la ética es producto de cierta condición social, histórica y cultural. Con diferente contexto social, histórico y cultura, emergen diferentes éticas correspondientes” (Xiu 10). El estudio alude a la opinión de otro estudioso, Jianjun Liu y considera que el conocimiento de la gente sobre sí misma ha experimentado tres etapas: “el hombre natural”, “el hombre social”, y “el hombre intelectual”, por consiguiente, la ética también experimenta el cambio correspondiente. La ética natural es la básica; la ética social sigue y experimenta un desarrollo duradero que se puede dividir en tres épocas de acuerdo con el desarrollo de la sociedad occidental: “la ética divina” (la época feudal del Medievo europeo), “la ética humana” (desde el Renacimiento a la Ilustración) y “la ética racional” (De la Ilustración hasta lo tardío de la Edad moderna); por último, la formación y el desarrollo de “la ética intelectual” aún está en proceso. Hace falta mencionar que en la etapa de “la ética racional”, la civilización europea y americana ha tenido una influencia de mayor dimensión en el mundo. Durante largo tiempo, el énfasis se ha puesto en la democracia y la libertad. La voluntad individual está deprimida por la voluntad colectiva, lo cual, en realidad, resulta en que un extremo que pone de relieve la racionalidad se encamina hacia otro extremo de la irracionalidad o la pérdida de ella. Pero cuando llega la etapa de “la ética intelectual”, con el surgimiento de la diversidad de valores, la ética misma muestra cada vez más un estado ambiguo en el que siempre hay un punto de vista que es excusable. Respecto a la desconfianza y el escepticismo en la época de “la ética intelectual”, Victoria Campas Cervera en su ensayo *Teoría y práctica de la ética en el siglo XXI*, se refiere a dos posibles causas: primero, una deficiente articulación de los

derechos y obligaciones morales en torno al uso de la libertad resuelta en el colapso de una moralidad pública, que hasta hace poco aún permaneció vinculada a una religión o a una ideología determinada; segundo, la falta de motivación moral va en aumento cuando el escepticismo moral crece a medida que se extiende la sociedad de consumo y los valores económicos. En tal situación, es muy difícil que el individuo pueda forjarse una identidad moral mínimamente fuerte y sólida (Cervera 116).

Este escepticismo sobre la ética justifica la afirmación de Vásquez para quien el escritor debe ser alguien “con una conciencia superior”, que “está más consciente del mundo”, porque cree que su misión no consiste en generar conocimientos, sino en producir una serie de reconocimientos en sus lectores, que los descubren de repente: “carajo, yo sabía eso, pero no sabía lo que sabía” (Vásquez, *Confluencia*: 2013). Por lo tanto, en sus obras, Vásquez provoca el reconocimiento de un estado ambiguo ético con respecto a los asuntos sociopolíticos en el mundo que se han difundido entre sus contemporáneos. Lo cual principalmente se muestra en los siguientes tres aspectos: primero, unas preocupaciones éticas frente a la violencia; segundo, unas preocupaciones éticas frente al terrorismo; tercero, unas preocupaciones éticas en una época de los mass media.

### **2.1: La preocupación ética frente a la violencia.**

Se puede decir que en las obras de Vásquez sólo existe el pasado y que el futuro se desarrolla en base a él. El presente sirve como intermediario, ofrece causas o medios para volver al pasado. Y no hay un futuro verdadero. Hacia el final de *Costaguana*, José Altamirano, ha caído en un profundo arrepentimiento

respecto a su hija, y se pregunta: ¿dónde estás, Eloísa?; *El ruido* termina en tres preguntas sobre el futuro sin respuestas, ¿qué hará Antonio Yammara?; en *Los informantes*, cuando iba a guiarnos hacia el futuro, el autor cambia y nos coloca frente a una duda pendiente sobre el pasado. ¿Gabriel Santoro murió en un accidente o se suicidó por desilusión? En *Las reputaciones*, la reputación de Mallarino caerá o no en pedazos dependiendo de su actitud sobre un asunto de hace muchos años atrás, es decir, el futuro depende de la actitud hacia el pasado. En este drama del pasado, la memoria es la protagonista principal, mientras que el que juega frente a ella es el olvido. En *Los informantes*, el conflicto entre el padre y el hijo, es esencial, se trata de un conflicto entre el olvido y la memoria. Entre los dos libros publicados del hijo, <<Una vida en el exilio>> y << Los informantes>>, el anterior es un intento de recuperación de la memoria colectiva sobre la época de las “listas negras”, una historia ya olvidada casi tanto por la historia oficial como por quienes la han sufrido; el último es un intento de restaurar una historia distorsionada a propósito de su padre, y, a la vez, también de la época: es una lucha contra el olvido deliberado por el poder. En *Historia secreta de Costaguana*, el cambio frecuente tanto del gobierno como del nombre del país, no sólo representa un conflicto sin cesar en Colombia, sino que también simboliza una fuerza que arrastra al olvido. En *El Ruido de las cosas al caer*, el hecho de que Yammara haya sido reacio a la impotencia física después de su accidente y el asesinato de Ricardo Laverde, en algún sentido, también es un olvido intencionado, una reacción pasiva hacia la actitud de la gente frente al dolor y la violencia, porque “ya qué importa” (55). Desde este punto de vista, no es difícil advertir que el drama que se desarrolla entre el olvido y la memoria no puede separarse de la violencia y todo lo que tiene que ver con ella. Tal Como

Milán Kundera dice en *El libro de la risa y el olvido*: “la lucha entre el hombre y el poder es la lucha entre la memoria y el olvido” (Kundera 10).

### ***2.1.1: La violencia en Colombia y su reflejo en la literatura colombiana.***

Cuando le comentaron que *El ruido de las cosas al caer* ha tocado el tema más importante de la narrativa colombiana: la violencia, Vásquez mismo reconoció que “la violencia obsesiona a los escritores colombianos” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010). Como en la tradición occidental, la novela ha sido siempre una respuesta a los conflictos sociales, y la novela colombiana también ha respondido a la violencia colombiana. Según afirma el historiador Gonzalo Sánchez Gómez en su libro *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, el país ha pasado por tres etapas de lucha guerrillera, diferenciables a su vez por tres elementos fundamentales, a saber: “el contexto general en que estas guerras se producen, el carácter de los protagonistas que han participado en cada una de ellas y las motivaciones u objetivos que las han suscitado” (Gómez 20).

Primero, el inicio de la violencia transcurre en la época de las Guerras civiles que se desarrollaron casi durante todo el siglo XIX, y que tuvieron como origen las pugnas entre el partido liberal y el conservador dentro la clase dirigente. Lo cual, según afirma Sánchez, “se trataba en últimas de guerras entre caballeros de un mismo linaje y por eso al término de las mismas era frecuente una mutua complicidad en la preservación de sus respectivas propiedades” (Gómez 20). La segunda época de violencia, duró casi diez años, y es conocida como la Violencia (1948 - 1957). Según Gómez, la violencia había empezado como un enfrentamiento entre liberales y conservadores, pero la dinámica del odio de clases fue acentuando cada más su carácter de lucha social. Se abrió el

preludio de la guerra con el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán, Jefe Único del Partido Liberal, que ocurrió el 9 de abril de 1948. El odio y la indignación invadieron todo el país: primero, tuvo lugar el conocido “Bogotazo”, y en seguida la violencia derivó al campo y se convirtió en la revolución campesina más violenta y duradera en la historia colombiana<sup>23</sup>. Podemos notar el color revolucionario en una de las coplas que cantaban las bandas campesinas: “Yo soy campesino puro/ y no empecé la pelea/ pero si me buscan el ruido/ la bailan con la más fea” (Galeano 137).

La tercera época comienza alrededor de los años sesenta, y aún no ha terminado. Tanto la orientación ideológica como la militar no solo la ejercen las clases dominantes. Su objetivo declarado, afirma Gómez, “no es ya la simple incorporación al estado..., sino simple y llanamente la abolición del régimen existente” (Gómez 21). Es la guerra que surge como confrontación entre la guerrilla revolucionaria y el estado, también es una violencia política que se entiende mejor como “una galaxia de conflictos sociales”, según dice Marcos Palacios y Frank Safford (Cfr. en Gómez 22). Para la situación contemporánea,

---

<sup>23</sup> En *Las venas abiertas de América Latina*, en “Diez años que desangraron a Colombia”, Eduardo Galeano así presentó la escena horrorosa de la violencia: Jorge Eliécer Gaitán, el caudillo liberal a quien la oligarquía de su propio partido, entre despectiva y temerosa, llamaba <<el Lobo>> o <<el Badulaque>>, había ganado un formidable prestigio popular y amenazaba el orden establecido; cuando lo asesinaron a tiros, se desencadenó el huracán. Primero fue una marea humana incontenible en las calles de la capital, el espontáneo <<bogotazo>>, y en seguida la violencia derivó al campo, donde, hacía un tiempo, ya las bandas organizadas por los conservadores venían sembrando el terror. El odio largamente masticado por los campesinos hizo explosión, y mientras el gobierno enviaba policías y soldados a cortar testículos, abrir los vientres de las embarazadas o arrojar niños al aire para ensartarlos a puntos de bayoneta bajo la consigna de << no dejar ni la semilla>>, los doctores del Partido Liberales se recluían en sus casas sin alterar sus buenos modales ni el tono caballeresco de sus manifiestos, o en el peor de los casos, viajaban al exilio. Fueron los campesinos quienes pusieron los muertos. La guerra alcanzó extremos de increíble crueldad, impulsada por un afán de venganza que crecía con la guerra misma. (Galeano 136-137)

la guerra se ha vuelto tan compleja, que ya no es posible hablar de una sola guerra, sino más bien de muchas que se entrecruzan: sigue perdurando la lucha guerrillera con sus dos manifestaciones más claras: la que ejerce la guerrilla de izquierdas (a su vez fragmentada en varios grupos) y que luego se desarrolla militarmente a través del enfrentamiento entre guerrilla y ejército; y segundo, políticamente, entre guerrilla y estado. La otra cara de la guerra es el enfrentamiento entre guerrilla y grupos paramilitares, a raíz del impacto de la Revolución Cubana, que se identifica con postulados insurreccionales leninistas, guevaristas o maoístas<sup>24</sup>. La cuarta guerra es la que se produce como efecto del crecimiento desmesurado del narcotráfico como forma de vida. En esta guerra, el objetivo es la consolidación de un poder económico, pero las estrategias militares se basan más en el terrorismo que en la lucha guerrillera tradicional. Su dirección no la ejerce la clase dominante, ni el pueblo, sino un grupo de personas, sin orientación política o ideológica, y la desarrollan a través de mercenarios y sicarios cuya única motivación es el beneficio económico. No se pretende la abolición del régimen, sino la participación en el estado, y en esto hereda de las guerras civiles y de la violencia unos objetivos, que ya no provienen ni se legitiman políticamente. El narcotráfico ha sido el factor que mayor complejidad le ha dado al estado de guerra del país en la actualidad: no sólo es capaz de corromper las fuerzas estatales, sino a otros actores como la guerrilla misma y los paramilitares. Es por eso que hoy, en Colombia, los muertos en la guerra no se saben de dónde vienen: las relaciones corruptas entre

---

<sup>24</sup> Y estos últimos surgidos inicialmente como "autodefensas" campesinas organizadas y luego financiadas por miembros de la clase dominante que combaten así en forma paralela al estado el avance de la guerrilla. Además, ellos fundan Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia - Ejército del Pueblo o FARC-EP, que es considerado como un grupo terrorista que se autoproclama Marxismo-leninismo.

narcotráfico, guerrilla, estado y paramilitarismo en conjunto forman “las violencias”, en plural. De ese modo, es frecuente oír que Colombia lleva medio siglo de lucha armada, o medio siglo de guerra, o medio siglo de violencia, o de las violencias (Gómez: 1987).

La consecuencia de dicha violencia es convertir a la dura realidad de la política colombiana de los dos siglos pasados en un personaje en busca de autor. Sobre todo, en torno a la “Violencia” con mayúscula después de los años cincuenta del siglo pasado, muchos autores colombianos pensaron que no deberían permanecer neutrales en tal contienda política del país. Así, en el terreno literario, surgió un género de “novelas de la violencia”, cuyo carácter era describir la violencia con crudos testimonios políticos, pero carecer de técnicas narrativas estéticas. Según el estudio de Oscar Osorio, “Anotaciones para un estudio de la novela de la violencia en Colombia” en *Violencia y marginalidad en la literatura hispanoamericana*, entre estas novelas que se proponen dar testimonio de sucesos reales, destacan *El 9 de abril* de Pedro Gómez Corena (1951), *Viento seco* de Daniel Caicedo (1953), *Horizontes serrados* de Fernán Muñoz Jiménez (1954), *El monstruo* de Carlos H. Pareja (1955). Pero muchas novelas de este corpus están tan mal escritas que Gabriel García Márquez las ha calificado de “las novelas equivocadas” (Márquez, *Arcadia*: 2014) en su ensayo “Dos o tres cosas sobre ‘la novela de la violencia’”. Márquez criticó a muchos novelistas de la década de la Violencia que no “se tomaron tiempo de aprender a escribir novelas” sino que terminaron haciendo una mera reproducción muy literal, muy sensacionalista de los hechos. La creación literaria se convirtió en escribir reportaje de periódico o documentales. Aún añadió que el arte de la

“novela de la violencia” no es “poner los pelos de punta” a sus lectores, sino que es buscar el “otro drama detrás del fusil” (Márquez, *Arcadia*: 2014). Es decir, para hablar de la violencia desde la novela, uno de los primeros mandamientos es no hablar de ella directamente. Así que, a partir de finales de los años cincuenta, empezaron nuevas formas de abordar el tema que presenta obras fundamentales del género como *El coronel no tiene quien le escriba* (1958) y *La mala hora* (1962) de Gabriel García Márquez, o *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo (1963). En su *Manual de literatura colombiana*, Fernando Ayala Poveda concluye que estos escritores buscan la innovación sobre la manera de presentar el tema como “los creadores”. Ellos recrean por medio de la novela un estado de ánimo o la historia trágica de una familia sin estar limitados por la sola denuncia. En este sentido, “[...] profundizan en la hecatombe psicológica y moral a través de una escritura que por momentos sorprende porque no está exenta de poesía y embrujo” (Poveda 324). A medida que el tiempo avanza, la violencia cambia de modalidad y de espacios, a la violencia partidista sigue la violencia guerrillera de los sesenta y setenta y luego la del narcotráfico y los atentados terroristas de los años ochenta y noventa. A estas violencias también se las trata en la novela colombiana, tal como, *Cóndores no entierran todos los días* (1971) y *El último gamonal* (1987) de Gustavo Alvarez Gardeazábal, *Noche de pájaros* de Arturo Álape (1984) y *Una y muchas guerras* (1985) de Alonso Aristizábal, y más tarde, *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo que aborda el tema de la violencia de la calle, la del narcotráfico a través de las relaciones homosexuales, una dimensión que aún está considerada un tabú, pero totalmente innovadora en la literatura colombiana<sup>25</sup>.

---

<sup>25</sup> En “Anotaciones para un estudio de la novela de la violencia en Colombia”, no sólo la



### **2.1.2: La memoria: un recurso contra la violencia.**

Sin duda, después de la crítica de García Márquez y el esfuerzo de varios novelistas en la búsqueda de innovación, la descripción directa de la violencia política en las novelas es mucho menor. Incluso, algunos escritores van más lejos. Para evitar que su obra cayera en “la repetición, la monomanía y la intolerancia que siempre acompañan a la novela política” (Vásquez, 2009: 101) con el tema de la violencia, muchos escritores adoptan una actitud escéptica frente a la política, incluso prefieren no hablar de dicho tema. Reflexionando sobre esta tendencia de la literatura colombiana, el mismo Vásquez también escribió un ensayo titulado: “El tiro en el concierto: política y novela en Colombia”. En él, el autor mencionó una frase de Stendhal de su novela *La cartuja del Parma*: “vamos a hablar de cosas muy feas que, por varias razones, preferiríamos callar” (Vásquez, 2009: 101), y consideró que esta frase de una manera curiosa se aproxima a las actitudes confundidas y confusas de la literatura colombiana del siglo XX: la actitud de los escritores colombianos frente a la realidad política, justamente responde a “los dos extremos sugeridos por Stendhal: la grosería o el silencio” (2009:101). Aún señala que este estado actual de los escritores contemporáneos, de hecho, son una demostración de “un grave defecto para un novelista: modestia”, tal vez, “de medios, tal vez es de lenguaje, o de miras” (2009: 105).

---

modalidad de la violencia y de espacios cambia, sino también la forma narrativa: primero, *El coronel no tiene quien le escriba* y *La mala hora* de Gabriel García Márquez y *El día señalado* de Manuel Mejía Vallejo pertenecen al bloque que da prioridad al hecho literario sobre el hecho histórico, mientras que *Cóndores no entierran todos los días* y *El último gamonal* de Gustavo Álvarez Gardeazábal, *Noche de pájaros* de Arturo Álape y *Una y muchas guerras* de Alonso Aristizábal son clasificadas del bloque que procura mantener un equilibrio entre lo literario y lo histórico (Osorio, 2005).

Para nuestro escritor la política es como “una Gorgona que trasforma en piedra a quien la mira a los ojos” (2009: 106), sin embargo, evitar hablar de política no sólo supone una negación de asumir la responsabilidad social como escritor, sino que también es una rendición hacia la habilidad imperfecta de la escritura. De esta manera se puede decir que lograr un balance entre la política y lo literario consiste en su responsabilidad moral como escritor. Respecto a ello, señaló Vásquez que la mejor novela política, es aquella que “demuestra que la novela como instrumento sigue siendo capaz de echar luz sobre el mundo; pero sobre todo la que resuelve sin demasiada alharaca la supuesta incompatibilidad entre política y literatura” (2009:106). Sus novelas sirven como práctica de esta ideología: nos presentan que la violencia es un tema constante en sus novelas. El espacio temporal en *Los informantes* coincide con la época de la “Violencia”; El espacio temporal en *Historia secreta de Costaguna* se sitúa en la época de la violencia bipartidista del siglo XIX; y el contexto histórico de *El ruido en las cosas al caer* tiene lugar en los años sesenta, la época de la violencia del narcotráfico. Por otro lado, nos brinda “una mirada intimista, personal y memoriosa sobre hechos públicamente notorios” (Rita De Maeseneer y Jasper Vervaeke, *Confluencia*: 2013) para que sean compatibles “sin demasiada alharaca” la literatura y la política. Entre estos tres adjetivos para definir la mirada, la “memoriosa” ha dado en la diana más importante de su lucha contra la violencia. En primer lugar, en sus novelas, de una forma bastante “tangencial”, según dice Jasper Vervaeke, nos brinda cómo la violencia se vincula con la memoria de sus protagonistas, por ejemplo, en *Los informantes*, conecta el comienzo, la muerte de Gaitán, con la vida de sus protagonistas:

“Unos días después visité a Sara por sorpresa, la secuestre y la llevé a caminar por la carrera quinta desde su casa hasta la calle catorce, y bajamos a pie hasta el lugar donde mataron a Gaitán. Aquello había sucedido a la una de la tarde - 1948, nueve de abril, una de la tarde: las coordenadas forman parte de mi vida, y eso que mi vida comenzó más de una década después -, y doce horas antes mi padre había estado oyendo el último discurso del muerto, el alegato pronunciado en defensa del teniente Cortés: un hombre que había matado por celos, un Otelo criollo y uniformado. Gaitán había salido del juzgado en hombros; mi padre, que había esperado ese momento para acercarse a él y tratar de felicitarlo sin que le temblara la voz, se vio repelido por la sopa de gente que lo rodeaba. Tuvo que pasar un año entero para que mi padre se atreviera de nuevo a poner los pies en este lugar donde ahora estábamos nosotros; después regresaría con alguna frecuencia, y cada vez se quedaría unos segundos en silencio y luego seguiría su camino” (2004: 247).

En *El ruido*, la generación del narrador Yammara es movida a la acción:

“Nos preguntamos cómo eran nuestras vidas al momento de aquellos sucesos, casi todos ocurridos durante los años ochenta, que las definieron o las desviaron sin que pudiéramos siquiera darnos cuenta de lo que nos estaba sucediendo. Siempre he creído que así, comprobando que no estamos solos, neutralizamos las consecuencias de haber crecido durante esa década, o paliamos la sensación de vulnerabilidad que siempre nos ha acompañado. Y estas conversaciones suelen comenzar con Lara Bonilla<sup>26</sup>, ministro de Justicia. Había sido el primer enemigo público del narcotráfico, y el más poderoso entre los legales; la modalidad del sicario en moto, por la cual un adolescente se acerca al carro donde viaja la víctima y le vacía una Mini Uzi sin siquiera reducir la velocidad, comenzó con su asesinato. <<Estaba en mi cuarto, haciendo una tarea de Química>>, dije. <<¿Usted?>>

<<Yo estaba enferma>>, dijo Maya. <<Apendicitis, imagínese, me acababan de operar. >>”

---

<sup>26</sup> Rodrigo Lara Bonilla (Neiva, 1946 - Bogotá 1984), fue político y abogado colombiano, ministro de Justicia de Colombia durante el gobierno de Belisario Betancur, cargo en el que se caracterizó por perseguir a los narcotraficantes del Cartel de Medellín, liderados por Pablo Escobar. Fue el primero que en el Congreso de la República señaló por sus nombres a los copos del narcotráfico y también el promotor de la primera cruzada contra sus ejércitos privados. En 1984 fue asesinado en el norte de Bogotá por sicarios de Escobar. Su muerte representó el inicio de una guerra sin cuartel entre el Estado colombiano y los grupos de narcotraficantes que se extendería por más de una década.

<< ¿Eso les da a los niños?>>

<<Una crueldad, pero sí. Y me acuerdo del revuelo en la clínica, las enfermeras entrando y saliendo, era como estar en una película de guerra. Porque habían matado a Lara Bonilla y todo el mundo sabía quién había sido, pero nadie sabía que eso podía pasar. >>

<<Era algo nuevo>>, dije. <<Me acuerdo de mi papá en el comedor. Las manos en la cabeza, los codos sobre la mesa. No comió nada. Tampoco dijo nada. Era algo nuevo>>

<<Sí, ese día nos acostamos cambiados>>, dijo Maya. <<Un país distinto, ¿no? Por lo menos yo lo recuerdo así, mamá tenía miedo, yo la veía y le veía el miedo. Claro, ella sabía un montón de cosas que yo no.>> Maya se quedó callada un instante. << ¿Y cuándo Galán<sup>27</sup>? >>

<<Eso fue por la noche. Era un viernes de mitad de años. Estaba... Bueno, estaba con una amiga. >>

<<Ah, muy bonito>>, dijo Maya con una sonrisa ladeada. <<Usted pasándola bueno mientras el país se desmorona. ¿Estaba en Bogotá?>>” (2012: 227-228)

Entre las reflexiones y las conversaciones esporádicas de sus protagonistas, los tres asesinatos más significativos en la historia colombiana han sido presentados de forma sencilla. Pero, esta modestia sólo se limita a su forma, no a su efecto y significación. Por el contrario, es este carácter casual lo que precisamente demuestra la influencia profunda y el enorme impacto de estos violentos eventos públicos en la vida cotidiana, son un dato que no se puede eliminar de la memoria. De esta manera, la “Gorgona” política ha sido ocultada

---

<sup>27</sup> Luis Carlos Galán Sarmiento, (Bucaramanga, 1943 - Bogotá, 1989). Político colombiano. Proclamado candidato presidencial por la convención del partido liberal, el 18 de agosto de 1989, en plena campaña, sufrió un atentado mortal en la plaza de Soacha, al sur de Bogotá. Su participación política en el país se caracterizó por la rebeldía y la crítica constructiva. Se comprometió sobre todo a combatir la corrupción y el clientelismo e intentó modernizar los partidos políticos y las instituciones colombianas. Su mayor reto, no obstante, fue enfrentarse al narcotráfico y su penetración en la sociedad colombiana, con lo que se convirtió en el blanco de la violencia promovida por los capos de la droga, a quienes se atribuye la autoría intelectual de su asesinato.

en la vida cotidiana de sus protagonistas y nos hace recordar que la violencia nunca se ha retirado de la memoria de sus habitantes.

En segundo lugar, como he dicho en el comienzo del capítulo, en las novelas de Vásquez, no hay presente ni futuro. El presente sirve para volver al pasado. El futuro queda pendiente o depende del pasado. Como el autor mismo afirmó en una entrevista realizada por Jasper Vervaeke: “las tres novelas<sup>28</sup> tienen en común una obsesión que me va a acompañar siempre: la obsesión por la memoria, por el hecho de recordar” (Vásquez, *Confluencia*: 2013). En cuanto a esta obsesión por la memoria, Vásquez ofreció una repuesta y un razonamiento concreto:

“Si Colombia es un país desmemoriado, muchas veces se debe a que su presente es tan urgente que no nos da tiempo de concertarnos en comprender el pasado. La urgencia del nuevo problema social, del nuevo escándalo político, de la nueva crisis, tiene como consecuencia eliminar el espacio de atención que necesitamos para fijarnos en el pasado, donde están las claves de lo que pasa ahora. Las novelas pueden abrir ese espacio donde uno se puede fijar durante un tiempo sostenido en estas cosas para las que la vida presente no da tiempo. [...] La novela como género me interesa sobre todo por lo que tiene de resistencia contra el olvido. Dice Carlos Fuentes que no hay futuro vivo con un pasado muerto, y yo también creo que las novelas tratan de mantener vivo el pasado, justamente con el objetivo de que podamos mirar hacia adelante después.” (*Confluencia*, 2013: 210)

Vásquez dialoga con la historia, comenta que sus contemporáneos están demasiado ocupados para pensar en el pasado, esto supondrá el olvido del pasado, y de la violencia que subyace. Tal como ocurre en *El Ruido* cuando la

---

<sup>28</sup> Aquí, las tres novelas que han sido señaladas por el autor se refieren a las novelas publicadas antes de *Las reputaciones* (2013) por que la entrevista se realizó en 2012. De hecho, la memoria como un tema de suma importancia vuelve a aparecer en *Las reputaciones* y en *La forma de las ruinas*. Por lo tanto, se puede decir que la memoria es un tema común entre todas las noveles publicadas de Vásquez hasta hoy día.

propiedad de Pablo Escobar se convierte en un destino turístico y abierto al público; sin embargo, después de cierto tiempo, de forma voluntaria, mucha gente olvida el conflicto y la época convulsa y violenta que presentaba este lugar y deja de considerarlo como propiedad de un narco. El filósofo alemán Theodor W. Adorno, en su filosofía de la memoria también habla de la relación entre el tiempo y la violencia. En su opinión, toda forma de dominio de unos individuos sobre otros, o sobre sí mismos, o sobre la naturaleza, comienza siempre por la forma de dominio más fundamental, el dominio del tiempo. Someter a otros no es sólo someter sus cuerpos, controlar sus acciones, imponerles lo que deben decir, sino sobre todo someter su tiempo. El dominio del otro alcanza su éxito completo cuando el tiempo del otro es olvidado, porque eso es lo que permite que la violencia sufrida sea olvidada por la sociedad en el presente y en el futuro, y no llegue a parecer nunca en la historia oficial. Entonces, la historia individual de la víctima desaparece en la nada bajo el relato perdurable del verdugo, e incluso la misma víctima deja de ser capaz de comprender y narrar su historia. Cuando la memoria de la víctima perece, es como si nada hubiera sucedido (Tafalla: 2007). Hoy día, hay que añadir la reflexión de Vásquez para quien el rápido desarrollo de nuestra época también consiste en un dominio del tiempo. Porque así el tiempo sólo se desarrolla de forma lineal, es decir, sólo hacia adelante. En *Las reputaciones*, el autor se lamentó de que: “el olvido es lo único democrático en Colombia” (Vásquez, 2013: 114). Esto es un motivo para sumergir a sus protagonistas en el recuerdo y rebelarse contra el olvido “causado por la presión de la actualidad” (Mendoza, 2013). Así, con un lenguaje penetrante y poético, Vásquez salvaguarda y recompone las historias individuales de diferentes épocas históricas para narrar su condición de víctimas

de la violencia, su sufrimiento, su dolor, su soledad, su error, su arrepentimiento, y todo lo que tiene que ver con su estado moral y espiritual. Coincide con Sebald cuando afirmaba que “la memoria es el espinazo moral de la literatura” (Mantilla, 2010). En buena medida, es cuando la literatura se dedica a recordar que resulta más incómoda, más subversiva y, por lo tanto, más fiel a su naturaleza, no sólo nos demuestra su resistencia contra la violencia, sino que también nos hace reconocer su causa; no sólo nos enseñan una lección moral de cómo debemos construir en el futuro para evitar los mismos errores, sino que también nos recuerda lo que piensa Adorno: “la justicia comienza con la recuperación y reconstrucción de la memoria” (Tafalla 91). Y la memoria, salvada mediante la literatura, la pintura, la música, o cualquier forma artística, permite realizar tres funciones según Adorno:

- La primera es una función de conocimiento. La memoria salvada en las obras de arte permite conocer y comprender lo sucedido y comprenderlo de manera crítica, oponiendo la memoria de las víctimas o los testigos a la memoria de los verdugos.

- La segunda es una función de aprendizaje moral. El conocimiento que aportan estas obras no sólo debe permitir conocer la violencia, sino también aprender a combatirla, a liberarse de ella. Esas obras hacen posible un aprendizaje moral, lo único que puede evitar que las generaciones siguientes caigan de nuevo en los errores ya cometidos.

- La tercera es una función de justicia. En primer lugar, porque esa memoria recuperada es necesaria para abrir procesos judiciales que responden a la justicia, y que, aunque ya tarde y sólo de manera simbólica, reparen en lo

posible las injusticias pendientes del pasado. Y, en segundo lugar, porque la mera existencia de esa memoria contenida en las obras de arte en la esfera pública, es ya una forma de justicia, en tanto que recupera el nombre de la víctima para la historia, reconoce que fue tratada injustamente y le reinstaura su dignidad. Porque pone fin al olvido. (Tafalla, 2007)



## 2.2: La preocupación ética frente al horror.

*Yo os contaré que un día vi arder entre la noche,*

*Una loca ciudad soberbia y populosa.*

*Yo, sin mover los párpados,*

*La miré desplomarse,*

*Caer, cual bajo un*

*Casco un pétalo*

*De rosa.*

Aurelio Arturo

La literatura hispanoamericana habitualmente está marcada por la violencia, la dictadura y la muerte. Como el escritor colombiano R.H. Moreno Durán definió: “sin la muerte Colombia no daría señales de vida” (Cfr. en Vásquez, *El País*: 2011). Es una frase que describe el “fatum” de esta literatura, también encuentra resonancia en las obras de Vásquez, incluso se puede decir que el “destino” es una de las palabras claves para definirla. El autor mismo admitió que la reflexión “sobre cómo la vida es un duelo eterno entre lo que queremos hacer y la manera en que ella es la que va cincelandando cada destino” siempre le interesa. Este “duelo eterno” presentado mediante la lucha de los individuos contra los grandes mecanismos sociales, junto al azar, construyen los temas latentes en su narrativa. Porque según él “nunca como hoy nos hemos sentido los seres humanos tan vulnerables y sujetos a los azares de la violencia gratuita, del mal ajeno, y eso se debe, en parte, a que vivimos en una época de terrorismo globalizado” (Vásquez, *El País*: 2011). En el ensayo *Terror tras la postmodernidad*, desde la perspectiva de la filosofía y el arte, Félix Duque considera que después de la caída del World Trade Center el día 11 de

septiembre de 2001, el terror se encuentra en cualquiera lugar y el arte se convierte en un cauce para presentarlo. Pero, ¿qué es el terror? Félix Duque lo definió como “el sentimiento angustiado surgido de la combinación, inesperada y súbita, de lo sublime y lo siniestro” (Duque 15). Según él, lo sublime ya deja de ser “lo excelso”, “lo elevado” en buen término, pasando a ser “lo inhumano”; y lo siniestro significa “el lado oculto del deseo”. El terror se produce sólo cuando “el lado oculto del deseo” queda estrechamente conectado con “lo inhumano”:

“Se trata, pues, para empezar, de un <<sentimiento>>, es decir, de una emoción o conmoción, de un *movimiento* en el que se difuminan las fronteras entre lo subjetivo y lo objetivo, entre el Yo y el Mundo, de manera que, desde el primer respecto, se encuentra alterada, obstaculizada y hasta impedida la capacidad de repuesta racional, de razonamiento coherente, junto con la facultad de decidir o de operar deliberadamente, induciendo en cambio reacciones anormales, excesivas, alienadas como se halla en este caso la conciencia, sea individual o (casi siempre) colectiva. Desde el segundo respecto, el objetivo, el mundo parece estar en manos de una Potencia inescrutable y fatídica, que juega cruelmente con las vicisitudes humanas.” (Duque 15-16)

Es cierto que en las obras de Vásquez la angustia y el horror son constantes. Tal y como les ocurre a los judíos en *Los informantes* que viven con el miedo y la angustia de ser incluidos dentro de las Listas Negras. En *Costaguana*, no hay nadie que no se preocupe, y que no tenga al miedo como constante compañía. La guerra puede estallar en cualquier momento, tal como el narrador de la novela afirma: “un temor constante que acompañaba a los colombianos como un perro fiel, y que tardaría poco, muy poco, pero muy poco, en materializarse de nuevo” (141). En *El ruido*, la muerte del otro acosa a todos los bogotanos y nadie puede mantenerse lejos de la muerte. Se ve cómo el miedo

invade a la vida cotidiana de una familia normal de forma gradual y cómo el vínculo del amor y la confianza se cae a pedazos. Incluso, en *Las reputaciones*, una novela que no es histórica, también enfrenta la huella del miedo y el mal ajeno. Vásquez siempre conduce a sus personajes a un estado de pánico, vulnerable, y aún les hace tomar decisiones en tal situación. Lo irracional se convierte en un estado normal en sus novelas. Encontramos ejemplos en la denuncia de Gabriel Santoro al padre de su mejor amigo, la traición de José Altamirano y la impotencia duradera de Antonio Yammara. Empero, ¿quién debe ser el responsable de esta irracionalidad y de sus consecuencias? Esta situación también construye otra de las constantes de Vásquez: el enfrentamiento con el terror y la búsqueda del origen del terror. O, dicho de otro modo, en cierto sentido, se puede decir que sus obras han sido escritas para contestarnos qué nos ha traído a nosotros, a la época del terrorismo globalizado. Como el mismo explica:

“Lo que define al mundo pos – 11 de septiembre de 2001 es esa especie de noción de que nuestra vida no depende de nosotros, de que estamos sujetos al mal ajeno. Es uno de los sentimientos que baña la novela. Un libro escrito después de aquellos atentados, aunque la acción termine en 1999. Ninguna de mis novelas puede evitar haber sido escrita en la coyuntura histórica posterior al 11-S. Tal vez lo que hizo que este libro estallara, porque yo había estado flirteando con esta historia, fue la conciencia de la relación que había entre este mundo actual y esa Bogotá en la que crecí; o, más bien, cómo esa Bogotá era una especie de modelo a escala de lo que sucede hoy a nivel global.” (Vásquez, *El País*: 2011)

A pesar de que Vásquez no elige ningún atentado terrorista concreto como eje de la novela, nos ha transmitido totalmente la noción del terrorismo: la vida ya no depende de nosotros, sino que estamos sujetos al mal ajeno. Además, en este mal ajeno ya no hay límite del espacio geográfico ni temporal, sino que

es universal y momentáneo. En el mundo literario de Vásquez, las ciudades, como espacio de vida y de actividades del ser humano, en vez de proporcionar a la gente seguridad y pertenencia, se convierten en lugares donde se pone en escena una escapada tras otra, como dice Montalbán que “la ciudad moderna es el símbolo de la madre con el doble aspecto de protección y de límite”<sup>29</sup> (Cfr. en *Cuadernos Hispanoamericanos*: 2005). Bajo la pluma del autor, las ciudades siempre emanan un tono frío y melancólico, como en *Las reputaciones*, Bogotá es “con el cielo siempre gris, con los árboles que rompen el asfalto desde el comienzo de los tiempos” (13); en *El ruido* las ciudades se desarrollan muy rápido, capaces de “transformar en seis meses hasta quedar irreconocible para quien se ha ido” (251). La gente en la ciudad, es infeliz; la relación entre personas es distante; la relación entre el padre y el hijo siempre es tensa y recordamos que en *Los informantes* el padre llama a su hijo para comunicarle su enfermedad y una operación urgente de corazón, o sea, su posible muerte, tras muchos años de alejamiento. A pesar de que hoy día se han creado altas tecnologías de comunicación, no tienen una función esencial en reducir la

---

<sup>29</sup> Montalbán dice que «la ciudad moderna es el símbolo de la madre con el doble aspecto de protección y de límite». Cuando los personajes (y las personas) deciden asumir sus casas-apartamentos-hogares-nidos en guaridas de protección, están en busca del vientre materno, ese lugar en el que no pasaba nada. Pero cuando el escritor español dice que en la ciudad y en la madre está el límite, se piensa entonces que el deterioro de la imagen de la ciudad va ligado al deterioro de la imagen de la madre. Por ejemplo, en *El desbarrancadero* de Fernando Vallejo y en varios de los libros de Medina Reyes, la caída de la figura materna como el ser digno de admiración, como el ser tierno y comprensivo (recuérdese a Úrsula Iguarán en *Cien años de soledad*) y su parangón con la decadencia económica y social de muchas de las ciudades de la América Latina de hoy se hace manifiesta en un texto del escritor mexicano Guillermo Sheridan publicado en la versión mexicana de la revista *Letras Libres* (Abril de 2004) en el cual dice a la Ciudad de México (¿Bogotá, Asunción, Quito, Buenos Aires, Madrid, Beijing, Nueva York?): «Devórame, madre pringosa, ciudad impenitente, devórame otra vez, madre México city, cerda hinchada en el fango de lo posible ( . . . ) mastíquenme tus dientes de aluminio y bórrame, engúllame tu vientre de cascajo, madre tísica de senos huecos ( . . . ) te deseo que te pudras, ciudad, que te hundas, te deseo lo peor ( . . . )» (Rodríguez-Bravo, 2005).

distancia y la alienación entre los hombres. La relación entre el hombre y la mujer siempre está llena de cambios, ellos se acercan, se enamoran, pero casi siempre acaban separados. Frente al terror, la gente es pasiva, la única resistencia es escapar, ellos escapan de una ciudad hacia otra ciudad, y también de un terror a otro. En las obras de Vásquez, hay dos tipos de “escapados”: primero, los “escapados” idealistas; segundo, los “escapados” de desilusión.

En *Los informantes*, a finales de los treinta, la familia de los Guterman escapa del terror causado por el nacionalsocialismo del gobierno alemán, hacia Duitama, una ciudad colombiana, imaginando empezar una nueva vida sin miedo ni angustia. Pero la realidad resulta ser totalmente diferente. Como muchos paisanos suyos, en un país extranjero, ellos se encuentran frente a un doble terror: primero, el terror producido por la mortal persecución, mediante las “listas negras”, de muchos emigrantes alemanes sospechosos de simpatías fascistas en los años cuarenta; segundo, el terror causado por la pérdida de nacionalidad e identidad, y experimentan una sensación máxima de inseguridad y un sentimiento de desprotección total. Lo único que pueden hacer es intentar sobrevivir entre el horror y la desesperación. En *El ruido*, la americana Elaine Fritts, también escapa de su país a Colombia. Como odia el terrorismo ya sea dentro o fuera de su país, desea ir a otro lugar e iniciar una vida más tranquila. Ella no es la única que piensa así. En la novela, Vásquez nos ha descrito una escena en la que se reúnen jóvenes americanos que piensan como Elaine y esperan para apuntarse en el Cuerpo de Paz:

“El Centro de Estudios Universitarios Colombo- Americano: un hombre largo y pretencioso para unos pocos salones llenos de gente que a Elaine Fritts le resultaba familiar, demasiado familiar. Sus compañeros, en esta fase como ella, y estaban cansados como

ella de su propio país, cansados de Vietnam, cansados de Cuba, cansados de Santo Domingo, cansados de comenzar las mañanas desprevenidamente, hablando de banalidades con los padres o con los amigos, y acostarse por las noches sabiendo que acaban de asistir a un día único y lamentable, un día que quedaba inscrito de inmediato en la historia universal de la infamia: el día en que un rifle de cañón corto mata a Malcolm X, una bomba debajo de su carro mata a Wharlest Jackson, una bomba en la oficina de correos mata a Fred Colon, una ráfaga de refiles policiales mata a Benjamín Brown. Y al mismo tiempo los ataúdes seguían llegando de cada operación vietnamita con nombre inofensivo o pintoresco, Deckhouse Five, Cedar Falls, Junction City. Las revelaciones sobre My Lai comenzaban a asomar la cabeza y pronto se hablaría de Thanh Phong, un acto bárbaro reemplazaba y desplazaba al otro, una mujer violada podía intercambiarse con otra violación ya antigua. Sí, así era: en su país, uno se despertaba y ya no sabía qué esperar, qué broma cruel le jugaría la historia, qué escupitajo le lanzaría a la cara. ¿Cuándo les había ocurrido esto a Estados Unidos de América? Esa pregunta, que Elaine se hacía de mil maneras confusas todos los días, flotaba en el aire de los salones de clase, encima de todas las cabezas blancas y veinteañeras, y ocupaba también sus tiempos muertos, los almuerzos en la cafetería, los trayectos entre el CEUCA y los barrios de invasión donde los aprendices de voluntarios hacían sus trabajos de campo. Los Estados de América: ¿quién los estaba echando a perder, ¿quién era responsable de la destrucción del sueño? Allí, en el salón de clases, Elaine pensaba: *de eso hemos huido. Pensaba, somos todos escapados.*” (141-142)

Tanto el padre de Sara Guterman como Elaine han huido, pero al mismo tiempo, son optimistas ante la vida, viven con entusiasmo creyendo que la vida en otro lugar será mejor. No sólo quieren escapar del horror que les toque en su propio país, sino que lo que desean es escapar de la corriente histórica donde se encuentran ellos y ser dueños de su propia vida. Son idealistas y pueriles, porque en esta época postmoderna, el horror no tiene frontera nacional. En la novela es una continuidad inevitable. Igual que le ocurre a la familia Guterman, Elaine se encuentra frente a un nuevo terror, la violencia nacional de su nuevo destino: el narcotráfico. De modo que, en el mundo de Vásquez, un pensamiento como: “la vida de allá será mejor” se convierte en un deseo pueril y difícil de cumplir para

mucha gente. No obstante, no podemos negar que en estos fugitivos también se aprecia una fuerte vitalidad, un valioso refuerzo como ser humano para cambiar su predecible destino.

Además de estos idealistas, como los Guterman y Elaine, hay otro tipo de exiliados, que se encaminan hacia su propia huida después de experimentar el sufrimiento y la frustración, llenos de desilusión. Algunos escapan de una ciudad hacia otra ciudad; otros de la ciudad hacia el campo. En resumen, este tipo de huida es determinada por la desilusión. Los representantes son Enrique Deresser, José Altamirano y Maya Fritts. Después de que Konrad Deresser ha sido incluido en las Listas Negras, Enrique se encuentra a sí mismo frente a la quiebra de la fábrica de cristal y el abandono de su madre. Creyendo que “Bogotá tenía la culpa de todo” (197), opta por irse de Bogotá y al final se establece en Medellín. El narrador Santoro de *Los informantes*, imagina una vida para Enrique, en la que él no sólo se ha ido de Bogotá, sino que también ha cambiado su nombre para ocultar su identidad. Lo cual supone una escapada total, una huida del mal recuerdo y de todo el terror que le ha causado y causará su sangre alemana. Según el narrador Santoro explica:

“Porque Enrique Piedrahíta, libre por fin de esa familia nostálgica, no podría ser sospechoso de relaciones incómodas, y nadie nunca podría informarle a ninguna autoridad de esas relaciones: nadie podría acusar a su familia de filonazismo, ni de poner en peligro la seguridad del hemisferio, ni de atentar, con su nacionalidad y con su lengua, contra los intereses de la democracia. Y si alguien, al salir de un cementerio, lo veía con una camisa negra, pensaría que va de luto, no lo acusaría de fascismo; y si alguien lo escuchaba hablar en alemán, o hablar con afecto del lugar donde había nacido su padre, no lo seguiría hasta su casa, ni hurgaría en sus papeles, ni le cerraría su negocio de vidrios y espejos; y si alguien encontraba entre sus cartas una nota de borrachos en la que insultaba a Roosevelt, y si alguien ...y si alguien...No, nada de eso ocurriría. Nadie lo incluiría en listas

negras, nadie lo enviaría al campo de concentración de Fusagasugá, nadie lo mezclaría con quienes sí servían al Partido Nazi desde posiciones protegidas por los periódicos conservadores del país, nadie lo tomaría por uno de los tantos nazis de alma y corazón que habían conversado con él en la legación alemana o en las reuniones de la colonia y ante los cuales él había fingido nostalgias, patriotismos, alemanidades que no sentía. Y él sería libre, sería Enrique Piedrahíta para el resto de la vida y sería libre.” (214)

Es decir, siendo “el otro”, el narrador Santoro puede comprender el dolor ajeno y la angustia ajena que causó la temible medida política, en los años cuarenta, a estos alemanes inmigrantes. Comprende por qué Enrique escapa y además justifica el motivo para esta huida: es una forma de ser libre de las fuerzas irracionales del terror. Después de todo, la fuerza de una sola persona es demasiado débil. La ira y el odio de Enrique no tienen salida luchando contra la autoridad. También es cierto que, en la novela, no hemos encontrado una excesiva indignación de Enrique contra el gobierno colombiano ni contra los Estados Unidos, pero sí contra Gabriel Santoro, el informante de su padre. Es decir, en la época de terror, a pesar de que el verdadero culpable siempre tiene carácter colectivo, el odio siempre se crea y crece entre las personas más vulnerables, que ignoran a quién deben culpar realmente. Al contrario, en *Costaguana*, José Altamirano sí encuentra una salida para expresar su odio mediante la fuerza. Después de darse cuenta de que la fuerza de una persona es insignificante para enfrentarse a la fuerza social, él decide lanzarse y se deja llevar por ella: traiciona a su país ofreciendo su ayuda a la separación de Panamá dirigida por los americanos. Pero el destino se venga y fracasa en el proyecto de ser él mismo. Después de la traición y la venganza, lleno de frustración, y solo, se exilia a Londres, explicando el por qué es su meta:



“la historia había cesado tiempos atrás: ya nada pasaba en estas tierras, ya habían surgido todos los imperios y se habían luchado todas las guerras, y yo estaría para siempre a salvo de los desastres que los Grandes Momentos pueden imprimir en las Vidas Pequeñas.” (15)

Igual que le ocurre a Enrique, la huida se convierte en “un acto de legítima defensa” (15). La otra representante, es Maya Fritts en *El ruido*. Se advierte la angustia y el miedo que se padece en aquella época. Félix Duque dice que el terror se produce cuando “el mundo parece estar en manos de una Potencia inescrutable y fatídica, que juega cruelmente con las vicisitudes humanas” (Duque 16). Esta Potencia inescrutable y fatídica en las últimas tres décadas del siglo XX se ha mezclado con la imagen de Pablo Escobar, jefe de la red del narcotráfico más tenebrosa en Colombia. En la época de los ochenta, éste compró a militares, policías, políticos, empresarios, jueces, fiscales y periodistas, y también terminó con la vida de decenas de ellos, entre otros, el 30 de abril de 1984, con el asesinato del ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla. Un hecho que sumió al país en el caos, la barbarie y el terror. Desde esta fecha no pararon los homicidios y atentados terroristas. Maya Fritts pertenece a la generación que ha crecido en la ciudad acompañada por el terror del narcotráfico, no quiere soportar más este sentimiento hostil y huye de Bogotá para establecerse en un pueblo llamado Dorada viviendo de la apicultura. De esta manera, el pueblo en el mundo literario de Vásquez simboliza un lugar relativamente pacífico y tranquilo, aunque soporta unas pésimas condiciones de vida. La gente allí es más honesta, y tiene un grado más alto de confianza. Podemos notarlo en lo que ve y siente el narrador Yammara en el camino hacia el pueblo donde vive Maya:

“Pasé junto a una estructura metálica donde alguna vez hubo una pancarta publicitaria, pero que ahora, vista desde lejos, era una suerte de gran corsé abandonado (unos cuantos gallinazos vigilaban la parcela desde los travesaños); pasé junto a un abrevadero donde bebían dos vacas, los cuerpos muy juntos, estorbándose y empujándose, las cabezas protegidas del sol por un escuálido techo de aluminio. Al cabo de trescientos metros de una carretera despavimentada, me encontré pasando junto a varios grupos de niños de torso desnudo que se gritaban y reían y levantaban una nube de polvo suelto al avanzar. Uno de ellos alargó una mano pequeña y morena con un pulgar extendido. Me detuve, acerqué el carro a la berma; ya quieto, sentí de nuevo en la cara y en el cuerpo el golpe violento del calor de las doce. Sentí de nuevo la humedad; sentí los olores. El niño habló primero:

<<Yo voy hasta donde usted vaya, don. >>

<<Voy para Las Acacias>>, le dije. <<Si sabe dónde es, lo llevo hasta allá. >>

<<Pues entonces no me sirve, don>>, me dijo el niño sin perder ni un segundo la sonrisa. <<Es metiéndose por ahí, mire. Ese perro es de ahí. No muerde, tranquilo. >>” (97-98)

Sin duda, la pobreza y el ambiente hostil del pueblo se advierten a primera vista, sin embargo, lo franco y la confianza entre las personas también, además, justamente, forman un gran contraste con la frialdad y la desconfianza entre las personas de la ciudad. Por lo tanto, Maya, después de su autoexilio en el campo trabajando en la apicultura, se siente tranquila, lejos del terror que le han causado las bombas y atentados.<sup>30</sup>

Según hemos visto en las obras de Vásquez, entendemos que, por un lado, la escapada, o la fuga, es el derecho que todo el mundo posee para salvarse del mal. Eso es bastante comprensible. Empero, por el otro, la escapada también

---

<sup>30</sup> Eso me hace recordar que en *La insostenible levedad del ser* de Kundera, el alto nivel de totalitarismo de Praga les obliga a Tomás (Médico) y Teresa (Fotógrafa) exiliarse primero al extranjero, luego al campo trabajando en los pesados trabajos manuales. Por allí, los dos se sienten algo parecido de felicidad, lejos del intolerable totalitarismo.

significa que no resiste, significa que se rinde frente al miedo y olvida a propósito el dolor de los demás. Y el olvido del dolor supone la pérdida del sentido de la comunidad humana. Es decir, mediante las diferentes fugas de sus protagonistas, Vásquez nos ha descrito un aspecto cruel y duro en la sociedad postmoderna: aunque estamos en una época llena de terror, el dolor del otro se ha hecho incomprensible. De ahí se muestra una retórica actual propuesta por Félix Duque: “convertir la pérdida del sentido de la alteridad en la ilusión de la tolerancia, de un lado; mientras que, del otro, se conduce inexorable al Otro al rincón de la marginación y el oprobio” (Duque 104).

Es el miedo lo que impulsa a la gente a escapar, al mismo tiempo también es el que hace perdurar el orden irracional e impone la posibilidad de cambiarlo. Pero nadie puede culpar a nadie por tener miedo. Los fugados no sólo se limitan a los tres representantes que he mencionado arriba, sino que hay millones. Vásquez dice que “Colombia produce escapados” (254), no sólo hay gente como Maya quien huye a un pueblito de tierra caliente, “sino también a Lima, o Buenos Aires, a Nueva York o México, a Miami o Madrid” (254). Al pensar en estas personas, el narrador Yammara se pregunta: “cuántos salieron de mi ciudad sintiendo que de una u otra manera se salvaban, y cuántos sintieron al salvarse que traicionaban algo, que se convertían en las ratas del proverbial barco por el hecho de huir de una ciudad incendiada” (255). Se muestra, así, una preocupación ética del autor en esta actitud ambivalente entre la tolerancia y la renuncia. Como dice Yammara que no puede “culpar a Maya Fritts por haberse ido de Bogotá” (254), tampoco Vásquez puede culpar a nadie por escapar y no resistir. Cada uno tiene el derecho de elegir su propio modo de vivir. Quien

escape está condenado a la nostalgia y la posibilidad de encontrarse con otro mal en la nueva tierra; mientras que, quien se quede en su hogar y elija la tolerancia, ha de tener el mal y el terror como compañía. Ambas situaciones no son agradables. Vásquez no justifica cuál es mejor, sino que nos brinda una realidad amarga. No me atrevo a decir que el autor nos haya presentado los medios para resolver la maldad y el terror del mundo, pero tal vez nos ha dejado una posible solución para que nos resistamos a ellos. Recordamos que igual que José Altamirano de *Costaguana*, Maya, estando aislada en el pueblo, sí se mantiene lejos del mal y el terror que sufrió antes en las ciudades, pero de nuevo cae en una soledad enorme y un vacío sin fin. Debido a su desilusión y desesperación, ellos dos se niegan a amar y pierden la capacidad de amar al otro. Mientras Enrique Deresser, escapado del terror, se lanza al abrazo del amor de su mujer, Rebeca, cuya ternura y buen corazón, le enseña a reconciliarse con el odio y el dolor y, logra la paz interior frente a su antiguo odio y miedo. Tal vez, Vásquez quiere insinuar, que frente al terror y el odio, hay que construir con el amor.

### **2.3: La preocupación ética y los mass media.**

Vásquez defiende que la historia no sólo tiene una versión, sino varias. Uno de los deberes de los escritores es buscar las contradicciones entre diferentes versiones con el fin de encontrar una realidad relativa o una posibilidad real. La causa de que esta relación entre diferentes versiones de historias, informaciones u opiniones puede convivir al mismo tiempo en una sola novela, (también es una presentación de que la historia ya deja de ser unitaria) exactamente está arraigada en un aspecto de la postmodernidad según Vattimo: en el que los mass medias desempeñan un papel determinante, pero “éstos

caracterizan tal sociedad no como una sociedad más ‘transparente’, más consciente de sí misma, más ‘iluminada’, sino como una sociedad más compleja, caótica incluso”(Vattimo 127). En su opinión, los mass media (los medios de comunicación de masas) – periódicos, radio, televisión, etc. – han sido creados para “el venir a darse de la disolución de los puntos de vista centrales” y teóricamente hacen posible una información auténticamente a tiempo real sobre todo lo que sucede en el mundo, y “una perfecta autoconciencia de toda la humanidad por simultaneidad de lo que acontece, la historia y la conciencia del hombre” (Vattimo 128). Precisamente es esta libertad de autoconciencia y perfecto conocimiento de lo que sucede, que nos traen los mass media, quien abre un camino en cuya base están “la oscilación, la pluralidad, y, en definitiva, la erosión del ‘propio principio de realidad’” (Vattimo129). Una multiplicación de las claves, imágenes o realidades que descifran este mundo nos produce una especie de perversa lógica interna y al final nos hace perder “el sentido de la realidad”, es decir entrar en el estado desordenado y caótico.

En las obras de Vásquez se encuentra habitualmente este estado perdido y desordenado en sus protagonistas, y los mass media siempre desempeñan un papel en la fundamentación de dicho estado, sobre todo destacan el periódico, el libro y la televisión. Tal como hace primero en *Los informantes* y más tarde en *Las reputaciones*, indaga cómo la publicación de un libro, una entrevista realizada a través de televisión, o una caricatura publicada en el periódico puede afectar en la vida de una persona. Aún en *Costaguana* explora cómo las falsas noticias y propagandas influyen o manipulan la conciencia de la gente que está lejos de los asuntos ocurridos a través del periodismo. En esta sociedad

postmoderna, a su vez conocida como sociedad de información, las noticias, como la marea, entran en la mente al mismo tiempo. ¿Pero cómo la gente se enfrenta a tanta información transmitida simultáneamente por los mass media? ¿Está bien preparada para discernir la autenticidad de la información y mantener la sensatez de distinguir entre lo correcto y lo equivocado? Sin ninguna duda, estas preguntas demuestran que existe una relación tensa entre los medios de comunicación y lo individual en nuestra sociedad actual y también una preocupación moral por el ambiente del desarrollo de los mass media y los problemas producidos por el mismo. Mediante sus cuatro novelas, Vásquez sucesivamente nos ha presentado cuatro tipos de estado caótico en el sentido moral respecto a la relación entre los mass media y los individuos. A continuación, vamos a ver uno por uno.

- En *Los informantes*, el tiempo del presente ya entra a finales del siglo XX. Los protagonistas viven en una época postmoderna donde todo se produce con acuciante velocidad, incluida la publicación de libros. Justamente porque todo es rápido, el hombre es olvidadizo. Algo ocurrido hoy es olvidado mañana. Como dice Santoro padre en *Los informantes*: “todos van a olvidar tu libro a la vuelta de dos meses” (p.76). Probablemente sea verdad. Pero la publicación de este libro titulado <<Una vida en el exilio>> (1988), escrito por Santoro hijo, que trata de la vida de una judía alemana que emigró a Colombia durante la Segunda Guerra Mundial, aparece como un interruptor para activar otros medios de comunicación. Como afirma el narrador Santoro “una vez que empiezan a salir de los secretos, la infidelidad de hace veinte años, la mentira blanca – sí, como una bola de nieve – ya no hay quien los pare” (222), aparecen las reseñas

críticas sobre dicho libro en el periódico, las opiniones destructivas transmitidas de boca en boca, procedentes de su propio padre, más tarde una revelación de la ex novia de su padre hacia éste mediante una entrevista del canal nocturno en la televisión. Frente a numerosas informaciones y opiniones procedentes de los mass media, que en su mayoría nunca han sido solicitadas y además son contradictorias respecto a lo que creía y sabía antes, el narrador Santoro se siente confuso e inseguro de sí mismo y casi pierde la capacidad de distinguir lo correcto y lo incorrecto y se hunde en un estado caótico a nivel espiritual: “¿Había sido un error escribir *Los Informantes*?” (272) De hecho, tras esta pérdida de la sensación segura y de control sobre uno mismo, el tema verdadero que quiere indagar Vásquez es la libertad de expresión. El narrador Santoro en *Los informantes* es un escritor con conciencia, simboliza a un profesional que trabaja con la creencia de transmitir la verdad que aún se reserva en las zonas oscuras, pero que es atacado por la opinión pública, en su mayor grado negativas. Su propio padre le critica que se cree por estar encima de todos, que su libro es “parasitario”, “denunciado” (74-75) y merece el olvido; hay gente desconocida que lo califica como “narcisismo y exhibicionismo” (272); incluso un amigo suyo también le critica que el hecho de publicar un libro que revela los secretos y los errores de su padre es convertir lo privado en lo público y no es nada elegante. Es decir que una vez ha sido publicado este hecho de buscar la realidad y de “corregir los errores de su padre”, todas las explicaciones con el tono de justicia y razón parecen defectuosas y se convierten en algo polémico y escéptico, entonces Santoro también admite que:

“Tal vez transformar lo privado en público era una perversión-aceptada, es cierto, por nuestra época de mirones y metiches, de

chismosos, de indiscretos -, y publicar una confesión de cualquier tipo era, en el fondo, un comportamiento tan enfermo como el de los hombres que van por la calle mostrándoles a las mujeres una verga gruesa por el mero placer de chocharlas.” (272)

Pero, desde mi punto de vista, Vásquez nos quiere preguntar y hacernos reflexionar que en nuestra época de “mirones y metiches, de chismosos, de indiscretos”, ¿se tiene libertad para hablar de los asuntos privados del otro mediante los mass media? ¿Sobre todo de los que nadie nos solicita, e incluso todo el mundo quiere olvidar? Respecto a la reflexión de Santoro sobre dicho tema, entendemos que, por un lado, sin duda todo el mundo tiene la libertad de expresarse y criticar, pero con la condición de no hacer daño a los demás. O sea, siempre que no haya violación de la moralidad y las disposiciones legales, todo el mundo es libre para hablar, opinar y comentar. Por el otro, hoy en día, mediante los mass media, nunca es tan fácil adquirir opiniones procedentes de todas las partes. Como son muchas, es comprensible que nos hagan perdernos y sentirnos caóticos, pero mientras tanto también nos brindan una oportunidad para formar una nueva cualidad: ser capaz de distinguir lo bueno y lo malo entre millones de opiniones diferentes, y aprender a reflexionar y saber cómo estar seguro de sí mismo. En este caso, la capacidad de saber escuchar las opiniones correctas y útiles es importante, pero, no hacer caso mínimo a las opiniones inútiles e insignificantes, aún parece mejor.

- En *Los informantes*, Vásquez reflexiona en cómo un escritor con conciencia debe enfrentarse a opiniones diferentes, es decir, reflexiona más desde la perspectiva del sujeto que recibe las opiniones. En *Historia secreta de Costaguana*, Vásquez ha cambiado esta perspectiva y la ha sustituido con la del



sujeto que transmite las opiniones. Él indaga qué es lo que deben hacer los trabajadores del periodismo. La historia de la novela se desarrolla en el siglo XIX que era la época en la que se produjo una auténtica revolución del periodismo por los siguientes factores: avances tecnológicos, ampliación y agilización de las comunicaciones, mejora de los medios de transporte para la distribución; reducción del analfabetismo y concentración de la población en las ciudades. Según la “Historia del periodismo” de Nuria María Palanco López, en el siglo XIX, se podían diferenciar dos bloques de contenidos en los medios: el periódico político, caracterizado por la utilización de los medios como vehículo de transmisión de una ideología; el periódico informativo que evolucionaría hacia la prensa de masas que hoy conocemos, y cuya finalidad inmediata es el beneficio económico (Palanco López: 2009). *Star & Herald*<sup>31</sup> fue una de las prensas informativas locales en el Panamá de aquel entonces y uno de sus empleados más “famosos” fue Miguel Altamirano, padre del narrador de *Historia secreta de Costaguana*. Miguel Altamirano, como uno de los personajes destacados de la novela, es caracterizado por su ideología sumamente liberal y anticatólica, su excelente habilidad en la comunicación oral y escrita, y sobre todo por su obsesión hacia las grandes obras que simbolizan el progreso y la civilización humana, primero hacia la construcción del ferrocarril, encargada por Estados Unidos en Panamá y luego la construcción del canal en esta misma tierra. Las primeras dos habilidades le permitieron convertirse en un periodista

---

<sup>31</sup> *Daily Star and Herald* fue fusionado en 1859 por dos medios de una empresa estadounidense: *El Panama Star* y *The Panama Herald*. *El Panama Star* se fundó en el 24 de febrero de 1849, primero publicó sólo en inglés y luego se convirtió en *The Daily Star* el 31 de enero de 1853; y al día siguiente, 1 de febrero, aparece como un anexo en su tercera página, la que hoy continúa siendo nuestra decana, *La Estrella de Panamá*, en español. Y *The Panama Herald*, el otro componente de la misma empresa estadounidense, vio la luz el 14 de abril de 1851 (Stanziola: 2007).

de Star & Herald al llegar a Panamá, pero no un periodista que difundiera la verdad como misión del trabajo, sino que:

“Lo que se representaba en las crónicas de mi padre era más una distorsión, una versión – otra vez la condenada palabrita – de la realidad panameña. Y esta versión, me fui dando cuenta conforme leía, sólo tocaba la verdad objetiva en ciertos puntos selectos, como un barco mercante sólo se interesa por ciertos puertos. En sus escritos, mi padre no temía ni por un instante alterar lo ya sabido o lo que todo el mundo recordaba. Por una buena razón, además: en Panamá, que al final y al cabo era un Estado colombiano, casi nadie sabía; y, sobre todo, nadie recordaba. Hoy puedo decirlo: aquel fue mi primer contacto con la noción, que tantas veces es frágil enemigo para el poder de la pluma, de que cualquiera puede fundar una utopía con sólo armarse de buena retórica. En el principio fue el verbo: el contenido de esa vacuidad bíblica me fue revelado allí, en el puerto de Colón, frente a la escritura de mi padre. La realidad real como criatura de tinta y papel: este descubrimiento, para alguien de mi edad, es de los que sacuden mundos, transforman creencias, convierten al ateo en devoto y viceversa.” (105)

Según lo que ha expuesto Vásquez mediante esta reflexión del narrador Altamirano, podemos notar dos preocupaciones del autor por el campo del periodismo en el plano moral: primero, la actitud indiferente del público respecto a la transmisión de las noticias alrededor de sí mismo y del mundo. La causa de que Miguel Altamirano se atreva a distorsionar la verdad y la historia justamente es basándose en lo olvidadizo, la actitud indiferente y la tolerancia de la gente. Mientras tanto, es esta tolerancia de la gente la que ha nutrido una tierra maligna para el desarrollo del periodismo. Segundo, con tal suerte, una vez nadie investiga la verdad y creen en todo lo que se publica en los periódicos, se supone que cualquiera ya puede fundar una utopía con sólo mover su pluma e incitar a la gente con el poder de las letras. Sobre todo, cuando el editorial sirve como apoyo para transmitir un reportaje falso y una realidad subjetiva, una utopía se

puede transformar en realidad. Y lo que hay detrás de este apoyo siempre tiene algo que ver con los factores políticos y económicos de aquel entonces. No es nada raro que la prensa sirva como herramienta de ideología para ciertos grupos tanto en el siglo XIX como hoy en día. Star & Herald que está bajo la pluma de Vásquez sólo es uno de los miles de ejemplos.

Cuando pensamos en la ética referida al ejercicio del periodismo, es inevitable recordar la célebre frase del escritor Gabriel García Márquez: "La ética no es una condición ocasional, sino que debe acompañar siempre al periodismo como el zumbido al moscardón" (Restrepo 6). El periodismo debería desempeñar el papel de la conciencia moral y el cerebro de una sociedad. Mediante el poder de las letras, se transmite o se restaura la verdad que ha sucedido, está sucediendo o sucederá en el mundo; mediante el poder de la opinión, se glorifica la justicia y la igualdad, se revela y se critica la injusticia y la falta de la igualdad. Incluso cuando toda la sociedad entra en un estado desordenado o desorientado en el sentido social, político, espiritual y moral, el periodismo debe ser la última barrera del campo espiritual del hombre y mantener la transmisión de la verdad, de este modo, desencadena el pensamiento y la reflexión del lector sobre el tema. Como posee el poder tanto en sus escritos como en sus opiniones, si sus trabajadores están dispuestos a ser portavoces de las opiniones extremas y se asocian, voluntariamente, con lo inmoral, no sólo generará daño a más de una persona, sino a un grupo de personas, incluso a toda la sociedad. La obsesión, la ceguera y el fanatismo de una persona aún no son preocupantes, pero si estos estallan en un grupo o en toda la sociedad, será el horror más grande y la pesadilla más aterradora para toda la humanidad. Tales

ejemplos, a lo largo de la historia no son raros. Justamente debido a eso, Miguel Altamirano no es la primera persona que no respeta la moralidad profesional del periodismo y pone el individualismo por encima del interés público, ni tampoco será la última persona. Por ende, podemos decir que a pesar de que Vásquez describe un escándalo que tuvo lugar en el campo del periodismo en el siglo XIX, también ha dado la alarma para todos los trabajadores del periodismo de hoy.

- En *El ruido de las cosas al caer*, Vásquez reflexiona de nuevo sobre la relación entre los medios de comunicación de masas y la vida de los individuos en una sociedad postmoderna. Desde una perspectiva diferente, en su tercera novela, analiza qué influencia ejercen los medios de comunicación de masas en los individuos. Se puede observar que Vásquez considera que existe un beneficio para la experiencia del conocimiento y el sentimiento del hombre, gracias a las noticias de los mass media y compartir la emoción causada por las tragedias, las comedias o tragicomedias de otras personas que no tienen nada que ver consigo mismo. Es lo que sucede, por ejemplo, en una escena, al comienzo de la novela, donde todo el mundo se preocupa por el destino de un hipopótamo escapado del zoo:

“Los programas de radio de la mañana y los noticieros de la noche, las columnas de opinión que todo el mundo leía y los blogueros que no leía nadie, todos se preguntaban si era necesario matar a los hipopótamos extraviados, si no bastaba con acorralarlos, anestesiarnos, devolverlos al África [...] En la prensa y en las pantallas las autoridades hacían el inventario de las enfermedades que puede propagar un artiodáctilo – y usaban esa palabra, artiodáctilo, nueva para mí-, y en los barrios ricos de Bogotá aparecían camisetas con la leyenda Save the hipos.” (14)

Sin embargo, también considera que esta experiencia en torno al conocimiento y sentimientos del hombre no conduce a una profundización en el problema o los problemas, sino sólo hacia cantidad. Todas estas informaciones, historias, tragedias o violencias (algunas bastantes parecidas) distraen la posibilidad de centrar la atención en un solo asunto y también produce el desgaste de los sentimientos o emociones del hombre. Al final, para el hombre, todo lo ocurrido en el mundo, sin importar mucho su carácter trágico o cómico, sucede con naturalidad. Parece fácil hacer un comentario sobre la tragedia humana— ¡Qué horror! -, como si se tratase de un comentario sobre el mal tiempo. La indiferencia y la insensibilidad producida por la enorme cantidad de noticias convierten en normal lo extraordinario. Cuando un asunto debería causar ciertos sentimientos o emociones, pero fracasa, acaba creando un trastorno emocional, un trastorno moral. En la novela, Vásquez nos presenta una escena en la que todas las personas son indiferentes e insensibles frente al horror y la violencia, es decir, son las personas quienes sufren un trastorno moral:

“Los bogotanos nos habíamos acostumbrado a ella, en parte porque sus imágenes nos llegaban con portentosa regularidad desde los noticieros y los periódicos; este día, las imágenes del más reciente atentado habían empezado a entrar, en forma de boletín de última hora, por la pantalla del televisor. Primero vimos al periodista que presentaba la noticia desde la puerta de la clínica del Country, después vimos una imagen del Mercedes acribillado - a través de la ventada destrozada se veía el asiento trasero, los restos de cristales, los brochazos de sangre seca-, y al final, cuando ya los movimientos habían cesado en todas las mesas y se había hecho el silencio y alguien había pedido a gritos que le subieran el volumen al aparato, vimos, encima de las fechas de su nacimiento y de su muerte todavía fresca, la cara en blanco y negro de la víctima. Era el político conservador Álvaro Gómez, hijo de uno de los presidentes más controvertidos del siglo y él mismo candidato a la presidencia más de una vez. Nadie preguntó por qué lo habrían matado, ni quién, porque estas preguntas habían dejado tener sentido en mi ciudad, o se hacían

de manera retórica, sin esperar repuesta, como única manera de reaccionar antes la nueva cachetada. [...] De manera que todos los billaristas lamentamos el crimen con la resignación que ya era una suerte de idiosincrasia nacional, el legado que nos dejaba nuestro tiempo, y luego volvimos a nuestros chicos respectivos. Todos, digo, menos uno cuya atención se había quedado fija en la pantalla, donde las imágenes habían pasado a la siguiente noticia y ahora presentaban una escena de abandono...” (18-19)

Hemos visto que los medios si bien informan a la gente, no por ello se supone que hagan pensar, preguntar el por qué e investigarlo. Es lo que sucede en la actitud que muestra el protagonista de la novela al enterarse del accidente del vuelo 965 por las noticias (sin saber que este accidente cambiará totalmente su vida en el futuro no muy lejano): “Lamenté el accidente, sentí toda la simpatía de que soy capaz por la gente que esperaba a sus familias para pasar con ellos las fiestas, o la que, en su silla del avión, comprende de un momento al otro que no llegará, que está viviendo sus últimos segundos. Pero fue una simpatía efímera y distraída, y de seguro se había extinguido cuando entramos al cubículo estrecho donde Aura” (40). Es decir, mucha gente se da por satisfecha con sólo conocer la noticia y sentir una condolencia pasajera. No necesita nada más. Como Joseph Conrad en el prefacio del autor de *El agente secreto* ha escrito: “porque el mundo, en general, no está interesado en los motivos de cualquier acto hostil, sino en sus consecuencias. El hombre puede sonreír y sonreír, pero no es un animal investigador: gusta de lo obvio, huye de las explicaciones” (Conrad: 1998). Por otra parte, las noticias transmitidas por los mass media tampoco suelen tener el carácter investigador, sino sólo informativo. De esta manera, entre el público y los mass media fluye un mundo en el que la gente no se interesa por darles a conocer las noticias en profundidad. Por lo tanto, en este mundo donde vivimos, el conocimiento y la comprensión del hombre de hoy día

debe su superficialidad al enorme contingente de noticias que se producen, mayor, que en cualquier época anterior.

En esta novela, nos enseña el autor que por un lado los medios son capaces de convertir al hombre en guardia de la moral y dar voz a quien esté callado (tal y como les ocurre a esos hipopótamos extraviados mencionados arriba); por otro lado, también son capaces de hacer al hombre sumamente indiferente frente a la desgracia de los demás, tal y como sucede con la indiferencia sobre la muerte causada por la violencia. Además, nos demuestra como los colombianos están acostumbrados a convivir con su violencia nacional en la era de la información. Mediante los medios de comunicación, la gente se reencuentra con la violencia a diario, aunque así, para la mayoría, la mejor manera de rebelarse contra ella no es buscar el origen y la causa, sino acostumbrarse y convivir con miedo y con los mil misterios irresueltos producidos por ella. Cada día se informan a través de las noticias y a continuación vuelven a sus asuntos y olvidan, al igual que los billaristas en la novela vuelven a sus chicos respectivos. Sobre ese tema, Bernstein explica que “hay algo extraordinariamente paradójico en la visibilidad que el mal tiene en nuestra época, una visibilidad que puede llegar a ser tan abrumadora que nos ofusca” (Cfr. en Hassan, 2012: 19). Andrew Delbanco también observa: “En nuestra cultura ha surgido una brecha entre la visibilidad del mal y los recursos intelectuales como los que contamos para enfrentarla. La imagen del horror nunca había sido tan ampliamente difundida y tan aterradora a la vez: [...] El repertorio del mal nunca fue tan vasto. Sin embargo, nuestras respuestas nunca fueron tan débiles” (Cfr. en Hassan, 2012: 20).

- En *Las reputaciones*, Vásquez reflexiona sobre otro tema bajo el término de los mass media: ¿La fama y el prestigio público cómo se acumulan y son reconocidos mediante los medios de comunicación? ¿Cómo es la sensación de ser famoso, conocido por todo el pueblo? ¿Y uno que posee tanto la fama como el prestigio debe reconocer sus errores de forma pública? De hecho, este tema ya ha sido explorado y demostrado de una forma preliminar en *Los informantes*: expulsado por el deseo de proteger su reputación pública, Santoro padre realizó unas acciones anormales e incomprensibles y lo repite en su última novela, *Las reputaciones*, mediante el famoso caricaturista Mallarino, nos muestra cómo se convierte en pionero gracias a la plataforma de la opinión pública. Diferente al narrador Santoro de *Los informantes*, su sensación desorientada y caótica no está causada por las dudas sobre sus publicaciones, sino que se produce por la discordia entre el gran éxito de su carrera y la quiebra de su vida de familia. La tranquilidad y la felicidad familiar gracias a su hija y la ayuda de su mujer, para llegar a ser caricaturista político, se rompe. A medida que sus críticas causaban mayor admiración y reconocimiento entre sus partidarios, sin embargo, produce como resultado una enorme amenaza de muerte en sus enemigos. Pese al amor por su mujer, no logra encontrar la manera adecuada para salvar la relación entre los dos. Porque diferente al narrador de *Los informantes*, lo que está ante él no son voces de duda y rechazo, sino la alabanza y la admiración. Pese a que las voces críticas decepcionan al hombre, a su vez también tienen la función de mantenerle en alerta. Sin embargo, el elogio y la alabanza producen ceguera. Es decir, Mallarino no sólo es un beneficiario de la opinión pública, sino que también es una víctima. A través del poder de la opinión pública, Mallarino, se convierte en un líder de opiniones, en



un orgulloso mensajero, actúa como un triunfador, incluso en vez de sentirse culpable y reflexionar, se siente poderoso cuando se entera del suicidio del congresista Guéllar (atacado por su crítica), y así acaba convirtiéndose en un cómplice inconsciente de la opinión pública.

Por otro lado, Walter Lippmann en el capítulo titulado “El mundo exterior y las imágenes” que le sirve de apertura de su clásica obra *La opinión pública*, expone su tesis, según la cual los medios informativos, esas ventanas abiertas al inmenso mundo que queda más allá de nuestra experiencia directa, determinan los mapas cognitivos que nos hacemos de él. Por esto la opinión pública, sostiene Lippmann, no responde al entorno, sino al pseudo-entorno construido por los medios (Lippmann, 2003). En *Las reputaciones*, Vásquez lo confirma. Al público nunca le interesa si el congresista Guéllar realmente ha abusado sexualmente de la niña Samanta. Sólo les interesa la información transmitida en la caricatura hecha con el tono crítico de Mallarino que aparece en <<El Independiente>><sup>32</sup>. Sin investigar sin ni siquiera haberlo pensado, se cree que Guéllar es culpable. Si años más tarde, Mallarino admite que ha dibujado la caricatura sin estar seguro de lo que haya ocurrido realmente entre Guéllar y la niña Samanta, el público, igualmente, le humillará y sancionará como hace años hicieron con Guéllar, sin piedad. Es decir, en esta sociedad de la información, la opinión pública no reflexiona ni distingue lo falso y lo verdadero, ni lo bueno y lo malo. Nunca produce una razón, sólo produce el ruido. Si decimos que los medios de comunicación promueven identidades,

---

<sup>32</sup> En la que Guéllar, “vestido con chaleco de rombos, las líneas del chaleco rotas por la barriga prominente. Tenía los brazos abiertos, como si quisiera abrazar el mundo, y su cara pecosa miraba al cielo” (84) y al lado un guion: “El congresista Adolfo Cuéllar: - Dejad que las niñas se acerquen a mí” (84).

refuerzan normas sociales y ejercen la facultad de atribuir autoridad moral, como lo hace con Mallarino, se puede concluir que en realidad su capacidad de “construir representaciones simbólicas es tal que suplanta una realidad que, más que reflejar, inventa” (Bragado 1351). La opinión pública es un seguidor ciego de esta realidad inventada, no simboliza la razón y la verdad, sino que es la encarnación de la superficialidad y la arrogancia en una época ruidosa y carnavalesca.

En suma, mediante sus cuatro novelas, desde diferentes perspectivas, Vásquez ha reflexionado sobre la esencia de nuestra sociedad actual en la que desempeñan un papel importante los mass media y, a su vez, nos ha demostrado sus aspectos más inmorales y caóticos: hay periodistas que se aprovechan de su trabajo privilegiado para engañar a la gente públicamente; hay quienes hacen comentarios sin distinguir lo falso y lo real; quienes escriben reportajes sin cuidar la dignidad del otro; hay gente que casi pierde su propia creencia moral frente a los millones de opiniones. Además, hay un mayor número de gente que convive con lo caótico causado por aquellos que no respetan la ética profesional o humana en la sociedad de los mass media. Por lo tanto, todos los protagonistas de Vásquez tienen el afán de controlar y detener el estado desordenado para buscar su paz interior. Como el narrador Santoro en *Los informantes*, confiesa que tiene “un pulso librado contra la entropía, un intento de que el desorden más intenso, fuera detenido, puesto en grilletes, por una vez derrotado” (34). De igual modo, el narrador de *Las reputaciones*, también declara al comienzo de la novela que desea “detener la marcha del caos, como si haciéndolo fuera a detener también su propia entropía interior, la lenta oxidación de sus órganos”

(13). Sobre ello, desde mi punto de vista, creo que Vásquez al menos ofrece dos maneras para “detener la marca del caos” tanto en la vida misma como en el plano espiritual y psicológico. Primero buscar en la literatura. Mediante el poder de la literatura, se encuentra con la tranquilidad interna de sí mismo. En las novelas de Vásquez, casi todos los protagonistas se sienten pequeños y desorientados frente al desorden informativo e histórico. A pesar de que en las novelas se advierte el esfuerzo para enfrentarse al desorden informativo, social e histórico, el desorden nunca puede ser frenado. A los protagonistas no les mueve la fe ingenua de poder cambiar la realidad que les ha tocado, sino la esperanza de que a nivel individual la realidad ficticia pueda “proporcionar un contrapeso, un consuelo contra ese miedo, ese vértigo al que alude Sebald” (Jasper Vervaeke, 2012: 34). Del tal modo, hemos visto que en sus novelas José Altamirano lee a Joseph Conrad y utiliza las frases del escritor inglés para descifrar lo incomprensible de la vida que le toca vivir; Antonio Yammara no se cansa de leer a José Asunción Silva y citar las poesías de éste para sentirse más tranquilo; en la cabeza de Javier Mallarino, siempre aparece la imagen de Ricardo Rendón, otro famoso caricaturista y la vida y la muerte de éste. Intenta comprender su vida interpretando la vida de éste. En este sentido, en el ensayo “La seriedad del juego”, Vásquez habla de “la profunda satisfacción que nos dan los mundos cerrados, autónomos y perfectos, de las grandes ficciones. Esos mundos que, precisamente por haber nacido de la imaginación libre y soberana, da a la realidad un orden y un significado que ésta, por sí sola, no logrará jamás” (Vásquez, 2009: 16).

Segundo, reflexionar. Casi todos los narradores de Vásquez se dedican a la literatura o al pensamiento<sup>33</sup>. El punto en común entre ellos es que son muy capaces de pensar y buscar lo lógico de las cosas entre millones de informaciones desordenadas y opiniones diversas. Por lo tanto, aunque es cierto que muchos protagonistas de Vásquez se sienten perdidos frente al caos de la vida producido por los procesos históricos e informativos, al final terminan por convertirse en los narradores de la historia que tenemos en nuestra mano y en la cual demostrarnos las maneras de reencontrarnos con la propia tranquilidad interna. Como Santoro dice “pensar en el pasado, obligar a alguien a recordarlo, era una manera de hacerlo” (34). De igual modo, los narradores de Vásquez dedican su esfuerzo a recordar y pensar en el pasado. El recuerdo mismo ya es un tipo de reflexión. Por esta causa, ellos no sólo experimentan el desorden interior y el caos informativo causado por los factores sociales, históricos, políticos y morales, sino que también, a través del recuerdo y el pensamiento, se convierten en los individuos que se intentan mantener alerta en las situaciones conflictivas e investigar la causa con el fin de presentarnos las circunstancias que rodean los hechos. De este modo, en las obras de Vásquez siempre hay un tipo de balance, entre los detalles y el conjunto, lo racional y lo emocional, lo perdido en el momento de experimentar los asuntos y lo que nace después de eso, así como entre el actor y el pensador. La dignidad personal justamente es el punto de partida de todos los pensamientos. Como el escritor checo Ivan Kilma dijo: “ésta es una era sin Dios, en una era así, en el proceso de esforzarse por

---

<sup>33</sup> En *Los informantes* y *Costaguana*, ambos narradores son escritores; El narrador de *El Ruido* es profesor de Derecho de universidad y amante de letras; En *Las reputaciones*, el narrador es caricaturista político y crítico.

obtener la libertad y el orden, el hombre ha sido quitado todos los medios y todas las armas, a excepción de la esperanza que concebida dentro de lo interior de sí mismo”<sup>34</sup> (Cfr. en Xu, 2013). El pensamiento y la reflexión individual consisten en la manera de encontrarse con la libertad, el orden y la tranquilidad interna de uno mismo.

---

<sup>34</sup> El texto original está en chino. La traducción es mía.



# **Parte III**

## **La decisión de los “donnadies”**





En la segunda parte de la tesis, me he concentrado en abordar las preocupaciones éticas de Vásquez frente a los problemas sociopolíticos, tanto dentro de Colombia como fuera del país. La tercera parte de la tesis no tiene como objetivo presentar una investigación técnica y científica, o el desarrollo académico sobre la violencia y la historia colombiana, sino promover un estudio sobre las decisiones que han tomado los “donnadies” en el universo literario vasquiano, dentro de su correspondiente contexto histórico, y poner en evidencia que las narraciones literarias provocan el interés y despliegan la sensibilidad social, a diferencia de las narraciones periodísticas e históricas o los estudios sociales y académicos, pues dejan una impresión en el lector mucho más profunda, propósito que también pretendo con este estudio.

En opinión de Aristóteles, para una persona, el logro de la virtud se realiza en el acto de tomar una decisión. En cuanto al mundo literario, detrás de las decisiones de los personajes se encuentra la naturaleza sensible o pensante de su autor que la sitúa a favor o en contra de sus propósitos. De este modo, mi intención inicial era analizar a cada personaje principal y sus decisiones en las novelas de Vásquez desde *Los informantes* (2004) hasta *Las reputaciones* (2013) y averiguar la ética por la que se inclina nuestro escritor. Sin embargo, aparte de eso, algunos testimonios presentados en sus obras no son una historia exclusivamente latinoamericana, sino un relato sobre el desarrollo psicológico, emocional y ético del ser humano que nos incumbe a todos, occidentales y orientales. Se trata de la necesaria construcción de una nueva ética.

En consecuencia, el eje central de esta parte de la tesis se configura en dos aspectos: por un lado, se trata de una crítica ética con respecto a los

testimonios inmorales presenciales en las novelas; por otro lado, es la explotación literaria del concepto “la zona gris” que mencionó varias veces mismo Vásquez<sup>35</sup>, tema que ha sido explorado con profundidad por Viridiana Molinares Hassan en su libro *La zona gris: imposibilidad de juicios y una nueva ética*. Según la autora, el concepto de “la zona gris” es descrito primero por Primo Levi en sus obras, en particular en *Los hundidos y los salvados*, libro de ensayos que refleja su experiencia como superviviente del holocausto en el campo de concentración de Auschwitz. Es una zona gris:

“de contornos mal definidos, que separa y une al mismo tiempo a los dos bandos de patrones y de siervos; su estructura interna es extremadamente complicada y no le falta ningún elemento para dificultar el juicio que es menester hacer porque es una zona de irresponsabilidad y de *impotentia judicandi* desde lo jurídico [...] puede asociarse a los lugares de confrontación ética en donde se revela la opacidad de la condición humana” (Levi 520).<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> En la entrevista con Jasper Vervaeke, publicada en *Ciber Letras*, Vásquez dice: “esa paradoja —el que un hombre que sale huyendo de Hitler y que pocos años después se ve despojado de su ciudadanía alemana por las leyes nacionalsocialistas, llegue, en su país de destino, a ser perseguido precisamente por tener esa nacionalidad de origen— me pareció el área gris, el área moral, intelectual y emocionalmente compleja que es la provincia natural del novelista. Los novelistas nos movemos en esas zonas donde se contradice la noción de lo correcto y lo incorrecto, donde se pueden encontrar de alguna manera justificaciones para cosas que son moralmente reprobables.” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010)

En la entrevista con autora colombiana Silvia Paternoso, Vásquez no sólo admite que “la situación descrita en *Los informantes* era interesante para mí, ya que caía en un área gris” sino que también declara que “empecé a obsesionarme con algunas áreas grises de nuestra historia, de nuestro *geist* como pueblo.” (Vásquez, *Bomb*:2010)

En una entrevista más reciente Vásquez recalcó que le interesan las novelas “que se metan a indagar situaciones morales difíciles, las que plantean una gran pregunta moral, que escudriñen las zonas grises del comportamiento.” (Vásquez, *El universal*: 2013)

Por último, merece volver a mencionar lo que dice Carlos Fuentes en *La gran novela hispanoamericana*, Vásquez nos ofrece “la zona gris de la acción y de la conciencia humana donde nuestra capacidad de cometer errores, traicionar, ofuscar, crea una cadena de infidencias que nos condena a un mundo de insuficiencias” y al hacerlo “nos coloca ante disyuntivas morales e históricas inevitables.” (Fuentes: 2013)

<sup>36</sup> Desde su experiencia en los campos, Levi sostiene lo siguiente: “Es ingenuo, absurdo e históricamente falso creer que un sistema infernal, como era el nacionalsocialismo, convierta en

Luego el concepto es profundizado en la obra de Giorgio Agamben, *Lo que queda de Auschwitz* (2009), quien señala que la herencia más importante de Levi es la introducción de un nuevo elemento ético, y, parafraseando la zona gris, la define “como una alquimia entre el bien y el mal, y junto a ellos, de todos los metales de la ética tradicional, que en esta zona de opacidad alcanzan su punto de fusión” (Agamben 20). Aunque el concepto de “zona gris” ha sido propuesto refiriéndose a lo ocurrido en los campos de concentración en Auschwitz, Agamben pone de manifiesto que la zona gris no se desarrolló de manera exclusiva en los campos, por el contrario, se repite cotidianamente, y señala de manera clara que “la importancia de comprenderla para lograr que termine la situación de fusión y desdibujamiento entre el bien y el mal son más habituales de lo que estamos acostumbrados a reconocer” (Agamben 25). Además, continúa declarando que particularmente esa fusión entre el bien y el mal da lugar a un acercamiento al hombre, ya que en la vida práctica la experiencia humana es mucho más compleja que unos principios éticos y morales, sobre todo después del surgimiento de la afirmación de la banalidad del mal desarrollada por Arendt, en la cual esta autora judía - alemana afirma que después de todo, todo el mundo puede cometer errores sin saberlo. Para ratificar este paradigma de lo cotidiano, Molinares Hassan cita a Richard J. Bernstein:

---

santos a sus víctimas, por el contrario, las degrada, las asimila a él y tanto más cuanto más vulnerables sean ellas, vacías, privadas de un esqueleto político o moral” (Levi, 2009: 502). Posición similar se lee en Kertész (1999): “nos espanta la facilidad con la que los regímenes dictatoriales totalitarios disuelven la personalidad autónoma y con que el ser humano se convierte en pieza constituyente, sumisa y perfectamente ajustada del dinámico engranaje estatal” (Kertész 35).

“Tenemos que vivir con esa profunda e irrevocable ambivalencia, no podemos contenerla o controlar racionalmente. No podemos eliminar nuestros deseos inconscientes de violar las prohibiciones morales.” (Cfr. en Hassan, 2012: 31)

Y Bernstein alude a la teoría de Freud:

“[...] la tranquilizadora moraleja que podemos sonsacar de Freud es que no hay- ni puede haber – “soluciones definitivas” para el problema del mal. El drama de nuestra vida individual y colectiva siempre se presenta ante un trasfondo de ambivalencia psíquica inevitable: se puede contener temporalmente a los “malos impulsos”, se los puede suprimir y reprimir, pero nunca se los puede eliminar por completo.” (Cfr. en Hassan, 2012: 31)

Por lo tanto, ante el hecho de la banalidad del mal y la imposibilidad de eliminarlo por completo, y frente a las comportamientos y los diferentes valores que no cumplen con los razonamientos morales que pertenecen al sistema moral convencional, Viridiana Molinares Hassan saca la misma conclusión que Levi: en ciertas circunstancias existe “un juicio que querríamos confiar solo a quien se haya encontrado en situaciones similares y haya tenido ocasión de experimentar por sí mismo lo que significa vivir una situación apremiante” (Levi 504). Esta actitud no totalmente cerrada abre un espacio más humano para el alma humana, por cuanto la ambigüedad y la imposibilidad de juicios que conlleva la zona gris por un lado nos demuestra la complejidad de la naturaleza humana, (sobre todo, en esta sociedad que extiende nuevos valores individuales) y por otro, nos brinda una ética más cercana a la experiencia humana y la razón que ha hecho hombre a un hombre.

En las cuatro novelas de Vásquez que vamos a analizar, a partir de *Los informantes*, su obra cae bajo el prisma de “la Historia con mayúscula” que

abarca desde los años veinte del siglo XIX hasta el comienzo del siglo XXI. A lo largo de esta trayectoria literaria, el autor pone delante de los ojos de sus lectores las contradicciones o dudas psicológicas y éticas sufridas por sus personajes cuando se ven obligados a enfrentar sus propias decisiones y sus consecuencias, tales como la vergüenza, el miedo, la angustia, el deseo, el arrepentimiento, la vacilación, la memoria o el olvido, etc. Hannah Arendt considera que la conciencia moral de uno se observa en su acto de elegir. En la opinión de Hannah Arendt, “al elegir elegimos quién queremos ser; cuando pensamos nos podemos dar cuenta de quiénes seríamos al elegir [...] al tiempo que eliges un modelo de humanidad, lo que deseas que la persona acabe siendo” (Cfr. en Díaz, 2011), es decir, se puede considerar que el sujeto se escoge a sí mismo con lo cual se convierte en el modelo de la conciencia moral. De esta manera abordamos el análisis textual, desde los comportamientos, en particular, las decisiones de los personajes más relevantes en su respectivo contexto histórico y social, desde *Los informantes* hasta *Las reputaciones*, con el fin de articular el perfil moral de estos personajes, intuir la ética del autor y encontrar la zona gris establecida en sus obras. Pero en este estudio no se presentan las repuestas concretas sobre las preguntas respecto a las decisiones tomadas de los personajes situadas en “la zona gris”, aunque sí se insinúan. Porque dar una repuesta absoluta es desdibujar lo que la misma teoría plantea como opacidad. Además, la particularidad de *Historia secreta de Costaguana*, se muestra en dos aspectos<sup>37</sup>,

---

<sup>37</sup> Véase en la primera parte de mi tesis: “*Costaguana* fue un histrionismo, una pieza teatral que yo representé, mientras que en las otras novelas la voz, los ambientes y los intereses se corresponden a mi propio temperamento. Crear un narrador o un personaje siempre es asumir una máscara, y uno decide qué tan cercana está esta máscara de su sensibilidad y temperamento. *Costaguana* es ese momento de la noche en que empiezas a contar bromas en la mesa, a asumir la voz de otro. Así como para hablar de esos temas el descubrimiento de esa voz fue muy

primero, el tono humorístico y de farsa que aplica el autor, segundo, la importancia de la Historia con Mayúscula que ocupa en la novela misma. Dos motivos que contribuyen a la complejidad de esta obra y obligan a dedicarle un apartado concreto, mientras que las otras tres se agrupan en otra sección.

---

importante, puede que vuelva a suceder. Pero sí he descubierto que lo que me viene de manera más natural es el otro tono, el de *Los informantes*, *El ruido* y *Las reputaciones*. Viendo los proyectos que tengo ahora, creo que cada vez más voy hacia eso, lo identifico cada vez más con mis inquietudes, con la cualidad moral de las novelas que me gusta leer, con las preguntas que quiero hacerme en mis novelas. *Los informantes*, *El ruido* y *Las reputaciones* se acercan mucho más a cierta familia literaria que asocio con las ideas de la tragedia clásica, en el sentido del hombre cuya vida es vulnerable a fuerzas que no entiende. Pero también en el sentido de la tragedia como metáfora de la caída, como la idea de rastrear ese proceso desde el cual un personaje que está en las alturas de su vida acaba cayendo. Este es el mundo que quiero explorar en la acción, y en mi cabeza esto suena con la misma voz de estas novelas, no con la de *Costaguana*. *Costaguana* es una tragicomedia, *à la limite* (sic), pero muchas veces está más cerca del *vodevil* o *la farsa*.” (Vásquez, *Letras Libres*: 2014)

### 3. <<La historia secreta de Costaguana>>:

Alberto Giordano en su ensayo sobre las razones de la crítica dice: “si algo puede la literatura [...] es precisamente inventar, en los intersticios de una realidad dada” (Giordano 13). Podemos decir que *Los informantes* y *El Ruido* han sido inventados en “los intersticios de una realidad dada”, mientras que *Historia secreta de Costaguana*, la segunda novela de Vásquez, ha sido inventada en los intersticios entre una realidad dada y una realidad posible. La realidad dada se refiere a la historia oficial de Colombia durante todo el siglo XIX, o más concretamente, desde la Independencia hasta la separación de Panamá en 1903; y la realidad posible está basada en una posibilidad que entre el 18 de agosto y el 25 de septiembre de 1976, Konrad Korzenieowski, polaco de escasos dieciochos años, pisase alguna vez Estados Unidos de Colombia. Veintiséis años más tarde, desde mayo de 1902 hasta agosto de 1904, el chico polaco ya adulto, que se había convertido en Joseph Conrad, basando en sus recuerdos juveniles sobre este corto viaje que hizo en Colombia, escribía su obra maestra: *Nostromo*, una novela que trata de la historia que se desarrolla en un país sudamericano, llamado Costaguana, y que pierde una provincia en una guerra civil bajo la intervención de las potencias extranjeras.

Es decir, en esta “historia secreta” de Vásquez, se encuentra una “doble línea de relaciones textuales, tanto novela sobre la historia de la separación de Panamá y como hipertexto de *Nostromo*” (Carpio Franco, 2010). En el prefacio de *El agente secreto*, el mismo Conrad dice que *Nostromo* fundamenta su

elaboración más ardua. En mi opinión, *La historia secreta de Costaguana* de Vásquez es tan compleja como la de Conrad que le sirvió de inspiración. Como el autor mismo dice, esta novela intenta “traer a la fuerza, la historia universal a Colombia, ubicar a Colombia en el panorama de las grandes historias” (Vásquez, *Quórum*: 2006). “Historia universal”, estas dos palabras ya suponen que no es una historia simple que sólo narra la historia de una zona, una religión, e incluso no se puede decir sencillamente que es historia de un país, sino que es la historia de un país con una proyección universal que abarca una gran cantidad de contenido histórico, una dimensión dilatada de tiempo y de espacio. Entre seis guerras civiles colombianas del siglo XIX, la construcción del Ferrocarril y la del canal de Panamá y la separación de Panamá bajo la intervención de las potencias imperialistas, sobre todo de los Estados Unidos, todos estos contenidos históricos se convierten en los argumentos fundamentales de la novela. El espacio temporal se inicia con el nacimiento de Miguel Altamirano en 1820, año que Gran Colombia es recién liberada de las manos de los españoles, y termina con la muerte de Joseph Conrad en 1924. Más de cien años, incluso no exageraría si digo que esta novela es una novela de cien años de violencia y sufrimiento, de caos y pecado. Y sobre su amplia dimensión del espacio, lo que está frente a nosotros es una trayectoria universal que ha ensartado los argumentos a lo largo de la historia. Por un lado, se desarrolla en el interior de Colombia: Bogotá, varias provincias y ciudades como campos de batalla, Colón y Panamá; Por el otro, se realiza en el exterior de Colombia: Londres, París, Washington, así como varios espacios en movimiento, barcos extranjeros. Todas estas facetas reunidas en una novela de doscientas noventa páginas hacen de esta una obra complicada y ambiciosa, pero no difícil de comprender. Todo esto se



debe gracias a dos personajes inventados en la novela: padre e hijo, Miguel Altamirano y José Altamirano. La novela empieza con la muerte de Joseph Conrad y la confesión del escritor y narrador José Altamirano:

“Yo, que he venido huyendo de la Gran Historia, retrocedo ahora un siglo entero para ir hasta el fondo de mi historia pequeña, e intentaré investigar en las raíces de mi desgracia. Durante aquella noche, la noche de nuestro encuentro, Conrad me escuchó contar esta historia; y ahora, queridos lectores – lectores que me juzgarán, Lectores del Jurado -, es su turno. Pues el éxito de mi relato se basa en este presupuesto: todo lo que supo Conrad habrán de saberlo ustedes.

(Pero hay otra persona... Eloísa, también tú habrás de conocer estas memorias, estas confesiones. También tú harás de emitir, cuando sea oportuno, tu propia absolución o tu propia condena.)” (16)

Según lo que expone este párrafo, podemos descubrir tres puntos clave: primero, como siempre, el protagonista es una víctima de la gran fuerza de la Historia. Distinta de “la manera tangencial” que ha aplicado el autor en *Los Informantes* y *El ruido*, en la novela misma, la Historia evidentemente ha ocupado un lugar más importante; no se limita a servir como telón de fondo histórico de la novela, sino para “investigar en las raíces de mi desgracia” (16). La Historia escrita en mayúscula se convierte en protagonista, y se desarrolla al mismo tiempo con la historia cotidiana. Los dos tipos de historia se cruzan, se yuxtaponen y se chocan, es decir, “ninguna existe por su cuenta” (Carpio Franco 86). Segundo, el escritor José Altamirano, con el fin de restaurar la historia robada y distorsionada por Conrad en su novela *Nostromo* a su verdadera realidad histórica, decide escribir la novela la que tenemos en la mano. O sea, nos cuenta Altamirano que la historia narrada en la novela inglesa y la historia narrada por él en esta novela procede del mismo origen. Las dos novelas son dos

versiones de la misma historia. Pero la anterior es robada y falsa, mientras que la suya es correcta y real. Veremos en la novela, cómo consigue llevar a cabo esta intención de corregir y demostrar que *Nostromo* es nada más que un eco, un plagio de su *Historia secreta de Costaguana*. Por una parte, el escritor Altamirano se inmiscuye en los asuntos históricos, lo cual justamente contrasta con la historia narrada de forma plana en *Nostromo*. Por otra parte, diseña un encuentro entre los dos escritores para exponer a los lectores en qué momento Conrad consigue su verdadera fuente para crear su historia sudamericana<sup>38</sup>. Tercero, según el contenido del paréntesis, aparte de esta tentativa de la corrección de la historia contada por Conrad, la novela entera también es una confesión privada y personal realizada de un padre a una hija: de José Altamirano a Eloísa, para comunicar su sentimiento de culpa y mostrar su arrepentimiento, sobre la historia tanto del país como la suya personal. En la novela, entre una búsqueda del padre - una búsqueda hacia la generación anterior - y una confesión a la hija - una respuesta a la generación posterior -, el escritor Altamirano hace un esbozo sobre el panorama de las historias fundamentales y las pequeñas historias en la Colombia del siglo XIX.

---

<sup>38</sup> En la novela, el conflicto político de 1893 entre Santiago Pérez y Miguel Antonio Caro ha sido descrito de una forma *plug-in* para presentar la vida de exilio en Londres del hijo de Santiago Pérez, Santiago Pérez Triana, quien en la novela sirvió como el intermediador entre José Altamirano y Joseph Conrad. En 1903, cuando Conrad en aquel momento vivía en Londres y le pidió a Pérez información y materiales para escribir su novela “relativo a la realidad latinoamericana”: *Nostromo*, José Altamirano como un exiliado voluntario que salió de Colón a Londres, dicho con sus palabras “huyendo de la historia que me tocó en suerte” (15), justamente se alojaba en la casa de Pérez. Así que José Altamirano y Joseph Conrad se encontraron, y Altamirano le contó toda la historia de su país, y después Conrad la usó como fuente, la distorsionó y escribió *Nostromo*, que se considera sin duda como “la mejor novela en lengua inglesa con tema y escenario de América Latina.” (Deas, 1992)

Empero, antes de entrar en el análisis del texto literario, aunque la literatura siempre existe la imaginación y el asombro, ¿cómo se le ocurre conectar la historia de su país con la historia de Costaguana que inventó Conrad en *Nostromo* de hace casi un siglo? En “Viaje a Costaguana”, Vásquez mismo escribe lo siguiente:

“La provincia colombiana que en noviembre de 1903, con la intervención y el patrocinio militar de Estados Unidos, se separó de Colombia y se declaró república independiente. Panamá, cuya suerte dependía de la explotación de aquella riqueza que la hacía única: es el punto más angosto de América, y por lo tanto el más idóneo para la construcción de un canal interoceánico. Lectores de *Nostromo*: en pocas páginas se encontrarán ustedes con Sulaco, la provincia costaguanera que en el curso de la novela, con la intervención y el patrocinio militar de Estados Unidos, se separa de Costaguana y se declara república independiente. Se encontrarán con Sulaco, cuya suerte depende de la explotación de aquella riqueza que la hace única: la mina de plata de San Tomé, explorada desde tiempo atrás por un tal Charles Could, idealista inglés, con la ayuda de un tal Holroyd, empresario norteamericano. Las coincidencias son demasiado flagrantes; es imposible, salvo en caso de miopía o desinformación, pasarlas por alto.” (Vásquez, 2009: 151)

Sin embargo, la relación entre la separación de Panamá y la novela de Costaguana sólo puede ser materia de especulación. Vásquez no es el primero que lanza la hipótesis sobre que la república costaguanera bajo la pluma de Conrad esté basada en Colombia. Ya se desarrolla en el ensayo de Malcolm Deas: “El *Nostromo* de Joseph Conrad” y “Joseph Conrad: *Nostromo* y Colombia”, y en “De un posible Joseph Conrad en Colombia” de Alejandro Gaviria U, el estudio sobre la relación entre las dos repúblicas: la república imaginaria y la real. Y años más tarde, el estudio del investigador colombiano Ricardo Carpio Franco (2011) sobre *Historia secreta de Costaguana* ha enriquecido de forma adicional el estudio del tema mencionado arriba. Estos tres

estudios nos revelan el interés que las tierras de Costaguana ha despertado en dos escritores latinoamericanos ya desde mucho antes: Jorge Luis Borges y Gabriel García Márquez<sup>39</sup>. Puesto que ya hay tantos indicios sobre la posible relación entre *Nostromo* y Colombia, el hecho de que no haya salido ninguna novela que se ocupe este tema antes que él le sorprende mucho a Vásquez. Frente a un vacío tan llamativo del mundo literario, Vásquez escribe en su *Nota del autor*: “en algún momento me pareció inverosímil que esa novela no se hubiera escrito antes” y le parece: “irresistible enfrentarme” a Conrad y la historia de Colombia.

De esta manera, puede decirse que *Historia secreta de Costaguana*, es una obra heredera de *Nostromo*. En su ensayo “Viaje a Costaguana”, Vásquez comenta que la inexistente república costaguanera en la novela de Conrad es inmoral (Vásquez, 2009:155). Y a mi parecer, la esencia de espíritu y moralidad de su Costaguana-Colombia es heredada, o sea, es igualmente inmoral. Bajo su pluma, Colombia no sólo es la escena de conflictos políticos, sino también el lugar donde se despena la naturaleza humana, y así mismo el Panamá de Vásquez puede titularse de verdadero “paraíso de serpientes” tal como el Sulaco que describió Conrad en su novela. La novela describe con un tono a veces irónico, a veces melancólico, y a veces prudente (al mismo tiempo, el cambio de tono también supone el cambio del carácter y la emoción del escritor

---

<sup>39</sup> En su cuento <<Guayaquil>> (1970) Borges situó a Buenos Aires en el mismo mundo en que existía *Costaguana*: “Acaso no se puede hablar de aquella república del Caribe sin reflejar, siquiera de lejos, el estilo monumental de su historiador más famoso, el capitán José Korzeniowski” (Borges, 1970). Quince años más tarde, en *El amor en los tiempos del cólera* (1985), se informó que Lorenzo Daza, en nombre del gobierno de Aquileo Parra, había concretado un confuso negocio de armas con “un tal Joseph K. Korzeniowski, polaco de origen, que estuvo demorado aquí varios meses en la tripulación del mercante Saint Antoine, de bandera francesa” (García Márquez, 1985:435).

Altamirano), tanto el movimiento político del siglo XIX como el alma deformada y la ética retorcida de la gente bajo la presión política. A través de la descripción sobre la vida política de los individuos, Vásquez nos presenta la cara dichosa y criminal de los políticos en la que el bienestar del pueblo y la soberanía nacional no les importa lo más mínimo frente a la tentación de intereses materiales y políticos y, a la vez, critica la conducta imprudente de la devoción idealista y ciega en la política, del cinismo redomado, y del heroísmo egoísta. En suma, con seis guerras civiles y la separación de Panamá como contexto histórico de la novela, la historia secreta costaguanera de Vásquez demuestra una preocupación del colapso de la moralidad ética de la gente frente a los intereses económicos y políticos, y nos presenta una tragedia rodeada por la política, la corrupción y la depravación moral.

### **3.1: La realidad I: Colombia y sus guerras civiles**

En más de un lugar, en la novela, Vásquez califica a la República de Colombia de país esquizofrénico. Está claro que en cierto sentido, casi todos los personajes de la novela se caracterizan por un temperamento esquizofrénico y ridículo. Sin contar con un narrador poco fiable que denuncia que ha sido robado por Conrad. Un narrador que pone el énfasis en la veracidad de su narración y suplica a sus “queridos lectores, lectores que me juzgarán, Lectores del Jurado” (16) que le crean y escuchen; también el presidente manifiesta cierta esquizofrenia, por un lado ama el pensamiento libre y lee a clásicos griegos, por otro lado oprime la libertad de expresión, cierra los periódicos liberales y destierra forzosamente “a docenas de individualidades desorientadas, a cientos de revolucionarios”(197); hay un presidente por un lado que declara que “el

espíritu de la República es la paz y la moderación” (202), y por otro, sube los presupuestos para el ejército. El capricho domina a otro presidente de edad avanzada (84 años), quien toma el mando del país, pero de una manera igualmente repentina abandona el gobierno al recibir los consejos de su médico: “con el frío que hace aquí, esto de jugar al presidente le puede salir caro” y “váyase a tierra caliente y déjele esta vaina a los jóvenes” (202). La locura alcanza a los sacerdotes que se pasean por la ciudad prometiendo a los adolescentes la bienaventuranza eterna a cambio de alistarse en el ejército, etc. Con un tono de *vodevil* lleno de sarcasmo y humor, el autor hiperboliza a sus personajes hasta convertirlos en caricatura. Sin embargo, no podemos tratar la novela solo como una lectura de entretenimiento. Tanto el acto de desterrar a los enemigos como de conseguir la paz a través de la guerra, tanto la irresponsabilidad del gobierno como los clérigos corrompidos por el poder, todo muestra que la esencia de la esquizofrenia de este país no consiste en qué ideología política tiene la clase dominante ni tampoco el disidente entre ellos, sino que se basa en la brecha enorme y la distancia indolente que hay entre el poder y la autoridad frente al interés del pueblo.

Al hablar de conflicto de intereses entre la autoridad y el pueblo, hay que mencionar el sistema bipartidista que se estableció desde la Independencia del país. Diferentes ideologías filosóficas, políticas y económicas han dividido a los disidentes políticos del país en dos partidos: el Partido Liberal y el Conservador, como lo presenta Vásquez en la novela:

“El momento que definiría la suerte de Colombia para toda la historia, como sucede siempre en esta tierra de filólogos y gramáticos y dictadores sanguinarios que traducen la *Ilíada*, fue un momento hecho de palabras. Más exactamente: de nombre. Un

dobles bautismo, ocurrido los padres de las dos criaturas carigordas y ya malcriadas, aquellos dos varoncitos olorosos desde su nacimiento a vómitos y a mierda líquida, se convino que al más tranquilo se le diera el nombre de Conservador. El otro (que lloraba un poco más) se llamó Liberal. Esos niños crecieron y se reprodujeron en constante rivalidad, y las generaciones rivales se han sucedido unas a otras con la energía de los conejos y la terquedad de las cucarachas...” (91)

Durante el siglo XIX, los liberales colombianos, ligados por sus intereses ideológicos y económicos a las naciones en proceso de industrialización del Atlántico Norte, encontraron su inspiración en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. Viajaban por estos países, comprando allá libros filosóficos y recibían educación, estudiaban y observaban sobre el terreno el éxito de la organización económica y política liberal. Los liberales colombianos concebían la sociedad como una suma de individuos, racional y jurídicamente iguales. Creían que, con dejar a los individuos seguir libremente sus inclinaciones intelectuales y materiales, contribuían al progreso de la civilización y al bienestar general de la sociedad. Afirmaban que el hombre es básicamente bueno y perfeccionable, pero que las malas instituciones lo corrompen<sup>40</sup>.

Mientras que los conservadores, en vez de preocuparse de los verdaderos intereses económicos y del progreso material, se han preocupado mucho más de los principios, teorías e intereses políticos. Creían que la esfera de la actividad individual debería estar limitada por los derechos de los otros y de la sociedad en

---

<sup>40</sup>Durante la historia colombiana del siglo XIX, después de ganar los liberales el control del ejecutivo nacional, empezaron a poner en marcha una serie de reformas para la sociedad colombiana. Tales como: abolición la esclavitud, aceleración de la división de las indígenas, ampliación de las libertades civiles e institución de una ilimitada libertad de prensa, abolición de la pena de muerte para delitos políticos, descentralización la administración de los ingresos por impuestos, concesión de mayor control sobre la Iglesia a los gobiernos locales, y supresión de los tribunales eclesiásticos especiales (Charles W. Bergquist 13-15).

general. Al contrario que la constitución liberal, la reforma de los conservadores siempre estableció un gobierno centralizado bajo un ejecutivo fuerte, tomó las medidas subsiguientes favorables a la Iglesia y trató de poner el sistema educativo bajo el Cristianismo, de tal suerte que la religiosidad del pueblo pudiese ser empleada en apoyo del orden social<sup>41</sup>.

Si un bipartidismo que conlleva profundos sectores disidentes no puede dirigir a un país hacia la democracia, lo llevará hacia algo peor. En el caso de Colombia, la falta de desarrollo de las riquezas nacionales y el consiguiente empobrecimiento del pueblo han llevado a ambos partidos, la mayoría de las veces, a buscar los medios de subsistencia y de enriquecimiento personal en los azares de las guerras civiles, o en estallidos de violencia política. Por lo tanto, mirando hacia la historia colombiana del siglo XIX, o dicho más concretamente, desde la Independencia hasta la separación de Panamá, que también es el espacio temporal en la novela, podemos decir que en el terreno nacional no vemos mucho más que un periodo marcado por siete guerras civiles mayores y estallidos de violencia política sin cesar, y en el nivel internacional, la ida y vuelta de las potencias extranjeras, sobre todo, de Francia y los Estados Unidos.

---

<sup>41</sup> Tratar la relación con la Iglesia siempre ha sido un punto de disputa dentro de los dos partidos colombianos. Los liberales trataron de implementar políticas de secularismo; mientras que los conservadores tomaron medidas políticas basándose en el cristianismo. Miguel Altamirano en la novela es un partidario liberal completamente, hasta ser radical. El estudioso Charles W. Bergquist, después de consultar las opiniones de varios críticos bajo el periodo de hegemonía liberal, ha llegado a la siguiente conclusión: “en un país donde todo el mundo, a excepción de un puñado de reformadores liberales, era firme creyente y con fuertes lazos emocionales con la Iglesia, los ataques doctrinales contra ésta eran, no sólo factores destructivos de la estabilidad política, sino imprudentes, porque alejaban la masa colombiana de la élite liberal y forzaban a los dirigentes liberales a abandonar sus principios democráticos. Más aún: para gobiernos con recursos limitados, la Iglesia era el socio indispensable para cumplir la tarea abrumadora de procurar el bienestar social y la instrucción del pueblo. Finalmente, en un país arruinado por las contiendas civiles desde la Independencia, la Iglesia era una fuente importante de cohesión, un pilar del orden social” (Charles W. Bergquist 15).



Respecto a la historia colombiana de esta etapa, el historiador Fernando Guillén Martínez considera que el motor de la inestabilidad política no sólo se limita al afán de ambos partidos por la búsqueda de prebendas y puestos públicos, sino que en esencia es por la persecución del poder y, esto se convierte en lo que comenta Fernando Guillén Martínez, el “deseo de competir por el control del gobierno”:

“Bajo las apariencias de “profundas” divergencias ideológicas, esos partidos agruparon en hordas rivales a gentes de todas las condiciones sociales y de todos los intereses profesionales, políticos y territoriales. Lo que los unía realmente no eran sus “declaraciones de principio”, sino la sensación de que esa amalgama- en cada “partido”- daba fuerzas a sus afiliados para disputar a los rivales ese tesoro inextinguible que era y siguió siendo el Gobierno.” (Martínez 134)

Sobre el tema, Vásquez también lo destaca con agudeza en la novela:

“La matanza regular entre compatriotas es la versión nacional del cambio de guardia: se hace cada cierto tiempo, generalmente siguiendo de los mismos criterios de los niños jugando (<<me toca gobernar>>, <<no, me toca a mí.>>)” (68)

### ***3.1.1: El ser humano en el contexto de la guerra.***

Bajo tal contexto histórico y social en la novela, subyacen en el nivel nacional, siete guerras civiles mayores y numerosos estallidos políticos que construyen una duradera “violencia vertical y social” a la que se refiere Ariel Dorfman (Dorfman, 1972). A lo largo de la historia colombiana, entre estas guerras, merece mencionar cuatro guerras civiles que tuvieron lugar respectivamente en los años 1854, 1860, 1876 y 1885, un estallido de violencia política en el año 1893, y en particular la Guerra de los Mil Días (1899-1902),

que debido a su importancia ha ocupado en la novela una línea del desarrollo. En su artículo “Ética y guerra: más allá de la teoría de la guerra justa”, citado a la teoría de Michael Walzer en su libro *Just and Unjust Wars*, Frost, escribe que la guerra se compone de dos elementos fundamentales: “al primero se le denomina *ius ad bellum* que consiste en las justificaciones para ir a la guerra, mientras que el segundo, el *ius in bello*, se centra en los medios que se emplean para hacer la guerra justa” (Frost, 2005). Las guerras se ven clasificadas en los siguientes tres tipos: las “nuevas guerras”<sup>42</sup>, las guerras contra el terror global y las guerras de la libertad nacional que incluye la lucha en contra de la opresión colonial y del imperialismo y la guerra entre el pueblo oprimido y su gobernador. De las últimas vamos a hablar en el presente trabajo porque son guerras entre dos partidos que siempre consideran que uno está oprimido por el otro.

Primero, tanto en la novela como en la historia real colombiana, a pesar de que cada vez la causa del estallido de las guerras mencionadas arriba es complicada debido a distintos factores, siempre existe una gota que colma el vaso. Esta gota puede ser el conflicto irreconciliable entre la Iglesia y el Estado<sup>43</sup>; a veces se debe a la indignación de un partido frente a la injusticia

---

<sup>42</sup> Las “nuevas guerras”, como afirma Mary Kaldor con el libro *New and Old Wars*, son diferentes. Éstas son las guerras de la limpieza étnica en un área donde el estado está colapsado, está en proceso de colapso o donde su misma identidad está siendo desafiada. Quienes llevan a cabo estas guerras buscan intimidar o aterrorizar a una parte identificable de la población en una región (los croatas, los serbios, los bosnios) para que abandonen la zona donde viven. El área desocupada quedaría entonces transformada en un estado nuevo y étnicamente puro. Los métodos empleados incluyen el incendio provocado, la masacre, la violación y la tortura. Contrariamente a las guerras de liberación nacional, la violencia en estas guerras se dirige directamente a los civiles. Quienes perpetran la violencia en este tipo de guerra, lo hacen en nombre de la identidad étnica y del derecho a la autodeterminación nacional. (Kaldor, 2001)

<sup>43</sup> Tal como, la principal causa del estallo de la guerra civil de 1876 consiste en la relación entre el Estado y la Iglesia. Como ya sabemos, el tema de la relación entre el Estado y la Iglesia en Colombia siempre ha sido un objeto de debate entre los dos partidos. Los liberales, sobre todo

ocurrido en los eventos electivos; o en alguna ocasión sólo se debe a las medidas irresponsables aplicadas por la clase dominante. Hablando del *ius ad bellum*, de acuerdo con la tradición de la guerra justa, la guerra se debe hacer por una autoridad legítima y se deben agotar todos los medios para resolver el problema antes de recurrir a la guerra (Frost, 2005), sin embargo, obviamente, las guerras mencionadas arriba no pertenecen a la generación de la guerra justa, sino que son producto del conflicto del interés político entre sus dos partidos. Como consecuencia de estas guerras, injustas para el pueblo, el régimen experimentó varios cambios: de la federación a la centralización según el momento histórico, hasta el punto de que el nombre del país ha sido cambiado varias veces<sup>44</sup>. Sobre este tema, mediante las palabras de escritor Altamirano, Vásquez lo califica como “la crisis de madurez” del país:

“El país andaba por los cincuenta años, más o menos, y he aquí que empezaba a comportar según su edad. La crisis de madurez, esa edad misteriosa en que los hombres se echan amantes que podrían ser sus hijas y las mujeres se acaloran sin motivo, afectó al país a su manera: la Nueva Granada se volvió federal. Como un poeta o un artista de cabaret, tomó un nuevo seudónimo: Estados Unidos de Colombia.” (62)

---

los radicales, imperecederamente, estaban a favor de debilitar la influencia de la Iglesia en el poder ejecutivo y en la educación. Mientras que los conservadores siempre estaban en contra de esta doctrina. Como consecuencia, dieciséis años después, el descontento de los conservadores por las medidas laicizantes adoptadas en la educación y por el espíritu abiertamente antirreligioso y anticlerical de los radicales, al final, produjo el estallido de una nueva guerra civil de carácter político y religioso en 1876.

<sup>44</sup> Durante el siglo XIX Colombia tuvo varios cambios en la organización política y territorial. Entre ellos, Desde 1819 hasta 1831, fue Gran Colombia, república conformada por los actuales países de Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela. Desde 1832 hasta 1858, fue Nueva Granada, república centralista. Desde 1858 hasta 1863, se convirtió en república federal, con nombre del país: Confederación Granadina. Desde 1863 hasta 1886, de nuevo cambió su nombre a Estados Unidos de Colombia, república federal. Desde 1886 hasta la actualidad, se ha convertido en República de Colombia, que es una república unitaria con centralización política y descentralización administrativa.

El *ius in bello* contradice estas guerras injustas y el autor para desarrollarlo inserta la vida de los Altamirano entre estas guerras. Una guerra sigue otra guerra. Altamirano padre envejece y muere; Altamirano hijo experimenta el amor y el sufrimiento que le ofrece la vida y madura; Altamirano nieta, encargada de la memoria de sus dos generaciones anteriores, tendrá su propia historia. Los Altamirano no sólo son víctimas de esta convulsa etapa histórica colombiana, sino que también son testigos de ella y simbolizan la memoria de la historia, como Vásquez dice: “en mi novela hay una lectura metafórica sobre el destino de Colombia a través del protagonista” (Vásquez, *El País Archivo*: 2011). En la novela, no hay ni una descripción de escenas sangrientas en la batalla, no obstante, mediante el destino de los Altamirano y unos “donnadies”, nos invita el autor a ver la opresión que produce la guerra misma al derecho y a la naturaleza humana. Dice Jean Le Rond D' Alembert que desde hace mucho tiempo, la política es el arte de engañar hombres y la guerra es el arte de destruirlos. Y lo ocurrido en la historia secreta de la Colombia de José Altamirano, precisamente, nos cuenta que decirlo así de una manera tan firme no simplemente se debe a la producción de la pérdida de la riqueza tanto nacional como personal, miles de muertos y derramamiento de sangre, sino que también lo que importa más es que la guerra viola el derecho humano, supera la tranquilidad de lo cotidiano, así como crea el horror y la desconfianza entre sí, es decir, destruye todo lo bueno en el sentido moral.

En primer lugar, en la guerra, el derecho deja de estar protegido y los seres humanos son pisoteados injustificadamente, tal como se expone en la novela: para producir un efecto de disuasión y amenaza política, el jefe de los

revolucionarios en Panamá fue ahorcado públicamente; muchos soldados revolucionarios mueren en “el paredón sin fórmula de juicio” una vez que fueron capturados con armas; el prisionero ha sido torturado “tanto en la carne como vejado en la dignidad y en el espíritu” (213). Es decir, frente a la violencia política y social, la gente alistada en el ejército, una vez capturada por su enemigo político, sea cual fuere su rango, pierde el derecho a ser tratado como un ser humano; mientras tanto, el destino de una persona corriente también deja de estar en sus propias manos, muchos de ellos se ven obligados a apoyar la guerra, tal como le ocurre a la madre del escritor Altamirano:

¿Qué estaba haciendo mi padre en 1860, mientras el general Mosquera se declaraba Supremo Director de la Guerra y el país entero se hundía --- Sí, Eloísa querida: una vez más --- en la sangre de los dos partidos? ¿Qué hacía él, con quién comía, de qué hablaba, mientras a la posada Beckman llegaban soldados liberales una semana y conservadores la siguiente, mientras mi madre daba de comer a los unos y vendaba las heridas de los otros como una perfecta Nighttingale de Tierra Caliente? (63)

Ante la guerra, la gente común no tiene otro remedio que guardar un silencioso resentimiento, también en algún sentido cae en un estado esquizofrénico: por un lado, sufre todo el mal que trae la guerra; por el otro, se ve obligada a apoyarla. Este estado disconforme entre la mente y el cuerpo, sin duda, es una tortura. Lo cual nos hace preguntarnos: ¿quién puede prometer que tras tantos horrores causados por la guerra, las personas que eran bondadosas y compasivas no se convertirían en alguien sin piedad, una máquina sin espíritu ni alma? Tal como dice Nietzsche: “quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo,

también éste mira dentro de ti” (Nietzsche 146). La tradición de José Altamirano es un ejemplo vivo. Lo cual vamos a analizar más adelante.

En segundo lugar, la guerra supera y devora la cotidianidad del individuo. Entre el individuo, la etnia y la nación, el individuo es el más insignificante. Como no hay maleza que pueda eliminarse sola, para una persona sin espíritu independiente es difícil poder mantenerse alerta frente al fanatismo político de la nación. En la novela, Anatolio Calderón al principio fue una “maleza” a la que le faltaba la fuerza para eliminarse. Es el estudiante universitario que se alistó en el ejército lleno de pasión política y heroísmo bajo el reclutamiento del país y participó en la Guerra de los Mil Días<sup>45</sup>, la guerra más duradera en la historia colombiana. Sin embargo, esta pasión política cambió su carácter a medida que Anatolio Calderón hubo experimentado varias batallas en persona, donde matar se convertía en algo cotidiano, enterrar los cadáveres y quemarlos era parte de los quehaceres, orinarse en los pantalones y acompañar por excrementos tanto de la persona como del animal se convertía en lo normal, pues, su afán de buscar batallas se fue sustituyendo por un miedo instalado en todo su cuerpo y “unas

---

<sup>45</sup> A fines del siglo XIX el intrincado contrapunto entre el sistema económico internacional y la política interna colombiana alcanzó su clímax. El conflicto entre los grupos de clase alta nunca estuvo ausente en todo el tiempo de la Regeneración, pero se hizo más intenso a medida que éste transcurría. La crisis económica y fiscal materialmente debilitaba al gobierno, pero quizás su mayor impacto era sociológico. Los nacionalistas se sentían menos seguros de las instituciones políticas y económicas y de las medidas de la Regeneración, en tanto que sus opositores políticos, tanto liberales como conservadores, se convencían cada vez más de la validez de su crítica a las medidas nacionalistas y se envalentonaban en su elección de tácticas para combatir el régimen. Como Vásquez dice: “el *modus operandi* del Ángel de la Historia fue básicamente el mismo” (201), en verdad todos estos conflictos interiores de Colombia tanto en lo político como en lo económico fueron causados porque los fines personales de la clase alta no habían logrado una distribución igual o una protección suficiente de riqueza. Este “Ángel” se trataba del conflicto de intereses de los políticos, y durante todo el siglo XIX existía como “un brillante asesino en serie: una vez ha encontrado un buen método para que los hombres se maten entre sí, no lo abandona nunca, se aferra a él con la fe y la terquedad de un San Bernardo.” (202)

ganas violentas de irse a casa y comer algo caliente” (210). Cuando la ilusión y la pasión sin soporte se le fue, entendió que no “quería el ser mártir de absolutamente nada, que no le interesaba morir para ser honrado por decreto” (211) y definió la guerra como el “lugar donde hombres comunes y corrientes – buenos hijos, buenos padres, buenos amigos- llegan a orinarse en los pantalones” (213). Esta situación le llevó a convertirse en desertor<sup>46</sup> y su vida se transformó en una barbarie, al final, entre el hambre, el frío y su miseria, aún cae más bajo al transformarse en atracador. En su último atraco, debido al miedo, por descuido mató a la mujer del narrador, Altamirano. Casi enseguida, él mismo también fue asesinado, cruelmente, sin juicio, por los soldados que llegaron después de escuchar el sonido del tiro y su cadáver fue expuesto en la calle con el nombre del castigo a los desertores:

“[...] no habían terminado de rodear la casa cuando se abrió una ventana y vieron asomarse a una silueta armada. Entonces algunos barrieron a balazos la pared lateral de la casa, y otros entraron derribando el mosquitero y también abriendo fuego indiscriminado, y acabaron hiriendo al enemigo en ambas piernas, pero recuperándolo con vida. Lo arrastraron al medio de la calle, allí donde años antes se habían quemado en una hoguera las pertenencias de un ingeniero muerto de fiebre amarilla, lo sentaron en una silla sacada de la misma casa, sobre el cojín de terciopelo, y le ataron las manos por detrás del espaldar de mimbre. Se formó un pelotón, el sargento mayor dio la orden y el pelotón disparó. Entonces uno de los soldados descubrió en la casa el otro cuerpo, el de la mujer, y lo sacó a la calle para dejarlo

---

<sup>46</sup> Durante esta guerra, un asunto que merece ser mencionado, particularmente, es el reclutamiento. Como en guerras civiles anteriores, tan pronto como se inició la guerra el gobierno se movilizó con rapidez para aumentar el número de hombres en armas. Entre estos hombres reclutados, había trabajadores empleados por el gobierno, obreros, campesinos, estudiantes, etc. La mayoría de ellos, no se incorporaban al ejército por su propia cuenta, sino que se veían obligados por las fuerzas del gobierno. Además, una vez reclutados, los soldados tenían escasas oportunidades de recuperar su libertad, a menos que murieran en la batalla o desertaran o que alguien pudiese movilizar en su favor influencias especiales con el gobierno. Como consecuencia, la huida era en general la forma de resistirse a las levass.

allí, para que se supiera la suerte que corrían quienes daban albergue a los liberales, ya no digamos a los cobardes.” (219)

La desertión de Anatolio Calderón, produce directamente dos muertes: la suya y la de Charlotte Madinier, e indirectamente dos hundimientos: el de José Altamirano y el de Panamá. Así, las ruedas de la Historia sin ninguna piedad aplastan la vida feliz o no de los individuos pequeños y desde allí sus respectivos destinos que han sido cambiados inexorablemente. Se trata de la invasión de una cotidianeidad rota hacia otra cotidianeidad. Además, la tragedia de Anatolio Calderón y la familia de José Altamirano sólo es una parte mínima de miles de desastres. O sea, mientras exista guerra, no habrá tranquilidad, sino la violencia, la crueldad, la sangre inocente, el alma dañada y el caos. Como dice Conrad en *Nostromo*: “No hay Dios en países donde los hombres no se ayudan a sí mismos” (Conrad: 2015).

En tercer lugar, Adam Smith dice que “the love of our country seems, in ordinary cases, to involve in it two different principals; first, a certain respect and reverence for that constitution or form of government which is actually established; and secondly, an earnest desire to render the condition of our fellow-citizens as safe, respectable, and happy as we can” (Adam, 2006:210). Peor que producir el reemplazo frecuente del régimen, la guerra continuada tiene como consecuencia la inestabilidad social y política, y, además, desemboca en una crisis de confianza del pueblo hacia el país, el futuro y la esperanza. Varias guerras después, frente al derecho pisoteado y la cotidianidad rota, el pueblo colombiano casi pierde la fuerza para protestar, está gobernado por un sentimiento lleno de depresión e indiferencia: “bueno, pero ya qué importa una



guerra más. El mundo se va a acabar de todos modos” (203) y los panameños que se sitúan en el centro del conflicto del interés incluso están convencidos de que “el 31 de diciembre comenzaría el Juico Final, que el mundo no estaba diseñado para ver el siglo XX” (204). Es decir, mediante los testimonios históricos y literarios sobre estas guerras incesantes, Vásquez nos presenta que la vida que llevan los colombianos es precaria. El espíritu del pueblo está gobernado por un estado incierto sobre el futuro y una sensación impotente frente al control de su propia vida, como Altamirano se queja: “Mi bola de cristal no me permitió ver lo que se venía encima: ¿Cómo habría podido prever lo que sucedería, anticiparme a la Cascada de Grandes Acontecimientos que nos esperaba a la vuelta de la esquina, concentrado como estaba en esa novedad que arrinconaba todas las demás” (121). Para un país, esta desesperación y desconfianza del pueblo, precisamente, consiste en lo que debe preocuparse, puesto que ésta destruye “los vestigios de solidaridad [...] que quedaban en el tejido social colombiano” (Sabogal, 2011). La falta de solidaridad entre el pueblo colombiano asienta la base de la tradición y la venganza de Altamirano, y también nos facilita comprender la falta de dignidad nacional de muchos políticos colombianos, y el deseo de la independencia de los panameños una vez que el plan de independizarse sea factible bajo la ayuda de Los Estados Unidos. Frente a la independencia, el momento tan crucial para una nación, un acontecimiento histórico tan grande, se oyen sólo unos gritos colectivos de los revolucionarios: “¡Viva Panamá libre! ¡Viva el general Huertas! ¡Viva el presidente Roosevelt! ¡Viva el Canal!” (260), pero la mayoría del pueblo panameño mantiene la calma y la tranquilidad. La voz de un ciudadano panameño destaca por su indiferencia: “Yo llevo cincuenta años vendiendo fruta

en el ferrocarril, patrón. Mientras que hay gringos con plata, a mí me da igual lo demás” (264). Eloísa, hija de Altamirano (al ver que el tratado traidor del país entre Eliseo Torres y los ejércitos de Estados Unidos termina de ser firmado y los soldados armados salen de su casa) vuelve a la cocina a servir el almuerzo tranquilamente porque “la vida tenía que continuar” (277). La actitud de este ciudadano y de Eloísa puede decirse que representa la actitud de miles de ciudadanos de Panamá, quienes viven entre una convergencia de diferentes culturas y civilizaciones y poco a poco pierden la consciencia de qué se trata la dignidad nacional. Se convierten en un grupo de personas que no se entristecen por el perjuicio de la soberanía nacional. Es decir, viven en un estado en el que el yo personal precede al yo nacional. El bienestar personal es más importante que la vergüenza nacional. Considerando las reflexiones en estas tres dimensiones, creo que se podría decir que en Vásquez se advierte la crítica contra la guerra y casi toda la clase política colombiana está desprestigiada, y nos describe que en los partidos políticos confluyen una cantidad enorme de gente ambiciosa, que vive de la política, pero no para la política, sino para su propio interés.

### **3.2: La realidad II: Colombia: un país débil en las relaciones exteriores.**

El narrador concluye en la novela: “Colombia es una obra en cinco actos que alguien trató de escribir en versos clásicos pero que resultó compuesta en prosa grosera, representada por actores de ademanes exagerados y pésima dicción” (37). Desde que la idea de la construcción del canal interoceánico de América Latina formó parte del vasto desiderátum que expresó Thomas

Jefferson<sup>47</sup>, todas las potencias imperiales tanto nuevas como antiguas quisieron ser dueñas de este proyecto que simboliza el interés político y económico<sup>48</sup>. La Nueva Granada<sup>49</sup> no es una excepción, el Libertador Simón Bolívar, en 1825, con la lucidez que lo caracterizaba, expresó que “un canal interoceánico se haría por el Istmo de Panamá o no se haría” (Molano, 2004). Y cuatro años más tarde el gobierno declaró con más claridad que, fuera del modo que fuere, “está dispuesto a acoger los proyectos que se le presenten para facilitar por el Istmo la comunicación expresada, y dará a la empresa todo el favor que estuviese en su

---

<sup>47</sup> Colombia no perdió a Panamá en 1903. Muchos años antes de que Colombia existiera y de que el istmo aparentara ser suyo, el 27 de mayo de 1788, Thomas Jefferson, [redactor de la Declaración de Independencia de 1776, y uno de los autores de la Constitución estadounidense de 1787, tercer presidente de Estados Unidos (1801-1809)], escribió en una carta. “hablando del proyecto del canal, que le parecía muy practicable, añade que en su concepto constituía un vasto desiderátum, tanto por razones políticas como por motivos filosóficos. El célebre William Pitt favorecía igualmente el pensamiento; y es bien sabido que en el proyecto que redactaron Miranda y sus compañeros para obtener la emancipación de las colonias españolas de América, y hacerlas independientes de la madre patria, el mismo que aquellos comisionados presentaron al Gobierno británico, se encuentra estipulado en el artículo 6.º que se abrirá un canal de navegación entre los océanos Atlántico y Pacífico, bien al través del istmo de Panamá o bien aprovechando el lago de Nicaragua” (Anónimo, *El canal interoceánico*:1874).

Willam Pitt, el viejo conde de Chatham (1708-1778), parlamentario y primer ministro inglés, uno de los estadistas más influyentes de Europa, gestor político de la conversación de Inglaterra en potencia imperial.

Francisco de Miranda (1756-1816), precursor venezolano de la Independencia.

<sup>48</sup> No sólo sería “una solución a la ruta dilatada, costosa y peligrosa que obligaba a los buques mercantes a dar la vuelta por el Cabo de Hornos para poder pasar las mercancías producidas en las costas americanas y europeas” (Molano, 2004: 29), sino también por dónde traer a aquellas “los objetos de comercio de la India oriental y de la China y llevarlos de Europa” (Anónimo, 1823: 653). De esta manera, Johann w. Goethe predijo en 1827 que los océanos estarían unidos por dos canales, uno en América por Panamá y otro en África por Suez (Molano, 2004). La historia nos demuestra que la predicción de Goethe ya se ha hecho realidad.

<sup>49</sup> La República de la Nueva Granada fue una república centralista, conformada por los antiguos departamentos centrales de la Gran Colombia tras su disolución en 1830. Su territorio abarcaba los actuales países de Colombia, Panamá y en su momento de máxima extensión, la Costa de los Mosquitos hoy en Nicaragua. Este Estado tuvo vigencia hasta la conformación de la Confederación Granadina en 1858.

poder, y que sea compatible con la seguridad y defensa del país” (Anónimo, 1829: 4).

Por otro lado, la “prosa grosera” se refiere al final de esta intención. A lo largo del siglo XIX, en los asuntos exteriores, Colombia, era un país de diplomacia débil. Ante asuntos difíciles de resolver, solicitaba la ayuda de las potencias extranjeras: Inglaterra, Francia y Estados Unidos de América del Norte, lo cual produjo una serie de situaciones complicadas en la historia diplomática colombiana, y hace que Vásquez no pueda dejar de afirmar en la novela: “nuestro destino se jugaba en las mesas de juego de otras casas. En aquellas partidas de póqueres que resolvían los asuntos más decisivos de nuestra historia, los colombianos, éramos convidados de piedra” (226). Denunciar, pues, que los conflictos de intereses que se desarrollan alrededor de Panamá, entre la inestabilidad social, la economía deprimida y la debilidad diplomática en lo que al interior del país se refiere y la presión de la intervención imperialista de Estados Unidos en lo exterior, al final tiene como resultado su independencia en 1903. Según el historiador Carlos Gasteazoro, respecto a la separación de Panamá, existen tres variantes interpretativas: la “leyenda dorada”, la “leyenda negra” y la versión “eclectica”. La primera es la versión heroica de los “próceres” panameños del 3 de noviembre. La segunda versión pone el acento sobre lo que la primera oculta, el factor imperialista. Y la versión “eclectica” que también prefiere Gasteazoro, busca un equilibrio entre ambas versiones, señalando el factor intervencionista de Estados Unidos, pero reconociendo que la separación también es fruto de un largo proceso de formación de la nación panameña a lo largo del siglo XIX (Beluche, 2003). Vásquez, definitivamente,

es el partidario de esta tercera versión. Por un lado, en la novela, a través de la actitud indiferente de los pueblos panameños y los comportamientos (solo guiados por el interés) de los políticos panameños, el narrador nos da la razón por la cual es viable esta independencia; por otro lado, muestra el lado imperialista de Estados Unidos en nombre del progreso y presenta su maligna intención de provocar una guerra civil en Panamá para lograr sus ambiciones políticas y económicas. De hecho, se puede decir que a lo largo de la novela el autor nunca se refiere al comportamiento de Estados Unidos, con términos como imperialismo ni colonialismo, tal como propone el investigador independiente Caroline Houde, el autor sólo participa “objetivamente en la denuncia del imperialismo extranjero en el mundo hispanoamericano”, a la vez enfatiza que “la escritura en el área hispanoamericana es producto de influencias extranjeras, muchas veces, europeas” (Houde 119). Sin embargo, también como dice otro crítico colombiano Baldomero Sanín Cano: “sugerir era superior a describir o enseñar, y que toda obra de arte había de ser un símbolo o no era nada”, y los artistas “no deberían seguir otro impulso que el de expresar su propia personalidad” (Cano, 1978). Así que a través de los negociadores colombianos que luchan por defender la soberanía colombiana frente a la actitud amenazadora de Estados Unidos, advertimos la coincidencia del autor con ellos y su crítica a la ambición imperialista norteamericana. En la novela, dos negociadores colombianos sufren una terrible tortura psicológica, mental e intelectual y se retiran sucesivamente del cargo de negociadores, frustrados y humillados. Entre ellos, no mucho después del retiro, el primer negociador, Carlos Martínez Silva, muere de “agotamiento físico, pálido, demacrado y canoso, tan cansado que había renunciado a hablar siquiera en sus últimos días” (228), el segundo, José

Vicente Concha, hombre “poco sutil y más bien bruto que se enfrentó a las negociaciones con voluntad de hierro y fue férreamente derrotado en pocos meses” (228) y murió gritando “a todo pulmón palabras que nadie entendía, Soberanía, Imperio, Colonialismo” (228). Aquí hay una distorsión a la verdad histórica que diseña Vásquez en la que él hace que José Vicente Concha, muera poco después de retirar su cargo diplomático. Sin embargo, históricamente, después de su retiro, él continúa luchando contra el imperialismo de Estados Unidos con su pluma, y muere casi veinte años más tarde en Roma. Sobre esto, el mismo autor dice en una entrevista que “porque me interesaba la metáfora de que en mi novela todo el que entre en contacto con el tratado tiene un destino desgraciado” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010).

Por otro lado, mediante las medidas tomadas por el gobierno colombiano frente a la infiltración de las potencias extranjeras, poco a poco se muestra la debilidad del país al que se refiere en aquellos años. Primero se trata de la debilidad nacional que se muestra en la adulación a las potencias extranjeras. La firmeza política que hemos visto en la palabra de Bolívar sobre la construcción del canal sólo se muestra en la superficie; en el fondo, Colombia, aún es un país que no puede abandonar el espíritu colonial. Primero, antes que Estados Unidos, el derecho de la construcción cae en manos de un grupo francés, encabezado por el teniente Napoleón Bonaparte Wyse, “respaldada por la figura heroica Ferdinand de Lesseps, hacedor del Suez”<sup>50</sup>(123). El gobierno colombiano no

---

<sup>50</sup> Ferdinand de Lesspes, fue consagrado como “héroe de Francia” y “benefactor de la humanidad”. Lo que estimularon las propuestas al Gobierno de la Nueva Granada para la construcción del canal del istmo de Panamá. Y Siete años más tarde, como socio de Lesspes, héroe universal, Napoleón Wyse, inició ante el Gobierno de Colombia sus gestiones para obtener la concesión del privilegio sobre el canal de Panamá. El prestigio de Lesspes obró mucho en el ánimo del Gobierno a favor de la solicitud de Wyse y al final se aprobó en 1879 el Tratado

sólo considera la visita de Lesspes a Colón como “la Vista más Importante desde el remoto día en que Cristóbal Ídem descubriera por accidente nuestras convulsas tierras”, sino que hizo una apoteosis a Lesspes, vemos que así describe el narrador José, con un tono irónico, la adulación de los funcionarios colombianos a Lesspes:

“la atención de Lesspes también era el mejor halago del mundo. Lesspes hacía una pregunta banal, abría levemente los ojos ante una anécdota, y los colonizados sentían de repente que su vida entera adquiriría un renovado sentido. Si Ferdinand de Lesspes lo hubiera querido, ahí mismo habrían bailado para él un mapalé o una cumbia, o mejor un cancán, para que no fuera a creer que aquí todos éramos indios.” (128)

Segundo, en opinión de Enrique Santos Molano, Lesspes habría sido, y no su coterráneo Víctor Hugo, el hombre del siglo XIX, si no que “erró en dos cálculos” (Molano 193): primero, el de la suma del canal, que sería cinco o seis veces superior a la señalada por el ingeniero mismo; segundo, en creer que podría construir el canal dejando fuera del negocio a los Estados Unidos<sup>51</sup>. Igual que Lesspes, el gobierno colombiano también subestima la intención

---

Salgar – Wyse. Era un hecho que se había otorgado por Colombia una concesión a los franceses para construir el canal por el istmo, en la que no participaban los Estados Unidos. Después de dicho tratado, Lesspes trabajó con actividad febril y afirmó que el canal de Panamá estaría terminado en ocho años, o sea, en 1887. Más tarde, en cierta conferencia, declaró que “la empresa no tenía carácter ninguno especial de nacionalidad, sino que era una empresa privada, aunque universal en su utilidad” (Molano 191). Lo cual claramente, tuvo el propósito de rechazar toda la intervención por parte de Estados Unidos. A la vez, la autoridad francesa también aceptó calladamente esta postura como centro de las operaciones únicas del canal.

<sup>51</sup> Al final, entre los problemas técnicos, naturales, financieros y además los obstáculos que fueron lanzados por Estados Unidos se hundió la Compañía Universal del Canal de Panamá dirigida por Lesspes en 1889, lo cual causó la ruina de miles y miles de pequeños ahorradores que habían invertido en ella, y terminó en convertir el grandioso canal de la humanidad en el escándalo del siglo XIX y al mismo tiempo, hizo que Lesspes, el hombre que obtuvo el mayor triunfo del siglo diecinueve con el canal de Suez, acabara encarcelado como el fracasado más notorio del mismo siglo.

imperialista de Estados Unidos que está detrás de su infiltración cultural y comercial. Primero, permite que los americanos lleguen a Panamá a fundar una compañía de Ferrocarril<sup>52</sup>, de esta manera, Colón poco a poco se convierte en una ciudad que sufre el mismo síntoma que el país mismo: la esquizofrenia; por un lado, es una ciudad muy pequeña, por otro lado, posee un ambiente universal, según el narrador recuerda de una de sus primeras impresiones: “me dio la curiosa sensación de vivir en dos países al mismo tiempo, o de estar cruzando una y otra vez una frontera invisible” (102). Aparte de ser propietarios del ferrocarril y de un porcentaje apreciable del comercio, son también los americanos los fundadores de un semanario y dos diarios en inglés: *The panamá Echo*, *The Panama Star* y *The Panama Herald*, que más tarde se fusionarán en uno como *The Star and Herald*, que en la novela aparece como el medio de comunicación de Panamá dónde trabaja Miguel Altamirano, padre del protagonista. Todo esto es un vivo ejemplo con el que el autor nos revela que la influencia estadounidense en Colón es cada día mayor, lo cual muestra su ambición por ser el verdadero dueño del istmo, como se observa en un artículo de aquel entonces:

“Panamá está ya sujeta a una fuerte influencia americana. Aspinwall<sup>53</sup> es el germen de una inmensa ciudad, que es ya

---

<sup>52</sup> Aunque Estados Unidos tenían una vocación imperialista sobre Panamá, por un lado, no querían dar un paso sin estar seguros del terreno que pisarían, sino que observaban el desarrollo de la historia granadina y sobre todo de Panamá. Al mismo tiempo, sus ingenieros ya habían sopesado sobre el terreno una y otra vez las posibilidades de abrir un canal, y llegaron la conclusión de que, por el momento, los costos inconmensurables, dadas las condiciones abruptas del terreno, hacían del canal un sueño remoto. La solución más práctica, mientras se resolvían problemas de ingeniería que aún no tenían respuesta, era la construcción de un ferrocarril a través del istmo. (Charles W. Bergquist, 1981).

<sup>53</sup> Aspinwall, el nombre inglés de Colón, proviene de William N. Aspinwall que era uno de los principales accionistas de la Compañía del Ferrocarril de Panamá. En vez de llamar a Colón por su nombre de origen, los americanos le dan un nombre nuevo según su voluntad, lo cual parece



puramente americana en sus principales rasgos físicos y morales, y así habrá de permanecer. En Barbacoas, en Gorgona y en Cruces los americanos se han plantado de firme: de ellos se compone la gran masa de los pasajeros a través del istmo; y el ferrocarril les pertenece. En una palabra, el istmo está experimentando la transformación que acompaña en su marcha a la civilización americana, do quiera que esta penetra.” (Anónimo, 1853: 319-320)

Sin embargo, el gobierno colombiano no sólo no toma precauciones, sino que da muestras de ignorancia y puerilidad por creer en él, lo cual se manifiesta en el hecho de pedir ayuda cada vez que encuentran problemas difíciles de resolver, en sus palabras “los gringos, que si son nuestros amigos” (171). Precisamente es esta independencia política en la que se centra la debilidad de Colombia, tal como el narrador señala entre decepción y tristeza: “Colombia, nunca había dejado de ser una colonia, y el tiempo y la política simplemente cambiaban un colonizador por otro. Pues la colonia, igual que la belleza, está en el ojo de quien la admira” (128). Se puede decir que hasta la guerra civil de 1885<sup>54</sup> en Colombia, Estados Unidos aún actúan de acuerdo con las disciplinas

---

que se puede comprender como un hecho para facilitar su uso o memorizar la fundación del Ferrocarril, es decir, desde el principio, Estados Unidos transmite a los colombianos una información con fuerza y poder: hago lo que me apetece en Colón. En la novela, el narrador Altamirano también critica este hecho de Estados Unidos con tono irónico: “los gringos que construían el ferrocarril no leyeron la ordenanza, o quizás la leyeron sin entenderla – su español, seguramente, no era tan bueno como creían –, y acabaron imponiendo su propio nombre: Aspinwall. Con lo cual Colón fue Colón para los nacionales y Aspinwall para los gringos, y Colón – Aspinwall para los demás...” (41)

<sup>54</sup> En la historia el proceso de esta guerra civil es así: después de haber atajado con éxito la elección de Núñez a la presidencia en 1875, los liberales radicales divergen ideológicamente de los liberales independientes dirigidos por Núñez, quién comenzó a poner en práctica la política del liberalismo independiente de acercamiento con la Iglesia y con el partido conservador. Núñez llegó a la presidencia en 1880 y ese mismo año los liberales independientes establecieron una tarifa proteccionista y un Banco Nacional para estimular el desarrollo económico. La oposición liberal radical a estas medidas fue vigorosa y empezó a planificar una insurrección contra Núñez. Pero Núñez, abandonado por la mayoría de su partido, se volvió hacia los conservadores en busca de apoyo. Así que el partido conservador respaldó a Núñez para la presidencia en 1884 y puso a salvo su gobierno ante la insurrección del liberalismo radical en 1885. Victoriosos en la

establecidas en el Tratado de 1846<sup>55</sup>, en cuanto a “mantener estricta neutralidad en cuestiones de política interior” (19). Sin embargo, la guerra de 1885 fue diferente a las anteriores, debido a que esta vez Panamá fue asediado. Para evitar la victoria de los liberales en Panamá, el gobierno conservador pidió ayuda a Estados Unidos. Así que, con el esfuerzo de ambos gobiernos, los liberales fueron derrotados y su líder, Pedro Prestán, decidió huir y reunirse con otras tropas liberales. Pero aquí, aparecen dos versiones diferentes sobre la última orden de Prestán antes de su huida. Una versión dice que su última orden es quemar Colón. Otra dice que su última orden es “borrar la ciudad del mapa, pues Colón prefiere la muerte antes que la ocupación” (155) al escuchar los cañonazos que lanzaron los soldados conservadores, por orden de su propio gobierno. Entre estas dos versiones, la primera versión se ha hecho oficial, bajo un Consejo:

“que lo juzgó no escuchó a los testigos de la defensa; no investigó la versión que circulaba por la ciudad – y que había merecido la credibilidad del cónsul francés, nada menos-, según la cual el responsable del incendio había sido un tal George Burt, antiguo director del Ferrocarril y *agene provocateur*; no logró producir más testigos para su causa que un norteamericano, un francés, un alemán y un italiano, ninguno de los cuales hablaba una sola palabra de español,

---

guerra, los liberales independientes y sus aliados conservadores se organizaron en un nuevo partido, el nacionalista. Bajo la dirección de Núñez, se dedicaron a considerar su control sobre el país y entraron en el período de hegemonía nacionalista, llamado en la historia colombiana “La Regeneración”. El nuevo período, se inició con la redacción de una nueva constitución y un nuevo nombre que los nacionalistas consideraron apropiado para la realidad colombiana: República de Colombia (1886 – la actualidad). (Charles W. Bergquist, 1981:17)

<sup>55</sup> En 1846, Estados Unidos, adoptó medidas para poner una barrera protectora contra los supuestos abusos de aquellas potencias con naciones sudamericanas desde su independencia hasta la primera guerra mundial. Por ello, firmaron con la Nueva Grana, un tratado general de Paz, Amistad, Navegación y Comercio que se conoce en los anales históricos y diplomáticos como Tratado Mallarino – Bidlack, que le abrió el paso al Ferrocarril de Panamá y lo cual sirvió para garantizarle a la Nueva Granada la neutralidad del futuro canal y la posesión del istmo.

con lo cual sus declaraciones nunca se tradujeron ni se hicieron públicas; y no logró establecer por qué, si el móvil de Pedro Prestán era el odio a norteamericanos y franceses, las únicas propiedades de Colón que no resultaron dañadas por el incendio fueron la Compañía del Ferrocarril y la Compañía del Canal.” (156)

Según lo que ha expuesto, podemos descubrir que la adaptación oficial de la primera versión sobre Pedro Prestán supone que la percepción que se tiene de la política como un lugar de falsedades y ficciones se reconocía en el régimen colombiano de aquel entonces, a la vez, también es una cesión a la manipulación política de los Estados Unidos. Porque está claro que el hecho de realizar un proceso judicial con estos elementos y en estas condiciones no sería en realidad más que un simulacro de juicio, un falso pronunciamiento del derecho. Lo cual, no sólo hace que Estados Unidos actúe de una manera más atrevida y más perversa en cuanto a la intervención directa en los asuntos de Panamá, sino que también ha concebido la idea de separar Panamá de Colombia a través de una guerra civil. En este sentido, la guerra civil de 1885 es un punto calve tanto para los colombianos como para los americanos, tal como ocurre en la novela, cuando José Altamirano se regocija en su casa que ha permanecido ilesa después del incendio de Colón, dice su padre con “la cara dominada por la mueca críptica de algo que debía ser melancolía”: “Suerte no, lo que tuvimos fue barcos gringos” (158) y pronto él mismo también se da cuenta: “ese mes infausto en que Pedro Prestán fue ejecutado. Algo se había podrido en el Estado de Panamá, y ello no pasó desapercibido para todo el mundo. [...] sentí que algo había comenzado a hundirse” (159). No tarda mucho en verificar de qué se trata: es fácil hacer que los barcos norteamericanos vengán, pero es difícil hacerlos irse. Una vez dejan

Estados Unidos intervenir en los asuntos interiores del país, habrá una segunda vez, una tercera, etc., tal como concluye el narrador Altamirano:

“la Guerra de los Mil Días fue especial por varias razones (por sus cien mil muertos, por haber dejado el Tesoro de la Nación en la ruina completa, por haber humillado a la mitad de los colombianos y haber convertido a la otra mitad en humilladores voluntarios); pero fue especial también por circunstancias menos conspicuas y, nuevas paradojas, más graves. No más rodeos: la Guerra de los Miles Días, que duró en realidad mil ciento veintiocho, fue especial por haberse resuelto de principio a fin en las tripas de barcos extranjeros.” (226)

### **3.3: La realidad posible: el forcejeo moral de los personajes en un país inmoral.**

Debido a su gran contenido histórico y político, *Historia secreta de Costaguana* parece que es una novela histórica y política, pero a mi parecer, esta novela no lo es en el sentido tradicional, sino que contiene una visión más ambiciosa e intenta profundizar en el plano psicológico y filosófico. A pesar del papel que ocupa la gran historia, Vásquez también dedica su atención al destino de las personas corrientes y su reacción frente al amor y el odio bajo una gran presión política, lo cual nos revela cuán difícil es no cometer errores y apela a que comprendamos la complejidad de la naturaleza humana y tengamos más tolerancia con las deficiencias morales. Al tiempo que defiende el poder de la reflexión en la construcción de la ética.

#### **3.3.1: Miguel Altamirano: la obsesión por el progreso.**

En su artículo “La crítica de la ética literaria: la selección ética y el factor de Esfinge”, Zhenzhao Nie, estudioso chino sostiene que, en opinión de

Darwin, la intelectualidad es obtenida por la selección natural, pero, en su opinión, la racionalidad es obtenida por la selección ética. La selección ética se refiere a la capacidad de distinguir el bien y el mal. Y la racionalidad se muestra en el proceso de seleccionar entre el bien y el mal. Pero, si una persona actúa sin importarle la selección entre el bien y el mal, sino que depende del gusto y de los impulsos, correría el riesgo de perder la racionalidad. Durante la novela, Miguel Altamirano, ha experimentado tres etapas en las que ha sido dominado por la obsesión sobre el desarrollo y el progreso hasta que al final pierde la capacidad de pensar con lógica.

#### **3.3.1.1: El cómplice de la “civilización”.**

Hasta 1853, en Colombia, el mandatario José María Obando tenía que atender a cuestiones de difícil solución. Ante todo, la idea descentralizadora que llevaba la nueva constitución daba lugar a frecuentes colisiones entre el poder ejecutivo y los gobernadores; segundo, las leyes sobre la separación de la Iglesia y el Estado mantenían un difícil equilibrio y ocasionaban serias dificultades al poder ejecutivo de la nación. Además, el libre comercio de armas y la disminución del ejército derivaron en que las hostilidades entre militares y civiles cada día fueron mayores. Para colmo, por la rebaja del arancel aduanero decretada por el congreso, muchos artesanos protestaron contra el gobierno, circunstancias que las sociedades democráticas aprovechaban en su campaña contra las cámaras legislativas. Bajo tal ambiente que olía a pólvora y llenaba a la sociedad de inseguridad, la muerte violenta de carácter imprevisto del cabo Quiroz en 1854 precipitó el desenlace de la crisis existente en el país. El verdugo de Quiroz, José María Melo, temiendo que la justicia ordinaria dictara fallo

adverso contra él, decidió jugarse el todo por el todo y el día 17 de abril de 1854 asumió la dictadura militar contra el presidente Obando (Aguirre, 1959). En tal situación histórica, Miguel Altamirano, joven estudiante de jurisprudencia, a la vez que médico, “activista, idealista y optimista” y con ideología política “más que liberal, radical, anticlerical” (20), entró en la escena de la novela e inauguró el preludio de toda la historia. Debido a su ideología política, se comprometió en el conflicto entre liberales y conservadores sobre las medidas religiosas y la educación, creyendo que era “una batalla fundamental de la larga lucha de la Luz versus La Oscuridad” (24). Cuando el padre Edustorgio Valenzuela prohibió extraoficialmente el uso de cadáveres humanos con fines pedagógicos, anatómicos y académicos, reclamando que “el cuerpo humano, creación de la mano y la voluntad divinas, sagrado receptáculo del alma, era inviolable y debía ser respetado” (21), Miguel Altamirano se enfrentó a esta prohibición con palabras como “Medieval” “Rancio apostólico” (21), realizó una competición por cadáveres y fundó el Nuevo Materialismo para lanzar el debate contra el Viejo Espiritualismo fundado por el padre Valenzuela. Durante este conflicto, los sacerdotes le definieron como demonio que “tenía las manos tintas en sangre de inocentes” y “traficaba con el alma de los muertos” (28) y mientras tanto, él respondió a la acusación con el argumento de que ellos no pertenecían a “la comunión de los hombres civilizados” (29).

Hemos visto que lo que hay detrás del debate: Miguel cree que la religión es símbolo de atraso, algo oscurantista y que la lucha contra ella significa la luz, el progreso, incluso la civilización. Esto se corresponde con la época histórica donde vive Miguel, el siglo XIX en el que la razón y la ciencia dominan el

campo de pensamiento. Él es sólo un joven que pondera y honra la ciencia, y aún no se da cuenta de que la expansión de la racionalidad tecnológica hará daño a la naturaleza inherente de una persona. Por lo tanto, cuando tuvo la oportunidad de “conocer” a los chinos muertos en la construcción del Ferrocarril en Panamá, tumbados en las largas camas de disección de la universidad de Bogotá, en vez de ver “una historia de tragedias personales”, o la injusticia del “chino muerto como el obrero sin nombre y sin residencia conocida al cual es imposible dar una tumba” (27), entusiasmado por lo que veía y sentía, consideró a los chinos “como un mártir”, “emisario de futuro, una avanzada del Progreso”, mientras que la historia del ferrocarril es la historia contra la naturaleza, es “una verdadera epopeya” (27). Y deseaba ir a esta tierra para contribuir con su propia fuerza al Progreso. A sus ojos, todo lo ocurrido en la construcción del ferrocarril era algo luminoso, valioso, incluso heroico: “para mi padre, cada obrero borracho es un caballero artúrico, cada puta es una amazona. Las setenta mil traviesas del ferrocarril son sesenta mil profecías de la vanguardia. La línea férrea que cruza el Istmo es el ombligo del mundo” (27).

De este modo, guiado por el Progreso que se desarrolla en Panamá, cuando se acabó la guerra civil de 1854, partió, decididamente, a su nuevo destino: Colón. Allí, se hizo amigo del ingeniero Madinier, uno de los ingenieros franceses que construyeron el canal de Panamá, pero nunca se preocupaba realmente por el destino de la familia Madinier. En cierto sentido, aún podemos comprender su indiferencia hacia los chinos esclavos que no le son nada familiares y cercanos, pero, su actitud no ha experimentado ningún cambio, aunque él mismo sirve como testimonio de lo que les ha ocurrido a los

ingenieros franceses y a su amigo Madinier. Se puede decir que a los ojos de Miguel, ante el Progreso, nada es real y todo es merecedor de sacrificio. En él, no se ve ninguna muestra de compasión hacia estas vidas tristes, incluso argumenta frívolamente que “todo proceso hacia el futuro tiene sus bemoles” (65). Tal vez, con su actitud de considerar el sacrificio de la vida del otro como una necesidad del progreso mismo, aún podemos describirle con palabras como indiferente, o demasiado entusiasta, sin embargo, creo que no es nada exagerado describirle como una persona que está perdiendo su racionalidad, al ver que, para promover el desarrollo y el progreso, incluso a él mismo no le importa abandonar su conciencia moral de periodista. Quien supuestamente debería ser el portavoz de la verdad y la objetividad, escribe noticias falsas acorde con la guía de su propia obsesión, que al mismo tiempo corresponde con la voluntad de la autoridad local, y se convierte a sí mismo en un portavoz de la mentira y la estafa. En Colón, sólo pocos meses después, encontró su trabajo en el Star & Herald debido a su “reputación como escritor incendiario y adalid del Progreso” (64) y se dedicó al trabajo que le encomendaron, que es “escribir sobre la gran maravilla” (64). Muy pronto, Miguel se da perfecta cuenta de que lo utilizaba como propagandista, y que “años después de inaugurado el ferrocarril las calles seguían sin pavimentar, y sus únicos adornos seguían siendo animales muertos y basura en descomposiciones” (65), pero nada de eso afectaba a su fe inquebrantable, puesto que desde su punto de vista, todo eso se debía a “la bondad de la causa del desarrollo” (64). Esta idea se volvía más notoria con el tiempo, cinco años más tarde, cuando el grupo de Lesspes le propuso para el puesto de corresponsal en Panamá del Boletín del Canal Interoceánico, él en seguida aceptó y sintió que era “un honor hacerlo” (129). Su pluma propagadora



que antes servía a la construcción del Ferrocarril, empezó a servir a la construcción del Canal, además de manera más intensa, se convirtió en una pluma refractora. Bajo esta pluma, cualquier obstáculo surgido en la construcción del canal que fuera posible producir una preocupación de los inversores franceses reales o potenciales, tales como, la dificultad técnica, la lluvia destructiva, el terremoto, la fiebre amarilla, y el incendio de Colón, fue eliminado o mencionado de forma menos grave para dar buena impresión: “las obras siguen adelante sin el más mínimo retraso” (143). Incluso cuando los inversores franceses empezaron a emitir sus dudas sobre la duración y el gasto de la construcción, Miguel Altamirano, como defensor del Progreso, debatió con frases idealistas e inocentes: “en una empresa de esta magnitud, los contratiempos son parte del diario vivir”, “el canal es obra del Espíritu Humano; necesita, para llegar a feliz término, el apoyo de la humanidad”, “la humanidad no puede detenerse en debates de centavos” (170).

Es decir, frente al Progreso, no sólo no ama al otro, sino que también no se ama a sí mismo y cae en el estado del idólatra que define Dietrich von Hildebrand en su *Ética*. Según el filósofo, el idólatra hace que la gente encuentre “un fanatismo y un celo impuro” (Hildebrand 409). Explica que existen dos tipos de idólatras. “El primero hace un ídolo de un bien portador de un valor, convirtiéndolo en un valor absoluto o, al menos, exagerando con mucho su importancia”. Y “el segundo tipo de idólatra eleva un disvalor manifestó al trono de un valor (...) Persigue algo malo como si fuera un ideal” (Hildebrand 409). Obviamente, el caso de Miguel pertenece al primer tipo, por un lado, está henchido del deseo de servir a algo grande y valioso; está incluso dispuesto a

hacer sacrificios. Pero su actitud está muy alejada de una pura respuesta al valor, esta respuesta al valor es únicamente una respuesta aparente, completamente impura. Su respuesta pretende ser pura y heroica y, en verdad, es un celo interesado, alimentado por el orgullo y la concupiscencia. Según Hildebrand, “toda idolatría entraña una ceguera al bien superior, al bien idolatrado e incluso también al auténtico valor de este bien; pues la auténtica aprehensión de este valor es inseparable del reconocimiento de su rango dentro de la jerarquía de los valores” (Hildebrand 411). De esta manera, cegado por la idolatría al Progreso, Miguel no se da cuenta que cuando él sitúa el valor de Progreso por delante del valor humano, su propia humanidad se va borrando cada vez más, hasta que al final pierde su sensibilidad y razonamiento, según la observación del narrador:

“La idea de que hubiera un vínculo directo entre su Ceguera Selectiva y la muerte de los Madinier le habría parecido absurdo e indemostrable. Si alguien le hubiera dicho que los dos Madinier habían sido asesinados, y que el arma era cierta carta abierta aparecida cierto día en cierto periódico, mi padre, lo juro, no habría entendido la referencia. Miguel Altamirano soltó dos lágrimas por la extinción, a manos de Panamá, de toda una familia; pero fueron lágrimas inocentes, puestos que no eran culpables, y también inocentes, puesto que o eran sabías” (167).

La ceguera hacia el Progreso hace a Miguel caer en una situación que no sabe que el mismo se ha sometido a la maldad y entrar en uno de los dos males que menciona Hannah Arendt. En la opinión de Arendt, la existencia del mal se manifiesta de dos maneras: primero, como mal radical, como mal deliberado, que “se produce cuando, aun habiendo pensamiento, el individuo siente la señal que le advierte, que le alerta ante la contradicción interior, pero no le hace caso. Platón lo explicó como la falta de equilibrio entre las tres almas, pero pensó que era fruto de la ignorancia, y que se curaba con la justicia y con la educación que

consideraba medicina y gimnasia del alma” (Cfr. en Díaz, 2011). Y el otro tipo de mal que “procede de no pensar, luego de no sentir esa señal de alerta que avisa de la contradicción interna, y que es propio de aquel que es uno también en su interior” (Cfr. en Díaz, 2011). Éste es el mal banal en el que, debido a que nunca piensa y reflexiona, es fácil ser deshonesto con su propia conciencia moral y rendirse frente a la maldad, incluso, poco a poco caerá en el pantano de lo vil sin poder salvarse y con la acumulación de la maldad, lo considerará como si fuera un estado normal de la vida. En el caso de Altamirano, él no es una persona vil y hemos visto que era valiente, decidido, insistente, incluso se puede decir que tiene una especial sensibilidad cuando le vemos ayudar a la familia Madinier en los tramites del funeral del pequeño Julián, cuando aún no conocía a esta familia y cuando leemos que pese a su pobre salario, iba todas las mañanas a ofrecer sus servicios gratuitos como cuidador de enfermos en el Hospital de Colón, donde les acompañaba y leía cuentos. Sin embargo, cuando más fuerte es su obsesión sobre el Progreso, se convierte a sí mismo en la presa de su propia obsesión, sin poder distinguir el bien del mal. Durante toda la novela, nunca hemos visto de qué se trata el Progreso que él mismo no deja de buscar y perseguir. Aunque él siempre considera que para conseguir el progreso se necesita cierto esfuerzo, incluso, sacrificio, nunca ha pensado ni se ha preguntado por la legalidad de ello, o tampoco ha pensado cuánto mal pueden causar, a la gente inocente, los actos inhumanos realizados en el nombre del Progreso, tanto por parte del grupo interesado como por él mismo.

### **3.3.1.2: Una víctima de la política.**

Por otro lado, otra muestra de su pérdida de racionalidad se manifiesta en su dejarse envolver poco a poco en el conflicto político. En particular, en la etapa de la construcción del canal, llegó a confundir el límite entre su obsesión por el Progreso y la realización de su propio valor personal. De esta manera, bajo el conflicto continuo de diferentes grupos por el control político del Canal, Miguel Altamirano no sólo se convierte en una víctima moral de su propia obsesión, sino que también acaba como víctima del conflicto del interés político, un mero instrumento. Al principio, como consecuencia de trabajar como propagandista para la empresa del Ferrocarril, aunque sólo ganaba un sueldo menor al necesario, pronto se convirtió en “una especie de niño consentido de la sociedad panameña” (65), los accionistas de la Company lo agasajaban como a un embajador; los senadores bogotanos lo invitaban al almorzar; cada miembro de la clase alta lo quería para marido de su hija. En tal situación, dejó de preocuparse por el Progreso humano y a interesarse solo por su fama personal, futuro profesional y posición social. Después de aceptar la propuesta de Lesspes de ser su propagandista contratado para el Progreso, sintió “haber comenzado a formar parte de la historia, haber comenzado a intimar con el Ángel” (129). Una circunstancia a la que añade un bienestar material: por ejemplo, no pasaron ni cuatro días después del terremoto en Colón y le adjudicaron una residencia, construida para los técnicos blancos de la Compañía del Canal para que él y su hijo vivieran sin cargo alguno. Él lo aceptó con normalidad, sin considerarlo demasiado “con otros alias: cohecho o soborno, unto o mordida” (144).

He aquí, de nuevo, un proceso en el que ha cambiado sus propios ideales por una vida llena de bienestar, según Arendt: “el peor mal es el mal interior, la escisión interna (es preferible el mal exterior), es mejor que yo tenga que desaprobarme al mundo o que el mundo tenga que desaprobarme a mí, a que yo tenga que desaprobarme a mí mismo” (Cfr. en Díaz, 2011). De esta manera, en Miguel Altamirano nunca hemos encontrado la huella de la contradicción interna, y precisamente, el hecho de no existir contradicción entre las dos voces, la del yo antiguo y la del yo nuevo, es lo que le lleva más lejos en su camino de sumirse en el mal. Además, su irreflexión no sólo le hace ser ciego frente a los males que ha cometido él mismo, sino que también le impide conocer su verdadero papel en la mesa del Progreso. Por lo tanto, le resulta “incomprensible” (179) que cuando el escándalo financiero del grupo de Lesspes salió a luz, todo el mundo le echara la culpa por haber “mentido, engañado y defraudado” (171) al público y a los inversores franceses. En este gran escándalo financiero, él no llega a prever que el principal culpable era él mismo, el personaje menos importante en esta cadena entrelazada entre varias relaciones de interés. No se daba cuenta de que su pequeño destino, incluida su obsesión, en esta vorágine política de la construcción del canal, aunque ha sido respetada, le convirtiera en el chivo expiatorio en la mesa del interés y la política. Algo que se corresponde con el destino del indio ganador en el cuento que él mismo escribió después de su decadencia. En este cuento dos indios se citan en una casa vacía de Christophe Colomb que llenan de culebras venenosas para probar cuál de los dos conocía mejor los antídotos. Por la noche, uno de los indios se introdujo bajo los pilotes de la casa y sintió la mordedura, pero sin alcanzar a identificar la víbora. El otro le dejó morir y ganó el concurso, pero al final fue

condenado a la cárcel como homicida. El verdadero culpable en la muerte del primer indio es la víbora escondida, pero nadie la busca para asumir la responsabilidad de la tragedia, porque basta con buscar un culpable indirecto como chivo expiatorio. La moraleja de este cuento de Miguel Altamirano es obvia, la política es como la víbora de Christophe Colomb que está escondida en todo lugar para morder a la gente en cualquier momento. Quien está demasiado cerca de ella, a la vez sin suficiente razonamiento para protegerse, un día será mordido o devorado completamente por ella.

### ***3.4.2: José Altamirano: un hombre cínico.***

En el viaje de José Altamirano a Panamá no sólo reflexiona sobre la responsabilidad política de un país respecto a sus ciudadanos, sino que también reflexiona sobre la responsabilidad política de un individuo hacia su país. José Altamirano es el narrador de la historia y, también es una reflexión sobre la historia misma. Los lectores pueden percibir que, en la novela, por un lado, el personaje José Altamirano participa en los asuntos que le han tocado vivir en Panamá, por otro lado, José Altamirano, como el narrador, mantiene las distancias con el personaje José Altamirano y muestra una actitud de observación y reflexiona sobre lo que han visto y sentido sus personajes. De hecho, esta postura narrativa ya ha sido presentada en su novela más temprana, *Los informantes*, en la que la segunda narradora Sara Guterman cuenta la historia de su pasado con un tono lleno de decepción e ironía. De esta manera, en *Historia secreta de Costaguana*, la historia se desarrolla entre el cambio del tiempo de la narración y el tiempo del pasado, en la que el tono del narrador maduro siempre es irónico. En apariencia, el viaje de José a Panamá parece

como una crítica tanto a la debilidad del gobierno colombiano como al imperialismo de los Estados Unidos. En realidad, se reflexiona sobre el deber político de los individuos bajo la presión política. En la novela, en cuanto a su actitud política, tal como él mismo dice que ha heredado “la peor de las distorsiones: el cinismo de su madre” (106), el narrador sucesivamente ha experimentado tres tipos de cinismo: el cinismo egoísta, el cinismo hipócrita y el cinismo reflexivo.

Una afirmación que merece ser detallada antes de entrar en el análisis del texto. La tesis doctoral de César Espada Sánchez, *Razón y Cinismo*, donde repasa desde el origen del cinismo hasta el cinismo moderno, concluye que hay varios tipos del cinismo. Según se expone en la tesis, cínico es “el que es sencillamente irónico, satírico, caustico, mordaz o venenoso”; cínico también es “el que desprecia los estándares aceptados de moralidad, aunque ya no guiado por el ideal de sabiduría de los antiguos”; y es cínico igualmente “aquél que practica la inmoralidad con desfachatez y desvergüenza, aquél que asesina con una descarada sonrisa en los labios” (Sánchez, 2005). Además, hay otros dos tipos más sutiles, primero: “un cínico puede ser una persona que duda sarcásticamente de la sinceridad o la pureza de las intenciones morales de los hombres, y, por tanto, del mérito de sus acciones, sarcasmos bajo los que en muchas ocasiones se esconde la nostalgia de un ideal imposible de perfección moral” (Sánchez, 2005). Segundo, la tesis dice que el cínico aún “es una forma de enmascaramiento mucho más sofisticado que el de la hipocresía [...] La hipocresía oculta pensamientos inconfesables; el cinismo los confiesa y los pone en práctica como si estuviera diciendo y haciendo lo contrario de lo que dice y

hace” (Sánchez, 2005), además, nos brinda algunos ejemplos, como, asesinar afirmando que la víctima es la que realmente debería vivir por ser superior al verdugo, oprimir a los demás como si el que se sacrificara fuera uno mismo por el bien de los otros, etc. A continuación, vamos a ver a qué tipos de cinismo pertenecen los comportamientos de nuestro narrador.

#### **3.4.2.1: El cinismo egoísta.**

La historia del narrador se inició cuando él tenía veintiún años y decidió separarse de su madre para ir a Panamá a buscar a su padre. Después de que el padre y el hijo se encuentran por casualidad en la calle y se reconocen, el hijo comenzó a leer todos los artículos escritos por su padre durante casi dos décadas en Panamá. Pronto, muy “sorprendido y al mismo tiempo admirado” (106), se fue percatando de que la pluma de su padre era “el más grande lente refractor del Estado Soberano de Panamá” (106). Pese a que este descubrimiento de que “la realidad es frágil enemigo para el poder de la pluma, de que cualquiera puede fundar una utopía con sólo armarse de buena retórica”, para él en aquel momento, se transforma en algo grave, es de “los que sacuden mundos, transforman creencias, convierten al ateo en devoto y viceversa” (105). No rechaza contra lo que había hecho su padre y acepta lo evidente, creyendo que lo hubiera hecho así cualquier “hijo respetuoso” (106).

Según lo que se expone arriba, podríamos decir que el cinismo de esta etapa se muestra en que él sabe que lo que hace está en contra del código moral, pero no le importa. Es decir, es un tipo de persona cínica que “practica la inmoralidad con desfachatez y desvergüenza” (Sánchez, 2005). Guiado por esta actitud, empezaba a seguir a su padre como un secuaz fiel, o con sus palabras,



como “un frontón” de un tenista, veía a su padre escribir los artículos con su pluma refractora sin importarle nada; gozaba del bienestar ganado por su padre a cambio de sus reportajes falsos sin incomodarle nada; contemplaba lo ocurrido política e históricamente sobre la construcción del canal, así como la desgracia tanto de los chinos como de los franceses, sin preocuparse para nada, aunque él mismo ya se encontraba envuelto en el centro de los conflictos del interés. Incluso sentía que había tenido suerte después de ver que su casa se quedaba intacta en el incendio en Colón en la guerra civil de 1885, sólo porque “no tuvimos que volver a mudarnos” (158). Esos episodios con sentido de “desfachatez y desvergüenza”, se percibe la actitud del narrador. Y esta actitud se torna más notoria por su nueva vida con Charlotte, víctima de la construcción del canal. Ambos optaron por vivir alejados de la política. En particular, con el nacimiento de su hija Eloísa, los dos comenzaron a llevar una vida ahistórica y apolítica, y según sus propias palabras, “vivíamos en la ficción de que no había historia” (197), y juró hacia su hija recién nacida: “nunca más permitiría que la Política tuviera libre acceso a mi vida” (189), porque en su opinión, sería la mejor manera de proteger la integridad de su nueva familia:

“<< ¿Votará usted liberal? >>

<< No me interesa la política. >>

<< ¿Votará conservador? >>

<< No me interesa la política. >>

<< ¿Quién es usted, de dónde viene, a quién ama, a quién desprecia?>>

<< No me interesa la política. >>” (189)

Esta actitud evasiva, por un lado, es un esfuerzo personal para proteger a su familia. Por otro lado, también es una gran ironía del autor. En Colombia, la política está en todas partes, pero no todo el mundo sabe cómo tratar con ella, incluso la pregunta misma de pensar cómo hacer para vivir en paz, ya es político. En un país así, tanto la actitud indiferente como la evasiva, son inmaduras. Tal vez, se puede escapar por un momento, pero no durante toda la vida, son actos individualistas, completamente personales, porque son indiferentes frente al sufrimiento del otro, son símbolo del olvido deliberado y presentación de la filosofía de preservar la propia perfección e integración sin prestar atención a los demás. El destino de esta filosofía podría acabar como lo dice en el epitafio reflexivo escrito por el cura alemán Martin Niemöller ante el Monumento del holocausto judío en Boston:

“Cuando los nazis vinieron a llevarse a los comunistas, guardé silencio, porque yo no era comunista / Cuando encarcelaron a los socialdemócratas, guardé silencio, porque yo no era socialdemócrata / Cuando vinieron a buscar a los sindicalistas, no protesté, porque yo no era sindicalista / Cuando vinieron a llevarse a los judíos, no protesté, porque yo no era judío / Cuando vinieron a buscarme, no había nadie más que pudiera protestar” (Niemöller, 1946).

Sin embargo, si pensamos en otra perspectiva, en un mundo convulso y violento, amar, tal como lo que hizo Altamirano con su familia, ¿acaso no es una de las pocas cosas que pudiera hacer para vivir con esperanza? ¿Eso es tan reprochable? Entonces, me pregunto ¿entre el gran amor hacia todo el mundo y el pequeño amor hacia él mismo, se puede juzgar cuál es ético, ¿cuál es malo? ¿Cuál es correcto, cuál no? ¿O incluso cuál tiene más sentido y cuál menos? En una carta hacia su amigo Scholem, Arendt ha hablado del mismo tema y revela que para ella el “pequeño” amor es el amor más real y concreto: “yo nunca en mi

vida he ‘amado’ a ningún pueblo ni colectivo, ni al pueblo alemán, ni al francés, ni al norteamericano, ni a la clase obrera, ni a nada semejante. En efecto, solo ‘amo’ a mis amigos y el único género de amor que conozco y en el que creo es el amor a las personas” (Cfr. en Haro, 1998). Esta actitud de sólo amar a lo suyo pudiera parecer egoísta. El egoísmo es establecer la prioridad absoluta de un deseo personal frente al otro. Kant es muy claro en su demostración de que la racionalidad de intereses egoístas no se condice con la “buena voluntad” de la razón práctica y que, en el mejor de los casos, sólo da lugar a juicios de acción éticamente neutros (Berisso, 2013). Sin embargo, también hay filósofos que defienden el egoísmo: Nietzsche remata su envenenada diatriba contra el altruismo, aconsejando “huir del prójimo” (Nietzsche, 1978: 98). En la obra *La virtud del egoísmo* de Aya Rand, la filósofa lo divide entre “el egoísmo racional” y “el egoísmo irracional”, explica que el egoísmo racional tiene “el valor positivo de la autoestima” y no considera que el altruismo posea, absolutamente, el valor moral, lo trata como la otra cara del “egoísmo irracional”, y acentúa:

“El primado incondicional del “amor al prójimo” (altruismo) conduce al “autosacrificio”, alentando un secreto odio hacia la ética, pues ésta hundiría al sujeto en la “pérdida y el dolor autoinflingidos”. Por otro lado, la catarata de restricciones al yo por parte de la moral altruista hace que muchos “altruismos” declamados sean una vía abandonada en los actos. Así el ego se desliza, inevitablemente, por la pendiente del doble discurso y la hipocresía.” (Berisso, 2013)

Entonces, en este sentido, la actitud cínica del narrador que se presenta sucesivamente como indiferencia y evasión frente a la política, aún puede ser comprendido moralmente bajo el concepto del “egoísmo racional”, sin embargo, la traición al país por el odio y el deseo de la venganza por la muerte de su

amada, le llevó al “egoísmo irracional” que dice Rand. Cuando advirtió la intención separatista de Estados Unidos bajo el turbulento cambio político entre dos partidos, la actitud indiferente y evasiva que antes adoptaba frente a la política se convirtió de repente en un “heroísmo” personal y egoísta. Decide aprovechar para vengarse de este país que le había arruinado su felicidad y reveló: “no volveré a huir del Ángel de la Historia, no sólo no buscaría el alejamiento sumiso de la Gorgona Política, sino que los haría mis esclavos. Quemaría las alas del uno, cortaría la cabeza de la otra” (232). Sabemos que Sigmund Freud en su teoría del psicoanálisis, sostiene que la personalidad humana está dividida, a grandes rasgos, en tres instancias: el *ello*, el *yo* y el *superyó*<sup>56</sup>. En el caso de José Altamirano, por un lado, la actitud cínica que tiene él influye en el funcionamiento de su superyó, por otro lado, su “venganza silenciosa” es totalmente una presentación de que su *ello* ha superado a su *yo*. Sus impulsos irracionales – su ira, su odio, su frustración, su indignación, su infelicidad o lo que sea – ya no pueden ser reprimidos y estallan sin considerar decididamente la consecuencia de su propia opción. En mi opinión, lo cual no sólo es una frustración en el enfrentamiento entre su *ello* y su *yo*, en la

---

<sup>56</sup> En opinión de Freud, el *ello* es la parte primitiva, desorganizada e innata de la personalidad, cuyo único propósito es reducir la tensión creada por pulsiones primitivas relacionadas con el hambre, lo sexual, la agresión y los impulsos irracionales, y representa la necesidad básica del ser de cubrir sus necesidades fisiológicas inmediatamente y sin considerar las consecuencias. Para Freud, la mayor parte del *ello* es desconocida e inconsciente, pero depende de la diferente persona, las diferentes tendencias hereditarias, determinaciones innatas, exigencias somáticas, adquisiciones, o de lo que proviene de la represión, la necesidad imperiosa de la satisfacción pulsional rige el curso en sus procesos. El *yo* tiene como fin cumplir de manera realista los deseos y demandas del *ello* con el mundo exterior, a la vez conciliándose con las exigencias del *superyó*. Además, evoluciona según la edad y sus distintas exigencias del *ello* actuando como un intermediario contra el mundo externo. Mientras que el *superyó* es la parte contraria al *ello*, representa los pensamientos morales y éticos recibidos de la cultura y consta de dos subsistemas: la conciencia moral y el ideal del *yo*. La conciencia moral se refiere a la capacidad para la autoevaluación, la crítica y el reproche. El ideal del *yo* es una autoimagen ideal que consta de conductas aprobadas y recompensadas. (Félix Amaro, Lluís Guasch, Magda Sarlé: 2008)

confrontación consigo mismo, sino que también es un acto sumamente egoísta sin considerar el interés del otro.

#### **3.4.2.2: El cinismo hipócrita.**

Después de la muerte de Charlotte en la Guerra de los Mil Días, lo que le trajo la muerte de su amada fue no solo el sentimiento de dolor y fracaso, sino el miedo y la vulnerabilidad, lo cual le dirigió de un extremo a otro extremo relativo a la relación entre él y su hija: de un extremo lleno de amor hacia otro extremo gobernado por la apatía y enajenación. Esta enajenación se produce en dos ocasiones. La primera vez fue cuando él dejó a su hija llorando y aceptando la realidad de que su madre había sido asesinada sin ofrecerle ningún consuelo en los primeros días de la muerte de Charlotte. La segunda vez fue cuando él se exilió a otro país dejando a su hija sola en Panamá.

En cuanto a la primera enajenación, al principio, se puede decir que su acción de dejar a su hija sola era debido a una razón más pueril, creía que si él insistía en no dar consuelos a su hija ni acompañarla para enfrentar la tristeza juntos, un día Charlotte volvería a aparecer “lamentándose de que su broma cruel no hubiera tenido el efecto deseado” (222). Pero, en el fondo, se culpaba de no haber protegido bien a su amada y dudaba de su capacidad para proteger a su hija:

“Empecé a tener miedo: miedo de lo más concreto (los ejércitos que un día cualquiera vendrían para terminar su trabajo y asesinar a mi hija), miedo también de lo abstracto y lo intangible (la oscuridad, los ruidos de algo que podía ser una rata o un mango podrido que cae al suelo en una calle vecina, pero que formaban en mi imaginación aterrorizada la silueta de hombres uniformados, de años empuñando fusiles)” (221).

Una enajenación debida a su sentimiento de culpa hacia su hija por esta pérdida, este dolor, “ese hoyo negro que se abre en el mundo” (222). Por lo tanto, durante largo tiempo, eligió evitar enfrentarse a su hija y ocultarse “en una realidad paralela donde nada más existe” (223). Por el día, no se lavaba la cara ni se cepillaba los dientes, por la noche, paseaba en la ruta que frecuentaba antes su mujer y corría detrás de su fantasma, imaginaba vengar matando a los soldados, buscaba a las prostitutas, aunque luego se sentía avergonzado. En suma, llevaba una vida anodina y degradante y aceptaba este fracaso e incapacidad con desesperación que “la vida me había habituado a la idea de las víctimas colaterales” y se excusaba porque “estamos en guerra, pensé. En la guerra ocurren estas cosas” (223).

En cuanto a la segunda enajenación, al terminar su ayuda a la independencia de Panamá – ser testigo y contar el dinero que había dado el coronel Shaler al coronel Torres a cambio de la desertión y la rendición– sintió que ya no había lugar para él en Panamá, en “estas tierras caníbales en las que había dejado de reconocerse, que habían dejado de pertenecerme como le pertenece la patria a un hombre satisfecho, a una conciencia tranquila” (280). Consciente de esta situación, él se dio cuenta de que su hija era “carne de la carne” de esta tierra colonense y cada uno de sus movimientos le recordaron este hecho y confesó que:

“pensé primero que te envidiaba, que envidiaba tu arraigo instintivo – porque no había sido una decisión, porque habías nacido con él como se nace con un lunar o un ojo de color distinto - ; luego, viendo la placidez con que dormías en esta tierra colonense que parecía confundirse con tu cuerpo, pensé que me habría gustado preguntarte por tus sueños, y por último volví a pensar en Charlotte, que nunca

perteneció a Colón ni tampoco a la provincia de Panamá ni mucho menos a la convulsa República de Colombia, el país que había exterminado a su familia [...] Pensando en esto recosté la cabeza en tu pecho, Eloísa, y me llegó el olor de tu axila desnuda, y me sentí por un instante tan tranquilo, tan engañosa y artificialmente tranquilo, que acabé por quedarme dormido.”(271- 272)

Basándose en esta diferencia entre él y su hija, cuando él decidió exiliarse en Londres, se preguntó: “¿Cómo hubiera podido condenarla también a ella al exilio y al desarraigo? (280) Según lo expuesto arriba, es un hombre solitario, pero, a la vez, unilateral, hasta llegar a ser egoísta y egocéntrico. Según César Espada Sánchez, el cínico también “es una forma de enmascaramiento mucho más sofisticado que el de la hipocresía [...] La hipocresía oculta pensamientos inconfesables; el cinismo los confiesa y los pone en práctica como si estuviera diciendo y haciendo lo contrario de lo que dice y hace” (Sánchez, 2005). En el caso de nuestro narrador, él sí cree que este abandono de su hija no era porque hubiera perdido su amor a Eloísa, sino precisamente estaba basado en su deseo de protegerla del mal o en su preocupación por no ser capaz de protegerla. Pero, para los lectores, transmite la idea de que él se ama a sí mismo antes que a su hija. Por un lado, por su decisión de no enfrentarse a la soledad y la tristeza con su hija, basada en su propia ilusión pueril, luego en la excesiva atención a sí mismo. Por otro lado, la decisión de irse solo a Londres supuestamente se debe al interés de su hija. Aunque según su confesión, parece haber pensado mucho en su hija, sin embargo, no se le ocurre preguntar ni respetar la opinión de su hija. Por lo tanto, el llamado amor de José Altamirano es una farsa.

### **3.4.2.3: El cinismo reflexivo.**

El tercer tipo de cinismo se muestra en el plano narrativo. Al principio de la novela, un José Altamirano que habla de su pasado, más maduro, satírico, y a la vez, pensativo que el joven José Altamirano, el “actor” en la novela, se convierte en el narrador y nos explica que la novela misma tiene dos funciones: primero, nos narra el robo de Conrad, segundo, le confiesa a su hija, veinte años más tarde todo lo sucedido: su desgracia nacional y personal. Leyendo su historia, nos damos cuenta de que usa un tono burlón y “irónico, satírico, caustico, mordaz o venenoso” (Sánchez, 2005) cada vez que menciona el tema político, sin embargo, ejerce nítidamente su análisis con prudencia, su crítica con agudeza, su tristeza con dolor, y lo más importante se encuentra una autocrítica sincera y arrepentida sobre sus errores del pasado. Semejante al comentario que hizo Virginia Woolf al narrador Charlie Marlow en *El corazón de las tinieblas* de Conrad, el narrador José Altamirano también es una persona “introspective and anlytical”, y tiene “a flair for human deformity; his humour was sardonic” (Woolf, 2015). Su reflexión se muestra en dos arrepentimientos y un descubrimiento: primero, el arrepentimiento hacia su hija; segundo, el arrepentimiento hacia su padre; por último, su comprensión sobre la civilización política consiste en su descubrimiento moral: en una época que camina cada día más hacia la modernidad y la civilización en la que el mundo pierde el sentido de lo moral.

En primer lugar, en cuanto a su arrepentimiento hacia su hija, podríamos encontrar su confesión después de muchos años: “no sé qué habría hecho, Eloísa, si hubieras salido al puerto para rogarme con las manos o con la mirada



que no me fuera, que no te dejara a ti, mi única hija, que todavía me necesitabas” (279). Mediante su confesión, sabemos que, en la vida exiliada de Altamirano, excepto la soledad, un extrañamiento hacia Eloísa le invade, le tortura y le acompañará para siempre, y él lo acepta con lucidez porque sabe que esto era, es y será el castigo de su error. Mientras tanto, con culpa y humillación, ruega a su hija que le comprenda y perdone “las crueldades que esta guerra me ha llevado a cometer” (280). De esta manera, un amor profundo, pero difícil de comprender, un sentimiento cruel, pero a su vez tierno, hacia su hija se presenta nítidamente, y este amor mezclado de diferentes emociones dificulta un juicio claro sobre su actitud.

Segundo, hablamos de su arrepentimiento hacia su padre. Sabemos que, en la novela, desde que, de una forma mítica, Charlotte, la viuda del Canal, entró en su vida, su posición sentimental cada día se inclinaba más hacia Charlotte, y se alejaba de su padre, quien en cierto sentido debería ser responsable de toda la desgracia de Charlotte. En particular, el nacimiento de Eloísa “paralizó el mundo entero” (105). Lo cual supone que no sólo dejó fuera la política que antes hemos mencionado, sino que también prestó cada día menos atención hacia su padre. Incluso cuando su padre fue acusado de ser uno de los grandes culpables de la debacle de cientos de inversores franceses en el proyecto de Lesspes, quedando arruinado en su carrera y provocándole una depresión, Altamirano hijo se negó a darle un apoyo verdadero y compañía y llegó a considerar sus actos nostálgicos hacia la obra de construcción como meros “caprichos de hombre decepcionado” (190). Le dejó solo enfrentar y luchar contra todo el mal que le había dominado e invadido, lo cual, en cierto sentido, indirectamente aceleró la muerte de su

padre. Años más tarde, al recordar su forma de tratar a su padre, el Altamirano maduro y arrepentido, hace una autocrítica: “lo borró sin piedad como se va borrando el color del mundo para un ciego” (172). Y admitió que su propio egoísmo sólo le permitía ver su propio bienestar con el que le rodea su nueva familia, y le hacía volverse:

“ciego a los llamados de auxilio que me lanzaba Miguel Altamirano, las luces de bengala que se disparaban desde su barco, y me sorprendió darme cuenta de que el poder de refracción podría ser hereditario, de que yo también era capaz de ciertas cegueras. Para mí, Colón se transformó en el lugar que me había permitido enamorarme y cultivar la idea de una familia; no me percaté – no quise percatarme – de que para mi padre Colón no existía, ni existía Panamá, ni había vida posible, si no existía el Canal.” (180)

En tercer lugar, el narrador maduro, revisando su historia del pasado, con un tono irónico, reflexiona sobre toda la historia del siglo XIX, nos brinda su comprensión sobre la civilización política: en una época que camina cada día más hacia la modernidad y la civilización, la gente se vuelve cada vez más inmoral. Lo cual se muestra en los siguientes dos aspectos:

- **¿Cuál es el valor humano frente a la civilización?**

Al igual que el niño Konrad Korzeniowski pone un dedo sobre el mapa de África y dice: “Iré allí”, el niño José Altamirano, “gemelo del alma” de Konrad, también pone un dedo sobre el mapa donde está su papá y pronuncia su propio: “iré allí” (68). Por allí, Konrad vio con sus propios ojos la situación trágica de los africanos y la violencia cruel bajo el colonialismo político y cultural de Inglaterra, y años más tarde basándose en la experiencia y la memoria de este viaje, escribió *El corazón en las tinieblas*; También, en su propio “allí”, José Altamirano,

encontrado en el centro del conflicto y la codicia, experimentó en persona toda la tragedia causada por el conflicto de la construcción del Canal, y años más tarde recordando la experiencia de esta época convulsa, escribió su *Historia secreta de Costaguana*. Mediante sus respectivos viajes, ambos narradores nos presentan los testimonios de lo histórico y literario en el nombre del desarrollo y la civilización.

Bajo la narración de José Altamirano, la violencia de la naturaleza en Panamá y la violencia de la naturaleza en la “novela de la selva” bajo la pluma de Conrad se corresponden entre sí. Panamá, no sólo es una escena de conflictos políticos incesantes, sino que también es un lugar donde se hace presente la violencia de la naturaleza, un lugar como el infierno, “un infierno de agua [...] donde el sol no existe, donde el calor marchita los cuerpos, donde uno sacude un dedo en el aire y el dedo queda empapado como si acabara de salir del río” (25). Tal violencia de la naturaleza no es menor que la violencia descrita en la selva del Congo. El narrador Altamirano nos presenta el viaje de Joseph K hacia la selva del Congo:

“el trayecto es insoportable: el calor asesino, la humedad, las nubes de mosquitos y zancudos del tamaño de una uva, la carencia de agua potable y la constante amenaza de las enfermedades tropicales, convierten aquella penetración en la selva en un verdadero descenso a los infiernos” (187).

Además, cabe mencionar que en la novela del escritor inglés también se ha descrito una obra de construcción de “un ferrocarril entre Matadi y Stanley Pool” que simboliza un progreso de la civilización y según los ingleses imperialistas esto “facilitará el comercio libre y mejorará las condiciones de vida de los africanos” (186). En este sentido, Panamá y El Congo, en sendas novelas,

son el lugar invadido por las potencias imperialistas con la excusa del progreso y la civilización. Esto me hace proponer que esta novela de Vásquez no sólo es un homenaje simple hacia *Nostromo* sino también hacia *El corazón de las tinieblas*. Puede definirse, igual que Conrad, a Vásquez como un escritor con conciencia. A través de lo que ve y siente Altamirano acerca de la construcción del Ferrocarril y el Canal en Panamá, se expresa su reflexión sobre la injusticia de los políticos codiciosos, tanto norteamericanos como colombianos, en nombre del progreso y el desarrollo y su consideración sobre qué es la verdadera civilización.

Civilización, una palabra que lleva el sentido de “iluminación”, “esperanza”, sin embargo, en la novela de Conrad y Vásquez se vincula con la muerte y el pánico. Antes de traer la prosperidad, primero trae la tragedia a millón de pequeños personajes, tal como les ocurre a los chinos muertos y los técnicos americanos y franceses. La primera duda sobre la realización de la civilización consiste en la simpatía del narrador oculta bajo su pluma cínica hacia las víctimas de esa fuerza grande y colectiva. Por un lado, en el comienzo de la novela, nos cuenta el narrador Altamirano la tragedia de los ingenieros americanos que vienen a investigar métodos de la construcción del Canal en el panameño río Chagres, entre ellos sólo algunos logran llegar a la panameña Bahía Limón, porque el resto “se quedan en el camino, muertos de fiebre – no la del oro, sino la otra – junto a las mulas muertas, hombres y mulas muertos espalda contra espalda entre el barro verde del río, derrotados por el calor de esos pantanos donde los árboles no dejan pasar la luz” (25), así como la tragedia de los esclavos chinos comprados por el gobierno colombiano para apoyar la

construcción del Ferrocarril en Panamá<sup>57</sup>. Estos esclavos en vida tienen que construir el Ferrocarril de Panamá, pero una vez muertos, financian igualmente a la construcción misma porque sus cadáveres serán vendidos a la universidad y los hospitales de toda la Colombia en nombre del uso de la investigación científica. Por otro lado, la sátira y la ironía se transmiten mediante la tensión entre la conciencia del narrador y la conciencia de los personajes. Un ejemplo, lo podemos encontrar en la actitud de la preocupación mínima del dirigente francés del proyecto de la construcción por la vida de sus subordinados. Mediante el tono irónico del narrador, llama la atención la indiferencia del teniente Wyse hacia el posible peligro al que van a enfrentar sus técnicos<sup>58</sup>:

“Entre los distinguidos oradores estaba el teniente Lucien Napoleón Bonaparte Wyse, que todavía se detenía en mitad de la calle, como un perro sarnoso, para rascarse las picaduras de los zancudos istmeños, o se despertaba dando alaridos de horror tras ser visitado, durante un sueño sudoroso, por uno de los ingenieros muertos en la selva del Darién. A pesar de haber fracasado en su expedición, a pesar de carecer de conocimientos de ingeniería, el teniente Wyse – recién afeitado y con la concesión firmada por Eustorgio Salgar bien guardada en el bolsillo del saco – opinó que Panamá era el único lugar de la Tierra susceptible de albergar la empresa descomunal de un canal interoceánico. Opinó también que el canal a nivel era el único método susceptible de llevar esa empresa a buen término. Ante una pregunta sobre el caudal monstruoso del río Chagres, su historial de inundaciones que parecían salidas del Génesis y el inventario de naufragios que

---

<sup>57</sup> Con el Tratado Mallarino – Bidlack, la compañía del ferrocarril empieza a construir el Ferrocarril de Panamá. Pero la gran obra, siempre acompaña por el gran sacrificio. A comienzos de 1850, el señor John Lloyd Stephens construyó en Nueva York la Compañía del Ferrocarril de Panamá y el expresidente Mosquera trabajaba con energía para apurar el contrato con el nuevo gobierno granadino, y hasta ofreció comprar esclavos para trabajar en la construcción del ferrocarril de Panamá, con previa promesa de manumitirlos una vez se terminaran las obras. Sin embargo, esta promesa nunca ha sido realizada. Mil de trabajadores, o mejor dicho, esclavos de la construcción de ferrocarril murieron allí. Y los chinos muertos en la novela son una parte de estos esclavos.

<sup>58</sup> La actitud del teniente Wyse nos recuerda la actitud del padre Altamirano: ante la “civilización” todo se puede sacrificar.

yacían en su lecho como si no se tratara de un río sino de un pequeño Triángulo de las bermudas, contestó: <<Un ingeniero francés no conoce la palabra problema>>” (p123).

- **Corrupción.**

Además, no sólo la tragedia vista por Conrad en su viaje a lo largo del río Congo ponen en escena en Panamá, sino que, al igual que la mina de plata en Sulaco de *Nostramo*, en la novela de Vázquez, Panamá, se hace gradualmente un verdadero “paraíso de las serpientes” (Conrad, 2011: 218), que atrae la codicia y el pecado, que produce la corrupción y la caída moral del alma. De esto trata la segunda cuestión sobre cuál es la verdadera civilización. Mediante la narración de Altamirano, nos damos cuenta de que alrededor de la construcción del canal en Panamá, un proyecto que simboliza el progreso y la civilización, la recurrente corrupción tiene lugar tanto al nivel gubernativo como al nivel cotidiano. Primero, vemos que de Estados Unidos, como antes ya hemos señalado, podíamos saber que a partir de 1885, con el fin de dominar el derecho supremo de la construcción del Canal, fortalecen paso a paso su intervención política en Colombia mediante diferentes métodos, tales como: presionar, amenazar, intercambiar con condiciones, enajenar los dos partidos colombianos, así como crear obstáculos a otro grupo que se encarga de la construcción del Canal. Desde que a Francia le es concebido el derecho de la construcción del canal, los estadounidenses se niegan a proporcionar ningún apoyo técnico a los franceses, tal como escribe Vázquez en la novela: “Así me enteré de que Wyse, con la concesión en el bolsillo, había viajado a Nueva York para comprarles a los gringos los resultados de sus expediciones istmeñas; así me enteré de que los gringos se habían negado de plano a venderlas y, lo que es más, se habían

negado a enseñar un solo mapa o revelar una sola medición, a compartir un dato geológico y a escuchar siquiera las propuestas de los franceses” (120). Por último, provocar una guerra civil en Panamá para separarlo de Colombia. En esta última etapa, dejan de usar medidas diplomáticas agresivas para aplicar “la diploma del dólar” (W.Berquist, 1981)<sup>59</sup>.

Además, igual que los americanos, los franceses tampoco hacen su trabajo de forma recta. Vemos que al llegar a Panamá, el grupo dirigido por el teniente Wyse y Ferdinand de Lesspes, buscó a Miguel Altamirano, conocido como el gran amante del progreso, quien usa su pluma refractora, para luchar contra “el Escepticismo” que es “el peor enemigo del Progreso” (129). Con la ayuda de los periodistas como Miguel Altamirano, ofrecen una realidad falsa a los inversores franceses que se sitúan en el otro lado del mundo, en París. Ignoran el hecho de que la obra se ha demorado por el daño causado por el entorno natural, o que la obra padece el caótico ambiente social entre las guerras civiles internas, problemas técnicos y financieros. Incluso cuando la violencia de la naturaleza deprime el estado de ánimo de los ingenieros, y la fiebre mortal amenaza la vida de todos estos ingenieros e incluso piensan en “volver a la

---

<sup>59</sup> Los separatistas, bajo su ayuda, sucesivamente, sobornan a Esteban Huerta, Jefe de la Guardia nacional en Panamá, para prometer que no entrarán más soldados del gobierno central a la isla, y a Eliseo Torres, Coronel del ejército del gobierno situado en Panamá, para ganar la batalla sin luchar. Mientras tanto, en la parte de Colombia, frente a la revolución de Panamá, tanto sus ciudadanos panameños como el gobierno daban “por perdida” (269), sin luchar casi nada por la dignidad del país y muchos políticos son “beneficiados” de la independencia de Panamá, tal como, este coronel Eliseo Torres que hemos mencionado arriba, quien al principio, fue el único que mostraba su patriotismo de luchar contra la intención separatista, declarando: “su agresión será repelida con la fuerza de una causa justa” (263), pero al final frente a la realidad de que Colón ha sido asediado, dejó de insistir en su “cruzada quijotesca” (269) con Estados Unidos y aceptó ocho mil dólares ofrecidos por la parte norteamericana con causa de “racionar a sus tropas” y se retiró en la escena histórica de la Independencia de Panamá con sus “bolsillos llenos de dinero norteamericano” (274).

patria”, sin embargo, los inversores creen que la obra avanza con velocidad en Panamá. Este engaño bien diseñado por la empresa francesa y las prensas panameñas no se revela hasta que sus competidores, los ingleses y los americanos, publican sucesivamente en sus periódicos acusaciones como ésta: “<<Si el Canal no avanza, y los franceses no se han percatado antes del monstruoso engaño de que han sido víctimas, es porque Mr.Lesspes y la Compañía del Canal han invertido más dinero en comprar periodistas que excavadoras, más en sobornos que en ingenieros>>” (168). Y la realidad revelada según la investigación es horrenda: “más de treinta diputados del Parlamento francés recibieron sobornos para tomar decisiones a favor del Canal. Más de tres millones de francos se invirtieron en <<comprar buena prensa>>” (187).

Thomas Carlyle dice que explicar el presente con el pasado es un camino rotundo, pero no tenemos otro camino que elegir porque el pasado, aunque es impreciso, a su vez, presenta una realidad innegable. Mediante la realidad innegable que subyace la narración de José Altamirano, el autor nos muestra un mundo parecido a lo que dice William Shakespeare en el que “some rise by sin, and some by virtue fall” (Cfr. en Cash, 2014). En este mundo los personajes pequeños son participantes de la historia, pero sus voces son ignoradas. Tanto la tristeza de los obreros chinos como el miedo de los ingenieros franceses, nunca han sido relevante a la autoridad, son peones de ajedrez para satisfacer su propio interés material. Por otro lado, vemos cómo el interés político y económico produce la corrupción y la erosión de la moralidad. No es difícil notar que la filosofía que influye a estas autoridades políticas, el periodismo, o los países



imperialistas, se revela mediante una frase de la novela: “detrás de todo gran ingeniero hay una gran empecinada” (134). Sin embargo, Vásquez nos hace dudar dónde está el límite de esta “gran empecinada”. Si el costo del progreso de la civilización es a cambio de miles de sacrificios, o la desgracia de la gente común, ¿qué diferencia hay entre la barbarie y la civilización? Se puede decir que nuestro escritor está cuestionando si se pueden ignorar los motivos éticos que están tras el desarrollo social. Todos estos episodios enumerados arriba nos recuerdan que una sociedad que se desarrolla sacrificando la moralidad es una sociedad salvaje. La vara de medir el nivel de la civilización de una sociedad no es el avance tecnológico, sino el poder de la ética, tal como revela Thomas Henry Huxley en su “Evolution and Ethics”:

“the influence of the cosmic process on the evolution of society is the greater the more rudimentary its civilization. Social progress means a checking of the cosmic process at every step and the substitution for it of another, which may be called the ethical process; the end of which is not the survival of those who may happen to be the fittest, in respect of the whole of the conditions which obtain, but of those who are ethically the best” (Huxley 68).

Para terminar, mediante la búsqueda del narrador sobre el origen y la causa de la violencia que sufrió el pueblo colombiano, nos muestra el escritor un mundo en el que la letra no da voz a la humanidad sino al poder y el desarrollo social se realiza basándose en la barbarie. Frente a un mundo inmoral, la oposición personal suele ser en vano, muchas veces, hay que pagar un precio terrible e incluso ser asesinado. Nos recuerda el autor que, una persona corriente y normal, frente a la política, vehemente sin consideración ni reflexión es peligrosa. Una actitud adecuada no debe ser cínica, ni evasiva, aún menos

individualista en extremo, sino que cada uno, como animal político de naturaleza innata, debe aprender a pensar y reflexionar sobre ella, lo cual consistiría en su única manera de rebeldía contra el mal que hay en la vida y la política. Tal como piensa Arendt, el nuevo héroe en la vida política ya deja de ser un guerrero tradicional o una estrella política mediática para convertirse en “un ciudadano ordinario que busca que su voz sea oída” (Cfr. en Díaz, 2011). Para el narrador, también para el autor, tal vez, escribir un libro sobre la política de una época histórica, es su manera de persuasión, no violenta ni vertical para llegar un consenso más humano políticamente y para manifestar su opinión sobre ella.

#### 4. <<Los informantes>>.

Esta Historia con mayúscula que experimentan los personajes en *Los informantes* tiene como eje central las secuelas de la Segunda Guerra Mundial, que produjo una persecución, las conocidas Listas Negras, que incluían a muchos inmigrantes alemanes sospechosos de simpatizar con los fascistas en los años cuarenta en Colombia, y que invadieron la vida familiar, privada e íntima tanto de los colombianos como de los inmigrantes alemanes en estos años conflictivos y convulsos. Sin embargo, me pregunto ¿Por qué en Colombia hay tantos inmigrantes alemanes? ¿Qué son las Listas Negras? Y aún más ¿Por qué eso ocurre en Colombia? Pregunto a la que brevemente trataré a responder a continuación. Desde 1938 hasta 1945, se viven en Colombia unos años oscuros, conflictivos, violentos y explorados particularmente en *Los informantes*.

##### 4.1: El entorno ético de los personajes.

Primero, ¿Por qué en Colombia hay tanta emigración alemana? Según el historiador colombiano, José Olinto Rueda Plata, antes de finales de la década de los años veinte, “Colombia ha sido una nación prácticamente cerrada a la inmigración extranjera” (Alvaro, M. & Jorge, M 316), pero “a finales de la década del veinte se emprendieron nuevos intentos para atraer contingentes extranjeros a ciertas regiones del país” (Randall 49). El gobierno colombiano se interesó en contratar a profesionales de la industria y la agricultura. Mientras tanto, durante los primeros años de la dictadura nazi en Alemania, 1933 y siguientes, los emigrantes, más exactamente los refugiados judíos, tuvieron

como meta de su huida los países vecinos como Francia, Inglaterra e incluso Estados Unidos. Pero el estallido de la Segunda Guerra mundial y la rápida expansión del Tercer Reich hacia oriente y luego hacia occidente, les obligó a buscar lugares para refugiarse mucho más distantes de la violencia nazi como Rusia, China, África y, finalmente, América Latina. Frente a tal factor externo e interno, la posición colombiana se resume a través de una frase: “Colombia es neutral pero no indiferente” (Hernández 557). La actitud internacional de Colombia ante la guerra fue definida por Eduardo Santos, presidente colombiano desde 1938 hasta 1942, y su ministro de Relaciones Exteriores. Como consecuencia, miles y miles de judíos alemanes oprimidos y por supuesto las otras víctimas del terror y la violencia de otros países, italianos, japoneses, chinos, alemanes no judíos, etc., salieron del propio país y llegaron a otros como Colombia, para poder comenzar una nueva vida de una forma relativamente tranquila. Tema que se ha convertido a la vez en una escena histórica y un espacio social en la novela:

“El Nueva Europa fue, ante todo, un lugar de reunión de extranjeros. Norteamericanos, españoles, alemanes, italianos, gente de todas partes. Colombia, que no había sido nunca un país de inmigrantes, en ese momento y en ese lugar parecía serlo. Estaban los que llegaron a principios de siglo para buscar dinero, porque habían oído que en estos países suramericanos todo estaba por hacer; los que llegaron de la Gran Guerra, la mayoría alemanes que se habían desperdigado por el mundo tratando de ganarse la vida, porque en su país eso ya había dejado de ser posible;[...] Y todo ese país perseguido habían acabado por meterse en el Hotel Pensión Nueva Europa, como si se tratara de una verdadera Cámara de Representantes del mundo desplazado, un Museo Universal del *Auswanderer*. ” (42)

No obstante, la vida nueva en este país de destino no sólo es distante, sino también distinta tanto en lo que respecta al ambiente geográfico y social

como en lo relativo al idioma, la religión, la cultura, las costumbres, ¿es como lo esperaban antes de la inmigración? La respuesta es no y la causa es muy compleja. Sin embargo, hay tres factores que realmente merecen ser destacados: La *Ausbürgerung* (desnacionalización) en Alemania; el antisemitismo en Colombia; y las Listas Negras emitidas por Estados Unidos y Colombia.

En primer lugar, en opinión de Enrique Biermann Stolle, hijo de emigrantes alemanes, estudioso colombiano, la *Ausbürgerung* en Alemania, fue expedida por Hitler partiendo de la Ley de Julio 14/1933 que es “sobre revocatoria de nacionalizaciones y anulación de nacionalidad alemana” y creó dos nuevas figuras jurídicas: *La Desnaturalización y la Expatriación punitiva*. La primera trataba de “despojar de la nacionalidad a judíos nacionalizados, especialmente a los judíos ‘del Este’; también se incluían a criminales y a los llamados enemigos del pueblo y del Estado” y la segunda “creó una figura nueva permanente para la punición de alemanes en el extranjero” y “podría reforzarse con otras penas tales como pérdida de los bienes” (Stolle 48). Bajo tales leyes de Hitler, basadas en motivos más racistas que políticos, hubo una *Ausbürgerung* masiva de judíos, los cuales eran considerados como personas “lesivas a la raza” (Stolle 50). La primera consecuencia de la *Ausbürgerung* consistía en la pérdida de la nacionalidad alemana y la pérdida del derecho de protección y de permanencia ya que conforme al derecho internacional cuando vencía su pasaporte, y se quedaba sin documentos legales, ya no podría percibir esos derechos; y la segunda consecuencia, era peor que la pérdida de la nacionalidad, porque al principio sólo confiscaban sus bienes y extendían su expatriación, pero posteriormente se agregó la cancelación del doctorado y de otros títulos

académicos, limitaciones en los derechos de asistencia social y, finalmente, llegó al extremo del exterminio. Muchas de estas consecuencias trágicas se encuentran en el destino de algunos judíos en *Los informantes*. Por ejemplo, la familia Guterman ha vivido el peligro, como el arresto de muchos de sus conocidos, el peligroso arresto de Guterman padre, el abandono atropellado de casa, el despojamiento del pasaporte de Guterman padre antes de salir de Alemania, el vencimiento del pasaporte del resto de los miembros de la familia, al final, todo esto acaba conduciendo a la pérdida de la nacionalidad encontrándose en un país extranjero y siendo condenados al exilio permanente de Colombia. A su vez, ellos padecen un enorme sufrimiento por esta pérdida, una angustia por la inseguridad, y una nostalgia al no tener un lugar y una identidad fija. Este dolor, esta angustia y nostalgia, producidos por la *Ausbürgerung*, se muestra claramente en un comentario de Sara Guterman:

“Nosotros estábamos en Colombia, a un océano de distancia de Alemania, y un buen día nos levantamos y ya no éranos alemanes. Uno no sabe lo que eso implica hasta que se le vence el pasaporte. Porque entonces, ¿qué eres? No eres de aquí, pero no eres de allá tampoco. Si te pasa algo malo, si alguien te hace algo, nadie te va a ayudar. No hay un estado que te defienda.” (191)

En segundo lugar, en el estudio de Enrique Biermann Stolle, considera que el fenómeno anti semita en Colombia ha sido casi ignorado en la Historia de Colombia. Sin embargo, durante los primeros años, muchos periódicos usaron un tono crítico cuando se referían a los judíos alemanes en Colombia. Veamos un largo artículo de *El Tiempo*: “en todas partes los judíos son hoy día motivo de grande preocupación, y si bien es cierto que se exageran bastante sus defectos, también es verdad que muy pocas veces el balance resulta favorable a sus

cualidades” (Cfr. en Stolle 120); Llegó al extremo de promover en algunas ciudades, manifestaciones que reclamaban: “abajo los judíos” (Vásquez, 2004: 38), y además se organizaron fuertes compañías en su contra; frente a tales actitudes negativas hacia los judíos y aún más debido a la preocupación por la posible amenaza económica, sugerida por López de Mesa, a la economía colombiana, incluso el gobierno llegó a tomar medidas políticas:

“In the light of such prejudice against the Jews it is not at all surprising that the government in September, 1938 began to impose a series of progressive restrictions on immigration from Central and Eastern Europe until the gates were almost completely closed in May, 1939.” (Cfr. en Stolle 120)

Aún más después de la ruptura diplomática con los “país de Eje” del 41, ya no se permitía hablar alemán ni crear colegios alemanes, se quemaban los libros alemanes y se prohibía que los alemanes trabajaran en cualquier emisora, entre otras medidas. Así vemos que el antisemitismo en Colombia se advierte obviamente en muchos aspectos. No tiene nada de extraño que Vásquez también escogiera este fenómeno como el ambiente social, histórico y ético idóneo en su mundo ficticio de *Los informantes*. Por ejemplo, el trágico suicidio del viejo Konrad, después de verse incluido en las Listas Negras, la quiebra del trabajo y la familia, y por último la pérdida del derecho a relajarse y disfrutar con la música (mediante la emisora). Hans Ungar, es una de las víctimas más directas de las prohibiciones con las que López de Mesa quiere evitar la llegada masiva de judíos a Colombia. Una circunstancia que ocasiona la muerte de sus padres en un campo de concentración alemana debido a la imposibilidad de conseguir para ellos la visa colombiana. De esta manera, los Guterman entienden que la

nueva vida en Colombia no va a ser más fácil que la de antes cuando se encuentran con la primera señal:

“Apenas unos meses antes, una compañía bogotana de taxis había contratado como choferes a siete refugiados judíos; los taxistas de Bogotá habían organizado una elaborada campaña en su contra, y por todas partes, en las vitrinas de las tiendas del centro, en las ventanas de los taxis y de algún tranvía, podían verse pancartas con la leyenda APOYAMOS A LOS CHOFERES EN SU CAMPAÑA ANTIPOLACOS.” (38)

El tercer factor se trata de las Listas Negras, cuyo nombre concreto es la Lista Proclamada de Ciudadanos Bloqueados (Friedman 168), que fue redactada por Colombia y Estados Unidos y que se dirigía a personas:

“Que actúan o han actuado [...] en beneficio, directa o indirectamente [...] en presentación o en colaboración con Alemania o Italia [...] personas para quienes [...] la exportación directa o indirecta de cualquier artículo desde Estados Unidos se estime perjudicial para la defensa nacional.” (Cfr. en Friedman, 168)

En tal situación, la primera Lista Negra en Colombia apareció en la prensa capitalina del día 18 de julio de 1941, en la cual hubo una larga lista de más de 200 nombres de empresas y personas, casi todos alemanes, residentes en el país. Como consecuencia, desde la perspectiva oficial, pareciera que se hacía una diferencia entre los alemanes que tienen o han tenido un vínculo con los países de Eje y los alemanes que no lo han tenido, o mejor dicho, entre los alemanes “malos” y los “buenos”. Por supuesto, los “buenos” no tienen problemas, y casi ni se habla de ellos. Pero sobre los “malos” recae todo el peso de la ley, aparecen públicamente en las Listas Negras y se les aplica una serie de decretos y prohibiciones, a lo largo de los años, para limitar su libertad de



movimiento, residencia, trabajo, asociación, expresión y posesión. Obviamente aquí se plantea una pregunta de fondo que es: ¿quién define y por qué razones, quienes son los “buenos” y quienes los “malos”, tales como los nazis, quintacolumnistas, enemigos del régimen, peligro y amenaza para la seguridad del país e incluso del hemisferio? ¿Hay excepciones de tipo personal e individual a la interpretación y a la aplicación de los ordenamientos escritos? Sobre estos temas ha reflexionado Vásquez en *Los informantes*. Un ejemplo se encuentra en una carta imaginaria del narrador, en la que Margarita, mujer del viejo Konrad, hace una declaración contra la noticia ofrecida por su informante:

“Y sobre todo: que nunca, nunca jamás, ha tenido simpatías por el Reich, por el Fuher ni por sus ideas, que está convencido de que la guerra habrá de ser ganada por los aliados, que admira y respeta los esfuerzos del presidente Roosevelt por proteger la democracia mundial. Así que la inclusión de su marido (o de su hijo, o de su hermano) en la lista es completamente injusta, una aberración consecuencia de su nacionalidad y de su apellido, pero no de sus actos ni de sus ideas, porque además su marido o su hijo o su hermano nunca ha participado en política, esos asuntos nunca le han interesado, y lo único que quiere es que termine la guerra para poder seguir viviendo en paz en este país que ama como si fuera suyo, etcétera, etcétera, un largo etcétera. Todo eso diría esa carta, siempre era lo mismo, si alguien se hubiera avisado le habría quedado fácil hacerse rico vendiendo modelos impresos. Un alegato de colombianismos, o de colombianofilia, como le quieras decir. [...] Y al mismo tiempo, por palancas o por lo que fuera, había propagandistas del Reich que lograban salir de la lista con disculpas públicas de parte del gobierno y además con ramos de flores.” (160)

Y más que esta injusticia que sufre el viejo Konrad, aquí también hay una paradoja bastante irónica: un hombre que sale huyendo de Hitler, y pocos años después se ve despojado de su ciudadanía alemana por las leyes nacionalsocialistas, llega a su país de destino, Colombia, para ser perseguido precisamente por tener la nacionalidad de origen. Según el autor de *Los*

*informantes*, esta paradoja justamente es “el área gris, el área moral, intelectual y emocionalmente compleja” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010). Por otro lado, en Colombia realmente se fundó el Partido Nazi en Barranquilla. Los periodistas Silvia Galvis y Alberto Donadio encontraron asombrosas fotografías de esvásticas, banderas alemanas y brazos levantados en medio de la costa Caribe, eso probaba que la reacción del gobierno no era paranoica y por tanto había un motivo de preocupación; pero por otro lado, también muchos alemanes inocentes fueron incluidos en Las Listas Negras por error y experimentaron un trato injusto, todo lo cual lleva a Vásquez hacer preguntas como: ¿cómo era posible que eso hubiera sucedido en mi país? ¿Cómo eso “se reflejaba en la vida privada?

Para terminar, quiero decir que por un lado, este horroroso ambiente social que he analizado arriba y las temibles medidas políticas adaptadas en los años cuarenta del siglo XX en Colombia amenazan la construcción de la moralidad tanto de los colombianos como de los inmigrantes, sobre todo, de los judíos alemanes que huyeron de Alemania durante la Segunda Guerra Mundial. Más concretamente, bajo tal ambiente externo, todo el mundo experimenta una prueba de moralidad frente al miedo, el deseo, la angustia frente a la opción, y el arrepentimiento, que son emociones íntimamente internas. Por otro lado, el narrador que investiga esta historia violenta, oscura y conflictiva se hunde en sus propios y nuevos conflictos interiores y morales, tales como el conflicto entre el olvido y la memoria, y entre lo público y lo privado. Justamente como recuerda el teórico literario brasileño Antonio Cândido: “lo externo, importa, no como causa, ni como significado, sino como elemento que desempeña un cierto papel

en la constitución de la estructura, tornándose, por tanto, interno” (Candido 26). A continuación, en la siguiente sección, vamos a analizar las ambivalencias morales concentrándonos en tres personajes: Gabriel Santoro hijo: el “yo” narrativo, Gabriel Santoro padre y Sara Guterman.

#### **4.2: El análisis moral del “yo” narrativo.**

El narrador de *Los informantes* utiliza generalmente la primera persona. A través del “yo” narrativo, Gabriel Santoro hijo, periodista, de 27 años. Por un lado, es una persona bastante huraña, incapaz de tomar contacto y mantener un interés continuado por los demás, por lo cual siempre mantiene una distancia prudente con los otros, pero suficiente para cumplir sus necesidades en el trabajo, por ejemplo, recoger información y realizar entrevistas. Sobre este carácter, él mismo ha creado una metáfora: la del aluvión: “me voy quedando solo” después de “el lento e imperceptible retiro de las aguas” (282). Mientras tanto, por otro lado, es una persona que se interesa por las vidas ajenas y confiesa que “me gusta examinarlas a mis anchas” a pesar de que con esto es muy probable violar “varios principios de la discreción, de la confianza y de las buenas maneras” (222). Mediante estas descripciones, nos representa el autor a una persona con una imagen bastante contradictoria: le cuesta mantener relaciones cercanas con la gente en la vida real, mientras que le encanta explorar las vidas ajenas hasta el fondo en su papel como periodista. Justamente este carácter particular es la causa que le mueve a convertirse en el autor de dos libros: *Una vida en el exilio* y *Los informantes*, que son dos intentos para aproximarse no sólo a la vida de la alemana familia Guterman como inmigrantes en Colombia, sino también a las secuelas de la Segunda Guerra Mundial en

Colombia, lo cual más adelante le deja enfrentarse a muchas contradicciones morales, tanto consigo mismo como con las personas relacionadas con este libro.

Según analiza Vervaeke en su estudio, en la novela hay dos preocupaciones, particularmente palpables, que rodean a Juan Gabriel Vásquez de una manera paralela e inseparable: “por un lado, el afán de descubrir y comprender una serie de hechos pasados y, por el otro, la búsqueda de la manera adecuada para trasladar al papel dicha indagación” (Vervaeke, 2012). Estas dos preocupaciones de nuestro autor se reflejan, de una forma directa y transparente, en el proceso de investigar y escribir nuestro “yo” narrativo. Durante este proceso, Santoro, el narrador, por un lado, existe como conciencia moral del relato, paranoico por los cambios que el contrato con el “Mal” ha producido en él. Lo cual hace que la novela entera parezca una aventura espiritual del “yo”, cuyo objetivo es el viejo y nunca agotado “conócete a ti mismo” (Vásquez, 2009: 49). Mientras que, por otro lado, también sirve como portador de ideologías literarias de Vásquez, o mejor dicho, existe como espejo del autor o el “segundo ego” del autor<sup>60</sup> para suministrarnos una reflexión tensa y personal sobre el arte de narrar historias como tantas grandes ficciones, desde el *Quijote* hasta *Patrimonio* de Philip Roth: ¿Por qué y cómo escribe? Además, ¿cómo da a conocer las historias escritas de una forma adecuada? Para ello, creo necesario estudiar las siguientes confusiones morales del “yo” narrativo que se encuentran

---

<sup>60</sup> En la conferencia inaugural de Katherine Tillotson en la Universidad de Londres publicada con el título *The Tale and the Teller*, Londres, 1959. “Al escribir sobre George Eliot en 1877, Dowden dijo que lo que más persiste en la mente después de leer sus novelas no es ninguno de sus personajes sino ‘uno que, si bien no es realmente George Eliot, es el segundo ego que escribe sus libros, y que vive y habla a través de ellos’. El ‘segundo ego’ prosigue, es ‘más sustancial que cualquier simple personalidad humana y tiene ‘menos reservas’ mientras que tras él esconde satisfecho el verdadero ego histórico protegido de la impertinente observación y de la crítica” (Booth, 1978: 67).

en su proceso de narrar la historia: 1) Literatura como organización: “entropía” vs “libro”: “desorden” vs “orden”; 2) Literatura como deliberación: la perplejidad moral entre lo público y lo privado; 3) Literatura como comunicación: el conflicto moral entre el olvido y la memoria.

#### **4.2.1: *Literatura y orden.***

Una causa más directa entre las razones que admite el narrador sobre por qué escribe la vida de Sara Guterman es:

“Que ciertas zonas de mi experiencia (en mi país, con mi gente, en este tiempo que me tocó en suerte) se me habían escapado, generalmente por estar mi atención ocupada en otras más banales, y quería evitar que eso siguiera sucediendo. [...] y pensar en el pasado, obligar a alguien a recordarlo, era una manera de hacerlo, un pulso librado contra la entropía, un intento de que el desorden del mundo, cuyo único destino es siempre un desorden más intenso, fuera detenido, puesto en grilletes, por una vez derrotado.” (34)

Es cierto que la vida real fluye y no se detiene, es inconmensurable, un caos en el que cada historia se mezcla con todas las historias y por lo mismo no empieza ni termina jamás. Entonces es difícil percibirla. Mientras que la vida en la crónica o la novela es un simulacro en el que aquel vertiginoso desorden se vuelve orden: organización, causa y efecto, principio y fin. ¿Pero cuál es la clave que concede la cohesión a la organización, da sentido a la causa y al efecto, y vincula el principio con el fin? La respuesta consiste en cómo se diseña el sistema temporal en la vida trasladada en el papel. En el comienzo de la novela, estas palabras de Santoro hijo: “pensar en el pasado, obligar a alguien a recordarlo” (34), nos han sugerido que la novela que está en nuestras manos es una novela “sobre el pasado” (Rita Maeseneer y Jasper Vervaeke, 2010). En opinión de

Gérard Genette, existen cuatro posiciones temporales de la narración respecto a los acontecimientos del relato: ulterior, anterior, simultánea e intercalada.<sup>61</sup> En *Los informantes* se aplica una mezcla entre estas tres posiciones temporales de narración: ulterior, simultánea e intercalada. Se usa la posición ulterior como el método principal para narrar la historia en el pasado; mientras tanto como método secundario se usa tanto la simultánea para el monólogo interior de los personajes como la intercalada para narrar la historia en distintas instancias. Eso tiene como consecuencia el hecho de producir saltos temporales en los cuales todas las historias y los distintos tiempos se revelan, conforme avanza el libro, íntimamente ligados, de modo que, sin uno de ellos, no se entendería el resto.

Si tomamos el tiempo del primer capítulo de la novela, “La vida insuficiente”, como ejemplo: el tiempo retrocede desde 1991 hasta 1988, luego retrocede más aún hacia los años treinta y los cuarenta, y por último vuelve al

---

<sup>61</sup> Gérard Genette: Figura III, cap. 5. En teoría 17, escribe: “según el punto de vista de la posición temporal del narrador respecto a los acontecimientos que relata existen cuatro tipos de narración: 1. Ulterior: posición clásica del relato en el pasado. El empleo de un tiempo de pasado basta para designarla como tal, sin por ello indicar la distancia temporal que separa el momento de la narración del momento de la historia. No es extraño que aparezca una relativa contemporaneidad de la acción (que se revela por la utilización del presente) en el inicio o, con más frecuencia, en el final de una novela. Contrariamente a la narración simultánea o intercalada, que viven de su duración y de las relaciones entre esa duración y la de la historia, la narración ulterior vive de esa paradoja: tiene a la vez una situación temporal (con relación a la historia pasada) y una esencia intemporal, ya que carece de duración propia; 2. Anterior: relato predictivo localizado en el futuro pero que nada impide conducir al presente. Se da casi exclusivamente en el relato de segundo nivel donde es predictivo con relación a su instancia narrativa inmediata pero no con relación a la instancia última; 3. Simultánea: relato en el presente contemporáneo de la acción. Parece como si el empleo del presente, al aproximar las instancias, rompiera su equilibrio y permitiese al conjunto del relato, según el más ligero desplazamiento de la insistencia, inclinarse bien del lado de la historia (primeras novelas de Robbe-Grillet) bien del lado de la narración, es decir, del discurso (monólogo interior); 4. Intercalada: entre los momentos de la acción. Se trata de una narración en varias instancias. La estrechísima proximidad entre historia y narración produce, la mayoría de las veces, un efecto muy sutil de roce entre el ligero desfase temporal del relato de acontecimientos y la simultaneidad absoluta de la exposición de los pensamientos y los sentimientos (mezcla de cuasi-monólogo interior y relato a posteriori). Aquí la focalización en el narrador es a la vez focalización sobre el protagonista” (Genette, 1989).

año 1991. Desde el punto de vista de la posición ulterior, la historia comienza en 1991 y nos narra el encuentro de Santoro padre y Santoro hijo debido a una llamada inesperada del padre al hijo. El encuentro se produce porque el padre avisa al hijo de su enfermedad y la necesidad de una inmediata operación cardíaca. Pero antes de saber eso, las posibles conversaciones que van a ocurrir en dicho encuentro le hacen al hijo recordar el año 1988. Año en el que Santoro padre hizo su famoso recurso y Santoro hijo publicó su primer libro, *Una vida en el exilio*, y lo que ocurrió en relación con dicho libro: desde la búsqueda de sus fuentes hasta las reacciones anormales de Santoro padre. Sin embargo, la forma de retroceder en el tiempo no sólo se realiza en el recuerdo lineal del narrador, sino también mediante un recuerdo bifurcado para llegar hacia dos universos temporales. Primero, mediante una entrevista entre el narrador y Sara Guterman en 1988, el narrador nos lleva hacia los últimos años, es decir, finales de los treinta del siglo XX, antes de la huida de Alemania de la familia Guterman; y, segundo, mediante el primer capítulo de *Una vida en el exilio* (1988), nos presenta la vida de la familia Guterman en los años cuarenta cuando llegaron a su país de destino: Colombia. Al terminar de leer este capítulo, de pronto, la voz del doctor Raskovsku - “Ah, Santoro” - interrumpe el tiempo de los años cuarenta, así el narrador vuelve a hablar de la operación de su padre en 1991 y la supervivencia de éste. Esta posición intercalada del tiempo nos da la sensación de que, aunque los tiempos saltan entre los años 1991, 1988 y los años treinta y cuarenta del siglo XX, la publicación del libro, la vida de la familia Guterman antes de salir de Alemania y la llegada a Colombia parecen ocurrir en el mismo tiempo, simultáneamente, justamente en ese intervalo temporal en el que Santoro padre entra en la sala de operaciones y sale de ella.

Es así como el tiempo en toda la novela, al igual que el tiempo del primer capítulo, avanza mientras aparecen algunos flashbacks con el fin de mostrarnos los distintos destinos de cada personaje en relación con sus propios valores. Conforme al desarrollo del tiempo, Santoro padre muere seis meses más tarde de su convalecencia de la operación en un accidente de carretera; Sara envejece y muere por una enfermedad crónica; Enrique vive alejándose de todo lo que ocurrió en los años cuarenta y, al final, en cierto sentido, logra reconciliarse con Santoro padre; Angelita denuncia a Santoro padre y acaba alejándose poco a poco de la vida de la familia Santoro; y Santoro hijo publica su segundo libro: *Los informantes* en el cual nos presenta todo lo relacionado con el secreto del padre, o mejor dicho la otra cara de su padre, fundida en el temible y oscuro contexto histórico de la época de las Listas Negras en los años cuarenta colombianos.

Sin embargo, durante el intervalo entre la publicación de su primer libro y la de su segundo libro, en vez de controlar el caos y adquirir un orden, que es la finalidad original de su acto de escribir, nuestro “yo” narrador se da cuenta de que ha caído en un desorden más profundo, una avalancha entrópica, porque “una vez que empiezan a salir los secretos, la infidelidad de hace veinte años, la mentira blanca- sí, como una bola de nieve- ya no hay quien los pare” (222). Primero, en la larga entrevista con Sara Guterman, Sara se convierte en la primera “informante” ofreciéndole a nuestro narrador numerosas fuentes sobre la vida de los alemanes judíos antes y después de inmigrar a Colombia. Aunque no aparece su nombre, Santoro padre - protagonista en la vida personal de la entrevista y en la convulsa época de las Listas Negras-, se siente aludido después



de leer la publicación de *Una vida en el exilio*. Una situación que luego desemboca en un gran debate entre el padre y el hijo, uno de los conflictos más tensos de la novela: el olvido y la memoria. Pero, debido al silencio persistente del padre y la simulación precisa de Sara, este conflicto psicológico entre el padre y el hijo mantiene una tensión sin solución, hasta la llegada de la segunda informante: Angelina Franco, amante de Santoro padre. Es ella quien acusa, públicamente, al padre muerto de traidor contando cómo traicionó, cuando era joven, a la familia Deresser. Así, después de aparecer un informante, en seguida los otros informantes aparecen de uno en uno. Como consecuencia, nuestro narrador que tiene como meta el descubrir y comprender una serie de hechos pasados, se enfrenta a unos complicados procesos tanto históricos como personales, que se llenan de numerosos detalles, a veces incluso totalmente contradictorios. Esto ha convertido su sencilla intención de recordar una historia pasada y de ponerla en orden sobre el papel en un deseo inminente de descubrir un secreto que ha sido escondido cautelosamente durante años por su padre. Pero el proceso de investigación y la búsqueda de la verdad histórica, ha sido bastante difícil por los datos confusos, y el resultado de dicha investigación y búsqueda le produce una gran desestabilización psicológica y un gran dolor, hasta que inevitablemente ese caos interior desemboca en la paranoia:

“Me pregunté si habría perdido para siempre la confianza en los demás; si haberme enterado de la traición de mi padre y, para colmo de males, haber escrito y publicado la confesión de trescientas páginas que acabé por escribir y publicar, me habían transformando en eso: un paranoico, un suspicaz, un receloso; una criatura lamentable y patético [...] ¿Estaba condenado? ¿Me había contaminado la doble faz de mi padre al punto de obligarme para siempre a sospechar dobleces en el resto de la humanidad? ¿O me había contaminado el hecho de contarla por escrito?” (271-72)

Según se explica en el estudio de Vervaeke Jasper, la entropía es un término que proviene de la termodinámica: “la entropía se refiere a las probabilidades estadísticas de varias distribuciones moleculares en un sistema termodinámico [...] Cualquier cambio espontáneo en el sistema estará en la dirección del incremento de la entropía, de aumentar la aleatoriedad y la desorganización” (Zamora 53-54). Sin embargo, el uso que Vásquez hace del concepto responde a lo sugerido en la cita anterior: “resumir en la idea de que a los procesos históricos e informativos los caracteriza una inevitable inclinación al caos” (Vervaeke, 2012: 31). Por lo cual lo que le pasa a nuestro narrador, de una manera más simplificada, se puede explicar por el concepto de entropía adoptado a la teoría de la información, donde adquiere el significado de “grado de incertidumbre existente ante un conjunto de mensajes” (Zamora 32). Según explica Zamora la entropía va aumentando de la siguiente manera: “mensaje, que al igual que otras formas de organización, puede ser concebido como una tendencia hacia el desorden en un mundo donde hay una baja probabilidad del orden termodinámico” (Zamora 65).

¿Pero, esta paranoia que lleva el “yo” narrativo ha resultado un fracaso en su lucha contra la entropía y su debate en contra de la confusión y el desorden de la vida? Desde mi perspectiva, la respuesta es no. En este mundo “hay una baja probabilidad del orden termodinámico”, como señala Zamora. En el caso de *Los informantes*, se refiere a un mundo dominado por el olvido, las mentiras, los engaños y, aún más, el silencio intencionado de ciertos personajes. Pero el hecho de que Vásquez proponga a Santoro hijo como autor de la novela que estamos leyendo, de alguna manera, contribuye a contraatacar el discurso dominante de

caos histórico e informativo. Santoro narrador nos cuenta cómo se asfixia bajo el alud de testimonios pero, simultáneamente, muestra que finalmente logra estructurar la información entrópica: explorar la memoria polvorienta sobre el pasado como si gradualmente abriera las cajas chinas, eliminar las yerbas desordenadas mal crecidas y dispersar las nieblas confusas para aproximarse a la verdad histórica. A pesar de que Vásquez no nos aporta ninguna certeza histórica, ningún juicio final, no podemos negar, a través de la ingeniosa estructura de la novela misma, que el relato que tenemos en nuestras manos es coherente, cautivador, y nos dirige hacia una realidad con orden. Mientras tanto nos abre una puerta que nos permite asomarnos a ver el aspecto sociológico, político, histórico y ético de los años cuarenta en Colombia. Esta época ya poco conocida y casi olvidada tanto en la memoria social como en las bibliografías oficiales. Como consecuencia, nos concede una oportunidad para observar esta oscura historia estando en una distancia más o menos cercana. Esto es precisamente el reflejo de una de las teorías éticas de la narrativa que declara nuestro escritor en “Diálogo de la Lengua”: “creo que las novelas sirven para ciertas cosas puntuales, y una de ellas es iluminar las zonas de nuestra memoria reciente que permanecen oscuras” (Vásquez, *Quórum*: 108) y coincide con que dice William Faulkner al reflexionar sobre la función de la literatura: “la literatura es como un fósforo que uno enciende en un campo oscuro” (Cfr. en Vervaeke, 2013: 213).

#### **4.2.2: *Literatura como deliberación.***

“Soy sucesor” (95). Así dice el “yo” narrativo. Lo podemos ver desde dos perspectivas. Primera, él es “sucesor” de traición. Segunda, es “sucesor” de error. Antes que nada, como su padre, también es un traidor. Mientras que el narrador nos cuenta su afán de “darle forma a la vida de los demás, robar lo que les ha pasado” (32), también nos confiesa la curiosidad que ha sentido siempre por los entrevistados, lo cual le lleva a “violar secretos, a contar cosas que me habían confiado, a interesarme en los demás como un amigo cuando en el fondo los estoy entrevistando como un vulgar reportero. Pero nunca he sabido donde termina la amistad y empieza el reportaje” (33).

Esta complejidad de Gabriel Santoro hijo que no sabe “donde termina la amistad y empieza el reportaje”, le hace confundir el límite entre lo privado y lo público y le dirige a traicionar la confianza de los demás. A mi parecer nuestro narrador ha llegado a la traición, al menos, que sepamos, dos veces: primero a Sara, por la publicación de una carta, escrita por Santoro padre, en la cual éste le comunica a Sara que nunca saldrá de Colombia; segundo, es la traición a Enrique Derreser, a través de la publicación de la carta de proclamación de Margarita, y unas cartas íntimamente personales entre el padre y el hijo, el esposo y la mujer. Aunque Enrique le ha pedido claramente: “si fueran públicas, algo se perdería, Gabriel, algo muy grande se perdería para mí”, y aunque el “yo” narrador parece estar de acuerdo con esta opinión, sin embargo, al final las publica y confiesa que “tan pronto como leí la primera carta supe que acabaría por traicionar esa confianza, y al llegar a la mitad de la segunda me puse en la tarea de traicionarla” (321).

Según dice Arthur Schopenhauer en *Los dos problemas fundamentales de la ética*:

“sólo hay tres móviles fundamentales de las acciones humanas y sólo mediante la excitación de los mismos actúan todos los posibles motivos. Son: a. Egoísmo, que quiere el propio placer (es limitado); b. Maldad, que quiere el dolor ajeno (llega hasta la crueldad más manifiesta); c. Compasión, que quiere el placer ajeno (llega hasta la nobleza y la magnanimidad).” (Schopenhauer, 1993: 210)

También explica Schopenhauer: “el egoísta es colosal: domina el mundo” (1993: 197), pero “tanto en el hombre como en el animal, está estrechamente vinculado con su núcleo y esencia más íntimo y hasta es idéntico a ellos” (196). En el caso del “yo” narrativo, el alto y exclusivo interés que él se toma por su propio yo, acaba por adoptar una actitud indiferente frente a la voluntad de Sara y Enrique. Desde mi punto de vista, estas dos traiciones de nuestro narrador, por un lado, parecen razonables, porque están impulsadas por la gran voluntad contra “la entropía de la vida”, que puede considerarse como su esencia de existencia, de ser un periodista, mientras que por el otro, se perciben en exceso egoístas y hasta que merecen ser reprobadas en el sentido moral. En el mundo ficticio de Vásquez, muchos ven lo que ha hecho el “yo” narrativo con una actitud negativa. En una reseña de *Los informantes*, se le acusa de “una mezcla deplorable de narcisismo y exhibicionismo” (272) por haber transformado lo privado en público. Un amigo suyo también le echa en cara con franqueza, cómo siente su traición y desconfianza:

“Usted tiene todo el derecho, Gabriel. Tiene todo el derecho de contar lo que quiera. Pero yo me sentí raro, como si hubiera entrado a su cuarto y lo hubiera visto tirando con alguien. Sin querer, por accidente. Leyendo el libro me sentí avergonzado, y

no había hecho nada que debiera darme vergüenza. Usted lo obliga a uno a saber cosas que tal vez uno no quiere saber. [...] ¿Por qué esas ganas de hablar en público de lo que es privado? ¿No se le ha ocurrido que con este libro usted hizo lo mismo que hizo la novia de su papá, sólo que más elegante?” (272-73)

Frente a tales críticas, nuestro “yo” narrativo comienza a reflexionar: ¿Acaso he hecho algún mal? Por un lado, él admite la crueldad de su actuación porque se origina en satisfacer su egoísmo aprovechándose del secreto, la cicatriz, y el dolor de los demás, e incluso en algún sentido, llega a pervertirse, ya que estamos en una época de “mirones y metiches, de chismosos, de indiscretos” (272), en la cual la gente suele divertirse con el dolor y la desgracia de los demás. Por otro lado, como Afirma Javier Marías en *Tu rostro mañana*: “nunca hay repugnancia enteramente sincera hacia uno mismo, eso es lo que nos permite hacer todo, según nos vamos acostumbrando a las ideas que nos surgen” (Cfr. en Vázquez, *El Malpensante*: 2010). Asimismo, nuestro “yo” narrador también intenta razonar plausiblemente su conducta. La encuentra y luego declara que lo que le interesa dejar por escrito y publicado son:

“Las razones por las que un hombre que se ha equivocado de joven intenta de viejo subsanar su error, y las consecuencias que este intento puede tener en él mismo y en los que lo rodean: sobre todo, por encima de todo, las consecuencias que tuvo en mí, su hijo, la única persona en el mundo susceptible de heredar sus faltas, pero también su redención.” (261)

Circunstancia que se debe a su identidad de escritor “sucesor”. En primer lugar, es un periodista, es decir, un tipo de escritor. Un tipo de persona que crea historias y personajes persiguiendo la desgracia y la enfermedad ajenas tanto físicas como metafísicas de los demás. Por lo tanto, la escritura sobre “el

corazón enfermo”<sup>62</sup> de su padre, en esencia, sólo es una presentación de su existencia como escritor. El mismo Vásquez en una entrevista concedida a otro autor colombiano R.H. Moreno Durán, admitió por primera vez: “el escritor, el novelista, sobre todo, es un parásito” (Durán, *piedepágina*: 2014), y reveló en otra entrevista, de una manera más elocuente, que “él se alimenta de las cosas malas que les pasan a otras personas y a sí mismo, con una sorprendente falta de culpa. Todo es material para la ficción; no tengo reparos sobre esto. Me gusta la idea de que Dostoievski tomó la inscripción en la tumba de su madre y la utilizó en uno de sus más encantadores personajes” (Vásquez, *Bomb*: 2010). En segundo lugar, la causa de convertir lo privado en público es, indudablemente, razonable e incluso nadie tiene más derecho que él de hacer lo que ha hecho. La razón se encuentra en que él es hijo de Santoro, ese hombre que falsea la memoria del pasado para ocultar los errores. Sí, él es “sucesor” de su padre. Sin embargo, no es un heredero de la cobardía, sino un “sucesor” valiente de los errores cometidos por su padre. Desde la antigüedad, se acumulan los refranes como éste: uno paga por lo que han hecho sus mayores. Por lo tanto, bajo el punto de vista del “yo” narrativo, el publicar lo privado no es para exhibirlo, sino para evitar que los errores ya cometidos sean olvidados, heredar los errores y asumir la responsabilidad de subsanarlos y no cometerlos de nuevo. En este sentido, ¿lo que hizo el narrador no parece un poco encomiable?

---

<sup>62</sup> Aquí, “el corazón enfermo” viene de una frase de Vásquez: “Cerré el cuaderno, como si me supiera este libro de memoria, y empecé a escribir sobre el corazón enfermo de mi padre.” (261) Para mí, el “corazón enfermo” tiene doble significados: por un lado, se refiere a la enfermedad cardíaca de su padre en el comienzo de la novela; por el otro, se refiere a las enfermedades metafísicas de su padre, incluidas tanto las traiciones hechas como las mentiras dichas.

A través de este conflicto moral entre lo “publicado” y lo privado del “yo” narrativo, Vásquez nos ha descrito la complejidad de la naturaleza humana cuando uno se enfrenta a algo que pertenece a la zona gris de ella misma, que no se puede definir como bien ni como mal en su totalidad. Conforme a lo que preceptúa en el artículo 19.2 del Pacto Internacional de Derechos Civiles y políticos:

“Toda persona tiene derecho a la libertad de expresión; este derecho comprende la libertad de buscar, recibir y difundir información e ideas de toda índole, sin consideración de fronteras, ya sea oralmente, por escrito o en forma impresa o artística, o por cualquier otro procedimiento de su elección” (Fernández Rodríguez y José Julio 35).

Sin embargo, la justicia y el derecho no son la misma cosa. Aunque no se viole la ley, esto no supone que no se viole la justicia. El narrador Santoro lo entiende. A mi juicio, la causa de que nuestro “yo” narrativo sea tan dudoso frente a su conducta, es porque vacila entre sus opciones: si ha tomado partido por la justicia o por la moral. Al final de la novela, en cuanto a la cuestión de que si nuestro “yo” narrativo, ciertamente, ha hecho mal o no, Vásquez no nos contesta, sino que nos ofrece lecciones inconclusas. La duda queda pendiente en la novela. Lo cual nos muestra que él defiende definitivamente la posición literaria que él mismo elige como regla: “las grandes novelas nunca han dado repuestas: se han limitado a hacernos las preguntas más inteligentes o más interesantes que puedan encontrar” (Vásquez, 2009: 46). Sin embargo, nosotros, los lectores, no terminamos ahí, sino que deliberamos junto al “yo” narrativo, preguntándonos: Si fuéramos nosotros, ¿qué haríamos? Esta deliberación que nos trae la literatura conecta con la ética de la ficción: nos impone llegar a



considerar en primera persona los debates morales que aparecen en la ficción e intentar comprenderlos desde un punto de vista más humano. Lo que se manifiesta en la opinión de Silvana Paternostro para quien *Los Informantes* “nos pone de relieve como hay dos formas de abordar cada historia, la ambigua naturaleza de la verdad y la necesidad de conocer ambos lados para que ocurra la reconciliación” (Paternostro, 2010).

#### **4.2.3: Literatura como comunicación.**

La experiencia del dolor marca a todos los que han experimentado la época de Las Listas Negras. Hay algunos que deciden hablar de ello, como hace Sara Guterman frente a nuestro “yo” narrativo: “Sara me habló, sin parábolas ni rodeos, como si hubiera esperado toda la vida para contar estas cosas” (28); otros prefieren callarse, como Enrique Deresser, quien desaparece y se retira desempeñando el papel de la víctima de la traición de “mi padre”. Y hay otros que prefieren ocultar el pasado y mentir, por ejemplo, Santoro padre, para quien el deseo de evitar mencionar el pasado es tan poderoso que prefiere tratar con los ancestros, tales como Cicerón y Heródoto. Todos lo hacen por diferentes motivos. Sin embargo, todos los protagonistas temen a los recuerdos y al sufrimiento que nunca desaparece. Sobre todo, hay un factor que contribuye a aumentar la dificultad para evitar este sufrimiento: el tabú en la comunicación. A continuación, explico este tabú partiendo de las dos perspectivas siguientes: primero, la falta de comunicación entre los protagonistas de la tragedia y su segunda generación; segundo, la incomunicación entre el victimario y la víctima.

A) Primero, la segunda generación en *Los informantes* es representada por el “yo” narrativo y el hijo de Enrique Deresser. Los dos viven en un mundo casi paralelo al mundo de sus padres, este mundo que llena sus recuerdos de mal, de sufrimiento y daño. El “yo” narrativo ha crecido hasta cierta edad sin conocer las mentiras y el pasado distorsionado por el sufrimiento o por la vergüenza de su padre. El hijo de Enrique Deresser, debido al silencio intencionado de su padre, se mantiene lejos de la tragedia que tuvo lugar en el pasado de la generación anterior. Por consiguiente, la comunicación entre las dos generaciones queda interrumpida, y algo así como un tabú rodea a los protagonistas de la tragedia. Todo el mundo vive en “el silencio”. Sin embargo, la publicación de *Una vida en el exilio* de Santoro narrador, llega como si fuera una bomba sin aviso y rompe este silencio e incomunicación mantenida durante casi medio siglo. Más tarde, una discusión sobre el recuerdo y el olvido estalla entre el “yo” narrativo y “mi padre”:

“La memoria no es pública, Gabriel. Es lo que ni tú ni Sara han entendido. Ustedes han hecho públicas cosas que muchos queríamos olvidadas. Ustedes han recordado cosas que a muchos nos costó mucho tiempo perder de vista [...] Y los que habían hecho las paces con ese pasado, los que a punta de rezar o de fingir habían llegado a cierta conciliación, ahora están otra vez al comienzo de la carrera.” (74)

¿Quién desea recordar? Para Santoro padre, las Listas Negras, la traición, la venganza, las mentiras forman parte de un pasado abrumador. El sufrimiento relacionado con este pasado le ha torturado durante toda la vida. Por ende, la reacción de no querer recordar es perfectamente comprensible. Para poder continuar hay que elegir: la memoria o la vida. Sin embargo, eso no es para siempre. Cuando las contradicciones de los padres se acumulan poco a poco

hasta llenar el espacio en blanco entre la brecha de la comunicación de las dos generaciones, tal vez llega el momento para que la generación segunda rompa la pared de la incomunicación entre el pasado y el presente. Tal como, sucede en la novela, a medida que salen más informantes sobre la historia de “mi padre”, más contradicciones de su vida aparecen ante los ojos del “yo” narrativo. Se entera de que su padre, casi durante medio siglo ha interpretado un papel parecido al de los “Amautas” incas<sup>63</sup>. Éste corrige su pasado y rehace la memoria oficial de su vida, con el fin de convertir la ficción en la historia. Como consecuencia, frente al hecho de que Santoro padre se haya servido de su pasado, convirtiéndolo en ficción, para que contribuya a inmovilizar el presente, nuestro “yo” narrativo, al final, se encamina a “revisar recuerdos tratando de buscar las inconsistencias, las contradicciones, las francas mentiras con las que mi padre protegió- más bien, fingió que no existía- un hecho mínimo, una acción entre miles de su vida más llena de ideas que de acciones” (186). De manera que la comunicación entre las dos generaciones, movida por el afán de comprender el pasado y poner un orden sobre el papel, va convirtiéndose en la búsqueda de una verdad de la fisura del padre, de la verdad histórica de una época. Es decir, un proceso de interrogaciones, recuperar documentos e investigar de nuevo la historia, trágica o no, y extraer las consecuencias que se desprenden del pasado. Como en el relato de la escritora B. Jacobs en *Las hojas muertas*:

---

<sup>63</sup> En “La verdad de las mentiras”, Mario Vargas Llosa mencionó un hecho histórico sobre los Incas: cuando moría el Emperador, morían con él no sólo sus mujeres y concubinas sino también sus intelectuales, a quienes ellos llamaban Amautas, hombres sabios. Su sabiduría se aplicaba fundamentalmente a esta superchería: convertir la ficción en historia. El nuevo Inca asumía el poder con una flamante corte de Amautas cuya misión era rehacer la memoria oficial, corregir el pasado, modernizándolo se podría decir, de tal manera que todas las hazañas, conquistas, edificaciones, que se atribuían antes a su antecesor, fueran a partir de ese momento transferidas al curriculum vitae del nuevo Emperador. A sus predecesores poco a poco se los iba tragando el olvido. (Llosa, 1990: 17)

“Un día el menor de nosotros se animó y le preguntó a mamá si papá había perdido o ganado en la guerra en la que había pasado hambre y mamá tuvo que contarle la verdad, es decir parte de la verdad porque primero nuestro hermano preguntó de qué lado había luchado papá y mamá le dijo Del de los buenos, y luego a la hora de contestar si había perdido o ganado y mamá había tenido que decir Perdido, nuestro hermano había dicho cómo, si luchó del lado bueno.” (Jacobs 27)

B) Segundo, este conflicto entre el olvido y la memoria entre el padre y el hijo, o mejor dicho, este debate contra la incomunicación de dos generaciones, en esencia, también es el conflicto entre la ética profesional como escritor (mantener el recuerdo y buscar la verdad) y la ética como persona (en ocasiones saber dejar las cosas pasar y olvidarlas). Ha dicho Vargas Llosa que para casi todos los escritores, “la memoria es el punto de partida de la fantasía” (Llosa 13), sin embargo, nuestro “yo” narrativo - el “segundo ego” de Vásquez - nos ha guiado hacia un abismo de memoria en donde su fantasía nos propone una duda, y un tema sofisticado que acosa a muchos escritores en la vida real: ¿las atrocidades deben ser recordadas o no? Precisamente esto se discute en una entrevista entre Juan Gabriel Vásquez y el escritor español: Javier Marías. Cuando nuestro escritor colombiano le preguntó: “siempre te ha preocupado mucho el asunto de si las cosas deben ser recordadas o no”, el escritor español respondió:

“Hay en otro libro mío esa frase que dice que tal vez, haya historias que uno podía ahorrarle al mundo, o algo así. Yo mismo, cuando escribo, tengo a veces este conflicto moral [...] ¿Qué derecho tengo yo de metérselas en la cabeza a nadie más, estas cosas que a mí mismo me parecen desoladoras y horribles, aunque sea temporalmente? Esa especie de tensión, de contradicción entre lo que se le deja al mundo y lo que se le puede ahorrar al mundo, entre no causar el sufrimiento y no propiciar la impunidad de los verdugos, es la tensión de todo escritor. De todo el que cuenta.” (Cfr. en Vásquez, *El Malpensante*: 2010)

Ya hemos visto que para Javier Marías, hablar de atrocidades o no afecta directamente a la índole de su oficio. Pero, en el caso de nuestro “yo” narrativo, él no es, simplemente, un escritor parasitado en “el corazón enfermo” de su padre y en su transcendencia, y un escritor que dirige “la iluminación de la historia y, por supuesto, de sus mentiras” (Vásquez, 2009: 105) desde una perspectiva objetiva, sino que también él es una persona de carne y hueso, una persona normal que posee su sentimiento particular, sobre todo, es hijo de los “verdugos”. Por lo tanto, este conflicto privado, tan humano sobre si ha de recordar o no las atrocidades de su padre y “propiciar la impunidad de los verdugos”, le ha mantenido en un estado sin solución. Una situación que perdura hasta el día en el que Enrique Deresser le invita a venir a Medellín para hablar de la última visita de Santoro padre antes de la muerte de éste. A través de la conversación con Enrique, nuestro “yo” narrativo se entera de que al principio, él se niega a perdonar a Santoro padre cuando éste viene a visitarle y pedirle perdón y comenta su acto de pedir perdón como “farsa mediocre” (307). No obstante, después de leer *Los informantes*, Enrique cambia sus opiniones y considera lo que ha hecho Santoro padre como “el gran proyecto de su reconstrucción personal” (309). Aún más añade: “la vida va primero y el libro después” y “resulta que en los libros vemos las cosas importantes” (309).

“Ver”, es una palabra sencilla, pero podríamos decir que ha atinado en la raíz de la literatura, si recordamos lo que ha escrito Joseph Conrad, ídolo literario de Vásquez, en su prólogo de *El negro del <<Narcissus>>*: “la tarea que me propongo alcanzar, sin más armas que la palabra escrita, es que ustedes oigan, que sientan y, ante todo, que vean. Eso, y sólo eso, nada más” (Joseph,

2006: 28). Es decir, una tarea de la literatura consiste en hacer a los lectores ver, o mejor dicho, en realizar esta comunicación entre el autor y sus lectores. En el caso de *Los informantes*, lo que nos hace Vásquez ver no sólo es la historia de los Santoros y de lo ocurrido en la época de las Listas Negras, sino que también nos deja penetrar en el fondo moral y psicológico de los protagonistas. Sobre todo, para los Deresser, también siendo los lectores de *Los informantes*, logran poder oír, sentir y ver lo personal y lo privado: una señal de comunicación enviada desde el “verdugo”, una muestra de la actitud de pedir perdón y conciliación, de la cólera de reconocer los errores y del deseo de subsanarlos. En consecuencia, esta vez Enrique Deresser lo acepta, comienza a dejar pasar los recuerdos temibles de la tragedia, e igual que Santoro padre, que los ha cargado él también casi durante toda la vida, por primera vez sale del tiempo pasado y entra en el tiempo presente. Además el hecho de que Santoro hijo se enfrente a las atrocidades de su padre y deje que los demás las sepan también resulta ser no sólo una manera inesperada de descargar “la bomba armada” (304) durante años entre su padre y los Deresser, sino que también se convierte en la única forma de encontrar el punto de balance entre su ética profesional como escritor y su ética como persona, sobre todo de ser un hijo que asume como herencia los errores de su propio padre:

“No pude no pensar que mi presencia esa noche en casa de Enrique Deresser era una de las formas que la vida tiene de burlarse de la gente: la misma vida que le había negado a mi padre la única redención posible, y de paso me había negado a mí el derecho a heredar la redención, ahora había dispuesto que yo, el desheredado, fuera huésped por una noche de quien se había negado a redimirnos” (319).

Dijo María Zambrano una vez: “el proceso que convierte a un hombre en autor, es en realidad un retroceso, una destrucción, muy parecida a la que ha tenido lugar en el alma de los místicos” (Zambrano, 2012: 7). Asimismo, el caos interior - la paranoia-, la deliberación moral entre lo público y lo privado y además el conflicto moral entre el olvido y la memoria, también caen sobre nuestro “yo” narrativo como si fuera “un retroceso” o “una destrucción”, como comenta Zambrano. Lo cual le convierte en un autor que entiende que “los que recordamos, los que nos dedicamos a eso como forma de vida, estamos obligados a mantener el peso de la memoria, que nunca se queda quieta, igual que sucede cuando caminamos al lado de una persona más alta” (290). O sea, que entiende quien es él mismo y su deber precisamente consiste en recordar. Primero, aquí el conocimiento hacía uno mismo ya es un esfuerzo con valor, tal como dice Rafael Argullol: “conocerse no es un ejercicio solipsista sino, más bien, un vuelto hacia una indagación que implica el peligro y la fascinación de lo desconocido” (Argullol 21). En otra ocasión, también dice María Zambrano “descubrir el secreto y comunicarlo, son los dos acicates que mueven al escritor” (Zambrano, 1993: 34). Es decir que, aparte de recordar, otra tarea de los escritores consiste en comunicar, y denunciar. Recordar es un medio, descubrir lo que hay en el recuerdo y publicarlo es la meta final de un escritor. Porque según María Zambrano, “lo que se publica es para algo, para que alguien, uno o muchos, al saberlo, vivan sabiéndolo, para que vivan de otro modo después de haberlo sabido; para librar a alguien de la cárcel de la mentira, o de las nieblas del tedio, que es la mentira vital” (1993: 36). Y esto justamente es lo que ha logrado conseguir el “yo” narrativo: librar al público de la cárcel de la falsa fisura creada por su padre y librar a los Deresser del tedio y el rencor que se ha

guardado durante años. Por lo tanto, desde esta perspectiva, sea lo que fuere, lo que dicen los otros lectores de *Los informantes* en la novela y las etiquetas de “narcisismo” o “exhibicionismo” (272) son falaces, puesto que sólo este acto de comunicar ya consiste en un acto moral.

Para terminar, como antes hemos citado la frase de Faulkner, “la literatura es como un fósforo que uno enciende en un campo oscuro” (Vervaeke, 2013: 213), ese momento de iluminar la oscuridad, conlleva un tipo de incomodidad. En el caso de la literatura, cuando sale a la luz que nadie quiere recordar y que ya se ha olvidado - memorias de guerra, exilio, prisión, campos de concentración, genocidio, etc. - significa que se nos va entregar una muestra del sufrimiento y dolor que no es grato recordar. Es decir, la literatura no sólo ilumina la oscuridad, sino que también posiciona el dolor. En su obra *Ética y literatura*, Teresa López de la Vieja nos ha señalado que autores como Jorge Semprún, Primo Levi y Max Aub – entre otros- han demostrado que “la literatura puede llevar a una mejor comprensión de experiencias trágicas, individuales y colectivas” (Vieja 139). *Los informantes* de Vásquez, precisamente, es una novela de ejemplar. A través de la voz íntima, casi confesional de nuestro “yo” narrativo, no sólo nos trasmite un conocimiento sobre experiencias del daño y del dolor de los inmigrantes judíos que han sufrido durante los años cuarenta del siglo XX en Colombia, sino que también nos declara su ética narrativa después de una profunda reflexión: la literatura sirve para deliberar, comunicar y recordar. Aunque los personajes, las formas de vida de *Los informantes* ya no existen, o a lo mejor nunca han existido, nos ayudan a recordar que en los años cuarenta de Colombia algunos lugares fueron escenario



de dolor y sufrimiento. Colombia, el país de destino para los inmigrantes alemanes judíos, se convirtió en:

“<<Un lugar tan bonito, tan querido por la gente, y en el cual pueden pasar cosas tan horribles>>. ¿Y qué cosas eran ésas? <<Es como dice la Biblia. Los hijos contra los padres, los padres contra los hijos, los hermanos contra los hermanos.>>” (43)

En cierta entrevista, el escritor ha dicho: “recordar es un acto moral” (Vásquez, *El país*: 2011). Sin embargo, desde mi punto de vista, el mundo en el que vivimos en la actualidad es un mundo mucho más fácil que el mundo literario de los personajes de *Los informantes*, porque según Vásquez, vivimos en un mundo desmemoriado, en el que no recordamos ni sabemos cuánto cuesta recordar. Lo cual según algunas explicaciones de nuestro escritor se debe a que el presente es tan urgente que no nos da tiempo de concentrarnos en comprender el pasado. La urgencia del nuevo problema social, el nuevo debate político, la nueva crisis económica, la nueva amenaza y el nuevo avance tecnológico tiene como consecuencia eliminar nuestro espacio de la atención que necesitamos para fijarnos en el pasado, en el que están las claves de lo que pasa ahora. Justamente como dijo Carlos Fuentes: “no hay futuro vivo con un pasado muerto” (Fuentes, 1995). Mediante su escritura, Vásquez pretende defender la memoria como un deber moral y como una muestra de responsabilidad. Porque olvidar significa obedecer, someterse. Mientras que el hecho de mantener vivo el pasado ofrece la posibilidad de encontrar el origen y la raíz de las desgracias y los sufrimientos para que no vuelvan en el futuro. Y eso precisamente constituye la solución para que podamos mirar hacia adelante y continuar viviendo con dignidad.

Además, mediante la deliberación sobre lo público y lo privado, Vázquez también defiende que reflejar es una acción moral y defiende que la naturaleza del pensamiento es el ser comunicable, por su parte, el pensamiento comunicado construye la kantiana “mentalidad ampliada”: porque si uno deja expuesto el pensamiento a las opiniones de los demás, puede adquirir la imparcialidad que el pensar meramente subjetivo de los intereses individuales no tiene. Al hacer eso, lo más importante, aparte de hacer que los otros nos comprendan, según el pensamiento de Arendt, es que este proceso nos permite a nosotros mismos darnos cuenta de “si hemos secuestrado un juicio para adaptárnoslo a nuestro significado (interesado) o si, al comparar nuestro juicio con otros juicios, éste pasa la prueba de la imparcialidad, abandonándose entonces el mero interés propio, la mera identidad, para alcanzar la diversidad y la pluralidad” (Cfr. en Díaz, 2011), por lo tanto, la mutua comprensión.

#### **4.3: El análisis moral de Gabriel Santoro padre.**

Como ya he mencionado en la parte anterior, a lo largo de la novela, la imagen de Gabriel Santoro padre, de 67 años, ha experimentado un cambio radical. Al principio, Santoro padre aparece como famoso orador y estimado profesor de retórica del país, lo cual se debe tanto a su excelente talento para hablar frente al público como a su respetable carácter: honesto, valiente, recto, no adulador de los políticos y alejado de la prensa rosa. Es un hombre que ha tenido toda su vida una buena reputación, e incluso le conceden la Medalla al Mérito Civil tras su muerte en un accidente de carretera. En suma, es considerado como un moralista respetado por todo el país. Sin embargo, la entrevista que hace Angelina con carácter de denuncia cuando aún no ha pasado

mucho tiempo de su muerte, ha tenido como consecuencia cambios radicales, tales como: la cancelación de la Medalla al Mérito Civil antes de su entrega oficial; así como otros títulos de honor le han sido retirados; los insultos y un nuevo trato: “hipócrita mal amigo sapo de mierda” (254). ¿Y eso por qué? ¿Es porque Angelina le ha acusado de traidor e infiel? ¿O hay otras causas? Desde mi punto de vista, la causa directa, por supuesto, es la delación de Angelina; pero, me parece que la causa más importante es el descontento, la ira, el desprecio de la gente frente a la hipocresía, la falsedad y la fealdad que se han ocultado en el interior de este hombre considerado ejemplo moral.

En cierta ocasión, Santoro padre dice: “nadie es lo que parece. Nadie nunca es lo que parece, hasta el más simple tiene otra cara” (140). Para evitar que su “otra cara” sea descubierta, se puede decir que Santoro padre ha pasado toda su vida, al acecho. Con las palabras del mismo autor, es una persona que “durante toda su vida se ha dedicado a proteger una forma, para no permitir el acceso al contenido secreto de su vida” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010). Con el avance de la novela, nos damos cuenta de que esta forma, que dice Vásquez, está envuelta en numerosos engaños, que son producto de tres traiciones y cuatro mentiras. Aparte, vamos a analizar estas traiciones y mentiras una por una.

#### ***4.3.1: Tres traiciones de doble injusticia.***

En esta sección, hablaré de las tres traiciones hechas por Santoro padre conforme al orden cronológico: a) la traición de los años cuarenta a la familia Deresser; b) la traición doméstica de 1988 a Santoro hijo; c) la traición amorosa de 1991 a Angelina. El concepto de “doble injusticia” fue propuesto, por Arthur Schopenhauer, en *Los dos problemas fundamentales de la ética*, dando énfasis a

la identidad de la persona que comete la injusticia.<sup>64</sup> Si una persona, que confía en ciertas personas, o que es un ejemplo moral para ciertas personas, comete alguna injusticia, justamente hacia estas personas, no sería una simple injusticia, sino que construiría una doble injusticia. Las traiciones de Santoro padre, exactamente, pertenecen a este caso.

A). **La traición a la familia Deresser.**

El joven Santoro padre, el mejor amigo de Enrique Deresser, invitado habitual de la familia Deresser y la familia Guterman, tiene una gran habilidad para lograr la confianza de la gente. Dicho con las palabras de Sara, eso “no era sólo que supiera hablar” sino que “la gente le creía, la gente confiaba en él” (121). Entonces, para todo el mundo, al menos, para sus amigos conocidos, Santoro es una persona que se caracteriza por su honradez. Sin embargo, después de ser testigo de una comida en la familia Deresser con Hans Bethke, un fanático fascista, y de ciertas palabras patrióticas de Konrad Deresser, denuncia al viejo Konrad secretamente acusándole de su inclinación hacia los nazis. Lo cual tiene como resultado que Konrad sea incluido en las Listas Negras, y al final acabe por arruinar el destino de toda la familia Deresser.

---

<sup>64</sup> Esta doble injusticia tiene lugar cuando alguien ha asumido expresamente el compromiso de proteger a otro en un determinado respecto y por lo tanto, el incumplimiento de ese compromiso sería ya ofensa al otro y consiguientemente injusta; pero, además, precisamente en aquello en lo que debería protegerle, el mismo le ataca y ofende. Ese es, por ejemplo, el caso, cuando el vigilante o el hombre de compañía se convierte en asesino, el guardián de confianza en ladrón, el tutor arrebató al pupilo su propiedad, el abogado prevarica, el juez se deja sobornar, y aquel al que se le pide consejo de intencionadamente un consejo funesto al peticionario; todo eso en conjunto se piensa bajo el concepto de la traición, que es el horror del mundo (Schopenhauer 220).

No sabemos cuál es la causa exacta de esta denuncia. Excepto que se vincula con la idea de Nietzsche, propuesta por el mismo Santoro, cuando éste habla de la época de las Listas Negras frente a sus alumnos:

“Miles de personas que acusaron, que delataron, que informaron. Pero esos miles de informantes eran apenas una parte, una fracción mínima de la gente que habría podido informar si hubiera querido hacerlo. ¿Cómo lo sé? Lo sé porque el sistema de las listas negras les dio poder a los débiles, y los débiles son mayoría. Eso fue la vida durante esos años: una dictadura de la debilidad. La dictadura del resentimiento, o por lo menos, del resentimiento según Nietzsche: el odio de los naturalmente débil contra los naturalmente fuertes” (69).

Aquí, Santoro no sólo está buscando compañeros de informantes, sino también una excusa razonable para su traición, que es, conforme a la idea de Nietzsche, el resentimiento natural de los débiles contra los fuertes. Esta idea de Nietzsche, adoptada por Santoro padre, la podemos encontrar en la teoría de la moral del amo y el esclavo, en su obra *La genealogía de la moral: un escrito polémico*:

“La rebelión de los esclavos en la moral empieza cuando el resentimiento se torna él mismo creador y da a luz valores: el resentimiento de los seres a los que les está negada la auténtica reacción, la de las obras, y que solamente pueden compensar este déficit con una venganza imaginaria. Mientras que toda la moral noble crece de un triunfante decirse <sí> a sí mismo, la moral de los esclavos dice de antemano <no> a todo<fuera>, a todo lo <distinto>, a todo <no yo>: y este <no> es su obra creadora. Precisamente esta inversión de la mirada que pone valores – esta dirección necesaria hacia fuera en vez de hacia sí mismo- forma parte del resentimiento: para surgir, la moral de esclavo siempre necesita primero un mundo contrario y exterior; para actuar de algún modo necesita, fisiológicamente hablando, estímulos externos: su acción es, desde el fondo, reacción” (Friedrich Nietzsche, 1996: 110).

Según lo explica el filósofo alemán, la moral de los esclavos proviene de una negación hacia todo<fuera>, todo<no yo>, y todo lo <distinto>. Y este acto de otorgar valores desde el punto de vista contrario, (la dirección necesaria hacia fuera en vez de hacia sí mismo), precisamente consiste en el resentimiento. Teóricamente, bajo este resentimiento, no son capaces de promover una auténtica reacción, sino que sólo pueden compensar su déficit con una venganza imaginaria. No obstante, en el caso de *Los informantes*, en esa época - los años cuarenta colombianos, en la que convivía el antisemitismo y el fanatismo-, la aparición de las Listas Negras otorga la oportunidad de realizar una venganza no imaginaria sino real. Por lo tanto, no es extraño que aparezcan personas que informen y, mientras tanto, ellos siguen considerando que lo que hacen es bueno y justo, y a lo que exigen no lo califican como pagar con la misma moneda, sino: el triunfo de la justicia.

Si regresamos a Santoro padre y aplicamos la teoría de Nietzsche, su ánimo está motivado por un tipo de resentimiento, un tipo de desacuerdo o negación frente al viejo Konrad; lo que le ha llevado a la traición a Konrad y su familia: una traición a la que somete a los amigos. ¿Entonces, cómo y por qué se produce este resentimiento que acaba con la amistad, la confianza y el amor entre los amigos? La respuesta es terriblemente simple. Sólo es por el desacuerdo con aquellas palabras patrióticas del viejo Konrad. Ya hemos sabido que en la época de las Listas Negras, incluso el hecho de tener la nacionalidad alemana ya suponía una sospecha en algunos problemas políticos. Por lo tanto, si se suma el hecho de utilizar algunas palabras patrióticas a favor de Alemania, es lo que el Viejo Konrad hizo. Frente a unos insultos de su propio hijo, Konrad

dice emocionado y furioso, sin ni siquiera pensar en la sensibilidad política: “no me importa si un gobierno de retrasados los considera peligrosos, no me importa. Un patriota nunca es peligroso” (157); “Hitler pasará, igual que todos los tiranos, pero Alemania queda... Hay que defendernos” (157). Konrad sabe que bajo tal situación social y política realmente viven muchos patriotas colombianos, que actúan fanática y ciegamente contra los alemanes. Para sentir lo bueno y lo justo, definen a los demás sin justificación atenuante sobre lo que hayan dicho y hecho. Sin embargo, nunca ha llegado a pensar que en su entorno exista una persona así, ni que esta persona llegue a denunciarle. Es así que, después de ser testigo de estas palabras, Santoro padre informa al viejo Konrad y su familia, secretamente, convencido “de actuar con arreglo de principios de valor cívico, de deber político, de responsabilidad ciudadana” (219), sin reconocer que su desacuerdo contra las pasiones patrióticas de un momento del viejo Konrad, en esencia, sólo es un resentimiento fanático, proveniente de la política fanática del país. La traición misma ya es el horror del mundo, de hecho Dante coloca al traidor en lo más profundo del infierno, pero incluso es aún peor cuando proviene de una persona en la que se confía y cuya repercusión es mayor y más perjudicial para toda la familia.

**B). La traición doméstica a su propio hijo.**

Santoro hijo sabe que, desde siempre, su padre rechaza su decisión de escribir sobre temas de actualidad, incluso le genera desconfianza la gente que se dedica a lo contemporáneo. Sin embargo, la crítica destructiva sobre su libro *Una vida en el exilio*, escrita por su propio padre, le afecta negativamente porque ha sido publicada por su padre, con el propósito de insultarle. Por lo

tanto, para el hijo Santoro, el comportamiento contra él por parte de su padre es inesperado y antinatural, a la vez, cruel, y no es otra cosa que “una traición doméstica” (14).

Santoro padre califica negativamente *Una vida en el exilio* como “libro parasitario” (74), a veces como “libro intruso” (74); porque desde su punto de vista, lo que hace su hijo en este libro, es más que publicar acontecimientos privados, es parasitar en el miedo, el dolor y la inquietud de los protagonistas de aquella época para lograr sus propios fines exhibicionistas y egocéntricos. Lo cual no sólo es violar el silencio general que se ha guardado durante largo tiempo, sino que también se trata de un acto de puro egocentrismo, de exhibir su más alta elevación de la moralidad frente a la de los demás.

No obstante, a mi parecer, la actitud agresiva y el comportamiento excesivo que adopta Santoro padre, no es porque él quiera ser el portavoz de las personas que prefieren silenciar sobre la historia explorada en ese libro, sino que, en esencia, es una pérdida del control sobre sí mismo frente a un miedo insuperable. Más concretamente, tiene Santoro padre, el temor de que sus engaños y mentiras (montados cuidadosamente, estrechamente vinculados con su primera traición, frente a su propio hijo y al público, durante casi medio siglo) sean descubiertos y contribuyan a la destrucción de su reputación como orador. En el segundo capítulo de la *Retórica*, Aristóteles destaca la relación entre el carácter del orador y el poder de persuasión del discurso:

“De los argumentos procurados por el razonamiento, hay tres clases: unos que radican en el carácter del que habla [...] Por el carácter, pues, cuando el discurso se pronuncia de tal manera que hace digno de crédito al que lo declama; porque a las personas de buenas costumbres las creemos más y antes, en todas las cosas



simplemente y en las que no existe absoluta seguridad, sino doble opinión, también enteramente” (Aristóteles, 2001).

Al hilo de lo expuesto, podemos comprender la angustia de Santoro padre por la publicación del libro de su hijo, que amenaza la condición necesaria de su trabajo: la reputación de “las personas de buenas costumbres”. Para la gente, tener una buena reputación no sólo es una condición necesaria para el trabajo, aún más, es una necesidad de la existencia social. Según dice Schopenhauer, “la rectitud general ejercitada en las relaciones humanas y afirmada como máxima inquebrantable se basa principalmente en dos necesidades externas”:

“en primer lugar, en el orden legal mediante el cual el poder público los derechos de cada uno; y, en segundo lugar, en la conocida necesidad del buen hombre o del honor cívico para progresar en el mundo, necesidad en virtud de la cual los pasos de cada uno se encuentran bajo la vigilancia de la opinión pública que, implacablemente estricta, no perdona nunca ni siguiera un desliz aislado en ese terreno, sino que lo hace cargar al culpable hasta la muerte como una mancha indeleble” (Schopenhauer, 1993: 188).

Empero, en el caso de Santoro padre, no se comporta como debe esperarse de un hombre que busca al aplauso social, sino que para mantener su reputación de buen hombre, simula ser recto y honesto. Por lo tanto, para evitar que su fealdad y falsedad sean descubiertas y cargar hasta la muerte con una “mancha indeleble”, Santoro padre elige traicionar de nuevo, y esta vez a su propio hijo, precisamente como comenta Angelina: “quien traiciona una vez, seguirá traicionado hasta que se muera” (204).

### **C). La traición amorosa a Angelina.**

Angelina, 44 años, fisioterapeuta de Santoro padre. Es una mujer que mira al mundo con escepticismo, y está convencida de que “el mundo es una mierda, de que todos nacen con el único objetivo de hacerla pasar un mal rato” (93). Esta actitud es la consecuencia de haber experimentado la violencia: la muerte de sus padres por la bomba de Los Tres Elefantes<sup>65</sup>, la muerte de su ex amante en una pelea cualquiera, y el abandono de su propio hermano. Pero la aparición y la compañía de Santoro padre, que siempre está a su lado convenciéndola de todo lo contrario con su sabiduría, paciencia y “amor”, incluso le hace creer que la vida no es tan amarga como antes pensaba y que todavía existe la posibilidad de encontrar su felicidad personal. Esta ilusión de ser amada y protegida por Santoro padre no se mantiene durante mucho tiempo y se rompe completamente el día en el que Santoro padre viaja con ella a Medellín, donde le cuenta la traición hecha a su amigo de joven, le expresa su agradecimiento por su compañía y el apoyo, y luego se marcha sin apenas despedirse de ella, al tiempo que la abandona sola en Medellín. Angelina no entiende hasta este momento que Santoro padre sólo se ha aprovechado de ella para viajar a Medellín y que al llegar a Medellín quiere que le ayude a pedir tardíos perdones a Enrique, sin producir sospechas en su hijo y en Sara Guterman. Todas y cada una de las palabras de amor que le había dicho Santoro

---

<sup>65</sup> *Los informantes* selecciona muchos acontecimientos históricos como fondo de la novela, tales como La Ausbürgerung (desnacionalización) en Alemania; el antisemitismo en Colombia; y las Listas Negras redactadas por Colombia y Los Estados Unidos. Vásquez afirma que la literatura es un “arte de la distorsión”, por lo tanto no es extraño que en la suya convivan los acontecimientos históricos reales y los ficticios. Para crear un ambiente de violencia, Vásquez ha inventado más de un acontecimiento ficticio. Aquí, la bomba de los narcos en Los tres Elefantes, que es un supermercado bogotano, justamente es un ejemplo de ficción.

padre son, puramente, falsas e hipócritas. Sumamente dolorida y dañada, Angelina no ha podido sentir nada más que un engaño y una traición. En consecuencia, una indignación causada por el abandono de una persona en la que había confiado mucho; una ira producida por el hecho de haber sido utilizada por la persona amada, y un descontento provocado por el engaño hipócrita de una persona que parecía honesta, le dirigen a denunciar a Santoro padre - un hombre que se transforma frente a sus propios ojos desde un “hombre maduro y sabio, culto y elegante” (203) hasta llegar a ser “un mentiroso, un manipulador, un desleal” (203) - frente al público, con el fin de vengarse del daño que le ha producido, diciendo que “los traidores merecían un castigo y si lograban de alguna forma traicionar impunemente, merecían por lo menos cargar con su culpa hasta la muerte” (204).

#### **4.3.2: Cuatro mentiras.**

En “El tiro en el concierto: política y novela en Colombia”, Vásquez ha hecho un breve comentario sobre *Mambrú* de R.H. Moreno- Durán, - novela que se interna en la participación colombiana en la guerra de Corea -, y en donde señala que una tarea predilecta de los novelistas que más le interesa es: “la iluminación de la historia y, por supuesto, de sus mentiras” (Vásquez, 2009:105). Lo que él se ha dedicado a hacer en *Los informantes*, precisamente, es lo mismo: ficcionalizar la historia mediante la investigación y el ejemplo de las traiciones de Santoro padre. Este hombre, para ocultar la primera traición hecha hacia la familia Deresser de joven, lleva casi toda la vida mintiendo. Entre ellas, hay cuatro que merecen ser señaladas aquí: a) mentira sobre la mano; b) mentira sobre la identidad en una traición; c) mentira sobre el idioma; d) mentira

sobre *la moralidad*<sup>66</sup>. En la superficie de estas mentiras se encuentra la claridad, pero lo que hay detrás de ella es la oscura verdad.

**A. Sobre la mano:**

La mano derecha de Santoro padre no es más que un muñón arrugado en el que sólo queda el asta del pulgar erecto. Santoro padre inventa su propia historia sobre la pérdida de los dedos, que son cortados por tres hombres de machete quienes quieren matar a su abuelo, que fue candidato a la gobernación de Boyacá: es decir, es una herida política. Pero, en la versión real, este defecto de la mano derecha está bien relacionado con su secreto, su vergüenza y su traición, es el producto directo de la venganza de Enrique Deresser. Lo de la herida política, es una pura mentira.

**B. sobre la identidad:**

La segunda mentira tiene un contenido malévolo. En una clase frente a sus alumnos y frente a su propio hijo, que viene sin aviso para preguntar la causa sobre la destructiva crítica, Santoro padre públicamente cambia su identidad del traidor al traicionado, del informante al informado, ofreciendo una nueva versión sobre su pasado, en el que él es “un hombre perseguido, una víctima de acusaciones injustas por culpa de una broma sin importancia” (71). Por el error y el malentendido que hay en ello su familia y él han sufrido mucho. No obstante, esta afirmación sobre ser “un hombre perseguido” en la época de las Listas Negras, es una gran mentira. En realidad, la verdad es totalmente contraria, tal como hemos dicho anteriormente. Él ha sido quien informa sobre Conrad

---

<sup>66</sup> La cursiva es mía.

Deresser y le termina incluyendo en las Listas Negras, y de esta manera, Conrad acaba por convertirse en “un hombre perseguido” (71).

### **C. Sobre el idioma:**

Esta es una mentira que puede parecer insignificante, e incluso es fácil de pasar por alto. Pero, en su sentido profundo, es una mentira que sirve como testigo - igual que la mentira sobre la mano - de la intención de Santoro que no sólo quiere falsear unos hechos de su pasado, sino todas las consecuencias de ello. De acuerdo con la información ofrecida por Enrique Deresser, Santoro padre sabe hablar alemán, incluso “lo hablaba como un nativo” (330). Empero según la información conocida por Santoro hijo, su padre se pone a estudiarlo siendo ya anciano, después de su operación cardíaca. Esto supone que Santoro padre ha fingido casi toda su vida que no sabe hablar este idioma pero, en realidad, lo habla perfectamente.

### **D. Sobre la moralidad:**

Desde mi perspectiva, es mejor ver esta mentira en el sentido general. Dado que esta no se trata de ninguna mentira concreta. Sólo la veo desde el punto de vista de la ética y digo que Santoro padre no sólo es una persona mentirosa, sino también hipócrita. En el fondo, él es una persona que lleva toda la vida mintiendo, haciendo daño y produciendo rencor a los demás. Sin embargo, frente al público, se convierte en un ejemplo moral, que ha dictado durante más de 20 años, el famoso Seminario de Oratoria de la Corte Suprema de Justicia, y que pregona “emprender la reconstrucción política y moral de

Bogotá” (26). ¿Una persona inmoral que insiste en la moralidad no es una gran hipócrita hacia al público?

En general, mentir es un acto contra los cánones morales y está específicamente prohibido como pecado en muchas religiones. Sin embargo, en cuanto a la cuestión de que si se puede a veces permitir la mentira, en la tradición ética, muchos filósofos han propuesto diferentes opiniones. Por ejemplo, Platón, considera que existe la “mentira noble” (Moa 14) <sup>67</sup>, por lo tanto a veces se puede permitir una mentira, mientras que Aristóteles, San Agustín y Kant consideran que nunca se puede permitir ninguna mentira. Ellos consideran que realmente hay muchas clases, pero todas se deben aborrecer sin distinción. Pues no hay ninguna mentira que no sea contraria a la verdad. Porque al igual que la luz y las tinieblas, la piedad y la crueldad, la bondad y la iniquidad, el pecado y la obra buena, la salud y la enfermedad y la vida y la muerte son totalmente opuestas entre sí, también lo son la verdad y la mentira. Por tanto, cuanto más amemos la verdad, tanto más debemos odiar la mentira. Entre todos destaca San Agustín que rechaza la mentira y ha escrito dos ensayos para reflexionar sobre este tema en concreto en su obra *Morales Pastorales*: “La mentira” y “Contra la mentira”. Según explica Agustín, no todo el que dice algo falso miente, quien expresa lo que cree o piensa interiormente que es cierto,

---

<sup>67</sup> La “mentira noble”, también conocida como la mentira política, ha sido justificada por la filosofía política desde “la República” de Platón siempre considerando a los gobernados como idiotas frente a sus gobernantes e incapaces de saber cuál es el interés público, muchas veces concebido como el interés del Estado. Así en “la República” de Platón podemos leer: “Si alguien debe tener el privilegio de mentir, ese alguien debería ser los gobernadores del Estado y ellos, en sus quehaceres con los enemigos o con sus propios ciudadanos, estarían habilitados para mentir por el bien público”. Y La justificación de la noble mentira sigue su desarrollo con Maquiavelo: “un príncipe prudente no puede ni debe mantener fidelidad en las promesas, cuando tal fidelidad redunde en perjuicio propio”, Weber, Carl Schmitt y en la etapa actual con Leo Strauss, padre espiritual, este último, de muchos de los actuales gobernantes en USA. (Moa 14)

aunque eso sea un error, no miente. Pero sí miente el que piensa una cosa y expresa otra distinta con palabras u otros signos. Entre estas dos cuestiones hay diferencia. Para señalarlas más claramente, él añade:

“El mentiroso tiene un corazón doble, es decir, un doble pensamiento: uno el que sabe u opina que es verdad y se calla, y otro el que dice pensando o sabiendo que es falso. Por eso, se puede decir algo falso sin mentir, si se piensa que algo es como se dice aunque, en realidad, no sea así. Y se puede decir la verdad, mintiendo, si se piensa que algo es falso y se quiere hacer pasar por verdadero, aunque, de hecho, lo sea. Al veraz y al mentiroso no hay que juzgarles por la verdad o falsedad de las cosas en sí mismas, sino por la intención de su opinión.” (Agustín 395)

Al hilo de lo expuesto, el pecado del mentiroso no está en si ha dicho cosas falsas o no, sino que está en si tiene un deseo intencionado de engañar o no. Ahora volvemos a ver las mentiras de Santoro padre. Podemos decir que la primera, la segunda y la tercera mentira son inventadas bajo “un doble corazón” o “un doble pensamiento”, porque él sabe lo cierto, pero dice lo falso, con una intención de ocultar la realidad y engañar a los demás. No obstante, dado que no podemos estar seguros de que lo que está proclamando él sea verdaderamente lo que piensa y cree, podemos considerar que la cuarta mentira, más que una mentira, es una hipocresía “para dar una mejor impresión” <sup>68</sup>.

En Santoro padre, hay agravante mayor. Por un lado, él ha seleccionado un medio bastante público para mentir; por el otro, su acto de mentir, no es sólo

---

<sup>68</sup> En “La mentira”, San Agustín distingue nueve tipos de mentiras: las mentiras en la enseñanza religiosa; las mentiras que hacen daño y no ayudan a nadie; las que hacen daño y sí ayudan a alguien; las mentiras que surgen por el mero placer de mentir; las mentiras dichas para complacer a los demás en un discurso; las mentiras que no hacen daño y ayudan a alguien; las mentiras que no hacen daño y pueden salvar la vida de alguien; las mentiras dichas para dar una mejor impresión, y las mentiras que no hacen daño y protegen la “pureza” de alguien (Agustín, 1947).

limitarse a contar unos hechos falsos al falsear su pasado, sino que también intenta modificar todas sus consecuencias. Este tema es un punto de reflexión para el “yo” narrativo, cuando él piensa en las mentiras y engaños de su padre, lo que permite compararlo con cierto personaje de un cuento de Borges:

“Por momentos me conmovía la confianza que mi padre habían tenido en sus propias frases, la fe ciega en que bastaba contar una historia truncada - cambiar los personajes de posición, como hace un mago, transformar al traidor en traicionado - para que el trueque se impusiera en el pasado, más o menos como ese personaje de Borges, ese cobarde que a fuerza de creer en su coraje logra que su coraje haya existido. “En la *Suma teológica* se niega que Dios pueda hacer que lo pasado no haya sido”, dice el narrador de ese cuento; pero también dice que modificar el pasado no es modificar un solo hecho, sino anular sus consecuencias, es decir, crear dos historias universales. Nunca he logrado releer ese cuento sin pensar en mi padre.” (186)

En “La otra muerte”, el cuento aludido, el narrador de Borges trata de explicarse la “doble muerte” de un tal Pedro Damián, fallecido en 1946, pero de quien algunos dicen que perdió la vida en la batalla de Masoller en 1904. La duda sobre estas dos versiones hace al narrador reflexionar y le lleva a la siguiente suposición: “Leí esas viejas discusiones teológicas y empecé a comprender la trágica historia de don Pedro Damián. La adivino así. Damián se portó como un cobarde en el campo de Masoller, y dedicó la vida a corregir esa bochornosa flaqueza” (Borges, 1949: 80).

Para desarrollar este tema, me gustaría mencionar unas opiniones de Jasper Vervaeke, el estudioso belga en su ensayo crítico sobre Vásquez. En su opinión, en *Los informantes* pasa, justamente, lo contrario que en el cuento: en el cuento una muerte heroica sustituye una muerte cobarde, pero en la novela, un hombre sumamente respetado, “cae de su pedestal” (32), después de su muerte.



Sin embargo, es evidente que las mismas inquietudes sobre cómo tratar su propio pasado laten en toda la vida de Santoro padre. Lo que él intenta es, precisamente, corregir el pasado, e inventar no otra muerte- como Pedro Damían- sino, totalmente, otra vida. Pero, en general, las consecuencias de un solo hecho “tienden a ser infinitas” (Borges, 1949: 80), como observa Alazraki, el estudioso de la narrativa borgeana, refiriéndose a “La otra muerte”, en particular:

“Los efectos de que una causa es capaz son imprevisibles, de la misma manera que son inimaginables las causas que en cierto efecto puede requerir. En la intrincada concatenación de causas y efectos, cada causa y cada efecto están condicionados por infinitas series de causas y efectos; al agregarse nuevas series, el valor y las consecuencias de las causas y de los efectos varían radicalmente.” (Alazraki 114-5)

Para ocultar que un hecho modificado y sus consecuencias sean descubiertos, Santoro padre tiene que distorsionar uno y otro hecho y modificar sus respectivas consecuencias. Así él ha llevado a cabo la empresa de modificar y ocultar su pasado, con el fin de proteger su doblez, sobre todo, la parte oscura de sí mismo. Si una persona siempre evita una parte u otra parte de su ser, sobre todo la relacionada con su maldad, y siempre la trata con una gran evasiva, con el tiempo llegará a ser un hipócrita y su verdadero yo comenzará a experimentar una alienación. En tales situaciones, no sólo no corregirá sus errores y equivocaciones, sino que distorsionará su naturaleza humana. Lo cual hace que cada vez aumente la diferencia entre lo interior y lo exterior. En cuanto a Santoro padre, el hecho de vivir en la mentira y ocultar que lo son le hace convertirse en un hombre hipócrita: un hombre que pese a su culpa, se reviste de virtud como la valentía, la honestidad y la rectitud frente a los demás. Lo cual, justamente, es

como ha comentado Dorina a Tartufo en el quinto acto del teatro *Tartufo*: “¡Cuán traicioneramente sabe encubrirse con todas las cosas venerables!” (Molière 52); un hombre que frente al público anda hablando de reconstrucción y de moral y de perseverancia “sin ruborizarse” (26) y la manera de llevarlo a cabo que ha propuesto él consiste en no olvidar la historia y encarar directamente el pasado. Sin embargo, de hecho, es un hombre que traiciona a los amigos, que hace daño a su propio hijo para proteger que su historia secreta siga siendo olvidada y oculta, e incluso llega a modificar su pasado para inventar uno nuevo, dentro del cual su conducta es irreprochable. ¿Pues la conducta de Santoro padre acaso no es como la de aquellos hipócritas fariseos descritos en el *Evangelio* que sólo “dicen y no hacen” (Biblia, Mateo 23: 3), que purifican “por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña e intemperancia”? (Biblia, Mateo 23:25)

#### ***4.3.3: El esfuerzo para la reconstrucción de sí mismo y su fracaso.***

Conforme a lo que explora, el filósofo alemán, Friedrich Nietzsche, en su obra *La genealogía de la moral*, el sentimiento de culpa o de estar en deuda y el sentimiento de obligación personal ha tenido su origen en la más vieja y primigenia relación personal que existe: “en la relación entre el comprador y vendedor, acreedor y deudor, aquí es donde compareció frente a frente por primera vez una persona contra otra persona, aquí se midió por primera vez una persona con otra” (Friedrich Nietzsche, 1996: 41.8). Con el tiempo en esta relación aparece el sentimiento germinal de trueque, contrato, deuda, derecho, obligación y compensación y el valor de que “toda cosa tiene su precio; todo se puede pagar” (Nietzsche 42.8). Como consecuencia, genera el más viejo e

ingenuo canon moral de la justicia, el comienzo de toda bondad, de toda equidad, de toda buena voluntad y de toda objetividad que hay en el mundo. Así bajo este canon moral, para la gente que debe o está en deuda con el otro, es fácil hacer germinar el sentimiento de culpa. Mientras tanto, el sentimiento de la obligación personal, que suele vincularse estrechamente con el sentimiento de culpa, impulsa a la gente a buscar medios para pagar su deuda.

En el caso de Santoro padre, la traición hecha al viejo Konrad le hace hundirse en una deuda moral hacia toda la familia Deresser, sobre todo hacia su mejor amigo, Enrique. Frente a los demás, él jamás ha mencionado esta deuda haciéndose el olvidadizo; sin embargo, en su fuero interno, no la ha olvidado. Con sus propias palabras afirma, “he cargado con esto todos estos años, que hubiera podido olvidarlo pero no lo he hecho” y “me he quedado en el infierno que es acordarse” (306). Desde mi perspectiva, Santoro padre es una persona mucho más contradictoria que lo que se advierte a simple vista. No sólo es un mentiroso y un hipócrita que se hace pasar por moralista, sino que, pese a todo, es una persona que todavía guarda un resto de la conciencia moral en el fondo de su corazón. ¿Por qué digo esto? De acuerdo con lo que ha señalado Schopenhauer cuando él habla de la diferente ética de los caracteres:

“la conciencia moral es la mera familiaridad con el propio carácter inmutable surgida por medio de los hechos, está perfectamente de acuerdo el que la *receptividad* para los motivos del interés, la maldad y la compasión, tan sumamente diversa en los diferentes hombres y sobre la que se basa todo el valor moral humano.” (Schopenhauer, 1993: 258)

Frente a su interés y maldad en el pasado, Santoro padre no es indiferente, sino que muestra un sentimiento de arrepentimiento y un deseo de

pedir perdón y ser perdonado que nunca le ha dejado sosegar. Primero, su arrepentimiento sobre lo que ha hecho se muestra en su recuerdo repetitivo, privado e íntimo, de Enrique. En la novela, después de conocer toda la historia, el hijo Santoro se ha dado cuenta de que si recuerda cada frase dicha, cada comentario suelto y cada reacción a un comentario ajeno de su padre, incluso se podría hacer una lista de los momentos en los que su padre piensa en Enrique Deresser, sobre todo, en lo que le ha hecho. Si se toma como ejemplo la carta escrita por Santoro padre a Sara, en la cual ella le pide a Santoro hijo que no sea publicada: “aquí parecen importar las cosas que se dicen tanto como las que se hacen, supongo que en parte por una razón que, [...]: toda está por construirse. Aquí las palabras importan. Aquí uno es capaz todavía de moldear su medio. Es un poder terrible, ¿no?” (192). Para Santoro padre, al escribir la frase -“es un poder terrible”-, es imposible no pensar en el viejo Konrad y su familia, porque la quiebra de esta familia justamente es causada por el terrible poder de la maledicencia, sobre todo, por las cosas terribles que ha dicho él mismo. Y otro ejemplo obvio es cuando Santoro padre, frente a sus alumnos, explica su discurso favorito: “Sobre la corona”, dice: “¿no se merecía Demóstenes la corona por el mero hecho de examinar su pasado y someterlo a juicio?” (68). En mi opinión, este gusto “Sobre la corona” y este respeto hacia Demóstenes, es, precisamente, porque a él le falta el valor de “examinar su pasado y someterlo a juicio” que tiene Demóstenes. Ese hecho mismo de alabar alguna cualidad de los demás sólo porque a uno mismo le falta, ya construye un testimonio de la existencia residual de la conciencia moral.

Sin embargo, debido a múltiples causas – la más destacada es la cobardía-, él no ha podido pedir perdón a Enrique, personalmente, antes de revivir de nuevo tras la operación cardiológica de urgencia. Luego a medida que pasa el tiempo con un llanto “clínico y predecible” (61) que se repite varias veces durante sus días de convalecencia, comienza su revolución privada en contra de los errores sometidos de joven y de adulto y su transcendencia. Santoro hijo, el testigo de este llanto, lo comenta así:

“Tengo para mí que en ese momento mi padre pensó por primera vez lo que tanto detalle y tan mala fortuna volvió a pensar más tarde: *ésta es mi oportunidad*. Su oportunidad de corregir errores, de subsanar faltas, de pedir perdones, porque le había sido otorgada una segunda vida, y la segunda vida, lo sabe todo el mundo, va siempre acompañada de la obligación impertinente de corregir la primera.” (61)

En otras palabras, la voluntad de Santoro padre que sucede a este llanto, consiste en corregir sus errores pasados y reducir la distancia entre su interior y exterior, que es producto de la hipocresía, y mediante los cuales, él intenta comenzar una reconstrucción de sí mismo. En su segunda vida, para llevar a cabo esta reconstrucción personal, Santoro padre ha hecho unos esfuerzos, que se concentran en los siguientes aspectos: dos cambios y dos perdones.

### **Dos cambios:**

Primero, un cambio que se percibe en su manera de hablar. Antes de su “segunda vida”, su existencia estaba dominada “por la ironía o por la elipsis”, y con una estrategia de “protección o de escondite” (59); mientras que ahora su forma de hablar es más “directa” “transparente” y “literal” (59). El segundo cambio se trata de un cambio en su forma de vivir. El ejemplo más notorio para

demostrar su esfuerzo en romper el antiguo modo de vivir, es comenzar a salir con mujeres. En su “primera vida”, un carácter típico suyo fue estar alejado de las mujeres, por, como afirma “no necesito a nadie nuevo” (17). Sin embargo, al principio de su “segunda vida”, se dispone a salir con Angelina, una mujer veinte años menor que él. Aunque al final, esta relación no significa mucho más para él que una excusa para poder llegar a Medellín, que es dónde vive su amigo Enrique, sin producir ninguna sospecha en los demás.

### **Dos perdones:**

El primer perdón que ha pedido Santoro padre tiene lugar en los primeros días de su convalecencia. Ese perdón está dirigido a su hijo. Lo pide con cierta timidez y un tono arrepentido “quiero que te olvides de lo que te dije” (59), “esta vez quiero seguir como si ni hubiera publicado la crítica, como si no hubiera llegado a hacer esto tan cobarde que nos hice” (59-60). El segundo perdón ha sido mucho más pensado y planteado, dirigido a Enrique Deresser. Después de cargar casi medio siglo la deuda moral: la culpa, hacia Enrique, y de luchar contra su propia cobardía: el miedo de romper su imagen y la tranquilidad de su vida familiar; por fin se anima a ir a Medellín y le pide perdón a Enrique. No obstante, el acto de pedir perdón normalmente es una acción bastante personal y unilateral. No es garantía de que la persona que recibe el perdón tenga la obligación de perdonar. Ese precisamente es el caso entre Santoro padre y Enrique: frente al perdón de Santoro, Enrique se niega a perdonar y lo comenta: “Qué imbéciles. Todo esto es pura farsa” (307) y al final toda la “farsa” de Santoro termina en estas palabras de Enrique: “Te estoy diciendo que no vuelvas y no me llames, que no trates de ordenar el mundo, porque en el mundo hay

gente a la que no le interesa. Te estoy diciendo que el mundo no gira alrededor de tu culpa” (309). Así el deseo de ser perdonado de Santoro padre fracasa y él acepta que ha fracasado, se va, decepcionado, para volver a Bogotá, pero muere en un accidente de carretera. Más tarde, cuando aún no ha pasado mucho tiempo de su muerte, Santoro padre experimenta una muerte metafísica de nuevo: la pérdida de toda su reputación por la delación de Angelina. Son estas dos muertes, sobre toda la de metafísica, que hacen que su reconstrucción de sí mismo fracase totalmente.

Frente a la muerte repentina y la ruina total de la reputación de Santoro padre, Santoro hijo se pregunta a sí mismo: “quizás mi padre estaría vivo todavía si no hubiera recibido el don de una segunda vida, acompañada, por supuesto, de la obligación de aprovecharla, de la necesidad de redimirse” (261). Lo que hay detrás de esta pregunta es: ¿en el caso de “mi padre”, es mejor tener una segunda oportunidad o no tenerla? Lo cual me recuerda la semejanza con la reflexión sobre si hay una mejor opción en la vida en *La insoportable levedad del ser*. Cuando Tomás duda sobre si es mejor estar con Teresa o quedarse solo, él se contesta a sí mismo: “no existe posibilidad alguna de comprobar cuál de las decisiones es la mejor, porque no existe comparación alguna. El hombre lo vive toda a la primera y sin preparación. Como si un actor representase su obra sin ningún tipo de ensayo” (Kundera 8-9). Es decir, en la vida no existen oportunidades para comenzar de nuevo, ni siguiera otra vez para seleccionar. El primer ensayo para vivir ya es la vida misma. Desde mi punto de vista, ya que no podemos asegurar cómo será el destino de Santoro padre si éste no obtiene una segunda oportunidad (a lo mejor, al final muere con su buena reputación),

sólo hablamos de lo que ha ocurrido en su “segunda vida”. Como dicen: todo sucede por una razón, el fracaso de la reconstrucción personal de Santoro padre es debido a que su manera de hacerla no es tan buena como su atención. Su primera traición ya es irreparable y produce una reacción en cadena de nuevas traiciones, cada una de las cuales le distancia más y más del lugar de la traición original y aumenta más y más las dificultades para encontrar su ser verdadero. Aún más, ¿cuándo él intenta realizar su reconstrucción personal a través de una conducta reservada e incluso una nueva traición (me refiero a la traición hacia Angelina)? Este comportamiento establecido sobre la maldad y la hipocresía ya le condena, definitivamente, en el fracaso de su reconstrucción personal.

Los conflictos sinfín y las complicadas contradicciones psicológicas en la novela, dificultan organizar un orden sobre lo que quiere expresar el autor: por un lado, ironiza sobre la hipocresía de nuestro “ejemplo moral”, Santoro padre, denunciando gradualmente sus tradiciones y mentiras; por el otro, hace que el límite entre su valor de subsanar los errores y su manera de llevarlo a cabo sea ambiguo. Con el avance de la novela, la historia en el pasado nos hace sentir cada momento más aversión hacia Santoro padre, mientras que la historia en desarrollo nos hace sentir cada vez más simpatía por él, y al final se amasa un sentimiento complicado. Tal vez se trate de un sentimiento que debemos tener frente a una persona de carne y hueso: que tenga ambición y a su vez, algunos defectos morales, a una persona escindida y ambivalente o diríamos, a la “naturaleza imperfecta del ser humano” (Sahuquillo, 2002).



#### 4.4: El análisis moral de Sara Guterman.

Sara Guterman, de origen judío alemán, para huir de la terrible política de Hitler, ha emigrado a Colombia con toda su familia desde 1938. Es amiga desde la juventud tanto de la familia Santoro como de la familia Deresser. De joven, ella sufre como testigo, e incluso víctima en la época de las Listas Negras y aún más importante es testigo de la traición de Santoro padre y de la transcendencia de ella. En su vejez, es ella quien ha ofrecido la fuente principal de información para los dos libros que escribe Santoro hijo: *Una vida en el exilio* y *Los informantes*. En la novela, según transcurre el tiempo, muere por causa de una enfermedad crónica como ya esperaba. En su rito fúnebre, un amigo suyo la define como “una pared de ladrillo puro y perfectamente nivelada” (267). Según Santoro hijo, este es el comentario más acertado hecho sobre Sara Guterman. Sin embargo, no puedo estar cien por cien acuerdo con ello porque la imagen de la “pared del ladrillo puro” ofrece una sensación de dureza e impenetrabilidad para describirla. Después de todo, no importa cuán sensata sea una persona; en algún momento ha de encontrarse con sus emociones. Me gustaría más definirla como una persona con “la conciencia intelectual” (Nietzsche, 1966: 51), que según Nietzsche, es algo de lo que la mayoría de los hombres carecen. Según el filósofo alemán, la mayor parte de los hombres no encuentran despreciable creer tal o cual cosa y vivir conforme a ella, sin haber adquirido conciencia previa de las razones últimas y seguras, a favor o en contra, y sin haberse tomado tampoco el trabajo de buscarlas. Pero Sara Guterman, no pertenece a esta “mayor parte”, sino que pertenece a un tipo de gente que nunca “tolera en sí sentimientos tibios respecto de la fe y del juicio” (Nietzsche, 51). Para ella, la necesidad de ser justa

con una mente serena es su más profundo deseo, y la esencia de existir. A saber, el *Kithcs* en la justicia no le funciona. Suele portarse con prudencia y contención, incluso a veces con una cierta indiferencia. Para demostrar mi punto de vista, me parece necesario realizar al menos un análisis desde dos aspectos: la simpatía y la compasión contenida de Sara Guterman y la conciencia de edad de Sara Guterman y su proceso de maduración.

#### **4.4.1: La simpatía y la compasión de Sara Guterman.**

Aparte de la defensa de la verdad y la justicia, una de las más básicas relaciones éticas entre las personas se refleja en el amor mutuo y la compasión. En la tradición moral, la compasión siempre ha ocupado un lugar bastante noble. Desde la antigüedad, muchos filósofos demuestran sus elogios hacia la compasión. Un ejemplo lo ofrece el filósofo inglés David Hume, quien toma la compasión como base de todo el sistema moral. Y otro gran pensador inglés, Adam Smith, en su famosa obra *Teoría de los sentimientos morales*, cree que la lástima y la compasión es un elemento evidente en la naturaleza humana. El significado de la compasión consiste en proporcionar la base para los comportamientos éticos mediante la preocupación mutua o la compasión hacia los demás. Es un factor de la cohesión entre los miembros de la sociedad. Evidentemente, Schopenhauer también está acuerdo con esta afirmación de Smith, incluso pone la compasión en un lugar más elevado: él la considera como uno de los tres motivos fundamentales de las acciones humanas<sup>69</sup>. Ya que la

---

<sup>69</sup> sólo hay tres móviles fundamentales de las acciones humanas y sólo mediante la excitación de los mismos actúan todos los posibles motivos. Son: a. Egoísmo, que quiere el propio placer (es limitado); b. Maldad, que quiere el dolor ajeno (llega hasta la crueldad más manifiesta); c. Compasión, que quiere el placer ajeno (llega hasta la nobleza y la magnanimidad).” (Schopenhauer, 1993: 210)

alabanza hacia la compasión nunca ha cesado, empero ¿qué es exactamente la compasión? Por supuesto, cada uno de estos filósofos que he mencionado arriba ya la ha definido a su manera, sin embargo, me gustaría citar una explicación de Kundera - en su novela *La insostenible levedad del ser*-, que es mucho más moderna e intenta ser más concreta y completa:

“Todos los idiomas derivados del latín forman la palabra <<compasión>> con el prefijo <<com>> y la palabra <<pasión>> que significaba originalmente <<padecimiento>>. Esta palabra se traduce a otros idiomas, por ejemplo, al checo, al polaco, al alemán, al sueco, mediante un sustantivo compuesto de un prefijo del mismo significado, seguido de la palabra <<sentimiento>>; [...] En los idiomas derivados del latín, la palabra <<compasión>> significa: no podemos mirar impertérritos el sufrimiento del otro; o: participamos de los sufrimientos de aquel que sufre.[...] En los idiomas que no forman la palabra <<compasión>> a partir de la raíz del <<padecimiento>>, sino del sustantivo <<sentimiento>>, estas palabras se utilizan aproximadamente en el mismo sentido, sin embargo es imposible afirmar que se refieran a un sentimiento secundario, malo. El secreto poder de su etimología ilumina la palabra con otra luz y le da un significado más amplio: tener compasión significa saber vivir con otro su desgracia, pero también sentir con él cualquier otro sentimiento: alegría, angustia, felicidad, dolor.” (Kundera 18-19).

Es decir, no son sólo estas circunstancias, incitadoras del dolor y el sufrimiento, las que provocan nuestra condolencia. Cualquiera que sea la pasión que proceda de un objeto, en la persona primariamente inquieta, brota una emoción análoga de todo atento espectador con sólo pensar en su situación. Según eso, incluso no se ve inadecuado, aunque se dice que la simpatía y la compasión presentan la nobleza de la naturaleza humana. En *Los informantes*, en cuanto a la compasión, parece que Vásquez tiene un punto de vista especial y más complicado. Generalmente se refleja en la conducta de Sara Guterman, sobre todo en la compasión de ella hacia los demás. Lo que me parece curioso

no es el objeto de la compasión de Sara, sino las diferentes actitudes de compasión hacia ellos, sobre todo del padre Santoro, el viejo Konrad y Margarita. A continuación, voy a analizarlas a través de los siguientes conceptos: A) una compasión contenida, inclinada hacia la indulgencia hacia Santoro padre, que es una persona mentirosa e hipócrita; B) una compasión contenida, inclinada hacia la indiferencia al viejo Konrad que es una lamentable víctima de las Listas Negras, un pobre abandonado por su mujer y propio hijo; C) dos diferencias actitudes de compasión: una oportunidad de enfrentar las deficiencias de su propia humanidad.

#### **4.4.1.1: La compasión hacia Santoro padre: la doble faz de la compasión.**

Después de escuchar Sara al mismo Santoro padre admitir: “yo maté al viejo, Sara. Yo les jodí la vida. Yo tengo la culpa de todo” (181), su reacción, por un lado, es separarse, esquivarle, y alejarse de él, porque “no me cabía en la cabeza que hubiera sido capaz de una cosa así” (252). Sin embargo, por otro lado, le entiende bien, e incluso afirma que “de pronto me sentí más cerca de él que de nadie más” (252). Según ella misma, esta mezcla, al mismo tiempo del desprecio y la comprensión le da miedo, un miedo que ella no sabe por qué exactamente y a lo mejor es el miedo de que “ella hubiera hecho lo mismo” (252) como hace Santoro padre, que es obviamente una traición.

Primero, no es difícil comprender que el desprecio y el alejamiento hacia Santoro padre, es debido a que éste ha cometido la maldad que merece el castigo más grave del mundo: la traición hacia los amigos. Segundo, la comprensión hacia Santoro padre, que es una conducta bastante ambivalente con la anterior, prácticamente es porque en la conducta de Santoro, Sara también se encuentra

con el reflejo de su propio ser e incluso eso le da una sensación de que a partir de este momento ellos dos están más cercanos que nunca. Esta comprensión de Sara, proveniente desde el fondo de su corazón le lleva hacia una compasión hacia Santoro padre, y a continuación hacia una indulgencia. Por lo tanto, durante los años previos de la delación de Angelina, aunque ella sabe en realidad cómo es Santoro, nunca ha pensado en romper la imagen falsa e hipócrita de Santoro padre, tanto en lo público como en lo privado, sino que ha intentado protegerle e incluso amarle (que podemos deducir por el cuidado con que atiende a Santoro padre después de que éste se somete a una operación cardiológica).

En mi opinión, esta actitud entre el desprecio y el amor de Sara, por un lado se puede explicar porque la gente suele ser más tolerante con su familia y con sus amigos. Entre Sara y Santoro padre, antes de la traición, existe una amistad muy profunda, de acuerdo con las propias palabras de Sara: “lo quería como a un hermano” (173). Después de la traición, lo confirma un comentario hecho por Santoro padre hacia ella: “Sara es mi hermana en la sombra” y “sin ella no hubiera sobrevivido ni una semana en este mundo de locos” (34). Podemos especular que, aunque ella desprecia lo que ha hecho Santoro, y por su propia cuenta se ha alejado de él, este alejamiento no es completo. Por otro lado, aparte de ese factor del amor mutuo, a través de esta conducta contradictoria de Sara, me parece que Vázquez quiere insinuarnos simbólicamente el hecho de que el hombre siempre intenta ocultar sus defectos morales. En gran medida, la compasión y el amor de Sara Guterman hacia Santoro padre, en realidad no es más que el reconocimiento sobre la parte inmoral de su propio ser, es el reflejo

de la lástima hacia sí misma e incluso de cierto narcisismo. En suma, a mi juicio, mediante esta mirada atenta de Vásquez sobre la actitud contradictoria de Sara hacia Santoro padre, el autor nos ha presentado la doble faz de la compasión: la compasión es la presentación de la indulgencia de la naturaleza humana, por un lado; pero también se puede interpretar como el reflejo de la lástima hacia sí mismo o el narcisismo del ser humano, por el otro.

#### **4.4.1.2: La compasión hacia el viejo Konrad: la espontaneidad de la compasión.**

En la novela notamos que la actitud de Sara hacia Konrad experimenta un cambio. Al principio, Sara no está acuerdo con la actitud que muestra Enrique cuando Konrad es llevado al Hotel Sabaneta, en Fusagasugá<sup>70</sup>. Y califica la conducta indiferente del hijo hacia su padre como una traición, “una cosa que sólo pasa en la Biblia” (140). Mientras tanto, ella comprende la compasión de su padre hacia Konrad cuando éste insiste en visitarle aunque sabe que todavía los judíos están políticamente en una situación de alta inestabilidad y peligro: “lo dejó su mujer, no es cualquier cosa. No nos vamos a hacer los de

---

<sup>70</sup> Fusagasugá es una población cercana a Bogotá, (aprox, 50 kms. hacia el sur) y en ella se organizó el principal lugar de reclusión de alemanes en la época de las “Listas Negras”. Dice Enrique Biermann Stolle en su estudio según lo que escribe en *Memoria de Min*, el Hotel Sabaneta fue el primer Campo de Concentración y actualmente todavía se puede contemplar las ruinas del que en otro tiempo fue el “Hotel Sabaneta”, a cinco minutos saliendo de Fusagasugá en dirección hacia Melgar.

“Me tocó poner en ejecución el Decreto 2643 de 1943, y al efecto, después de un detenido y cuidadoso examen de la situación de cada uno de los extranjeros de nacionalidad alemana y japonesa, decidí, de acuerdo con el Gobierno, proceder a abrir el primer Campo de Concentración en el Hotel Sabaneta, en el municipio de Fusagasugá. Este hotel fue escogido por ofrecer mayores ventajas que otros hoteles situados en el Departamento de Cundinamarca y cuyos propietarios fueron consultados y a quienes se les pidió enviaran los precios y condiciones en que cedería sus hoteles para destinarlos a campos de concentración.” (Stolle 162)

la vista gorda” (162), motivo que ocasiona el ofrecimiento de compañía a su padre para visitar a Konrad juntos. Según esto, podemos decir que la actitud de Sara sobre la reclusión del viejo Konrad, al principio, se llena de la simpatía. Sin embargo, después de esta visita, el asunto escapa al control de Sara y camina hacia otra vía. Para ella, esta visita, en vez de ser una visita que pueda ayudar más a Konrad, se convierte en un espectáculo terrible y lamentable. El viejo Konrad durante toda la visita se queja y llora como un niño, al tiempo que da muestra de su ironía e indignación, en palabras de Sara, “estaba Konrad vomitando su tragedia personal (168). Frente a la incesante queja de él, la compasión que antes sentía por Konrad, se esfuma poco a poco y se convierte en una amarga carga que al final se hace insoportable: “no hay nada más insoportable que oír desgracias que uno no ha solicitado” (168). Luego se despide de Konrad y nunca más volverá visitarle.

A mi juicio, este cambio de actitud en Sara es comprensible y principalmente es por dos causas: primero, la opinión de Sara hacia Konrad; y segundo, la manera en que Konrad expresa su sentimiento. Hay que analizar la primera causa desde el punto de vista del espectador. Como es bien sabido, la compasión ejerce su función a través de la imaginación, porque no tenemos la experiencia inmediata de lo que otros hombres sienten, solamente nos es posible hacernos cargo del modo en que están afectados, concibiendo lo que nosotros sentiríamos en una situación semejante. Sin embargo, lo que los demás sienten, jamás será igual a lo que nosotros sentimos, y la compasión nunca podrá ser idéntica a la pena primitiva. Eso ha sido señalado por Adam Smith en su *Teoría de los sentimientos morales*:

“Aun después de todo esto, las emociones del espectador estarán muy propensas a quedar cortas junto a la violencia de lo que experimenta el paciente. El hombre, si bien naturalmente inclinado a la simpatía, jamás logra concebir lo que a otro le acontece, con la misma viveza pasional que anima a la persona afecta. El cambio imaginario de situación en que se da la simpatía es sólo momentáneo” (Adam, 1997: 49).

Sara sí siente compasión por Konrad, pero esta compasión no es lo suficientemente fuerte y duradera como para soportar sus infinitas quejas. La causa de esta simpatía momentánea se basa en que Sara y Konrad, esencialmente, son dos tipos opuestos de personas. Konrad Deresser, en la novela, desde su presentación al principio hasta su suicidio a los 55 años, siempre ha sido un hombre tranquilo, incluso demasiado tranquilo hasta llegar a rozar cierta debilidad. Después de inmigrar a Colombia, la vida para él, sólo se puede calificar como: “dura”. Al llegar a Colombia, gracias a la ayuda de un amigo, (se refiere al padre de Sara Guterman), logra mantener su fábrica. Aunque en la novela, Sara califica esta ayuda ofrecida por su padre de “preferencias nacionalistas” o “solidaridad de inmigrante” (140). En mi opinión, Vásquez ya presenta una metáfora sobre la debilidad del viejo Konrad. Posteriormente se casa con una colombiana, Margarita, pero no puede obtener la felicidad que pensaba. A los ojos de su mujer: él es un hombre traicionado por el tiempo, porque “en lugar de devolverle a su marido la comodidad que todo el mundo siente en su propia tierra, y que un exiliado va ganando poco a poco, el tiempo se la había quitado a Konrad” (143). Con el paso del tiempo él no superó el corte de ruta que configura el idioma en su nuevo país: el idioma le ha prohibido la espontaneidad, la capacidad para reaccionar sin pensarlo, para hacer un chiste o fabricar una ironía, lo cual tiene como resultado que nunca llega a



tener una relación normal con un colombiano. Este hecho de que su dificultad para poder vivir normalmente en el país que lo ha seleccionado como nuevo país de destino, nos ofrece otra señal de su debilidad.

Mientras que Sara, es una mujer fuerte y valiente, como demuestra desde su infancia. Cuando su familia decide urgentemente salir de Alemania, es ella quien, con sólo trece años, se encarga de hacer el recorrido inverso hacia Hagen en tren para contar a sus parientes la noticia de que su familia se irá de Alemania. También es ella quien, siendo niña, al servir de intérprete para el presidente colombiano de aquel entonces, Eduardo Santos, obtiene el permiso para su familia de poder abrir un hotel en Colombia<sup>71</sup>, lo que cambia el destino de toda su familia en este país. Y con sólo veinte años, ella se ha convertido en un ser indispensable para el hotel de su padre. Para una persona fuerte como Sara, es difícil llegar a sentir una compasión total hacia un hombre débil y cobarde como Konrad. Eso lo podemos advertir con sólo ver estas frases de Sara como: “verlo era patético por su falta de coraje” (168), “¿qué hubiera hecho con el débil de su marido?” (169) “El viejo fue uno de los que no pudo. No lo logró, así es el mundo, se divide entre los que sí y los que no” (170). Por lo tanto, en esencia, por un lado, la simpatía momentánea de Sara hacia Konrad no es porque a ella le falte la paciencia de escuchar “la tragedia personal” de Konrad, sino

---

<sup>71</sup> Según la medida política de los años cuarenta en Colombia, *los extranjeros no podían ejercer, sin previa autorización, oficios distintos a los que habían declarado al entrar al país*. El oficio declarado al entrar a Colombia, para la familia Guterman es montar una fábrica de quesos en Duitama. Sin embargo, cuando Sara le sirvió de intérprete a Eduardo Santos y se le quejó de que ellos estaban cansados de ir de casa en casa, la respuesta de Eduardo Santos es: “*pues monten un hotel*”, “*así serán ustedes los que desalojen a los demás*”, “*Ah, por eso no es preocupe. De los permisos me encargo yo*”. Y así un años después, vendieron la fábrica de quesos con ganancias generosas y abrieron en Duitama el Hotel Pensión Nueva Europa. *Un hotel a cuya inauguración asistiera el presidente de la República estaba destinando a una carrera de éxito* (Vásquez, 2008:37, cursivas en original).

porque ella le califica en el fondo de su corazón de pusilánime y débil. En algún sentido, la excesiva tristeza y queja de Konrad le impacienta a Sara e incluso le ofende, ella considera que las desgracias de Konrad no le impresionan al pensarlas tanto como si fueran suyas. En suma, aunque Sara no es una persona a la que le falte compasión, la diferencia carácter entre ella y Konrad obstaculiza la compasión. Por otro lado, aún analizamos desde la perspectiva de la persona afectada. Con el fin de producirse la concordancia entre la persona afectada y el espectador, Smith ha dado énfasis que la persona afectada también necesita pensar en el lugar del que le escucha:

“La naturaleza enseña a la persona afectada a asumir hasta cierto punto las circunstancias de los espectadores, del mismo modo que enseña a éstos a asumir al de aquélla. Así como los espectadores constantemente se ponen en la situación del paciente para poder concebir emociones semejantes a las de éste, así el paciente constantemente se pone en la de aquellos para concebir cierta frialdad con que miran su suerte.”(Adam, 1997: 53)

Y eso es justamente lo que le falta Konrad frente a Sara Guterman. Durante toda la visita, él, como persona afectada nunca ha tenido en cuenta que también necesita ponerse en el lugar de Sara: el lugar del espectador. Lo que él hace es importunar a todo el mundo con su tragedia personal, en palabras de Sara: con “su cantaleta insoportable” y además ya “no había manera de que se callara ni un segundo, ni de que viera a un desconocido, sin echársele encima a contarle sus penas y a convencerlo de su inocencia” (165). Esta situación nos muestra que frente a su destino lamentable y su sufrimiento, el viejo Konrad no sólo ha perdido su paz, sino que por desgracia ha perdido su habilidad en la sociedad y en la conversación, que son la mejor salvaguardia para la satisfacción interna y la alegría. La consecuencia de que Konrad no usa la manera adecuada

para expresar su sentimiento, no sólo tiene como resultado el fracaso de obtener la concordancia, aún más es posible dirigir a los demás hacia la anulación de la compasión. A mi parecer, mediante este cambio de actitud de Sara hacia el viejo Konrad, tal vez nos quiera Vásquez transmitir esta filosofía: los hombres retraídos y abstraídos que propenden encerrarse en sus penas o resentimientos, no logran una compasión completa y duradera. Al mismo tiempo nos advierte de la importancia en el autocontrol de sí mismo y del uso de la prudencia no importa en cuál circunstancia.

#### **4.4.1.3: Dos diferentes actitudes de compasión: una crítica aguda sobre la política.**

Margarita, después del esfuerzo por sacar a su marido de las Listas Negras y con resultado negativo, deja un recado y se va de la casa sin despedirse. En este momento, el lector se compadece de Konrad por el abandono de Margarita. Sin embargo, a lo largo de la novela, Sara siente una gran compasión hacia Margarita en contra de las opiniones públicas. En cierta ocasión, al hablar de la conducta de Margarita al dejar su familia, Sara dijo: “te confieso que yo hubiera hecho lo mismo. Estoy segura. Uno no tiene por qué esperar a que las cosas se arreglen, porque eso puede demorar un año pero también veinte” (163); aún más, al escuchar a los demás dudar sobre la moralidad de Margarita, ella la defiende a pie juntillas:

“No me vengan a hablar de la responsabilidad de Margarita, nada de eso. Ciertamente, ella dejó tirada a su familia, y cierto, de alguna manera el suicidio del viejo tiene algo que ver con ella. Pero alcanzó a vivir, ¿no? ¿O es que uno se casa para ser tutor de los más débiles? Margarita tuvo una segunda vida, como decía tu papá y

ésta sí le salió bien. Con hijos, con nietos. Supongo que eso le gustaría a todo el mundo” (170).

Desde mi perspectiva, esta compasión hacia Margarita puede encontrar su punto de partida en estas palabras: “yo hubiera hecho lo mismo”, sin embargo, este “hubiera hecho lo mismo” es diferente al “hubiera hecho lo mismo” que ha aparecido en la primera parte del análisis sobre la compasión hacia Santoro padre. Allí, la compasión hacia Santoro padre, en gran medida, es una demostración de la lástima hacia sí mismo. Es ceder frente a la inseguridad por el defecto dentro de su propia naturaleza. Mientras que, la compasión hacia Margarita, es segura. De hecho, es una comprensión hacia el amor propio de la naturaleza del hombre. En *Teoría de los sentimientos morales*, Adam Smith llama egoísta al que procede por el deseo y el impulso de la existencia, y busca la salud y el bienestar tanto como el amor propio. Él señala que los motivos que dominan la acción humana tienen como origen el amor propio, la compasión, el deseo por la búsqueda de la libertad, la justicia, los hábitos del trabajo y las tendencias de cambio. La naturaleza del amor propio siempre debe ir acompañada por la compasión. Por un lado, en esencia, el hombre es egoísta y casi siempre busca su interés personal bajo la guía del amor propio, por lo cual influye e incluso impide que la compasión desempeñe su papel y ejerza su función. Pero, por otro lado, la función social del amor propio no se puede negar. El mundo no funciona bien con sólo tener una base y un soporte unilateral. El amor propio también es una parte de la naturaleza del hombre, que nunca se puede confundir con el egoísmo (Adam, 1997). En el caso de Margarita, nadie tiene derecho de exigirle que ella tenga una moralidad perfecta. Sara

ofrece su compasión a Margarita, cuando todo el mundo sospecha de ella, precisamente, porque Sara ha reflexionado sobre este asunto a fondo y lo ha enfrentado con seriedad y prudencia: primero, porque Margarita ha hecho casi todo lo que puede para ayudar a su marido, que es débil y cobarde. Aunque no llega a funcionar bien, ella ya no tiene obligación de ayudarle más; segundo, nadie tiene derecho de exigir al otro ser perfecto en la moralidad. La gente que suele criticar a los demás poniéndose a sí misma como autoridad moral no siempre posee la moralidad encomiable ni elogiabile.

La compasión de Sara hacia Margarita, hacia una mujer que abandona a la familia en el momento de crisis me hace recordar la actitud totalmente distinta de Sara hacia otra mujer, la señora Lehder, pero que en el fondo comparte un carácter semejante con ésta. Una vez, Santoro hijo le pregunta a Sara si se arrepiente de algo en su vida. Sara nos cuenta una historia breve en la época de las Listas Negras: después de que el marido de la señora Lehder fue recluido en el Hotel Sananeta, ella vino a buscarle para pedir ayuda, y le suplicó que le dejara sentarse a oír la radio para lograr noticias sobre su hijo que estaba luchando en la batalla de Leningrado, pero ella se negó a hacer a la señora Lehder ningún favor. Y años más tarde al pensar en este asunto de nuevo, dice:

“Me importaba un carajo el soldadito y también la vieja Lehder. Pero lo más grave no es eso. Lo más grave es que hoy tampoco la ayudaría. Me preguntas si me arrepiento de algo y pienso en eso, pero la manera de repararlo, hoy, sería que no hubiera ocurrido. No había otra manera. Porque si ocurriera otra vez, yo haría lo mismo. Sí, no le pensaría dos veces. Es terrible, pero es así” (84).

Podemos decir que la compasión hacia Margarita es porque Sara comprende cuán normal es que la gente haga las cosas guiada por el amor propio, sobre todo en los años cuarenta en Colombia, en esta época especial que todo el mundo vive con miedo e inquietud. Igual que Margarita, la negación de Sara de ayudar a la señora Lehder también es impulsada totalmente por la necesidad de protegerse a sí misma. Y tanto la actitud de Margarita hacia su familia como la de Sara hacia la señora Lehder, en esencia son comportamientos que sitúan a sus propios intereses por encima de los del otro. Eso es una cuestión moral que se ha discutido desde hace mucho tiempo, sobre si uno debe amarse a sí mismo más que a cualquier otro. Según la opinión de Aristóteles, hay dos tipos de amor a sí mismo: “el amante verdadero de sí mismo” y “el amante censurado de sí mismo” (Aristóteles, 2001:211)<sup>72</sup>. Entre ellos, sólo el amor a sí mismo con el fin de alcanzar la virtud es bueno, y el otro es reprobable. Además, según la doctrina estoica, existe la función razonable del amor propio, pero nuestro propio interés siempre debe ser considerado como parte del interés del conjunto, cuya prosperidad debería ser no sólo nuestro principal sino nuestro

---

<sup>72</sup> Estos dos tipos se ven en “El amor a sí mismo” de *Ética Nicomáquea*: “será un amante de sí mismo en el más alto grado, pero de otra índole que el que es censurado, y diferirá de éste tanto cuanto el vivir de acuerdo con la razón difiere del vivir de acuerdo con las pasiones, y el desear lo que es noble difiere del deseo de lo que parece útil.” (Aristóteles, 2001:211)

Los primeros son los que se afanan en hacer lo que es justo, prudente o cualquier otra cosa de acuerdo con la virtud, y generalmente por “salvaguardar para sí mismo lo noble” (2001:210). Es decir, los hombres que siempre toman para sí mismos los bienes más nobles y mejores, son los más amantes de sí mismos. Mientras que el amante censurado o egoísta, son estos hombres que participan en riquezas, honores, placeres corporales y las cosas que procuran complacer sus deseos, y, en general, sus pasiones y la parte irracional del alma, en una medida mayor de la que corresponde. Así son la mayor parte de los hombres, de ahí que la denominación haya recibido un significado de algo que, en su mayor parte, es malo. Justamente, pues, se reprocha a los que son amantes de sí mismos en este sentido. (Aristóteles, 2001)

único objeto de deseo.<sup>73</sup> Es decir que la conducta de actuar sólo por el propio interés es totalmente contraria a la doctrina moral en el pensamiento estoico.

Ahora volvemos sobre la conducta de Margarita y la actitud de Sara hacia la señora Lehder. En el sentido moral, en primer lugar, no están impulsadas por una actitud noble, en segundo lugar, tampoco tratan de lograr el interés del conjunto, sino que son la demostración de la indiferencia, y de la falsa benevolencia. Por lo tanto, son reprobables. Pero, en el sentido de la voluntad, Aristóteles afirma que: “en algunos casos, un hombre, si bien no es alabado, es con todo perdonado: <tal sucede> cuando uno hace lo que no debe por causas que sobrepasan la naturaleza humana y que nadie podía soportar” (2001: 56). En mi opinión, eso justamente se puede aplicar para explicar el caso de Margarita y Sara. Y ¿en qué caso? ¿Qué son sus “causas que sobrepasan la naturaleza humana”? A través de esta reflexión de Sara Guterman hacia Margarita y la señora Lehder, Vásquez nos ha dado una respuesta: el peso y la sombra que ha traído la política enfermiza de los años cuarenta sobre los colombianos. Es tan claro que en la novela, el autor no intenta justificar la moralidad de nadie, ya que todo el mundo, sea como fuera (Santoro padre,

---

<sup>73</sup> Un punto de vista principal de la doctrina estoica afirma: “Como todos los acontecimientos del mundo eran dirigidos por la providencia de un Dios sabio, omnipotente y bondadoso, teníamos la seguridad de que todo lo que pudiese ocurrir tendía a la prosperidad y perfección del conjunto. Así, si nosotros estábamos sumidos en la pobreza, la enfermedad o cualquier otra calamidad, debíamos ante todo realizar el máximo esfuerzo de que fuésemos capaces para rescatarnos a nosotros mismos de tan desagradable contexto. Pero si después de todo lo que pudiésemos hacer veíamos que era imposible, debíamos quedarnos contentos porque el orden y la perfección del universo requerían que en ese momento nosotros continuásemos en tal situación. Y como incluso para nosotros la prosperidad del conjunto debería ser preferible a una parte tan insignificante como nosotros, cualquiera fuese nuestra situación debería desde ese instante transformarse en objeto de nuestro aprecio, si íbamos a mantener la completa propiedad y rectitud de sentimiento y proceder en que radicaba la perfección de nuestra naturaleza” (Smith, 1997: 474).

Conrad Derreser, Margarita), tiene una vida invadida por la gran fuerza histórica y política. A saber, bajo tal contexto social y político, es difícil simplemente clasificarles como víctimas y victimarios. Lo que quiere expresar el autor colombiano a través de Sara Guterman, es una crítica aguda hacia los años cuarenta, y sobre todo hacia sus medidas políticas que se enfrentan a sus limitaciones morales, porque en esta época enfermiza políticamente parece que el único criterio para definir qué es moral y qué es inmoral ya deja de existir sin ambigüedad. Una persona que selecciona ser prudente frente al posible peligro o al posible malestar supone que ha de portarse cruel e indiferentemente hacia el dolor y el sufrimiento de los demás. ¡Que terrible vivir en una época en la cual la prudencia y la bondad es incompatible! Sara nunca es una persona indiferente y cruel, pero una época enfermiza le obliga a convertirse en una persona cínica frente al dolor de los demás porque en tales situaciones políticas y sociales el principal interés siempre es cómo poder vivir para auto protegerse. Eso nos demuestra una actitud sobre la compasión del autor de *Los informantes*: respeta la voluntad privada del propio interés y simpatiza con la debilidad humana.

#### **4.4.2: La conciencia de edad de Sara Guterman y su proceso de maduración.**

En occidente, el estudio sobre los caracteres en relación con la edad se puede remontar hasta Aristóteles. En el segundo capítulo de *Retórica*, Aristóteles señala que los diferentes caracteres están relacionados con “las pasiones, los modos de ser, las edades y la fortuna” (Aristóteles 750). Aristóteles considera que los jóvenes son enérgicos y generosos, mientras que los ancianos son meticulosos y egoístas. Y los que se hallan en la madurez, tienen un talante



intermedio entre los dos anteriores, sin demasiada confianza y demasiado miedo, sin ser crédulos en todo ni totalmente incrédulos. Ellos poseen reunidos los caracteres que se encuentran entre la juventud y la vejez y “cuanto aquéllas tienen de exceso o de carencia, lo tiene ésta en la justa medida. El cuerpo está en la madurez de los treinta a los treinta y cinco años, y el alma llega a ella alrededor de los cuarenta y nueve” (Aristóteles 759). Mientras que, en oriente, el estudio sobre la madurez del carácter en relación con la edad se puede remontar hasta Confucio. En *Analectas de Confucio*, dice Confucio: “a los quince años puse mi corazón en el aprendizaje. A los treinta años, yo había plantado los pies firmes en el suelo. A los cuarenta, ya no sufría de perplejidades. A los cincuenta, yo sabía lo que eran las licitaciones de los Cielos. A los sesenta, los oí con el oído dócil, a los setenta años, yo podría seguir los dictados de mi corazón, por lo que ya no deseaba sobrepasar los límites de la razón” (Waley 1938).<sup>74</sup> En esta frase Confucio nos cuenta su proceso de aprendizaje y de auto cultivación. Con el avance del tiempo el pensamiento del hombre va madurando y profundizando poco a poco. Se puede decir que en gran medida encaja con el pensamiento occidental, aunque la división por edades es un tanto controvertida, ambos han sugerido que el carácter se desarrolla con la edad y hay una edad de maduración psicológica.

En la mayoría de las novelas de Vásquez, desde Sara Guterman en *Los informantes*, José Altamirano en *Historia secreta de Costaguana*, hasta Ricardo

---

<sup>74</sup> La traducción en español es mía. La traducción original en inglés es: “The Master said, at fifteen I set my heart upon learning. At thirty, I had planted my feet firm upon the ground. At forty, I no longer suffered from perplexities. At fifty, I knew what were the biddings of Heaven. At sixty, I heard them with docile ear. At seventy, I could follow the dictates of my own heart; for what I desired no longer overstepped the boundaries of right.” (Waley, 1938)

Laverde en *El ruido de las cosas al caer*, la huella de la maduración psicología de los personajes siempre es grave. Dado que un tipo de fricción o un encuentro entre la generación de los padres y la de los hijos siempre tiene lugar como un elemento crucial en todas las novelas después de *Los informantes*. Vásquez aclara:

“Escribo siempre sobre lo que me interesa a un nivel emocional, personal, moral. Nunca he podido escribir sobre temas abstractos, que no me toquen. Al escribir *Los informantes* yo todavía no tenía hijos, entonces era una investigación más hacia arriba, hacia el padre. En *Costaguana* empezó a buscar y en *El Ruido* y *Las reputaciones* ya es una exploración que va más hacia abajo, del padre hacia los hijos. Ambas novelas están llenas de relaciones padre-hija. Creo que en el fondo toda literatura es autobiografía, y yo escribo de manera muy directa sobre lo que me preocupa” (Vásquez, *Letras Libres*: 2014).

En sus novelas, el encuentro de dos generaciones perennemente concede una posibilidad para que los jóvenes experimenten y comprendan la vida, y a la vez, los mayores recuerden y reflexionen sobre su existencia. Debido a este carácter, me parece que no es nada exagerado calificar a las novelas de Vásquez con la etiqueta de “novela de aprendizaje” o “novela de educación”, que es un tipo de novela que enfatiza las descripciones del crecimiento mental de los personajes. Este tipo de novela ha sido muy popular en el siglo XIX en toda Europa continental, tales como, *El molino del Floss* de George Eliot, *Grandes esperanzas* de Charles Dickens, *Juventud y la línea de sombra* del ídolo de literatura de Vásquez- Joseph Konrad- y *La montaña mágica* de Thomas Mann, un escritor muy admirado por Joseph Konrad. Todas pueden calificarse como modelo de “novela de aprendizaje”. Entre ellas, la mayoría de los temas están vinculando la relación entre el proceso de cambio de la mentalidad y la edad y

los personajes que normalmente caminan hacia su maduración después de experimentar la prueba de la crisis moral o psicológica en su proceso de crecimiento.

La novela de Vásquez ha demostrado su atención sobre la relación entre el carácter y la edad de los personajes. Pero en comparación con la “novela de aprendizaje” en el sentido tradicional, que primero describe la infancia del personaje niño y luego su esfuerzo en la adolescencia y la juventud, y que al final describe cómo el personaje comprende la vida y camina hacia su maduración, la forma presentada por parte de Vásquez se enfoca en describir la edad y el proceso de maduración de un personaje de forma mucho más indirecta y sutil. En *Los informantes*, basado en la técnica narrativa de Joseph Conrad que ha sido aplicado en *Juventud* (a través del recuerdo de Marlow de mediana edad sobre una historia de su juventud)<sup>75</sup>, mediante el recuerdo de Sara Guterman anciana que reflexiona sobre la historia de su juventud, nos presenta Vásquez una comparación del cambio psicológico y mental desde Sara niña hasta Sara anciana. Entre ello, hay dos aspectos que merecen mencionar particularmente: primero: el pensamiento universal detrás del pesimismo de Sara Guterman; segundo, la aceptación de su identidad del inmigrante.

---

<sup>75</sup> En el comienzo de *Juventud* de Conrad, el narrador, Marlow de edad mediana, narra su historia a través de un recuerdo. Se puede citar: “Yes, I have seen a little of the Eastern seas; but what I remember best is my first voyage there. You fellows know there are those voyages that seem ordered for the illustration of life, that might stand for a symbol of existence. You fight, work, sweat, nearly kill yourself, sometimes do kill yourself, trying to accomplish something – and you can’t. Not from any fault of yours. You simply can do nothing, neither great nor little- not a thing in the world – not even marry an old maid, or get a wretched 600- ton cargo of coal to its port of destination.” (Conrad, 2009)

#### **4.4.2.1: El pensamiento universal detrás del pesimismo de Sara Guterman.**

En el tercer capítulo de la novela: “La vida según Sara Guterman”, el narrador de la novela ejecuta una prolepsis hacia Sara Guterman anciana. La memoria hace su aparición en este capítulo, cuando la narradora, Sara dice “hay un momento en que ya no estamos para revisiones. Ya yo no estoy para revisiones”(56), esta indisponibilidad hacia la revisión nos demuestra su deseo de mantener su estado, lo cual precisamente encaja con lo que escribe Aristóteles: “no desean cosas grandes ni extraordinarias, sino lo imprescindible para vivir” (Aristóteles 756); y luego según el autor de Retórica, a causa de los engaños padecidos, una gran característica de los ancianos es la falta de seguridad, por lo tanto ellos “en nada ponen seguridad y a todo prestan menos empeño de lo que deben” (Aristóteles 755). Y este carácter también se puede encontrar si recordamos la voz cansada y triste de Sara en *Los informantes*: “Lo salvaje no es nacer, eso es psicoanálisis para principiantes. [...] Lo salvaje es que te dejan llegar al convencimiento de que sabes cómo funcionan las cosas” (145), pero un día se acaba la seguridad, y te dicen “nada de eso, señorita, usted no sabe un pepino” (145).

Muy parecida a la voz de Marlow, el narrador de mediana edad en *Juventud* del escritor inglés, de origen polaco, Sara Guterman anciana, igualmente, usa un tono lleno de desilusión, y nos cuenta la historia de su juventud, que está acumulando polvo en las profundidades de la memoria. En este proceso, parece que la pequeña niña que se llenaba de energía, tenía miedo de pocas cosas, y se esforzaba por mejorar su vida en Colombia, ya ha desaparecido. Quien la sustituye es una anciana que lamenta la permanencia y la

transitoriedad de la vida con un tono pesimista y desilusionado: “uno a esa edad se da cuenta de que todo lo que le han dicho hasta ahora es pura paja, que el mundo es otra vaina bien distinta” (145). No obstante, lo que Vásquez quiere discutir no es lo conveniente o no de este sentimiento desilusionado de Sara Guterman anciana, sino qué causa ha producido este cambio psicológico.

Antes de hablar del asunto de que el viejo Konrad ha sido incluido en las Listas Negras; aparentemente, en cuanto a la lista, Sara comenta positivamente: “a mí una lista siempre me ha apasionado” (137), y luego piensa asociándola con el diccionario:

“La sensación de tranquilidad que eso de da, la sensación de que hay un orden en el mundo. O por lo menos de que el orden se puede poner. Tú coges el caos de un hotel, por ejemplo, y lo pones en una lista. No me importa si es una lista de cosas que hacer, de huéspedes, de nómina. *Ahí está todo lo que tiene que estar y lo que no esté es porque no debía estar.* Y uno respira tranquilo, uno queda seguro de haber hecho las cosas como son. El control. Eso es lo que tienes cuando haces una lista: el control absoluto.” (137)

Empero, no es difícil notar la ironía de Sara tras estas palabras. Primero, la sensación de orden que nos iba a dar una lista, paradójicamente, está dañada por una lista en la que se llena de nombres de los sospechosos del simpatizante nazi. Luego, la tranquilidad que nos iba a dar una lista, se sustituye por el miedo y la inquietud que nos causa una política sin justicia como base. No hay ningún principio ni criterio para redactar las Listas Negras: “ahí está todo lo que tiene que estar y lo que no esté porque no debería estar”, pero aún más produce un sentimiento de pérdida de control sobre su vida tanto para los colombianos como para los emigrantes alemanes-judíos. Esta pérdida de control, por un lado, agita

a la gente; por el otro también muestra que frente a la gran Historia, siendo animal político, el hombre fácilmente es atrapado en su corriente turbulenta y oscura y el poder individual es impotente frente a la fuerza colectiva de la gran Historia. Sara Guterman, sólo es una de los miles de víctimas que han sufrido por el gran acontecimiento histórico y social: el antisemitismo internacional en los años cuarenta del siglo XX. Y lo que ha traído este desastre hecho por el hombre, es una mudanza que han tenido que efectuar cruzando el océano, lo que según Luz Mary Giraldo, estudiosa colombiana, es una experiencia de “estar expuesto a la inseguridad” (Giraldo 117), la pérdida de amigos, el sentimiento de la falta de protección, y la incomodidad de enfrentar la debilidad del ser humano, etc. Todo eso deprime a la enérgica y optimista Sara Guterman, y con el tiempo la convierte en una persona mayor, tanto física como mentalmente.

En el ensayo que analiza la obra maestra, *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad, Vásquez ha mencionado que en 1981 Conrad escribió a Barrett Clark diciendo: “todas las grandes creaciones de la literatura han sido simbólicas, y de esa forma han ganado en complejidad, en poder, en profundidad y en belleza” (Cfr. en Vásquez, 2009: 56). Palabras que pueden ser aplicadas a *Los informantes*, tampoco debemos sentirnos obligados, si lo hacemos, a tratar de descubrir qué simboliza la novela. Y, sin embargo, una posible manera de leerla es hacer un inventario de las veces que las palabras *orden* y *desorden*, o los adjetivos que se les relacionan, aparecen en la novela. Todos los personajes en la novela tienen un afán vinculado de una manera u otra con el *orden*. Por ejemplo, Santoro hijo desea “ponerle un orden sobre el papel” (32); y Santoro padre, frente a su hijo que viene a pedir explicaciones sobre la crítica

destructiva, se advierte “un desorden interno” (72) asociado a su comportamiento. Para ellos dos, el deseo de obtener un orden aún se queda en el plano privado. Empero, para Sara Guterman, después de experimentar el sufrimiento y el horror en sí misma, su afán por lograr el orden y el control de la vida ya se realiza en un plano mucho más amplio, hacia a todo el mundo. Varias veces se preocupa por ello y se pregunta:

“¿A quién había que sobornar para que el mundo se quedara quieto ahí, cuando todos estábamos bien, cuando cada uno parecía haber sobrevivido a las cosas de la vida que le habían tocado en suerte? ¿A quién había que pedir esta palanca? ¿O sería que esa palanca también esta gastada?” (174)

Este deseo de Sara de poder controlar la vida, por un lado, nos transmite una tristeza, una desilusión, mientras que por el otro, también nos proporciona una perspectiva llena de atención hacia los individuos en el conflicto entre lo individual y lo colectivo. Sara sabe cuan débil es el poder del individuo frente la fuerza colectiva, y lo admite y lo acepta con un profundo sentimiento de impotencia. Pero, aún después de sufrir tanto en este mundo lleno de maldad, hay una cosa que ella sigue queriendo proclamar: el amor y la protección mutua entre cada individuo. Veamos que cuando se lamenta de que “nadie capta la importancia de lo que pasa al mismo tiempo que le está pasando” (136), dice Sara Guterman anciana:

“Si se me apareciera un genio con lo de los deseos, yo pediría ése, saber reconocer las cosas que van a ser importantes después. No para el resto de la gente, eso es fácil. Todos sabíamos que lo de Gaitán <sup>76</sup>era definitivo. Cuando lo mataron, todos sabíamos que

---

<sup>76</sup> Jorge Eliécer Gaitán Ayala (1903- 1948) fue un político y jurista colombiano, Alcalde de Bogotá en 1936, Ministro (Educación en 1940 y Trabajo en 1944), Congresista (varios períodos

ese país no se iba a reponer nunca. No, con las cosas públicas es distinto, a mí me gustaría reconocer las que le pasan a uno, esa frase de tu mejor amigo, esa cosa que uno ve sin querer, uno no sabe que eso es importante, a mí me gustaría saberlo.” (136)

En otros términos, en el caso de que la gente no pueda mantener la protección mutua entre sí, ella desea poder encontrar la clave del asunto para evitar posibles daños a la gente, pero no a un nivel social y político, sino particular y privado. En mi opinión, eso es una actitud de benevolencia hacia todo el mundo basado en la experiencia del sufrimiento personal. En el sentido moral, es la demostración de la compasión suprema: no quiero que sufráis por lo mismo que he sufrido. En *Analectas* de Confucio, en respuesta a la pregunta “¿Hay algún valor de acuerdo con el cual pueda actuarse a lo largo de la vida?”, Confucio respondió: “El dicho acerca de la consideración: Nunca obres con los demás lo que no quieras que obren contigo” (15:23). Pensamiento semejante también se encuentra en *Evangelio*, “Por tanto, todas aquellas cosas que quisierais que los hombres os hagan, obradlas asimismo con ellos: pues ésta es la ley y los profetas” (Biblia, Mateo 7:12). Además, uno de los principios fundamentales de la vida judía es “Ama a tu prójimo como a ti mismo” (La Torah, Levítico 19:18). Por ende, se puede considerar que detrás de la actitud de

---

desde 1929 a 1948) y candidato disidente del Partido Liberal a la Presidencia de la República para el período 1946-1950. En 9 de abril de 1948, hacia la una de la tarde, cuando salía del edificio donde trabajaba, fue muerto a balazos, en presencia de algunos de sus amigos, por un pálido joven llamado Juan Roa Sierra. Su muerte produjo enormes protestas populares conocidas como El Bogotazo. El Bogotazo fue un episodio de violencia, desorden y represión en el centro de Bogotá, que siguieron al asesinato de Gaitán. Se considera como uno de los primeros actos urbanos de la época conocida como La Violencia y es uno de los hechos más relevantes del siglo XX en la historia de Colombia. Eso también se refleja en el campo de literatura, en el cual las novelas que intentan dar cuenta de ese episodio, en un alarde de originalidad e imaginación, son conocidas como Novelas de la Violencia.



Sara Guterman existe una ética universal, la ética de la reciprocidad: tratar a los demás como te gustaría ser tratado. Aparentemente, este deseo de Sara de “encontrar la llave clave del asunto para evitar los posibles daños a la gente” consiste en una preocupación sobre la atención individual, sin embargo, desde mi perspectiva, en esencia, el autor nos proporciona una idea universal, un deseo bonito sobre cómo llevar a cabo la construcción de una sociedad armoniosa. Este pensamiento moral para el bien de los demás, por un lado, presenta el anhelo humano hacia las buenas relaciones; por el otro, también puede servir del lubricante para conseguir una sociedad llena de armonía y prosperidad.

#### **4.4.2.2: Reflexiones éticas detrás de la inmigración de Sara Guterman.**

En las últimas décadas, la emigración ha generado una literatura tanto documental y testimonial como de ficción, en la que se manifiesta un estado de alarma y desarraigo. Según Luz Mary Giraldo, este tipo de literatura transmite una “sensación de caída y perplejidad frente a las posibilidades que se cierran o se abren a nuevos aprendizajes en un lugar desconocido que hace desear y evocar lo perdido o abandonado” (Giraldo 20). En algunos casos, desde diferentes disciplinas, la emigración o el desplazamiento son considerados sinónimos de éxodo, exilio y destierro. Exiliarse y desplazarse – afirma Edward W. Said – es experimentar “la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza” (Said 179).

Bajo la acepción del inmigrante que define y construye nuevos sujetos, la experiencia latinoamericana ha sido pródiga en ejemplos de migración en esa vía de exilio y destierro. Sobre todo, aparecen algunas obras referidas a migraciones

de alemanes o polacos a causa de las Guerras Mundiales, reflejadas en la narrativa hispanoamericana desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente. Entre ellas existe un cierto *corpus* de la narrativa colombiana que permite acercarnos a algunas sociedades desconocidas en su contexto histórico bélico y sangriento y analizar el tema de los inmigrantes y sus distintas manifestaciones en relación con la historia, el exilio, la identidad y la transculturalidad. *Los informantes* (2004) de nuestro escritor es un buen ejemplo dentro de este *corpus*. Además, aún se pueden enumerar otras, por ejemplo, *Los elegidos* (1953) de Alfonso López Michelsen, una historia sobre B.K, un alemán perseguido y exiliado después de la Segunda Guerra Mundial, que elige Bogotá y el núcleo de la burguesía capitalista para vivir. *El jardín de las Weismann* (1982) de Jorge Eliécer Pardo, que narra la experiencia de unas mujeres alemanas que han inmigrado a Colombia. Algunas de ellas sufren los años de la violencia rural y partidista de Colombia, mientras que otras conocen los efectos de las Guerras Mundiales y la persecución de los judíos. En *rumor del astracán* (1991) de Azriel Bibliowicz, el relato se desarrolla en dos direcciones bajo el espacio temporal comprendido entre finales del siglo XIX hasta el primer tercio del XX: una se inicia en las peripecias del viaje del europeo a Colombia; otra se detiene en las características de la cultura y del pueblo judío y muestra sus convicciones religiosas, sus tradiciones y creencias, sus costumbres y hábitos festivos y alimenticios. En *El Salmo de Kaplan* de Marco Schwartz, ganadora del Premio Norma de Novela 2015, la historia se desarrolla en torno a Jacobo Kaplan, que pertenece a una comunidad judía asentada en lugar del Caribe. Ha logrado “construir una familia en la que hijos y nietos le revelan variación en las costumbres y los principios” (Giraldo 120). Y al final de su vida, siente la

urgencia de hacer justicia a los antisemitas al creer que ha encontrado la oportunidad de delatar a un jerarca nazi causante de los crímenes cometidos contra los judíos. Según las palabras de Giraldo, es un relato que se inicia “en la presentación del personaje perplejo ante la decadencia de costumbres en su comunidad y familia ya en tercera generación, y luego se fortalece con la posible existencia del individuo al que querría desenmascarar” (Giraldo, 120).

La principal diferencia entre *Los informantes* y las novelas mencionadas arriba, consiste en que la exploración sobre el tema de los inmigrantes, en la novela estudiada, tiene un carácter tangencial en comparación con las otras citadas. Es decir, no se extiende en describir cómo es la vida de los inmigrantes en Colombia, ni el choque cultural entre la comunidad alemana y la colombiana, ni pone el acento en la angustia frente a la pérdida de la identidad alemana, ni la incomodidad frente al aprendizaje de un nuevo idioma en un nuevo mundo tan distinto. No obstante, todos estos aspectos han sido presentados a través de la autonarración y las reflexiones privadas de Sara Guterman y, dispersamente, se ven instalados a lo largo de la novela.

Referente a este tema de la inmigración, Juan Antonio Cebrián de Miguel, dijo en VII Jornadas del voluntario: La inmigración, campo de solidaridad: “si la migración es un acto de hombre, la inmigración es un fenómeno ético. Sin libertad, no existe acto humano propiamente dicho” (J.A. Cebrián 38). Luego propuso un tipo de clasificación de la inmigración. En su opinión, en el momento en que la inmigración no está impulsada por la voluntad propia de una persona, sino más por causas políticas, sociales y colectivas, entonces constituye una inmigración forzada. Pero las causas de la inmigración se refieren tanto a los

protagonistas de la misma como a los espectadores de ese fenómeno. Por eso la inmigración es un hecho humano, “con repercusiones sociales, resultante de muchas libertades, o de todas las libertades posibles” (J.A. Cebrían 39), pues se trata de una inmigración razonable voluntaria. A mi parecer, con el avance de la novela, Sara Guterman, específicamente, ha experimentado un cambio de *una inmigración forzada a una inmigración razonable voluntaria*.

Primero, ante el temible antisemitismo nazi que se desarrollaba cada día más gravemente en Alemania, muchos judíos alemanes no tuvieron otro remedio que huir de su propio país, y emigrar a otros lugares para instalarse. Eso constituye *una inmigración forzada*. Así con la idea - “la vida es mejor en un sitio que no conocemos” (147) - muchos escogieron la opción de inmigrar a Colombia como su país de destino, así como lo hizo la familia Guterman. No obstante, ¿qué idealista es este pensamiento de que la vida es mejor en Colombia! Aparte de tener que enfrentarse en estos tres aspectos principales que hemos estudiado anteriormente: la *Ausbürgerung* (desnacionalización) en Alemania, el antisemitismo en Colombia y las Listas Negras, la mayoría de los inmigrantes en Colombia también sufren un sentimiento parecido al que tiene el padre de Sara Guterman: “nunca, desde su llegada, había logrado sentirse a gusto con las reglas tácitas de la sociedad anfitriona” (36). La razón de esto se encuentra en que esta inmigración forzada, se une al choque cultural entre los emigrantes alemanes y la sociedad colombiana. Este choque de dos culturas se manifiesta directa e inmediatamente en dos aspectos: la incomodidad frente a la dificultad en el lenguaje y la mutua descomprensión frente a apreciaciones basadas en puros estereotipos y prejuicios. Mediante la novela sabemos que,

aunque a la misma Sara no le cuesta mucho aprender el nuevo idioma de su país de destino, entiende perfectamente lo incómodo y lo difícil que es para muchos paisanos alemanes hablar un idioma totalmente distinto al suyo:

“Hay que imaginarse lo que es para alguien como el viejo hablar con gente del país. Yo lo sé, yo puedo imaginármelo, porque a mi papá le pasó igual mucho tiempo. Exactamente igual. Se encontraba con un alemán y era el paraíso. Era lo mejor que le podía pasar. Hablar de corrido, con facilidad, sin notar en la cara del otro sus propias equivocaciones gramaticales, sus torpezas de conjugación, sin creer que tu pronunciación va a hacer que el vecino se reviente de la risa de un momento al otro, sin temerles a las erres y a las jotas más que a los ladrones, sin morir de vértigo cada vez que uno pone el acento en la sílaba equivocada.”  
(144)

Esta incomodidad de hablar un idioma extranjero y de sentir la pérdida de fluidez verbal y reacción espontánea, muchas veces, incluso produce un sentimiento de desconfianza e inseguridad sobre uno mismo. El viejo Konrad definitivamente es un ejemplo. Mientras tanto, también existe una mutua incompreensión entre los inmigrantes alemanes y la sociedad anfitriona en aquella época, dado que muchas apreciaciones se basan en estereotipos y prejuicios, incluso terriblemente simplistas y estúpidos. Por ejemplo, unos alemanes refugiados en Colombia comentan en la novela: “Aquí hay que tener cuidado, porque los colombianos son unos tramposos” (35); mientras tanto muchas personas locales consideran a los alemanes como “nazis, prusianos, racistas, arrogantes y engreídos...” (Stolle 87). Sara Guterman, nunca olvidará “los desprecios ocasionales que había alcanzado a conocer en esos últimos años, ni lo que ocurría en la cara de los gentiles cuando hablan de su padre” (36).

Pese a los fenómenos expuestos anteriormente, no se puede negar que también existen voces prudentes: “los colombianos no son ni mejores ni peores que los alemanes” (Stolle 86). Así que, a nivel cotidiano y silencioso, se presentan muchos casos de profundas y leales amistades entre colombianos y alemanes, en los que se respetan y aceptan las mutuas diferencias. La amistad entre Santoro padre y Sara, y su matrimonio con un colombiano ya son un ejemplo vivo de ello. Para ella, al final el transcurso del tiempo contribuye a alcanzar la conquista del idioma y la concordia mutua ante la incomprensión de dos culturas y logra llevar una vida relativamente tranquila en su país de destino. Incluso, después de volver una vez a Emmerich, su patria chica, acepta que “Alemania ya no era mi país, no en el sentido, por lo menos, en que un país pertenece a la gente normal” (190). Es decir, para ella, volver a vivir en Alemania es más raro que vivir en Colombia, y además con las palabras de Santoro padre: “<<Uno es de donde mejor se siente, y las raíces son para las matas>>” (192), decide quedarse en Colombia para siempre. Es así que la naturaleza forzada de su inmigración se convierte en *una inmigración razonable voluntaria*.

Empero, bajo esta inmigración razonable y voluntaria, la vida del inmigrante tampoco llega a ser muy cómoda. Para explicarlo, cito las palabras de Sara anciana: “los inmigrantes somos eso, productores de verrugas” (142). Tal vez, para ciertos inmigrantes, con el tiempo, realmente se puedan resolver los problemas producidos por el idioma y el mutuo mal entendimiento entre las dos culturas. Mientras que, también les trae el tiempo nuevos problemas, tal como una sensación de pérdida de la identidad. Igual que en *El Salmo de Kaplan*, en la

novela estudiada se encuentra también una preocupación sobre el cambio y la decadencia de costumbres en su familia ya en la tercera generación. Pero, en *Los informantes* de Santoro narrador, Santoro ha dicho que hablar de los nietos, es una zona que su primer libro no ha tocado, porque desde su punto de vista, es “inasequible” (81). Tal vez, con la misma razón, en *Los informantes* de nuestro autor colombiano, no se habla casi nada sobre el tema mismo, sino que sólo se esboza en algunos pequeños detalles. Por ejemplo, Cuando Sara Guterman obliga a los Santoro a armar el árbol de navidad juntos con ella dice:

“Yo sólo quería educar a mis hijos sin religiones de ningún tipo, y fíjate, acabaron haciendo las mismas bobadas cristianas que el resto del mundo. Puesto a eso, mejor seguir con mis bobadas judías, ¿no? Mamá no quería que me casara como me casé. Me decía: vas a acabar convirtiéndote, vas a perder tu identidad. Nunca le creí, y ahora mírame: tengo que armar el condenado arbolito. Si no lo hago ya, después no hay quien se aguante a mis hijos. Que estas cosas son importantes, mamá. Que las tradiciones y los símbolos.” (80)

Los tres arman el árbol juntos; mientras, Sara comienza a hablar de sus nietos: “si sus hijos eran extraños, sus nietos lo eran doblemente” (81); “Los demás ven a sus hijos y se ven en ellos [...] Tu papá se ve en ti, se verá en tus hijos. A mí eso no me va a pasar, somos distintos. No sé si importe.” (81). Podemos notar que es nítida la tristeza en las palabras de Sara Guterman. Una tristeza causada por la ambigüedad y la pérdida de la identidad cultural. A lo mejor esto, precisamente, se trata de la “esencial tristeza” de ser un inmigrante como lo llama Edward W. Said. Es decir, sea como fuese la integración de un inmigrante en su sociedad de acogida, ya siempre lleva auestas un bagaje abultado y una nostalgia que nunca llegará a superar definitivamente. Ya que los inmigrantes viven no sólo rupturas zonales sino “distancias e intercambios que

afectan la identidad y generan altas dosis de carga emocional” (Giraldo 76). A través de la “carga emocional” de Sara Guterman - el sentimiento de pérdida, la sensación de fractura y el conflicto con la identidad -vemos que nuestro autor no nos propone soluciones para resolver, sino que nos define y revela un tema humano: la crisis de los inmigrantes frente a parámetros vitales, culturales, políticos o sociales.

### **A modo de conclusión**

En *Los informantes*, rodeado de estos tres personajes principales - Santoro hijo, Santoro padre y Sara Guterman -, nuestro autor colombiano nos ha expuesto la complejidad de la naturaleza humana, o mejor dicho, no sólo ha descrito el lado malo de la naturaleza humana, sino también el lado bueno. Sólo describe. Nunca toma partido ni justifica que esté mal o bien, sino que sitúa a todo el mundo en un eterno conflicto moral y de deliberación ética, que deja a la propia consideración de los lectores. En “Escribimos porque la realidad nos parece imperfecta”, el autor dice lo siguiente: “los novelistas nos movemos en esas zonas donde se contradice la noción de lo correcto y lo incorrecto, donde se pueden encontrar de alguna manera justificaciones para cosas que son moralmente reprobables” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010: 82). En cierto modo, esto indica su filosofía de la creación literaria, es decir que los escritores no tienen por qué establecer en sus obras un claro sentido de la educación moral, e incluso pueden ser antimorales, hasta ir más allá del límite moral. Mientras que el real significado moral es una consecuencia de la lectura que cada uno experimenta en sí mismo.



## 5. <<El ruido de las cosas al caer>>

La narración de “yo” empieza con la captura y la matanza de uno de los dos hipopótamos que huyeron del antiguo zoológico de Pablo Escobar en el valle del Magdalena. Da comienzo en el momento en que se hace eco la prensa de los acontecimientos y llega a provocar una manifestación para rescatar al otro hipopótamo, sin embargo, olvidan el lugar de donde escaparon los hipopótamos, rodeado por la historia del narcotráfico y el simbolismo que subyace. Desde el principio por tanto, la novela encara una cuestión ética deliberadamente: ¿Qué se debe hacer cuando se ve que una época histórica rodeada de la violencia y el dolor queda relegada en la memoria colectiva? La tensión entre el olvido y el recuerdo no es tan dramática como en *Los Informantes*, sin embargo, se puede decir que *El ruido de las cosas al caer* es la novela que contiene más matices de la memoria. Frases como “me acuerdo”, “no me acuerdo” o “ella empieza a recordar” sirven de conexión a toda la novela. Sin embargo, el recuerdo no produce un conflicto interior en el mismo narrador, sino que funciona como un deber, como el narrador afirma: “no sé de qué nos sirva recordar, qué beneficios nos trae o qué posibles castigos, ni de qué manera puede cambiar lo vivido cuando lo recordamos, pero recordar bien a Ricardo Laverde se ha convertido para mí en un asunto de urgencia” (15).

Como antes hemos indicado, igual que José Altamirano en *Historia secreta de Costaguana* y Sara Guterman en *Los informantes*, Antonio Yammara no sólo participa en la historia, sino que también se convierte en su narrador

varios años después. Cuando aparece como narrador, tras experimentar la distancia, el dolor y la reflexión, nos transmite un cambio psicológico y mental en comparación con su pasado. Representa un temperamento guiado por la razón y la prudencia y, a la vez, con un tono marcadamente pesimista. En la narración de Antonio Yammara, la fuerza de la memoria crea un ambiente en el que su mundo personal tiene una deuda con el pasado. A medida que recuerda Antonio Yammara el tiempo pasado en el que se cruzó con Ricardo Laverde y las consecuencias de este encuentro, poco a poco entendemos que esta historia que afecta al pasado de varios personajes, no sólo es una historia que recuerda la vida trágica de Ricardo Laverde, sino que, mediante esta historia, se enfrenta una problemática de fuerte arraigo en la literatura colombiana: el narcotráfico.

Desde los años setenta del siglo pasado, la violencia del narcotráfico irrumpió en la realidad latinoamericana, lo cual cambió el rumbo de las modas literarias. Incluso el realismo mágico de Márquez y las novelas totalizadoras del *Boom* dieron paso a “la literatura de los barrios pobres, vidas sin futuro, del realismo exacerbado en que se jugaba la existencia del ser humano y no el mito de la humanidad” (Pobutsky, 2014), llegaron textos impregnados por la violencia del narcotráfico e incluso formaron una nueva tendencia literaria llamada “narconovela”, entre las que destacan *La virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, *Morir con papá* (1997) de Óscar Collazos, *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco, *Sangre ajena* (2000) de Arturo Alape, *Sin tetas no hay paraíso* (2005) de Gustavo Bolívar Moreno, entre otras, obras con perspectivas más micro que macro para tratar:

“historias de la vida fugaz, encuentros y desencuentros entre la clase privilegiada y los rechazados, escenas de la vida fácil

ofrecida por el dinero narco, de derroche, muertes, corrupción, impunidad, y de la descomposición del tejido social. Se difundió el parlache y la estética narco con sus personajes representativos: traquetos, sicarios, mulas, prepagos, y mujeres llenas de silicona...” (Pobutsky, 2014)

Sin embargo, en la novela de nuestro autor, aunque la figura icónica de Pablo Escobar ya está presente desde las primeras páginas mediante los hipopótamos de su zoológico<sup>77</sup>, Vásquez encara la cuestión del narcotráfico desde otra mirada y estética. El acento de la novela no está en la violencia de los carteles, ni en la corrupción del Estado, ni en los sicarios sino que, como dice en el comentario de Jorge Ladino Gaitán Bayona, la narración en primera persona “prioriza la psiquis afectada en vez de quedarse en descripciones morbosas de crímenes” y “profundiza el antes y el después de los hechos violentos: los orígenes del narcotráfico y los desajustes emocionales que habrían de perdurar entre quienes alguna vez fueron víctimas o vieron vulnerada su ciudad” (Bayona, 2011).

La vida de Antonio Yammara se resume en su profesión como profesor de derecho de una universidad de Bogotá, nacido en 1970 que ha vivido con una exalumna suya, Aura. Conoció a Ricardo Laverte, un cuarentón, ex presidiario, antiguo piloto, en un billar cercano a la universidad. Una curiosidad innata y particular de los jóvenes sobre el misterioso pasado de Ricardo atrajo a Antonio y le llevó convertirse a sí mismo en su amigo, hasta que un día Ricardo fue

---

<sup>77</sup> La hacienda Nápoles fue adquirida en 1978 por Pablo Escobar y sus primos. El logotipo de la hacienda fue una avioneta monomotor sobre su portada de acceso, que fue la misma en la que Escobar envió su primer cargamento de cocaína a los Estados Unidos, o al menos una réplica de ella, ya que éste afirmó en una entrevista al periodista Germán Castro Caycedo que la original se perdió en el mar con un cargamento de droga.

asesinado en la calle en pleno día por dos sicarios en moto, mientras, Antonio, que estaba a su lado, fue herido gravemente. Tras su estancia en el hospital, Antonio empezó un largo periodo de rehabilitación, en el que se enfrentando a los daños tanto físicos como psicológicos que le había producido el accidente. En particular, un miedo irracional, le paralizó, incluso para tener una relación normal con su familia y su trabajo. En consecuencia, tardó casi dos años y medio en poder encontrar un porqué a la muerte de Ricardo. Su investigación, da comienzo con la entrevista a Maya Fritts, (fruto de la relación con una americana voluntaria de los Cuerpos de Paz, Elaine Fritts) quien también quería saber cómo fueron los últimos días de su padre antes de ser asesinado. Entre las conversaciones con Maya, las cartas y documentos recopilados por ella sobre la historia de sus padres, - un amor interrumpido, un pasado lleno de pasión e idealismo-, se entrecruza una época que encarga la historia de la prosperidad del narcotráfico y el conflicto entre el narcotráfico y el Estado. La decadencia que conlleva se representa como si un secreto hundido en el fondo del agua subiera poco a poco, y aflorara en la superficie.

De este modo, podemos decir que, por un lado *El ruido de las cosas al caer* encadena las raíces del narcotráfico y sus secuelas para trazar una radiografía del sufrimiento y el dolor de dos generaciones, por otro, ésta es una novela que va más allá del tema del narcotráfico, en la que su propósito no es señalar el delito ni las escenas sangrientas creadas por los verdugos, sino que consiste en revelarnos cómo es la convivencia social, cultural, emocional y ética de la gente corriente bajo la violencia del narcotráfico en Colombia. Como el autor mismo confiesa en las innumerables entrevistas después de ganar el premio

Alfaguara: el libro busca responder dos preguntas: “¿cómo marcó a una generación ser contemporánea de ese negocio?, y aún más interesante, ¿cómo lo hizo con quienes no tenían nada que ver, pero coincidieron en el mismo espacio geográfico con el negocio?” (Vásquez, *El país*: 2011) La estrategia del escritor se centra en un acercamiento al mundo sentimental y ético de la gente corriente, cuya imagen se concentra en cinco personajes: Ricardo Laverde, Elaine Fritts, Antonio Yammara, Aura y Maya Fritts. Nos presenta la personalidad de estos personajes partiendo de distintas perspectivas: mediante el valor implícito en la vida de Ricardo Laverte y Elaine Fritts, muestra la vida cotidiana de los jóvenes de los años sesenta y setenta, incluida su juventud, su amor, su ambición, su decisión, su frustración y su éxito; desde la perspectiva de cómo enfrentarse al miedo y comprenderlo, mediante la experiencia de Antonio Yammara y Maya Fritts, nos presenta cómo la generación que nació en los años setenta creció con el miedo y cómo poco a poco se acostumbran a él e incluso lo olvidan; desde la perspectiva de cómo tratar la relación familiar, toma como ejemplo la relación conyugal entre Antonio y Aura, la relación amorosa entre Antonio y Maya, la relación madre - hija entre Elaine y Maya, con estos paradigmas nos brinda una zona gris de la ética familiar en la sociedad contemporánea: ¿cómo deben proteger a su gente amada del mal ajeno? ¿Se puede amar sin hacer daño? Por último, tomando la vida de los cinco personajes como ejemplo, nos lanza el autor una pregunta ética trascendental: ¿cómo debe vivir la gente frente a un mundo y una realidad imperfecta?

## **5.1: El entorno social y ético desde la segunda mitad del siglo XX.**

Antes de entrar en el análisis del texto y de las decisiones adoptadas, tenemos que tener muy en cuenta el entorno social, cultural y ético en el que se encuentran estos personajes. El autor no ha dedicado muchas líneas a la historia del desarrollo del narcotráfico en la novela, sin embargo, a lo largo de la narración, podemos descubrir que hay tres épocas que son especialmente descritas y destacadas como telón de fondo histórico y social de la novela, es decir: la época del desarrollo del narcotráfico (la época de Ricardo Laverde y Elaine Fritts); la época del apogeo del narcotráfico (la época de la infancia y la adolescencia de Antonio Yammara y Maya Fritts); y la época de la decadencia del cartel de Medellín (la época de la juventud y la madurez de Antonio, Maya y Aura). Para hablar de ello, tenemos que comenzar por el origen de la historia del narcotráfico. Según lo que señala Carlos Medina Galleno en su ensayo “Mafia y Narcotráfico en Colombia”, los orígenes del narcotráfico habría que buscarlos en las postrimerías del siglo XIX, “en el contexto del desarrollo y modernización de los países e inmerso en los conflictos económicos, políticos y sociales son los que abordan el siglo XX, en el marco de un contexto internacional en el que Estados Unidos se erige como potencia e inicia su proceso de dominación económica y política en el continente” (Galleno 133).

### ***5.1.1: el origen y el desarrollo del narcotráfico.***

En el siglo XIX y principios del siglo XX, las drogas como la marihuana, los opiáceos y la cocaína se utilizaban en Colombia por razones médicas. Los adictos no eran considerados como personas enfermas ni delincuentes. Pese a

este origen cultural y sanitario, el narcotraficante, como actor ilegal evolucionaba poco a poco unido a los procesos de desarrollo de las economías agrarias y a la construcción de obras de infraestructura, potenciándose en los momentos en que se producían crisis estructurales a lo largo de la primera mitad del siglo XX. Sobre todo, finalizada la segunda guerra mundial, la crisis textual originada por la escasez de algodón y otras fibras, genera la introducción del cáñamo y, aunque esto en nada contribuyó al desarrollo de la industria textil, sí generó la producción de las más óptimas variedades de marihuana, que abastecerían en las décadas siguientes los mercados norteamericanos.

Sin embargo, la expansión del fenómeno del narcotráfico no apareció hasta los años sesenta del siglo pasado. Según se ha visto en el estudio de Galleno, la segunda posguerra no sólo trajo tras de sí la idea de progreso y desarrollo, sino, adicionalmente, todas las prácticas culturales que convocan el culto a la riqueza y el consumismo desbordado. Por un lado, cargados de adicciones los soldados regresaron a sus países a buscar la manera de enfrentar las necesidades de consumo en los mercados ilegales de la droga, cada vez más controlados y que, por lo tanto, representaban un mejor negocio. Esta situación, unida a los procesos políticos que se desarrollan en el continente latinoamericano y, en particular, a la revolución cubana que acabó con las prácticas de narcotráfico en la isla, creó la necesidad de reconfigurar la geografía del tráfico de narcóticos, sus rutas y mercados, dando inicio a un ciclo en el que participarían nuevos traficantes latinoamericanos, entre los cuales, con el tiempo, sobresalieron colombianos y mexicanos. Por otro, en la misma década, para detener el avance del comunismo, y en particular de la revolución cubana,

Estados Unidos crearon y desarrollaron la Alianza para el Progreso y con ella llegaron Los Cuerpos de Paz<sup>78</sup> a los países hispanoamericanos. No obstante, algunos de sus miembros entraron rápidamente en contacto con la marihuana y la coca en las prácticas culturales del mambeo, adquiriendo las adicciones que luego llevarían a su país. Los Cuerpos de Paz se encargaron de publicar el uso de la marihuana colombiana, llevando muestras de su calidad a los Estados Unidos. Un caso que existe en la novela es el de Mike Barbieri, miembro de los Cuerpos de Paz que lleva años viviendo en Colombia. Cuando los distribuidores vienen a decirle que están buscando “socios idóneos para un negocio de rentabilidad asegurada” (185), Mike lo acepta sin vacilación. Bajo tal situación, pronto se produjo la época de la “Bonanza Marimbera” y se establecieron las rutas del contrabando hacia Panamá, Centroamérica y el Caribe como los corredores geográficos para el tráfico de marihuana. La llegada de “Bonanza Marimbera” trajo un enorme beneficio a los campesinos y los narcotraficantes. Todos los campesinos y los narcotraficantes se consideran afortunados al poder introducirse en el negocio de la droga, situación que describe Vásquez en la

---

<sup>78</sup> El Cuerpo de Paz (en inglés: Peace Corps) es una agencia federal independiente de los Estados Unidos. Preocupado por el creciente aumento del pensamiento revolucionario en el tercer mundo, Kennedy vio el Cuerpo de Paz como medio de contrarrestar el concepto del llamado “Ugly American” (Estadounidense Feo) y del “Imperialismo Yanqui” y lo estableció bajo el Decreto Ley 10924 el 1 de marzo de 1961. El Acta del Cuerpo de Paz declara que su propósito es:

“Promover la paz y la amistad mundial a través del Cuerpo de Paz, el cual hará disponible para los países y áreas interesados a los hombres y las mujeres estadounidenses que estén dispuestos a servir y estén capacitados para trabajar en el extranjero, bajo condiciones difíciles si es necesario, y ayudar a las personas de tales países y áreas a satisfacer sus necesidades de mano de obra calificada.” (Anónimo, 1961)



novela cuando habla sobre la distribución del trabajo entre el piloto Ricardo Laverde y Mike Barbieri:

“Mike Barbieri, le decía, era mucho más que un socio: era un verdadero pionero. Les había enseñado cosas a los campesinos. Junto con otros voluntarios versados en agricultura, les había enseñado técnicas, dónde sembrar mejor para que las montañas protegen las matas, qué fertilizante usar, cómo separar los machos de las hembras. Y ahora, bueno, ahora tenía contactos con diez o quince hectáreas regadas de aquí a Medellín, y era capaz de producir unos cuatrocientos kilos por cosecha. Les había cambiado la vida a estos campesinos, de eso no tenía la menor duda, estaban ganando mejor que nunca y con menos trabajo, y todo gracias a la hierba, a lo que estaba pasando con la hierba. <<La meten en bolsas de plástico, meten las bolsas en un avión, pongamos lo más fácil, un bimotor Cessna. Yo recibo el avión, lo llevo lleno de una cosa y me devuelvo trayendo otra. Mike paga unos veinticinco dólares por kilo, pongamos. Diez mil en total, y eso sólo si la calidad es la máxima. Por mal que a uno le vaya, en cada viaje se vuelve uno con sesenta, sesenta mil, a veces más.>>” (185)

Además, el autor aún aprovecha el momento en el que Mike introduce a Ricardo y Elaine y denuncia cómo, con sólo usar un ham radio, ya se puede llamar gratis a Estados Unidos. De este modo, esboza un dibujo de las actividades psicológicas de Mike insinuando cómo se ve el trabajo de los narcotraficantes a los ojos de la gente involucrada:

“era magia, pura magia, había que conseguir un radioaficionado aquí y un radioaficionado en Estados Unidos, gente amiga que estuviera dispuesta a prestar el aparato y hacer la conexión, y así uno podía hablar de inmediato con la familia sin pagar un dólar, pero tranquilos, era todo legítimo, nada fraudulento, o tal vez sí, un poco, pero qué importaba: él mismo había hablado con su hermana menor, con un amigo al que debía dinero e incluso con una novia de la universidad que alguna vez lo echó de su vida y que ahora, con el tiempo y la distancia, ya le había perdonado hasta los peores pecados. Y todo eso completamente gratis, ¿no era extraordinario?” (178-179)

Con la expresión “un radioaficionado aquí” se refiere a Ricardo, al piloto de avión que lleva cargas de droga; y con “un radioaficionado en Estados Unidos” hace referencia a la gente que recibe a Ricardo allá. Esto simboliza que, para Mike, todo el proceso del transporte de drogas es tan simple como la realización de una llamada, nada complicado, ni peligroso. Aunque es un poco ilegal, se responde “qué importa” puesto que traerá muchos beneficios, - ¿acaso “no era extraordinario”? - Opinión que revela el estado psicológico habitual para los involucrados en el narcotráfico en los años sesenta en Colombia, en particular, para los jóvenes colombianos que buscaban salidas y éxito personal en aquel entonces, ya que se encuentran en una época que convoca una “cultura de la ostentación, de los bienes suntuarios, de las mujeres plásticas, del dinero fácil” (Quintana 12), tal y como lo confiesa un narcotraficante anónimo en su libro, *Un narco se confiesa y acusa*:

“Era una persona muy joven, con ganas de vivir como todos y con muchas ambiciones. No sabía ni conocía nada del negocio del narcotráfico [...] Comenzamos a venderle la mercancía al mencionado piloto gringo, que llegaba a Colombia en un avión norteamericano y la pagaba, inmediatamente, en dólares. El negocio me pareció aparentemente fácil, poco riesgoso, rentable y, lo principal, no había que robar ni matar a nadie” (1989: 13).

“Como para aquel entonces no provocaba mayor escándalo, ni era noticia con grandes titulares en la prensa, no había detenidos ni allanamientos, ni requisas permanentes en la ciudad, era algo que parecía normal y no era mal visto” (1989: 13).

“No me siento delincuente porque en Colombia casi todo el mundo está dispuesto a meterse en el negocio. Y si no lo hacen, es por falta de oportunidades. Así, por ejemplo, yo puedo asegurar que si yo me subo a un bus de pasajeros y le planteo a quienes allí viajan que si quieren apuntarse en un despacho de cocaína, más del 90% arranca afirmativamente” (1989:40).

Precisamente debido a este contexto social, en la novela, tanto los padres de Ricardo como Elaine, no rechazan el trabajo de Ricardo como narcotraficante. Además, el hecho de que Ricardo Laverde no trabaje mucho, pero siempre tenga dinero para comprar un nuevo coche, o una nueva casa a Elaine y también que cada día la acompañe a trabajar durante su embarazo tampoco ha producido ningún escándalo en el pueblo donde residen. Es decir, todo el mundo muestra una actitud de aceptación y comprensión. De este modo se diluye en la novela el conflicto ético que pudieran tener los protagonistas.

### ***5.2.2: El apogeo del narcotráfico y su conflicto con el Estado.***

Mientras que el negocio del narcotráfico cada día es más próspero, el control y la represión proveniente de la parte de Estados Unidos también es más rígido cada día. En cuanto a la historia de la lucha contra las drogas hay que remontarse a principios del siglo XX, a medida que el cultivo de las yerbas produce crisis estructurales, las restricciones sobre el consumo de las drogas comienzan a aparecer. Pero, pese a ello, el requisito fundamental para que surja el narcotráfico como una economía boyante es la declaración de la ilegalidad del consumo de narcótico. Bajo la intervención del gobierno de Estados Unidos – muy activo en el escenario internacional en la primera década del siglo XX -, la Convención internacional del Opio de Shanghái (1909) y la Conferencia de La Haya (1912) contribuyen al punto de partida de la lucha contra las drogas. Y En 1920, Colombia también participa en esta lucha contra el narcotráfico con la expedición de la Ley 11 de 1920 en consonancia con los acuerdos de Shanghái, La Haya y Ginebra. Aún más, el gobierno del presidente Alfonso López

Pumarejo (1934-1938) introduce, en el Código Penal, la sanción a conductas relacionadas con el tráfico y comercio del narcótico.

Mientras tanto, en el interior de Los Estados Unidos, las actividades del narcotráfico también cada día son más activas y el mercado interno norteamericano está repartido entre una media docena de familias, infiltradas en todas partes, inclusive en la política y el gobierno, controlando también actividades como la prostitución, el juego, los sindicatos, etc. Como consecuencia de este desarrollo enorme del mercado ilegal de las drogas, tanto en el país como en el extranjero, en 1971, el 17 de junio, el entonces Presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, usó por primera vez el término de "guerra contra las drogas" en su discurso público y fue acompañado de este término un extenso plan para combatir el narcotráfico y la reformulación de las políticas que tenía Washington para combatir este problema tanto a nivel nacional como en el extranjero. Y dos años más tarde, en 1973, se fundó la Drug Enforcement Agency (DEA) centrada en la lucha contra el contrabando y el consumo de drogas a nivel nacional e internacional. En la novela, también se pone de manifiesto del cambio de las medidas políticas contra el narcotráfico, y el ambiente cada día más nervioso y agitado entre los personajes envueltos en el negocio del narcotráfico:

“En 1973, poco antes de la creación de la Drug Enforcement Agency, Ricardo mandó a pirograbar, en un tablón, el nombre de la propiedad: Villa Elena. Cuando Elaine le dijo que estaba muy bien, pero que no tenía dónde poner un tablón de ese tamaño, Ricardo hizo construir un portal de ladrillo, dos columnas cubiertas de estuco y de cal y un travesaño entejado con tejas de barro, e hizo colgar el tablón del travesaño con dos cadenas de hierro que parecían sacadas de un naufragio. Después mandó poner una puerta de madera pintada de verde del tamaño de un hombre con un pasador bien aceitado. Era un añadido inútil, pues

bastaba con meterse entre los alambres de púas para entrar en la propiedad, pero a Ricardo le permitía irse de viaje con la sensación - artificial y hasta ridícula - de que su familia quedaba protegida. <<Protegida de qué?>>, le decía Elaine. <<Qué nos va a pasar por aquí, si todo el mundo nos quiere ?>> Ricardo la miró con este paternalismo que ella detestaba y le dijo: <<Eso no va a ser así toda la vida>>. Pero Elaine se dio cuenta de que quería decirle otras cosas, y le estaba diciendo otras cosas también.” (198-199)

Sin embargo, como comenta la periodista María Elvira Samper: “no obstante los ingentes esfuerzos para derrotarlo, el narcotráfico sigue vivo y coleando y no solo demuestra una formidable capacidad de adaptación a los cambios en el mercado ilegal, sino que hasta ha llegado a negociar directamente con las instituciones a pesar de no tener motivaciones políticas” (Samper, 2008). Primero, el hecho de que la “Bonanza Marimbera” hubiera sido manejada por la mafia norteamericana poco a poco insatisface a los narcotraficantes colombianos y les lleva a pensar en la manera de controlar el mercado interno norteamericano, en franca confrontación con las mafias locales. De este modo, los narcotraficantes colombianos reconstruyen relaciones en Estados Unidos y crean su propio núcleo que da origen a varios carteles colombianos, entre ellos, el más destacado, fue el cartel de Medellín, cuyo líder fue Pablo Escobar. Este cartel, en las siguientes dos décadas, se apoderó del negocio del narcotráfico a nivel mundial, mediante el control de toda la cadena productiva de cocaína. Luego, a medida que era cada día más grave la represión ejecutada por el Estado con el apoyo de Estados Unidos contra la marihuana y la cocaína, a finales de los ochenta, estos carteles colombianos comprendieron la importancia de extender sus tentáculos hacia el interior del Estado y concibieron una estrategia, podríamos decir simple, de penetración en el Congreso. De este modo, la

economía del narcotráfico empezó a estimular y aumentar la corrupción institucional, consiguiendo que el dinero cegara tanto a la policía como a la justicia; un dato suministrado por el trabajo de la ANIF (Asociación Nacional de Instituciones Financieras) señala que, en términos de sobornos, más de cuatro mil millones de pesos fueron aportados a policías, militares y jueces, durante este periodo (Galleno 133-137).

No obstante, esta estrategia fue detenida, parcialmente, en especial por la resistencia que presentó entonces el Nuevo Liberalismo, dirigido por Luis Carlos Galán y que le costaría la vida a Rodrigo Lara (1984), Ministro de justicia del gobierno Betancur, y más tarde al mismo Galán (1989), líder del movimiento. Con la muerte de Galán, finalmente, le declararon los narcotraficantes la guerra al Estado con la consigna de “es mejor una tumba en Colombia que una cárcel en los Estados Unidos” (Galleno, 2012). A partir de entonces, se unieron en una sola guerra la lucha del narco paramilitarismo y el narcoterrorismo contra el Estado y la insurgencia produciéndose una cadena de asesinatos, bombas y atentados que estallaron por todo el país. Se produjeron asesinatos de jueces, fiscales, testigos, periodistas y personalidades democráticas. Juntos a estos crímenes y magnicidios se produjo una cadena de atentados terroristas entre los que destacaron la bomba al edificio del DAS durante la dirección del Miguel Alfredo Maza Márquez, la bomba en el avión de Avianca (1989), la bomba al diario *El Espectador* y a otros diarios del país, así como atentados indiscriminados contra centros comerciales (Galleno 145). Esta cadena de la violencia producida en la época del apogeo del narcoterrorismo quedó bien

grabada en la memoria de los colombianos, tal y como confiesa Antonio Yammara:

“Yo tenía catorce años esa tarde de 1984 en que Pablo Escobar mató o mandó matar a su perseguidor más ilustre, el ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla (dos sicarios en moto, una curva de la calle 127). Tenía dieciséis cuando Escobar mató o mandó matar a Guillermo Gano, director de El Espectador (a pocos metros de las instalaciones del periódico, el asesino le metió ocho tiros en el pecho). Tenía diecinueve y ya era un adulto, aunque no había votado todavía, cuando murió Luis Carlos Galán, candidato a la presidencia del país, cuyo asesinato fue distinto o es distinto en nuestro imaginario porque se vio en televisión: la manifestación que vitoreaba a Galán, luego las ráfagas de metralleta, luego el cuerpo desplomándose sobre la tarima de madera, cayendo sin ruido o su ruido oculto por el bullicio del tumulto y por los primeros gritos. Y poco después fue lo del avión de Avianca, un Boeing 727-21 que Escobar hizo estallar en el aire – en algún lugar del aire que hay entre Bogotá y Cali- para matar a un político que ni siquiera estaba en él.” (19)

La desenfrenada y temeraria actitud de los carteles colombianos frente a las medidas aplicadas del Estado, influye a la sociedad colombiana desde dos aspectos: primero, en el terreno ético, segundo, en el terreno espiritual, ambos terrenos no pueden existir separados uno del otro. Primero, frente al Estado, el narcotráfico muestra una capacidad de transformación mucho mayor que la de las instituciones para entenderla y enfrentarla, lo cual plantea un gran desafío a las ofensivas del Estado y sobre todo, el fracaso de las políticas antinarcóticos hace que nadie se atreva a negarlo. Se convierte en una verdadera mafia, muestra una imparable fuerza económica con su máquina de blanqueo, continúa corrompiendo la política, se sitúa por encima de las instituciones del Estado y sus aparatos represivos y de justicia. Lo peor es que empieza a crear una cultura mafiosa y a invadir el valor ético de la sociedad, tal como observa María Elvira Bonilla con una justificación pesimista:

“Intacto en su capacidad para prostituir toda expresión de cultura, impone la narcoestética en la moda, la arquitectura, la decoración; construye los nuevos estereotipos, referencias e imaginarios sociales. Se instaló definitivamente en el alma colombiana. Los mafiosos, hijos de la ilegalidad y su carga de antivalores, poco a poco dejan de ser objeto de censura o cuestionamiento. Se toleran silenciosamente, complacientemente como grandes consumidores de artículos de lujo.” (Bonilla, 2009)

El culto al dinero fácil, el consumo y las mafias promueven el valor nihilista del “todo vale”. El dinero se vuelve la vara de medir más que los méritos o los logros por esfuerzo propio. Por lo tanto, aparecen los sicarios que reciben dinero asesinando según la orden que le han dado<sup>79</sup>. En la misma noche en la que Ricardo fue asesinado, otras doce personas también lo fueron. En segundo lugar, esta presión de las mafias produce un vacío de la justicia, por lo que, finalmente, se garantiza día a día la impunidad. Lo cual por un lado, hace que la población conviva diariamente con el miedo, de que alguien atente contra ellos, y que les haga daño, sin que exista la remota posibilidad de castigo al agresor. La situación de vivir bajo el terror que provoca un exceso de cautela se convierte en un estado habitual durante los años ochenta, lo que llega a influir en la sociedad al nivel espiritual. Por otro, este miedo que existe como estado natural en la comunidad colombiana, por el contrario, ha dado vía libre a los oscuros intereses que los provoca. El terror ha paralizado el movimiento y la organización de las comunidades, ha impuesto la desconfianza recíproca y el aislamiento como norma de convivencia ciudadana, ha normalizado y legitimado el abuso de poder y la violencia, tal como lo que afirma Maya Fritts en la novela:

---

<sup>79</sup> Cabe señalar que los sicarios sirven a cualquiera que les pague por su trabajo, su papel es “eliminar al otro”. Sus servicios no son de uso exclusivo de los narcotraficantes; empero, es con ellos con quienes suelen estar vinculados debido a que han promovido su formación. El sicario es una expresión del deterioro cultural, social y económico de Colombia.



“<<Del miedo. O mejor, de que esta cosa que me dada en el estómago, los mareos de vez en cuando, la irritación, no eran los síntomas típicos de la primípara, sino puro miedo. Y mamá también tenía miedo, claro, tal vez hasta más que yo. Y luego vino lo demás, los otros atentados, las otras bambas. Que si la del DAS con sus cien muertos. Que si la del centro comercial zeta con los que fuera. Una época especial, ¿no? No saber cuándo le va a tocar a uno. Preocuparse si alguien tenía que llegar no llega. Saber dónde está el teléfono público más cercano para avisar que uno está bien. Si no hay teléfonos públicos, saber que en cualquiera casa le prestan a uno el teléfono, que uno no tiene sino que llamar a la puerta. Vivir así, pendiente de tranquilizar a los otros para que no crean que uno esté entre los muertos. Vivíamos en casas particulares, ¿se acuerda? Evitábamos los lugares públicos. Casas de amigo, de amigos de amigos, casas de conocidos remotos, no sé si entiende lo que le estoy diciendo...>>” (230)

### ***5.2.3: La decadencia del cartel de Medellín y el olvido.***

Con la muerte de Pablo Escobar en un operativo policial de 1993, la época del narcoterrorismo cerró una de las páginas más sangrientas de la historia de Colombia y abrió una nueva era en la que los narcotraficantes se atomizaron en pequeños grupos. Para la gente que vive en esta tierra, en la época del conflicto entre el Estado y el cartel Medellín, encabezado por Pablo Escobar, es como vivir en una playa en la que cada día hay que enfrentar la llegada de un tsunami. Y todo lo que llega tras él, aunque aún conserva el matiz mafioso del narcotráfico, ya viene a ser un oleaje. Con el transcurso de los años, la gente poco a poco deja de hablar del tsunami y se va acostumbrando al oleaje que le amenaza de vez en cuando.

Por un lado, desde el plano psicológico, esta situación es fácil de comprender, ya que el olvido y la negación, suelen ser algunas de las estrategias culturales que la sociedad colombiana, en general la humanidad, aplica en la

vida cotidiana, tanto desde lo político, histórico y social, como desde lo individual o lo colectivo. Porque a veces no importa que el asunto sea beneficioso o negativo, la supervivencia social y afectiva “se presenta con una serie de prácticas funcionales que en la psicología se denominan al menos desde los primeros teóricos como mecanismo de defensa, que permiten que la persona continúe con su vida y no se quiebre emocionalmente” (Montiel, 2011). En este sentido, países que han experimentado en su pasado ya reciente o lejano genocidios, guerras, dictaduras, golpes de Estado, revoluciones, terrorismo; son espacios donde el dolor, el trauma, la soledad, la inseguridad y la angustia vagan por las calles de cada territorio. Allí, cada muerte física significa duelo colectivo y social y traumas que impactan en las identidades y en los imaginarios de todos. En la época histórica que trata la novela, según las palabras de Maya, es “la época especial”, “la época de atentados y de bombas”. Por este motivo, tomó la decisión de irse de Bogotá para vivir en un pueblo pequeño, lo cual es una acción del olvido que se escribe con el cuerpo. Para ella, vivir en otro sitio ya significa vivir en otro espacio temporal. Supone olvidar, se trata de una manera de protegerse, una manera en contra de todos los sentimientos traumáticos - dolor, miedo, angustia- que traen la fuerza irrevocable e incontrolable, puesto que es normal que nadie quiera vivir en una ciudad que “se hundía en el miedo y el ruido de los tiros y las bombas sin que nadie hubiera declarado ninguna guerra” (254).

Por otro lado, precisamente, también se cree que el olvido del pasado es la manera más efectiva para poder continuar caminando hacia el futuro, lo cual a nivel público se muestra en una ciudad dedicada al desarrollo económico y la

construcción urbana. Descubrimos que Bogotá, bajo la pluma de nuestro narrador, es una ciudad que se desarrolla con una velocidad dinámica: “aquí uno cierra los ojos demasiado tiempo y puede muy bien que al abrirlos se encuentre rodeado de otro mundo” (69); a nivel privado, se percibe a través del punto de vista de sus habitantes. El padre de Ricardo Laverde, trabaja como actuario porque se trata de un trabajo que predice el futuro mediante los números:

“...Si me da tiempo, lápiz y papel y un margen de error, yo puedo decirle cuándo es más probable que usted muera, y cómo. Estas sociedades nuestras están obligadas con el pasado. Pero a ustedes los gringos el pasado no les interesa, ustedes miran para adelante, sólo les interesa el futuro. Lo han entendido mejor que nosotros, mejor que los europeos: en el futuro es donde hay que poner los ojos. Pues eso hago yo, señorita Fritts: yo me gano la vida poniendo los ojos en el futuro.” (148)

Bajo tal inclinación tanto colectiva como individual, el miedo y la angustia se van borrando y empiezan a ser sustituidos por una nueva memoria colectiva en la que todo el mundo revive con una ilusión de seguridad personal y paz y cree que el pasado ya es historia, tal como Aura afirma: “Bogotá no es una ciudad en guerra. No es que haya balas flotando por ahí, no es que lo mismo nos vaya a pasar a todos” (61). Sin embargo, la memoria nunca ha sido un asunto tan fácil de tratar. Según Aleida Assmann: el olvido solo como tal no existe, una parte de la dinámica psicológica de la memoria consiste en la realidad de que “remembering and forgetting are always inextricably bound together. The one makes the other possible” (Assmann 20), es decir, el olvido es un estado normal que acompaña a la memoria, tal como la marea de las olas acompaña al inmenso mar. Lo cual también se percibe en el universo de Vásquez en el que descubrimos que la memoria es como la integración del recuerdo y el olvido en

la que se establecen dos relaciones: primero, la relación de tensión, tal como sucede en *Los informantes*. Es decir, existe una relación tensa entre el olvido y la búsqueda del recuerdo mediante las disputas entre Santoro padre y Santoro hijo; segundo, la relación complementaria, Vásquez aprovecha, en sentido positivo, las lagunas que generan el olvido, mediante el uso correcto de la imaginación para proponer una preocupación por el recuerdo colectivo e individual de la gente de la generación de los sesenta en Colombia. En 1995, después de conocer la noticia sobre el asesinato de un político, la gente, incluido el “yo” narrativo, lamenta que “el crimen con la resignación ya era una suerte de idiosincrasia nacional, el legado que nos dejaba nuestro tiempo” (19) y pronto vuelve a su vida cotidiana. En 1996, tras la muerte de Ricardo y el accidente que sufrió Antonio, por la misma razón, la gente se pregunta “¿Pero qué habrá hecho para que lo mataran?” (54), y sin embargo, se convencen de que “ya qué importa” (55). Toda la novela se desarrolla en un entrecruzamiento de emociones contrarias entre la indagación del pasado y el olvido, hasta que Antonio toma la decisión de buscar la causa de su propia desgracia, o sea, recuperar la memoria del pasado. Es decir, simbólicamente, el olvido actual de la gente se convierte en el fusible de una serie de acciones que reactivan el pasado. Tal estado de repetición entre el olvido y el recuerdo, es un vaivén, que Marc Augé también plantea en su obra, *Las formas del olvido*:

“[...] lo que queda es el producto de una erosión provocada por el olvido. Los recuerdos son moldeados por el olvido como el mar moldea los contornos de la orilla [...] El océano durante milenios ha proseguido ciegamente su labor de zapa y de remodelado [así la memoria, en que]. El olvido, en suma, es la fuerza viva de la memoria y el recuerdo es el producto de ésta.” (Augé 27-28)

Por un lado, la psicología del olvido del pasado y su clausura ocupa los pensamientos. Sin embargo, por otro, para la gente que ha experimentado en persona el dolor y el sufrimiento, este llamado al olvido “se produce por el ‘aprendizaje interferente’, que es el aprendizaje que sustituye a un recuerdo no consolidado en la memoria, y lo “desaparece” de la conciencia” (Montiel, 2011). Tenemos que tener muy en cuenta que los recuerdos olvidados no desaparecen, sino que son sepultados en el inconsciente. Por eso vemos que la estrategia de “olvido” que adopta la generación de los sesenta, en Colombia, en la novela, como ocurre con la huida de Maya Fritts, no es más que una estrategia de calmante psíquico, de revolver la mente y encerrar bajo 10 llaves las verdades, historias, y relatos que dañaron, y que aún duelen y atemorizan. Lo cual también es lo que llama Assmann “suppression” (Assmann 20) y sirve para no eludir el dolor y el miedo que antes experimentaba. Como si no los recordaran y se mantuvieran indiferentes a semejante crueldad que les está rodeando, se salvarían de todas las emociones. Sin embargo, con una frase de la novela, “no tenía manera de saber cuánto se equivoca” (166), este olvido deseado por toda la generación de los sesenta en Colombia, en el universo de Vásquez pronto se rompe con la salida de la cárcel de Ricardo Laverde. Justamente en este ambiente desmemoriado, el regreso de Ricardo Laverde a la vida cotidiana funciona como una llave que abre la puerta y que encierra el recuerdo, la verdad, la historia, el relato que tal vez hace daño; que intenta comunicar el pasado y el presente. A partir de allí, el encuentro entre Ricardo y Antonio se hace posible. La conexión de dos generaciones se hace posible, la mezcla de amor, dolor, soledad y desesperación de dos familias se hace posible. Teniendo estas tres etapas históricas como telón histórico de la novela, en el siguiente apartado, haré

un análisis moral de los tres personajes principales, Ricardo Laverde, Elaine Fritts y Antonio Yammara, basándome en los principios metafísicos de la doctrina de la virtud de Kant, Adam Smith y Spinoza entre otros filósofos.

## **5.2: El análisis moral de Ricardo Laverde.**

En la época en la que el narcotráfico se extendía con mayor velocidad en Colombia, el joven Ricardo nació en “una buena familia venida a menos” (147) de Colombia, una familia que, en la época de su abuelo, recibía la invitación y el reconocimiento del presidente y todos los altos funcionarios del país, pero que ahora tenían que mantenerse del alquiler de habitaciones. Bajo tal contraste de clase social y condición económica, el joven Ricardo crece como una persona nostálgica por el pasado, insatisfecha con el presente, si bien deposita la esperanza en el futuro y a la vez, concibe un fuerte deseo de cambiar y conseguir un destino mejor. Sin embargo, este deseo de éxito al final le impulsa al mundo del narcotráfico, lo cual no sólo le lleva a la cárcel, sino que desemboca en el asesinato y en su propia muerte según lo que insinúa el autor al final de la novela. Pensando en toda la vida de Ricardo, creo que se le puede describir como una persona que, según dice Kant, no posee “la libertad interior”, una persona que no puede ser dueña de sí misma, por lo tanto, no puede “reprimir los propios afectos ni dominar las propias pasiones” (kant, 1994: 265). Para demostrar mi punto de vista, creo que al menos hay que realizar un análisis desde los siguientes aspectos: primero, las acciones arrastradas por las pasiones en el camino de conseguir su éxito personal; segundo, su actitud frente a su conciencia moral; tercero, las acciones dominadas por los afectos después de salir de la cárcel.

### **5.2.1: *La cara vil del deseo: la pasión.***

Desde el principio de la novela, el Joven Ricardo Laverde nunca ha sido un personaje carismático. Su historia empezó con una relación tensa con sus padres. Primero, se puede decir que el Laverde hijo no es un hijo agradecido, frente a los apuros económicos que sufría la familia. No sólo no aportaba ningún esfuerzo, sino que mostraba cierta hostilidad contra sus padres, por ejemplo, en la cena para dar la bienvenida a Elaine se burla del trabajo de su padre frente a la invitada sin mostrar ningún de respeto: “pero en mi futuro no hay que pedir plata prestada” (149); más tarde, replicó agudamente a su madre cuando ella explicó a Eliane que no tenía suficiente tiempo para prepararles una boda lujosa. Refiriéndose a sus padres en tercera persona afirma: “los Laverde tienen la vida empeñada” y “están jodidos de plata” (173). Segundo, la insatisfacción hacia la condición económica de su familia al final le hace negar la solución elegida por su padre. Por lo tanto, abandona su carrera de economía para estudiar cómo pilotar aviones como su abuelo, un héroe aéreo a nivel nacional. Con el apoyo de su abuelo, logra estudiar en el mejor Aeroclub de la zona con los mejores profesores. Frente a las alabanzas de sus profesores: “tenía un instinto raro y unas manos de oro y, lo más importante, que los aviones lo respetaban. Y los aviones nunca se equivocan” (155), Ricardo se siente orgulloso y seguro de sí mismo y confiesa que se sintió “vivo, más vivo que nunca” y “lo que es ser un delfín, lo que es tener un poco de poder heredado” (155). Lo cual aumentó su desprecio hacia sus padres, como reflejan sus palabras: “mi papá se quiere morir, pero yo ya soy dueño de mi propia vida, con cien horas de vuelo uno es dueño

de su propia vida” (156). Su nueva situación consolida su decisión y deseo de convertirse en alguien tan relevante como su abuelo:

“<<esta persona que usted ve aquí, que va a hacer grandes cosas en la vida, un nieto de héroe. Yo voy a salir de esta vida mediocre, Elena Fritts. Yo no tengo miedo, yo voy a recuperar el apellido Laverde para la aviación. Yo voy a ser mejor que el capitán Abadía y mi familia se va a sentir orgullosa de mí. Yo voy a salir de esa vida mediocre [...] Qué quieres, Elena Fritts, yo soy un nieto de héroe, yo estoy para otras cosas. Grandes cosas, así es, lo dijo y lo sostengo. Le pese a quien le pese. >>” (156)

Según lo expuesto arriba, podemos descubrir que la ambición y el deseo del éxito personal ocupa el papel principal en el corazón del joven Ricardo Laverde. La reflexión sobre el deseo se remonta a la filosofía de Aristóteles, cuando se refiere a la “medianía”: reconoce que todo el mundo coincide en desear y que el deseo forma parte esencial de la vida misma. La vida está llena de contradicciones. Frente a los idealistas, él no se opone al deseo, sino que otorga un lugar para ello. Este pensamiento, posteriormente, ha sido desarrollado por otro filósofo, Spinoza. Para Spinoza, “el deseo es la esencia del hombre” y es la causa de todas las acciones, por lo tanto, no sólo produce el bien, lo correcto y lo conveniente de la ética, sino también el mal, lo incorrecto y lo inconveniente (Cfr. en García, 1990). Es decir, en su opinión, el deseo no siempre está atado en “un supuesto <<lado oscuro de la vida humana>> como causante de todos los desmanes y los sufrimientos del hombre”, sino que el deseo articulado a la voluntad es “principio constituyente de individuos activos y creadores de valoraciones”, es pluralidad y capacidad de ejercer el reconocimiento de la diferencia, lo que constituye precisamente el fundamento de todo vínculo humano (Posada, 2009). Según Spinoza, la actitud correcta



frente al deseo es “hacer todo lo que se pueda para que el deseo se materialice”, pero no se debe dejar “arrastrar por sus pasiones, sus apetitos, aún más por sus ignorancias” (Posada, 2009) en el proceso de su realización. A mi parecer, ésta es, precisamente, la actitud sobre el deseo que quiere presentarse mediante la historia de Ricardo. En el caso del joven Ricardo Laverde, desear una vida mejor, por un lado, es una voluntad sana y una presentación de la naturaleza humana que busca lo bueno (el bienestar) evitando lo malo (el malestar). Por otro lado, se trata del producto ético de la distinción en el rango y el orden de la sociedad en la que “the rich man glories in his riches”, sin embargo, “the poor man is ashamed of his poverty” (Adam, 2006: 45). Adam Smith señaló en su *Teoría de los sentimientos morales*, que la existencia de la distinción en el rango y el orden de la sociedad tiene su origen en el deseo, y la gente de la clase baja se inclina naturalmente “rendering himself the object of the observation and fellow-feeling of everybody about him” y “all that toil, all that anxiety, all those mortifications which must be undergone in the pursuit of it” (Adam, 2006: 46). También declaró que, para llevarse a cabo este gran objetivo, hay dos maneras, una es “by the study of wisdom and the practice of virtue”; otra es “by the acquisitions of wealth and greatness” (Adam, 2006: 54).

Entre estas dos actitudes, en la novela, Ricardo optó por la segunda, sobre todo, por la búsqueda de la riqueza material. Respecto a ello, primero encontramos que, al pronunciar sus deseos de “salir de esa vida mediocre”, enseguida añadió que “me voy a dejar de contar centavos como hace mi mamá todas las mañanas. Yo no voy a tener que ponerle una cama a un gripo para que la familia tenga con qué comer” (156). Y vemos que, después de casarse, se

burla del trabajo de su mujer, “de sus pretensiones de misionera social y de Buena Samaritana para el Tercer Mundo.” Y adopta una expresión de “insostenible paternalismo” cantando “con pésimo acento: what’s there to live for? Who needs the Peace Corps” (176). Podríamos llegar a la conclusión de que, a pesar de que Ricardo respetaba la personalidad fuerte e independiente que había mostrado su mujer en su trabajo, no admiraba este trabajo de dignidad y generosidad, debido a que este trabajo no les servía para salir de la pobreza y crear una vida acomodada. Es decir, para él, llevar a cabo la realización personal significa enriquecerse. Precisamente esa adoración al dinero le impulsó al mundo del narcotraficante, le hizo aceptar el trabajo que le había ofrecido Mike sin vacilación, considerándole como su “hermano perdido” (179) y sintiendo que “yo estaba donde tenía que estar cuando tenía que estar, fue un golpe de suerte” (186).

Según la ética de Kant, del deseo derivan los afectos y las pasiones, pero, los dos son esencialmente distintos entre sí. Los primeros no producen el verdadero mal, pertenecen al sentimiento brusco y repentino, en la medida en que éste, precediendo a la reflexión, la imposibilita o la dificulta. Pero, la pasión, en cambio, es:

“el apetito sensible convertido en inclinación permanente. La tranquilidad con la que nos entregamos a ella nos deja reflexionar y permite al ánimo forjarse principios al respecto y, de este modo, cuando la inclinación conduce a lo contrario a la ley, permite incubarlos, arraigarlos profundamente e incorporar así deliberadamente el mal en la propia máxima; lo cual es entonces un mal cualificado, es decir, un verdadero vicio.” (Kant 265-266)

Se puede decir que, el deseo que muestra Ricardo para conseguir su éxito personal, se ve arrastrado por la pasión de lograr la riqueza sin importarle el medio que adopte. Su búsqueda de la nobleza se convierte totalmente en un tipo de adoración al dinero. A medida que se introduce cada vez más en el narcotráfico, se relaja cada vez más su concepto moral. En primer lugar, le vemos hundiéndose en un tipo de hedonismo. En los días en que no necesitaba trabajar, “los dos hermanos” llevaban una vida bohemia, pasaban los días bebiendo, fumando, hablando de política; y con el dinero fácil que ganaba en su trabajo ilegal, empezó a sentir que ya era dueño de su propia vida y capaz de pagarse una vida más acomodada. Convenció a su mujer de que tuviera hijos con él, y sucesivamente, le compró un nuevo campero blanco y una gran superficie de tierra para construir una nueva casa nombrada como Villa Elena.

En segundo lugar, le vemos convirtiéndose en una persona cada vez más materialista: llevar una vida acomodada ya no le era suficiente, el dinero empezó a servirle como un instrumento para demostrar su poder, incluso, le vemos sobornando a los funcionarios locales para que el programa dirigido por su mujer se llevara a cabo lo más pronto posible. Además, lleva a cabo una máxima para distinguir las clases sociales: “un individuo vale tanto cuanto posee” (Martinelli). Con esta mentalidad, no le permitió a su hija jugar con los niños de las criadas de Villa Elena, porque “tenía opiniones muy claras sobre la mezcla indiscriminada de clases sociales” (200).

En tercer lugar, tal como la Sagrada Escritura sentencia que “el avaro no será jamás saciado de su dinero” (Qo, 5.9), su adoración al dinero no sólo le convertía un hombre con sangre fría sino también en una persona cada vez más

codiciosa. La crítica del autor se siente no tanto en el hecho de ser un narcotraficante, su actuación contra la ley, sino que su denuncia se centra en la codicia infinita de la humanidad estimulada por ganar “dinero fácil”. Por eso, al final de su historia, ante el riesgo que tuvo que enfrentar debido a la opresión entre el gobierno colombiano y estadounidense, se vio obligado a tomar la decisión de retirarse, aunque la ambición de ser “millonario para siempre antes de la treintena” (209) le incitó a realizar una operación arriesgada, lo que, precisamente, terminó con su detención al entrar en Estados Unidos.

### ***5.2.2: El juicio de las acciones.***

Debemos tener en cuenta que Ricardo tuvo muy claro que este trabajo era ilegal, ha cruzado el límite lo que dice Spinoza “se puede.” Señaló Adam Smith una vez, “the sentiments of moral approbation and disapprobation, are founded on the strongest and most vigorous passions of human nature; and though they may be somewhat warped, cannot be entirely perverted” (Adam, 2006: 180), de este modo, aunque la gente crezca bajo la violencia, el libertinaje, la falsedad, la injusticia, no pierde totalmente la sensación de la impropiedad sobre este tipo de conducta. Pese a que en Colombia los años sesenta y setenta eran la época del desarrollo de narcotráfico y se vivía en esa época en la que el ser narcotraficante “era algo que parecía normal y no era mal visto” (Anónimo, 1989), sin embargo, en su interior, conocía las consecuencias de elegir este camino, lo cual se muestra en los siguientes aspectos: al principio optó por mantener oculto su trabajo real a Elaine; cuando llegó el momento de contarle la verdad, intentó “mirar a Elaine para nada, más bien evitando su mirada” (184); y posteriormente, en el momento en que le preguntó ella “qué pasa si te cogen”

(193), él procuró explicarle que el comercio de drogas es como cualquier negocio del mundo, deseado por ambas partes: el cliente y el vendedor añadiendo que “además, la cosa va a ser legal tarde o temprano”, pero su voz ha cambiado y en ella había “un falsetto, algo impostado”(193).

Desde mi punto de vista, el comportamiento de Ricardo, revela la naturaleza humana: engañado por el amor propio que distorsiona el juicio objetivo y se hace caer en un tipo de auto engaño. Este auto engaño es la presentación de la concupiscencia que dice Dietrich von Hildebrand<sup>80</sup> y según Adam es “fatal weakness of mankind, is the source of half the disorders of human life” (Adam, 2006: 140), porque hace que la gente no sólo se deje “arrastrar por sus pasiones, sus apetitos, aún más por sus ignorancias” (Posada, 2009) sin reflexionar sobre su conducta. La consecuencia es que también olvida el deber hacia uno mismo que dice Kant, es decir, el deber de ser el propio juez. Todo hombre tiene conciencia moral y tiene un juez interno que le observa y le amenaza, por lo tanto, le mantiene en el respeto a la ley o la virtud. En el caso concreto de Ricardo, el auto engaño cegó sus ojos, sin embargo, no puede ignorar que existe esta verdad, como reflexiona Kant “volver en sí o despertar tan pronto como oye su temible voz” ni “dejar de oírla” (Kant, 1994: 303). Por ejemplo, en una confesión a Elaine, le habló de lo inmenso que es el Caribe y del “miedo que da perderse, el miedo que da la mera idea de perderse en una cosa tan grande como el mar” (194), en realidad, esto es un reflejo interior sobre su

---

<sup>80</sup> Según Dietrich von Hildebrand, “el elemento de la concupiscencia: pereza, el afán por las sensaciones nuevas, el dejarse llevar (una manifestación más significativa y más deplorable de la concupiscencia es el gusto en el dejarnos llevar, cuando nos oponemos a todo autodomínio, cuando nos burlamos de todas las exigencias de la dignidad y el comportamiento, dicho brevemente, de todo lo que la tradición benedictina llama *habitare secum*), el antagonismo a los valores (la impureza).” (Dietrich von Hildebrand, 1983)

angustia y el miedo ante la ilegalidad de su trabajo, la duda sobre su propio auto engaño, es un miedo que se refleja ante la tradición de la voz de su conciencia moral. Sin embargo, eligió ignorarla, sin escuchar el propio juicio. A mi parecer, mediante la degeneración moral de Ricardo, Vásquez advierte de los peligros que rodean a quien evitan la verdad.

### ***5.2.3: la fallida reconstrucción moral.***

Como antes hemos mencionado, la vida entera de Ricardo es una vida a la que le falta “la libertad interior” que define Kant, porque de joven, fue dominado por la avaricia y acabó siendo encarcelado; en su madurez, de nuevo fue dominado por sus pasiones personales, lo cual se muestra en su vida después de salir de la cárcel. En la novela, después de veinte años encarcelado, Ricardo, ya era una persona de mediana edad, no quedaba huella de la energía que se destacaba en él cuando era joven, a los ojos de Antonio, “todo en él parecía cansado” (21). Este cansancio y desánimo no mejoró hasta que un día Ricardo de nuevo logró conectar con su mujer y tuvo la posibilidad de volver a reunirse con su familia. Para compartir esta felicidad, invitó a Antonio a beber y en su momento de ebriedad, confiesa su arrepentimiento, su decisión de subsanar estos errores que destruyeron su familia y su actitud optimista para iniciar una nueva vida: “nunca es tarde para remendar lo que uno ha roto. Y eso es lo que voy a hacer. Elena viene ahora y eso es lo que voy a hacer, ningún error puede durar para siempre” y nos preguntó “arreglar las vainas, ¿no puede ser tan difícil, no?” (31) Sin embargo, en la novela, no existen los finales felices. Primero, el vuelo de Elaine se estrelló en el camino de vuelta a Colombia, luego pese a que el autor no lo confirma, nos insinúa que el regreso a su antiguo trabajo, es decir, el

narcotráfico, para comprar la caja negra del vuelo estrellado fue causa de su asesinato. Ese final de Ricardo de nuevo verifica la actitud de cuestionamiento del autor mismo sobre “aprender de los errores” que antes señaló mediante la reflexión del personaje Enrique Deresser en *Los informantes*:

“la va a cagar una y otra vez; errará y remediará y volverá a errar, tú dale tiempo a alguien y lo que verás será eso, una cagada tras otra, una enmienda tras otra, cagada y enmienda, cagada y enmienda, hasta que el tiempo se acabe...porque no aprendemos...nadie aprende nunca, ésta es la falacia más grande de todas.” (337)

A mi parecer, lo que quiere presentar nuestro autor no sólo es su escepticismo sobre si uno puede aprender de sus errores, sino que en realidad recuerda lo imprudente de actuar sin reflexión y sus consecuencias. Si una persona no sabe dominar sus afectos ni pasiones, volverá a cometer los mismos errores tarde o temprano. En el caso de Ricardo, el enorme dolor causado por la muerte de Elaine le derribó, el entusiasmo que sentía antes hacia la vida se ausentó, fue sustituida por una inclinación brusca, una pasión terca de encontrar todo lo que pudiera unirle a su mujer difunta. El destino de su desesperación y la imposibilidad de cambiar la situación termina en su muerte. En realidad, la solución solo llega con la muerte (casi como castigo) y el nuevo comienzo depende del futuro de las nuevas generaciones.

La vida de Ricardo muestra, por un lado, su degeneración: de un joven con aspiraciones a un narcotraficante regocijado en su riqueza. El autor quiere presentar que, en el fondo, todos los fenómenos de la maldad y la fealdad, no están asociados a las "causas" que los gobiernos esgrimen, sino que están arraigados en el pensamiento de la búsqueda de la nobleza y la imagen social

que provoca la disfuncionalidad social, el exceso de promoción de los valores materiales, las enormes desigualdades sociales. Spinoza advierte que el deseo no sólo es el de uno mismo, sino que afirma Lacan, “es el deseo del otro” (Posada, 2009). El “otro” siempre está vinculado estrechamente con la época, el país, el contexto social y familiar en que se encuentra una persona; en el caso de Ricardo, su vida es el resultado de muchos factores que convergen juntos en él, por un lado, su adoración por el dinero no se puede separar del contexto social y el ambiente familiar en que él se encontraba. Por otro lado, mediante su desgraciado final, nos recuerda que, su frágil personalidad en la búsqueda de la nobleza moral, le hace débil ante lo agradable y lo fácil. Transmite el autor una ética donde el deseo no es malo por sí mismo, al contrario, es algo normal; lo realmente censurable es que se lleva a cabo mediante la violencia o el mal. Para conseguir “la libertad interna” que dice Kant, “hay que someter todas sus facultades e inclinaciones a su poder (al de la razón)” (Kant, 1994: 266) y “la verdadera fuerza de la virtud es la tranquilidad de ánimo con una resolución reflexionada y firme de poner en práctica su ley” (1994: 267).

### **5.3: El análisis moral de Elaine Fritts.**

El relato de Elaine Fritts, nos la presenta como estudiante de periodismo, de clase media acomodada norteamericana. Se caracteriza por su optimismo, energía y bondad. En palabras de Kant, su clave es la benevolencia hacia el mundo. Sin embargo, pese a su deseo de luchar contra la maldad es, hasta cierto punto, débil, sin verdadero coraje para gestionarlo, tal como Kant advierte: “la benevolencia puede ser ilimitada, porque con ella puede no hacerse nada. Pero con la beneficencia la cuestión es más difícil, sobre todo, si no debe practicarse



por afecto hacia otros, sino por deber, con sacrificio y mortificando en buena medida la concupiscencia” (Kant, 1994:247). Palabras que parecen ser aplicadas al comienzo de la historia de Elaine: la guerra de Estados Unidos contra Vietnam y los episodios violentos que tuvieron lugar en su país le repugnaron y le hacían cuestionarse: “¿cuándo les había ocurrido esto a Estados Unidos de América?” (141). Su gran rechazo provocó el ansia de escapar y contribuir con su propio esfuerzo a la mejora del mundo en otro lugar, por lo tanto, cuando vio que Los Cuerpos de Paz reclutaban voluntarios en Colombia, se apuntó sin vacilar esperando “tener una experiencia enriquecedora, dejar su huella, poner su granito de arena” (138). A mi parecer, mediante su huida del país, el autor parece indicar las contradicciones de Elaine: odia la maldad, pero tolera su existencia, incluso su desarrollo o no sabe cómo luchar contra ella. Por lo tanto, no sorprende demasiado que se vea envuelta en el narcotráfico a medida que conoce a Ricardo y Mike. Mediante el cambio de Elaine, desde mi punto de vista, el autor cuestiona si un ser humano puede ser fiel a su moral. Considera que para ser una persona ética se exige un esfuerzo continuo, cada uno debe esforzarse en fortalecer la voluntad moral porque en general, “un hombre no puede penetrar de forma completa en la profundidad de su corazón para estar totalmente seguro de la pureza de su propósito moral y de la limpieza de su intención no puramente moral” (Kant, 1994: 246). El cambio moral de Elaine refleja cómo y a qué se debe su proceso de degeneración: a) la degeneración moral de Elaine; b) el conflicto moral de Elaine. Mientras tanto, el autor también se mueve en una zona gris cuando describe la bondad, de la relación entre Elaine y su hija, Maya.

### **5.3.1: La degeneración moral de Elaine.**

Algunos críticos comentan que Vásquez describe en exceso los detalles del trabajo de Elaine en el Cuerpo de Paz, pero no describe, suficientemente, la personalidad de Elaine; sobre todo, su cambio psicológico al enterarse de la nueva profesión de su marido<sup>81</sup>. No estoy totalmente de acuerdo con esta voz crítica porque, desde mi punto de vista, precisamente son estas descripciones detalladas sobre el trabajo de Elaine en el Cuerpo de Paz las que prefiguran la aceptación después de conocer el trabajo ilegal de su marido. Entre los antecedentes fragmentarios que se establecen a lo largo de la novela, podemos encontrar un cambio sutil tanto en el mundo interior de nuestra protagonista como en la actitud de distribuir sus obligaciones con ella misma y con los demás hombres.

Primero, desde el plano social, en los años sesenta en Colombia, trabajar en el narcotráfico aún no estaba mal visto, además como dice un refrán chino, “la flecha que ya está en la cuerda, no tiene otro remedio que volar”, la situación en este momento es imparable; Segundo, desde el plano práctico, con el tiempo, Elaine misma descubrió que no importaba cuánto se esforzara para cambiar las

---

<sup>81</sup> “Vásquez, por ejemplo, dedica más páginas a descripciones tediosas y detalladas sobre los Cuerpos de Paz que al conflicto de consciencia de Elena por las actividades ilícitas de su marido [...] Esto, hay que decirlo, no sólo es un defecto de omisión, también representa una falla en la coherencia interna de sus personajes, sobre todo Elena. Si algo define a Elena en la novela es su idealismo. Esa cualidad la hace romper con su país y la lleva a Colombia en su afán, como bromea Ricardo, de convertirse en una “misionera social” y “salvar al mundo.” El idealismo es, de lejos, el aspecto de su personalidad más enfatizado por el autor. Pero ese idealismo, que ha podido ser una fuente de conflicto para Vásquez, no choca con la decisión de Ricardo Laverde de meterse en el negocio de las drogas. Elena acepta con sorpresiva facilidad y pasividad la nueva profesión de su marido. Ni hace muchas preguntas, ni parecen molestarla mucho las implicaciones morales de tener un esposo que llega a la casa con maletas llenas de dólares...” (Tarre, 2011)

condiciones de la vida de los niños o mejorar la situación local de la nutrición. Tanto las autoridades locales como los pobres lugareños no le prestan atención. Por un lado, para llevar a cabo los proyectos, cuando ella buscó contactos con los estamentos de poder e influencias como el cura, los jefes de las familias más influyentes, el alcalde, o los terratenientes de Bogotá y Medellín, descubrió que ellos eran “una especie de poderes ausentes que tenían la tierra, pero nunca estaban en ella, y vivían de ella pero nunca pagaban los impuestos que ella les causaba” (176). Ignorando los problemas que sufrían los pobres lugareños, seguían viviendo en medio de la corrupción. Por otro lado, los lugareños carecían de la voluntad suficiente para esforzarse en su propio bien, y tan sólo confiaban en la ayuda exterior. Frente a tal situación, ella dejó de quejarse: “<<es la mentalidad de la colonia>> [...] <<tantos años acostumbrados a que otro les haga las cosas no se borran así>>” o “creían que la labor de los Cuerpos de paz era llevar a cabo todo lo que a ellos les daba pereza o les parecía difícil” (177). De esta manera, con el tiempo, entre un trabajo difícil de realizar y los proyectos que no avanzaban, poco a poco, su viejo idealismo de “todo va a salir de maravilla” (139), el antiguo entusiasmo de ir a “dónde más puede ayudar” (158) y la creencia de “yo no vine aquí para tener comodidades” (144) sino para “salvar al mundo” se colapsa y deja de ser tan sólido como antes. Es el desgaste provocado por la desidia y la inacción de quienes la rodean.

Tercero, en la relación con su marido, Elaine, criada por sus abuelos, según las palabras del autor, crecía en una educación a la vieja usanza que pertenecía a una generación más antigua que la suya, por lo tanto, tenía “nociones de responsabilidad que no eran las de los demás niños” (139). Este

valor de responsabilidad le impulsaba a hacer todas las cosas lo mejor que pudiera. Igual que se dedicaba con todo entusiasmo al trabajo antes de casarse, cuando se casó con Ricardo y logró una nueva identidad, eligió, en primer lugar, asumir bien su nueva responsabilidad como esposa. Siendo la mujer de Ricardo, y al advertir que Ricardo estaba tan contento como “un niño en una tienda de juguetes” (180) con el trabajo que le ofreció Mike, ella optó por callarse y no preguntar. Por lo tanto, sólo realmente conoce el trabajo de Ricardo cuando él se lo confiesa. Esto significa que, al principio, ella se vio involucrada en el mundo del narcotráfico de forma pasiva, lo cual puede considerarse como una elección fuera de su propia voluntad. Con cierta angustia y preocupación en su interior, ella aceptó la nueva profesión de su marido sin oponerse. Sin embargo, esta aceptación, aún era sólo en apariencia. La verdadera aceptación ocurrió al confirmar que estaba embarazada. Es decir, al final, la familia vence frente a su responsabilidad hacia el tercer mundo. Circunstancia que se produce también por la decepción que sufre:

“Miró a Ricardo, que dormía con la boca abierta. Se acercó a la cama y levantó la sábana con dos dedos. Vio el pene dormido, el vello ensortijado (ella lo tenía liso). Se llevó la mano al sexo, luego otra vez al vientre, como para protegerlo. What’s there to live for? Pensó de repente, y tarareó en su cabeza: who needs the Peace Corps? Y luego se volvió a dormir.” (188)

En toda la novela, “who needs the Peace Corps” en total aparece cuatro veces. La primera vez tiene lugar cuando los voluntarios americanos de los Cuerpos de Paz lo dicen bromeando al llegar a Colombia; la segunda vez, es una ironía en boca de Ricardo cuando se burla del trabajo de su mujer; la tercera vez, es la propia Elaine, quien la pronuncia, según lo que se ha expuesto en los textos

anteriores. La última vez, en particular, se refiere a todo el Cuerpo de Paz envuelto en la cadena del narcotráfico en Colombia. El cambio psicológico de Elaine desde la irritación al escuchar la burla de Ricardo hasta que ella misma piensa lo mismo, muestra que ella ya ha aceptado que el centro de su responsabilidad no estaba en un trabajo que simboliza un gran amor hacia todo el mundo, sino que estaba en el amor hacía su propia familia, en el que su marido y su hija eran objeto de sus prioridades de protección. Esto también significa dejar atrás aspiraciones y llega a ser una persona arrastrada de forma pasiva al mundo del narcotráfico, hasta convertirse en una persona que optó por participar en ello por su propia cuenta.

### ***5.3.2: El conflicto moral de Elaine.***

Tal como dice Kant “nosotros consideramos una vez nuestra acción desde el punto de vista de una voluntad conforme enteramente con la razón, y otra vez consideramos la misma acción desde el punto de vista de una voluntad afectada por la inclinación” (Kant, 2007: 38). El hecho de que Elaine haya abandonado la responsabilidad y la insistencia en la búsqueda del bien supremo le lleva a integrarse en un mundo imperfecto y dominado por el mal, sin embargo, el autor no reniega de su razón y la fuerza moral, sino que nos presenta su conflicto moral. Esta actitud se muestra en su opinión sobre Mike. Desde el principio hasta el final de su historia, ella desconfía de Mike y lo rechaza porque no entendía “muy bien en qué momento este gringo desorientado se había instalado entre ellos dos” (179). Cada vez que hablaba de Mike con Ricardo, usaba un tono airado. Cada vez que Mike venía a casa, ella mostraba una enorme inseguridad y desconfianza, y hasta llegó a decir abiertamente a Ricardo que

Mike “no es amigo nuestro” (201). Sus acciones, nos muestran que no le gustó la vida bohemia – no hacía nada, sólo bebía, fumaba y hablaba de política - que los dos hermanos llevaban. Circunstancia que pone de manifiesto que, aunque ya está envuelta en el trabajo de su marido, inevitablemente, Elaine aún conserva un cierto nivel de racionalidad, y un rayo de luz moral para enfrentar la injusticia y la inmoralidad que subyace en el narcotráfico, una presentación de que aún no había caído totalmente en el abismo del nihilismo moral. Es decir, tal vez, en cierto sentido, se puede decir que Elaine es una de estas personas que no “tiene suerte”, tal como dice Kant, para escapar de las tentaciones de la sociedad y la época. Según Kant, si muchas veces podemos llevar una larga vida sin culpa, es porque “sólo han tenido la suerte de haberse sustraído a tantas tentaciones” y para cada persona “queda oculto cuánto valor moral puro se haya puesto en la intención en cada acción” (Kant, 1994: 246). O, dicho en otras palabras, viviendo en el ambiente social e histórico de aquellos años, Elaine sólo fue una persona que no podría escapar a las restricciones de la visión de la época, tal como habría sido el destino del deshecho del ramo de rosas blancas que estaba en su mano antes de partir hacia Dorada, su *permanent site placement*:

“un ramo de rosas blancas, y ahora, al atravesar el vestíbulo con una maleta en la mano y la cartera terciada sobre el pecho, las flores se le habían convertido en un estorbo detestable, una suerte de plumero que se estrellaba contra los otros transeúntes dejando en el suelo de piedra un rastro de pétalos tristes, y cuyas espinas Elaine se clavaba cada vez que intentaba agarrarlo mejor o protegerlo de la hostilidad ambiente.” (160)

Desde mi perspectiva, Elaine, por un lado, es un personaje débil, víctima y con sentido de tragedia clásica, dominada por el “fatum” y las circunstancias, simboliza a una persona heroica que no puede escapar de su destino. En algún

momento, su duro trabajo y su esfuerzo, hicieron que sintiera que había dirigido “el tiro a la vaina” (166), sin embargo, tal como hemos subrayado en el mundo literario de Vásquez, el desengaño llega más tarde o más temprano, pero siempre llega. Las frases como “señorita, usted no sabe un pepino” (Vásquez, 2004: 145), “qué iluso fui” (Vásquez, 2007: 198), “no tenía manera de saber cuánto se equivoca” (Vásquez, 2011:166), significan el despertar de la ilusión de control o del espejismo del dominio sobre la propia vida. Los protagonistas se dan cuenta de que su biografía ha sido moldeada por eventos externos, por voluntades ajenas, con poco o ninguna participación en sus propias decisiones. En este sentido, Elaine merece nuestra compasión. Mediante su historia, el autor por un lado quiere advertirnos cuán fácil es dejarse llevar por la influencia del ambiente social en el que se encuentra, por otro, nos recuerda lo peligroso de aceptar la “ética” de que en este mundo no existe el mal absoluto ni el bien absoluto, esto definitivamente no nos ayuda a ser una persona más ética, sino al contrario, porque tal y como dice Kant si las grandes fuerzas morales desaparecieran, “la nada (de la moralidad), con las fauces abiertas, se tragaría el reino entero de los seres (morales) como una gota de agua” (Kant, 1994:317). Y también nos recuerda lo que dice Kant:

“los vicios, incubados en las intenciones contrarias a la ley, son los monstruos que el hombre tiene que combatir, de ahí que la fortaleza moral, entendida como valor, constituya también el supremo honor guerrero del hombre y el único verdadero, también se le llama la verdadera sabiduría, es decir, sabiduría práctica, porque hace suyo el fin final de la existencia del humano sobre la tierra.” (Kant, 1994: 262)

### **5.3.3: La zona gris y la benevolencia hacia el otro.**

Para Vásquez, la complicada relación en la familia siempre es un tema esencial, desde la relación entre padre e hijo que se mantienen distantes, aunque ambos se preocupan el uno del otro en *Los informantes*, hasta la relación entre padre e hijo que es cada día más lejana debido a sus diferencias en la visión de los valores y la relación llena de amor, pero carente de comprensión entre padre e hija en *Historia secreta de Costaguana*. Una evolución que el mismo Vásquez señala, está relacionada con su propia vida:

“Al escribir *Los informantes* yo todavía no tenía hijos, entonces era una investigación más hacia arriba, hacia el padre. En *Costaguana* empezó a bascular y en *El ruido* y *Las reputaciones* ya es una exploración que va más hacia abajo, del padre hacia los hijos. Ambas novelas están llenas de relaciones padre-hija. Creo que en el fondo toda literatura es autobiográfica, y yo escribo de manera muy directa sobre lo que me preocupa.” (Vásquez, *Letras Libres*: 2014)

En la novela estudiada, tomando la descripción sobre la relación entre madre e hija de Elaine y Maya como ejemplos, nos presenta la imagen del amor entre los padres e hijos y las zonas grises que merecen nuestra reflexión en la vida de la familia moderna. En los textos anteriores ya hemos mencionado que Elaine era una persona responsable, esta responsabilidad particularmente se encuentra después de la detención y encarcelamiento de Ricardo. En la novela, ella aceptó la realidad de criar a Maya sola, dejó atrás la vida acomodada que antes disfrutaba, y se mudó a un piso pequeño y modesto de Bogotá. Allí inició una nueva vida para Maya que en aquel tiempo sólo tenía cinco años de edad. La vida nueva creada para Maya se inicia con una historia ficticia sobre su padre, en la que Ricardo perdió la ruta y cayó junto con su avión al fondo del mar:



“A los pilotos [...] a veces pasaba algo, y se perdían. Los pilotos se desorientaban y se perdían. Se les olvidaba dónde quedaba antes y adónde quedaba atrás, o se confundían y empezaban a volar en círculos sin saber dónde estaba atrás y dónde adelante, dónde la izquierda y dónde la derecha, hasta que el avión se quedaba sin gasolina y se caía al mar, se caía desde el cielo como una niña que se tira a una piscina. Y se hundía sin ruido ni estrépito, se hundía sin ser visto porque en esos lugares no hay vida, y allá, en el fondo del mar, a los pilotos se les acababan los años.” (218-219)

Tal como en *Costaguana*, mediante las palabras de José Altamirano, Vásquez repite la frase célebre de Robespierre: “la historia es ficción” (197). He aquí, de nuevo, el autor mediante la historia de Elaine y Maya nos recuerda que la historia siempre es subjetiva y es diferente y depende de la persona que la cuenta. Su actitud es diferente a la de la madre de José Altamirano en *Costaguana*, quien, aunque con intención de mantener al niño José lejos de su padre, nunca le ha mentado respecto a éste, o en palabras de José, “nunca cometió la cursilería de decirme que mi padre había muerto, de transformarlo en héroe de guerra civil - posición a la cual todo colombiano puede aspirar tarde o temprano - o en víctima de accidentes poéticos, la caída de un caballo fino, el duelo de honor perdido” (61). Por el contrario, Elaine, optó por ocultar la realidad y la sustituyó con una historia envuelta en el color y el tono del cuento infantil. Durante los doce años que vivieron juntas, Elaine conservó este secreto cuidadosamente para que Maya no sospechara nada ni por su parte ni por su familia y amigos, todo para que Maya no tuviera “ningún mal sentimiento ninguna agresividad ni ningún deseo de venganza” (220).

Vásquez afirmó: “la historia es un relato contado por el poder” (Vásquez, *Bomb*: 2010). En la relación de los padres y los hijos, son los padres los que

representan el poder y deciden lo que pueden saber sus hijos. Maya, a sus veinticinco años, se enteró de la existencia de su padre. Su madre que había regresado a Estados Unidos, la llamó y la informó que su padre aún estaba vivo y quería verla. Esta amarga información la hizo pasar del asombro a la indignación, al llanto, a un cambio brusco en esa existencia suya ya habituada a la resignación y la soledad. Dolorosa es esta confesión de Maya: “lo más triste que puede pasarle a una persona, tener recuerdos de mentira” (238). El autor, mediante la pluma de Antonio Yammara, también reflexionó:

“Ignoro si estén estudiadas las relaciones que tiene la gente ante revelación semejante, cómo se comporta una persona ante un cambio tan brutal de sus circunstancias, entre la desaparición del mundo tal como lo conoce. Es de pensar que en muchos casos sigue un reajuste gradual, la búsqueda de un nuevo lugar en el elaborado sistema de nuestras vidas, una reevaluación de nuestras relaciones y de eso que llamamos pasado. Quizás eso sea lo más difícil y lo menos aceptable, el cambio del pasado que antes habíamos creído fijo.” (245)

El problema de Maya es reconstruir la memoria, carecer de un pasado completo y veras, circunstancia que hace tambalear sus creencias y provoca una situación de inseguridad. Circunstancia que Vásquez aprovecha para afirmar la necesidad de una colaboración y una unidad en Colombia:

“y las familias que se quedaban esperando en Colombia tenían que decirles algo a los niños, ¿no? Así que mataban al padre. El tipo, metido en una cárcel de Estados Unidos, se moría de repente sin que nadie hubiera sabido que ahí estaba. Era lo más fácil, más fácil que lidiar con la vergüenza, con la humillación de tener una mula en la familia. Cientos de casos como este. Cientos de huérfanos ficticios, yo era un caso solamente. Eso es lo bueno de Colombia, que uno nunca está solo con su destino.” (222)

De no haber muerto Elaine en el accidente aéreo en el camino de vuelta a Bogotá, tal vez el daño producido por las mentiras pronunciadas en nombre del amor se hubiese quedado para siempre como una grieta irreparable en la relación de madre e hija. Sin embargo, la muerte inesperada de Elaine barrió toda la indignación y el rencor que Maya sintió hacia su madre. Dejó de pensar sólo en el daño que le había producido y pudo ver todo lo que su madre había hecho a lo largo de su vida desde otra perspectiva: “Mamá construyó un mundo donde Ricardo Laverde no existía, se necesita talento para hacer eso. Con lo difícil que es sostener una mentira chiquita, y ella montó una cosa de este tamaño, una verdadera pirámide” (220); y con ternura y amor intentó comprender y aceptar desde la perspectiva de una madre que quiere y protege a su hija a su propia manera: “Le habrá parecido que así era mejor. Y Tal vez tenía razón, Antonio. Yo no tengo hijos, no me imagino lo que es tener hijos. No sé lo que puede uno llegar a hacer por ellos. No me alcanzo a imaginar” (214). En este sentimiento de Maya entre la ira y la comprensión, entre el dolor y el consuelo de tener alguien que la ama tanto, nos invita el autor a hacer una pregunta ética: ¿Dónde está el límite del amor y el daño? O tal como reflexiona John Banville en su novela *La guerra azul*: “¿es posible amar sin herir?” (Cfr. en Harbour, 2016). En el sentido metafísico, esto también es una de las cuestiones casuísticas que reflexiona Kant sobre el límite de la benevolencia:

“ejercer el poder supremo sobre uno al que roba la *libertad* de ser feliz según su propia elección, ¿puede – me pregunto – considerarse como bienhechor cuando cuida de él – por así decirlo- paternalmente, según sus propios conceptos de felicidad? ¿O no sucede más bien que la injusticia de privarle a uno de su libertad es algo tan opuesto al deber jurídico que abandonarse a esta condición, contando con la beneficencia del poder, sería la máxima degradación de la humanidad para aquel que consintiera

en ello, y la máxima preocupación del poder por este último no sería beneficencia en modo alguno? ¿O puede ser tan grande la ganancia obtenida con la última que pudiera valer lo mismo que el derecho del hombre?” (Kant, 1994: 324)

#### **5.4: El análisis moral de Antonio Yammara.**

Vásquez toma la vida de Antonio Yammara como ejemplo para presentarnos el estado espiritual y psicológico de la generación que nació en los años setenta, experimentó el bautismo del narcoterrorismo de los ochenta y sufrió sus consecuencias en los años noventa. Se puede también dividir su vida en dos épocas: la vida previa a su accidente y la vida después de él. La primera etapa de su vida hace referencia a que la mayoría de la gente opta por olvidar o finge que ha olvidado el pasado del narcoterrorismo para empezar una nueva vida, creyendo que el olvido es la mejor manera para mirar hacia el futuro. Sin embargo, el inesperado accidente, y el asesinato de Ricardo, no sólo le hizo estar al borde de la muerte, sino que también supuso un gran trauma psicológico que le abrió la puerta a la convulsión del pasado. Como ya hemos dicho en la parte del contexto histórico, este miedo frente al narcoterrorismo no desapareció, sino que sólo estuvo latente a la espera para atacar a la gente una vez fuera posible. Este accidente de nuevo le hizo sentir el horror de lo imprevisto y las pequeñeces y la vulnerabilidad del ser humano. El miedo a la muerte y al dolor le dominó. Su psicólogo intentó tranquilizarle diagnosticando que “el miedo era la principal enfermedad de los bogotanos de mi generación” (58).

Para muchos críticos, el miedo, definitivamente, es la clave para definir esta novela. En un artículo publicado en *Arcadia* se afirma que “ese miedo quiere ser a todas luces el leitmotiv de su novela” (Ponsford, 2011); también en

un estudio de Jorge Ladino Gaitán Bayona, comenta que la novela “encadena las raíces del narcotráfico y sus secuelas para trazar una radiografía del miedo, la de varias generaciones, pero, sobre todo, la generación del setenta” (Bayona, 2011). Desde mi punto de vista, el miedo, por supuesto, es una emoción que flota en cada página, sin embargo, lo que quiere indagar nuestro autor no sólo es el miedo, sino cómo la gente actúa y responde si se le coloca en una situación extrema como es el terror. De esta manera, Vásquez plantea preguntas éticas más allá del miedo, y por lo tanto, más profundas, nos invita a reflexionar cómo se debe tratar la relación entre uno mismo y el otro, y también cómo tratar la angustia ante la elección de diferentes posibilidades y, a su vez, asumirlas.

Antes de entrar en el análisis del personaje, conviene introducir el concepto de libertad, concepto tratado, entre otros autores, por Sartre en *El Ser y la Nada*, según él, la libertad no es un elemento constitutivo del hombre, ni una virtud o valor, sino más bien es el “ser” del “para – sí”. Afirma que, “la realidad humana es libre en la exacta medida en que ha de ser su propia nada...La realidad humana no puede dejarse determinar jamás por su pasado para ejecutar tal o cual acto” (Sartre, 1986: 478-479). Es decir, cuando Sartre habla del *ser – para – sí*, el autor lo define “como un proyecto arrojado al futuro, que se va haciendo constantemente”, de esta manera “el hombre ejerce su ser libre en la capacidad de elegir que le viene como consecuencia lógica de esta naturaleza” (Ehrenzweig 20). Además, en *El existencialismo es un humanismo*, Sartre destaca que el hecho mismo de elegir ya supone asumir la responsabilidad moral porque “elegir ser esto o aquello es afirmar al mismo tiempo el valor de lo que elegimos” (Sartre, 2010: 13). Basándose, precisamente, en la libertad de

elección, en el hombre moderno se produce la angustia, la angustia de elegir y, por tanto, de saber cómo responsabilizarse de las propias elecciones. Y continua explicando que cuando una persona intenta huir de la angustia ante la elección, cae en un estado irresponsable que Sartre denomina “mala fe”:

“El acto primero de mala fe es para rehuir lo que no se puede rehuir, para rehuir lo que se es. El proyecto mismo de huida revela a la mala fe una íntima disgregación en el seno de ser; y esta disgregación es lo que ella quiere ser... La buena fe procura rehuir la disgregación íntima de mi ser yendo hacia el en-sí que ella debería ser y no es. La mala fe procura rehuir el en – sí refugiándose en la disgregación íntima de mi ser... Si la mala fe es posible, ello se debe a que constituye la amenaza inmediata y permanente de todo proyecto del ser humano, a que la conciencia esconde en su ser un riesgo permanente de mala fe. Y el origen de ese riesgo es que la conciencia, a la vez y en su ser, es lo que no es y no es lo que es.” (Sartre, 1986: 104)

Si aplicamos esta teoría de Sartre a la novela, podemos concluir, de acuerdo con la trayectoria psicológica del narrador, que por un lado, es una persona dominada por la mala fe, no puede elegir el bien por su actitud frente al miedo y su impotencia física; por otro lado, es una persona carece de la suficiente fuerza de voluntad para cambiar. Vive en el egoísmo, la mentira y el auto engaño más como un destino terrible y deplorable que como una carga que es capaz de superar con su libre voluntad.

#### ***5.4.1: Antonio, una persona dominada por la mala fe.***

En este conflicto de la naturaleza humana entre el yo y su entorno, el “yo” narrativo, Antonio, no fue el único que recibió el dictamen del autor, sino que la gente de su entorno es semejante. Por ejemplo, los parientes de Antonio, Aura, sus alumnos de la universidad, incluso algunos transeúntes que se cruzaron con

él. Como no logró dominar su pavor y su pérdida de control durante largo tiempo, la reacción de la gente de su alrededor experimentó varios cambios. Desde el consuelo de los momentos iniciales hasta las palabras que piden conformidad y pasividad: “Pero ya pasó, Antonio, ya pasó” (59), la compasión y la paciencia de la gente poco a poco se ha ido esfumando. Por último, predomina el sentimiento de indiferencia. Sus parientes poco a poco se cansaron de darle consuelo; y Aura expresó su descontento de forma franca: “no me gusta lo que veo” (61). Sus alumnos que antes le respetaban y le juzgan con una frase de conmiseración: “Pobre tipo. No va a salir de ésta” (59), incluso en el peor caso, unos alumnos pintan dibujos obscenos para burlarse de él ante su pérdida del control de las emociones en clase. Además, la reacción de unos desconocidos en la calle también es una de la falta de compasión y la banalidad de la maldad en la naturaleza humana:

“Salí de la universidad y seguí caminando, sin mucha conciencia de las calles que atravesaba ni de la gente que rozaba mis ropas, hasta que los brazos comenzaron a dolerme. Es la esquina norte del parque Santander, el mismo que siempre está ahí comenzó a seguirme, a imitar mi andar dificultoso y mis torpes movimientos, e incluso mis jadeos. Llevaba un traje enterizo ningún otro maquillaje de ningún otro color, y movía los brazos en el aire con tanto talento que a mí mismo me pareció ver de repente sus muletas ficticias. Allí, mientras aquel buen actor fracasado se burlaba de mí y provocaba las risas de los transeúntes...” (64)

Tras la descripción de estas reacciones del sarcasmo sin ningún respeto de los alumnos y la parodia, sin piedad, de los transeúntes, por un lado, el autor nos recuerda de nuevo el carácter espontáneo de la compasión<sup>82</sup>, circunstancia que

---

<sup>82</sup> Este tema ya lo hemos tratado mediante el comportamiento de Sara Guterman en *Los informantes*.

también se señala en la obra de Adam Smith: “though our sympathy with sorrow is generally a more lively sensation than our sympathy with joy, it commonly falls much more short of the violence of what is naturally felt by the person principally concerned” (Adam, 2006: 38). Por otro, muestra cómo poco a poco es el olvido lo que finalmente calma los sentimientos ante las catástrofes recién ocurridas y ante el pasado. De este modo se lleva a cabo una crítica sobre la falta de comprensión y simpatía de la gente frente a quienes son víctimas de la desgracia. El autor nos recuerda que la gente olvida con rapidez, incluso pronto crea una nueva presión, en el plano psicológico, a quienes no pueden olvidar y aún están inmersos en ello. De esta manera, las pobres víctimas, tal vez, se convierten en los objetivos del sarcasmo y la burla, los creadores de la crisis familiar, los fracasados de la vida, tal como se sintió Antonio: “pensé por primera vez que mi vida se estaba cayendo en pedazos, y que Leticia, niña ignorante, no podía haber escogido peor momento para venir al mundo” (64).

Es decir, el accidente que le tocó vivir a Antonio funciona fuera de control y coloca a nuestro protagonista en una situación difícil de superar. En tal situación, lo primero que necesita es tratar su relación con Aura. A medida que él se hundía cada día más en su propia paranoia y el miedo infinito, su relación con su mujer también era cada vez más tensa. En vez de comunicarse sinceramente con ella sobre qué era lo que realmente le hacía sufrir, Antonio optó por guardar silencio, hasta el punto de responder a la preocupación de Aura de una forma a veces evasiva y a veces sarcástica. Al final, la crisis familiar se orienta hacia un abismo cada vez más profundo, que cae en el machismo y en el egoísmo. Por un lado, él no se comunica con Aura, porque él cree de forma



unilateral que, el hecho de que Aura pueda hablar del miedo de una forma tan fácil, es porque ella misma nunca ha experimentado cómo es aquella época llena de convulsión y horror. Por lo tanto, ella no puede comprenderle y la condena: “tú no sabes nada, quise decirle, tú creciste en otra parte. No hay terreno común entre los dos, eso quise decirle también, no hay forma de que entiendas, nadie te lo puede explicar, yo no te lo puedo explicar” (61). Por otro lado, su alejamiento de Aura, en mayor grado, se debe a su concepto del papel del hombre en la familia. Antes del accidente, él era la persona que apoyaba económica y psicológicamente a toda la familia. En la situación actual, no sólo no puede controlar bien sus emociones ante la gente, sino que incluso pierde su función fisiológica (aunque era temporal), lo cual en particular le hace sentir vergüenza, debilidad y falta de hombría frente a su mujer. Podemos notar que cuando él escuchó por primera vez de su médico que “toda disfunción es normal” (58), le pareció fea la palabra “disfunción” y pensó que “no le hablaría del tema a Aura” (58). Conforme pasa el tiempo, vemos que prefiere la infidelidad e ir a los burdeles. Cada vez que la virilidad de Antonio era dañada, sus acciones se volvían exageradas. Incluso, la última disputa entre la pareja tiene como origen el vibrador que compra Aura con la intención de mejorar la relación íntima entre los dos.

Según la ética de la vida familiar de Razón Mínguez Vallejos, cada persona es una isla y una familia es un archipiélago formado por estas islas donde se gobierna por “anhelo de estabilidad, de vínculos y de responsabilidad”, “un sitio que supuestamente debería ser orientado a superar cualquier egoísmo”(Vallejos, 2014), sin embargo, podemos ver que, en la relación de

Antonio y Aura<sup>83</sup>, por parte de Antonio, no se ve ninguna acogida, o cualquier medida ética que se pueda aplicar en una familia. Su actitud responde a la de una persona que le falta la capacidad de comunicarse. Carece de compasión y gratitud, y por ejemplo, vemos que tras varias disputas desagradables con Aura, la decisión de Antonio fue dejarla sola sin hacer nada, pero en su interior, sentía remordimientos “algo que se parece mucho al miedo”, “mi mujer me odiaba en ese momento”, y “su odio estaba justificado” (63). Es decir, se encuentra dominado por la mala fe que encarna “un egoísta escepticismo” (Ponsford, 2011) a la individualidad y la insolidaridad, lo único que puede presentar frente a Aura es un estado de ánimo parecido a lo que describe Elime Durkheim en su obra *El suicidio*:

“un estado de languidez, melancólico, que afloja los resortes de la acción. Los negocios, las funciones públicas, el trabajo útil, hasta los deberes domésticos sólo inspiran al sujeto la indiferencia y el alejamiento. Le repugna salir de sí mismo. En desquite, el pensamiento y la vida interior ganan todo lo que pierde la actividad. Al desviarse de lo que le rodea, la conciencia se repliega sobre sí misma, se toma como su propio y único objeto y se da por tema principal observarse y analizarse. Pero con esta extrema concentración no hace sino profundizar el obstáculo que la separe del resto del universo. Desde el momento en que el individuo se apasiona hasta tal punto por sí mismo, no puede sino desligarse más de todo lo que no sea él, y consagrar, al reforzado, el aislamiento en que vive. Al no mirarse más que a sí, no puede

---

<sup>83</sup> Comparando con la apatía y la terquedad de Antonio, merece ser mencionada la tolerancia de Aura, que realmente cumplió lo que define Mélich como la experiencia ética: “el otro no puede serme indiferente, sino que me impulsa y me dinamiza hacia él y para él” (Vallejos cita a Mélich: 2014). Frente a la negación de la comunicación en doble sentido de Antonio, tanto psicológica como física, Aura mantuvo cuidadosamente la relación entre los dos como si hubiera pisado encima de un hielo fino, para ayudar a Antonio a salir de sus situaciones de vulnerabilidad, ella poco a poco se acostumbró a todos los cambios de Antonio, tales como, dormir con luz encendida, no ver ni escuchar noticias, no hablar del tema que pudiese causar el recuerdo del accidente y, poner toda la atención en la educación de su hija. De esta manera, la casa de nuevo recuperó un ambiente parecido a la armonía, aunque se trató de una armonía que sólo existía en la apariencia, cimentada por una protección y una evasión cuidadosa e intencionada.

la persona encontrar razones de ligarse a ninguna otra cosa más que a ella.” (Durkheim 157-158)

La segunda cosa con la que tiene que lidiar es el miedo. Según señala un estudio que investiga el tema del miedo en Colombia, *Territorios del miedo en Santa Fe De Bogotá*, la gente desarrolla varias acciones y estrategias contra el miedo<sup>84</sup>, entra ellas, la evasión; a saber, evitar ir a los lugares que antes le causaron daño y que siguen produciéndole miedo. Esto es lo que escogió nuestro protagonista, es decir, optó por escapar de la escena del accidente: “no volvía a pisar la calle 14, ya no digamos los billares [...]. Así, perdí una parte de la ciudad; o, por mejor decirlo, una parte de mi ciudad me fue robada” (66). Una evasión física, que se corresponde con una evasión psicológica para vivir de la manera que han elegido los dos hermanos en “La casa tomada” de Cortázar: “vivir sin pensar” lo que pasó y está pasando:

“imaginé una ciudad en que las calles, las aceras, se van cerrando poco a poco para nosotros, como las habitaciones de la casa en el cuento de Cortázar, hasta acabar por expulsarnos. <<Estábamos bien, y poco a poco empezábamos a vivir sin pensar>>, dice el hermano del cuento aquel después de que la presencia misteriosa se ha tomado otra parte de la casa. Y añade: <<Se puede vivir sin pensar. >>” (66)

La actitud de Antonio frente al problema coincide con la pasividad con que los protagonistas de Cortázar se toman su problema, lo cual en cierto sentido se trata de un espejo de la sociedad donde vivimos: *El no te metas, déjalo así*, un

---

<sup>84</sup> Reacciones: activa de enfrentamiento, activa de negociación, activa de evasión, reacción pasiva o de entrega. Desconocimiento de la reacción. Estrategias: son las diversas mediadas que las personas toman ante posibles situaciones generadoras de miedo, con intencionales y pretenden ser racionales y efectivas. Estrategias de enfrentamiento. Estrategias de actitud (mental o física). Estrategias de evasión. Medidas: medidas físicas y medidas de comportamiento. (Nelson Lugo Torres, 1998)

fenómeno social en el que se gobiernan los valores como la insensibilidad, el olvido intencionado y la falta de curiosidad hacia el otro. Respecto a esta pasividad, su psicólogo le aconseja: “preguntas, Antonio, preguntas. Por qué le pasó lo que le pasó, y de quién fue la culpa, si fue o no suya. Si esto le hubiera pasado en otro país. Si esto le hubiera pasado en otro momento...” (66-67). Vásquez, utiliza a otro personaje para apuntar a la solución y la actitud ante la pasividad: el ser que se cuestiona, que indaga, como dice Fisher: “un individuo que se rebela contra el hecho de tener que consumirse dentro de los límites de su propia vida, dentro de los límites transitorios y casuales de su propia personalidad. Quiere referirse a algo superior al “yo”, algo situado fuera de él, pero, al mismo tiempo, esencial para él” (Pozzi, 2015). Sin embargo, Antonio eligió no escuchar el consejo, se dejó llevar y fue dominado por la mala fe que dice Sartre. Según Sartre, el hecho de que en el hombre existe una disgregación en su conciencia, le permite elegir y cambiar y ser diferente. Pero en el caso del hombre dominado por la mala fe no sucede así, sino que “en lugar de dirigirse hacia este camino entre lo que está siendo y lo que quisiera o debería ser o no es, se refugia en esta disgregación y no sale de ella, permaneciendo estático o inmóvil” (Ehrenzweig 35-36).

Según lo que ha expuesto arriba, podríamos observar nítidamente que Antonio sufrió una impotencia en un doble sentido. Tanto la impotencia psicológica como la física son una presentación metafísica de la cobardía, la insensibilidad y el egoísmo de Antonio frente a la vida, y que, precisamente, consiste en la actitud de mala fe que le obstaculiza a ser él mismo y le hace intentar “vivir sin pensar”. Incluso en un momento, llegó a convencerse de que

“absurdamente nada se me había perdido” (68). Sin embargo, en su interior, sabía que “se me ha perdido todo” (68), es decir, aunque a Antonio le falta el coraje y la generosidad y pretende ser indiferente, perfectamente, se da cuenta de que él está cayendo en su propia mentira. En opinión de Sartre, la mala fe, definitivamente, es “un tipo de mentira”<sup>85</sup>, busca desligarse de toda responsabilidad por su compromiso y hace caer a los demás en el mismo estado de auto engaño que dice Adam Smith. Por lo tanto, aunque supo que la clave contra su angustia consistiría en la investigación del principio y del fin del accidente (que supone también la búsqueda del origen del miedo que está arraigado en la violencia nacional), sin embargo, no ejecutó ninguna acción hasta que pasaron dos años del accidente. Cuando volvió al lugar del accidente, se dio cuenta de que él mismo se había convertido en el centro del olvido como si todo lo que le había pasado nunca hubiera pasado. A nadie le importó ni recordó lo que le había ocurrido y, podía llamarlo una negación a la existencia del otro, lo cual correspondía con lo que llamamos *constructivist view* propuesta por Italo Svevo: “The past is always new: as life proceeds it changes, because part of it that may have once seemed to have sunk into oblivion rise to the surface and others vanish without a trace because they come to have such slight importance” (Svevo 302). Para mucha gente, el pasado de los otros es como el humo. Uno sólo se hace responsable de su pasado mediante su propia memoria. Y la manera de llevar esto a cabo consiste en una insistencia para encontrar la

---

<sup>85</sup> En opinión de Sartre: “la mala fe no viene de afuera de la realidad humana. Uno no padece su mala fe, no está uno infectado por ella: no es un estado, sino que la conciencia se afecta a sí misma de mala fe. Son necesarios una intención primera y un proyecto de mala fe...Se sigue...que aquél a quien se miente y aquel que miente son una sola y misma persona, lo que significa que yo, en tanto que engañador, debo saber la verdad que me es enmascarada en tanto que engañado.” (Sartre, 1986:83)

lógica de lo que le ha pasado y comprender la razón por la cual ha pasado lo que ocurrió, ocurre y ocurrirá, tal como Aleida Assmann escribió citando a Ivan Illich: “confusion is the mother of ignorance and forgetfulness, discretion brings intelligence to light and strengthens the memory” (Assmann 103).

#### **5.4.2. Mediocridad.**

En opinión de Sartre, en algunas ocasiones, “la mala fe se llega a disfrazar de sinceridad y afirma de sí mismo y de los demás que hay que reconocerse como se es, conformarse con la manera mediocre, es decir, hace a la gente que se niegue a cambiar y a mejorar” (Ehrenzweig 36). A este fenómeno Sartre le llama “el campeón de la sinceridad” y la gente que padece esta sinceridad “se deslinda de su responsabilidad y se lava las manos de su compromiso consigo mismo y con los demás” (Ehrenzweig 36). Antonio, precisamente, es una persona que se conforma con la mediocridad a la que se refiere Sartre, lo cual muestra en los siguientes aspectos: A) en su confesión de amor a Aura; B) en su acción de mentir.

A). Primero, vemos que, cuando Aura decidió abandonar la casa junto con su hija, Antonio aún intentó convencer a los lectores, en nombre del amor, con algo de sinceridad confesando su amor hacia Aura y su hija: “las quería, si las quería a ambas y no quería hacerles daño” (136) y nos brindó una explicación del por qué no podía comunicar con Aura:

“Porque mantener a Aura y a Leticia alejadas de Las Acacias, alejadas de Maya Fritts y su relato y sus documentos, alejadas por lo tanto de la verdad sobre Ricardo Laverde, era proteger su pureza, o más bien evitar su contaminación, la contaminación que yo había sufrido una tarde de 1996 y cuyas causas apenas comenzaba a comprender ahora, cuya intensidad insospechada

comenzaba a emerger ahora como emerge del cielo un objeto que cae. Mi vida contaminada era mía solamente, mi familia ésta a salvo todavía: a salvo de la peste de mi país, de su atribulada historia reciente: a salvo de todo aquello que me había dado caza a mí como a tantos de mi generación (y también de otras, sí, pero sobre todo de la mía, la generación que nació con los aviones, con los vuelos llenos de bolsas y las bolsas de marihuana, la generación que nació con la Guerra contra las Drogas y conoció después las consecuencias). Este mundo que había vuelto a la vida en las palabras y los documentos de Maya Fritts podía quedarse aquí, pensé, podía quedarse en Las Acarias, podía quedarse en La Dorada, podía quedarse en el valle del Magdalena, podía quedarse a cuatro horas por tierra de Bogotá, lejos del apartamento donde mi esposa y mi hija me esperaban, quizás con algo de inquietud, sí, quizás con expresiones preocupadas en los rostros, pero puras, incontaminadas, libres de nuestra particular historia colombiana, y no sería yo un ben padre ni un buen marido si llevara esa historia hasta ellas, o si les permitiera entrar en esta historia, entrar de cualquier forma en Las Acarias y en la vida de Maya Fritts, entrar en contacto con Ricardo Laverde. Aura había tenido la extraña fortuna de estar ausente durante los años difíciles, de haber crecido en Santo Domingo y México y Santiago de Chile: ¿no era mi obligación preservar esta fortuna, velar por que nada arruinara esa especie de exención que la azarosa vida de sus padres le había concedido? La iba a proteger, pensé, a ella y a mi niña, las estaba protegiendo. Eso era lo correcto, pensé, y lo hice con verdadera convicción, con un celo casi religioso.” (216-217)

Según lo que ha expuesto, parece confesar que el verdadero problema de comunicación con Aura es la falta de un amor sincero. Para Antonio, esta negación es ocultada por la intención de proteger a sus amadas, protegerles de la tortura de la sombra del pasado, de la invasión del mundo del narcotráfico con el fin de que pudieran pasar una vida “descontaminada” y normal, aunque la base de esta protección está en la violación de la voluntad de Aura y la desconfianza, incluso el daño. Es una actitud dual y contradictoria de protección y egoísmo, esto nos recuerda al narrador de *Costaguana*, quien también abandona a su hija adolescente en Colón, sola, creyendo que lo que ha hecho es por el bien de ella. Sin embargo, tanto José como Antonio, en este sentido, son seres sumamente

egoístas, porque sus acciones, aunque realizada con buena voluntad, se basan en su propio juicio y perspectiva. La etiqueta de “amor” que ponen ellos mismos a sus acciones sólo sirve para engañarse, para que no sea tan desagradable ni sospechoso su individualismo y egoísmo a ojos de sus lectores. Su amor hacia el otro es más bien un amor narcisista, tal como dice John Banville: “todo amor es narcisista” (Cfr. en Harbour, 2016).

B). Segundo, respecto al tema de la mentira. Consideramos que, en general, mentir es un acto contrario al valor. Tal como, para Aristóteles, San Agustín y Kant, no se debe mentir en ninguna ocasión, no importa de qué clase sea la mentira, puesto que no hay ninguna mentira que no sea contraria a la verdad. Además, la mentira no sólo es una violación del derecho de otra persona, sino que también es un delito del hombre contra su propia persona y dignidad, según explica Kant:

“La mentira (en el sentido ético de la palabra), como falsedad deliberada, no precisa perjudicar a otros para que se le considere reprochable; porque en ese caso la mentira sería violación de los derechos de otros. Su causa puede ser la ligereza o la bondad, incluso puede perseguirse con ella un fin realmente bueno, pero el modo de perseguirlo es, por la mera forma, un delito del hombre contra su propia persona y una bajeza que tiene que hacerle despreciable a sus propios ojos.” (Kant, 1994: 292)

Sin embargo, en la novela, para conocer las causas de su accidente, Antonio ha mentido una y otra vez. Primero, frente al escepticismo de Consu, ex casera de Ricardo Laverde, quien tenía guardadas todas las cosas personales de su inquilino muerto, Antonio no sólo optó por mentir para que Consu creyera que Ricardo y su mujer Elaine eran muy importantes para él, sino que también tuvo muy claro que él había mentido a propósito y nos confesó:



“me sentí bien al decirlo. [...] La vida no nos había dado tiempo para el afecto, y lo que me movía no era el sentimiento ni la emoción, sino esa intuición que a veces tenemos de que algunos hechos han modelado nuestras vidas más de lo aceptado o evidente.” (76)

Más tarde, también mintió a Maya cuando ésta le pidió que viniese para hablar sobre los últimos días de su padre difunto: primero le mintió diciéndole que no tenía alguien en casa para avisarle de que no volvería por la noche, luego le mintió contándole que no tenía hijos cuando ella le preguntó sobre ello:

“ese momento había pasado ya con Maya y comenzar a hablar de mi mujer y mi hija dos días después de haber llegado a Las Acacias hubiera levantado sospechas innecesarias o requerido largas explicaciones o justificaciones imbéciles, o simplemente parecía raro, y todo al final no tendría consecuencia ninguna: Maya perdería la confianza que hasta ahora había sentido, o yo perdería el terreno ganado hasta ahora, y ella dejaría de hablar y el pasado de Ricardo Laverde sería pasado nuevamente, volvería a esconderse en la memoria de otros. Yo no podía permitírmelo.” (216)

Incluso, la mentira de Antonio se extiende a su autodefensa: “estas sutilezas no sirven para nada en el mundo real, y muchas veces hay que sacrificarlas, dar al otro lo que el otro quiere oír, no ponernos demasiado honestos (la honestidad es ineficaz, no llega a ninguna parte)” (76). Estas confesiones de Antonio muestran su actitud de negarse a ser mejor y diferente, también nos revelan que obviamente el autor está de acuerdo con lo que señala Kant, el acto de mentir no sólo es una “falta de sinceridad en las interpretaciones que cometemos contra nosotros mismos”, sino que merece una seria consideración: “porque a partir de esta situación corrompida (la falsedad, que parece estar arraigada en la naturaleza humana) el mal de la falta de veracidad se

propaga también a otros hombres, una vez el principio supremo de la veracidad ha sido violado” (Kant, 1994: 293). En la novela, el hecho de mentir una y otra vez tiene una doble consecuencia: por un lado, es cierto que estaba más cerca que nunca de la verdad y el origen de su accidente, pero por otro se hundió en las mentiras tejidas por él mismo: Elaine y Ricardo Laverde, se convirtieron en unas de las personas más importantes en su vida, precisamente como él dijo a Consu: “es curioso que un muerto ocupe tanto espacio aunque no lo hayamos conocido”(76); mientras tanto creyendo las mentiras inventadas por Antonio, - que él no tenía mujer ni hijos - , Maya poco a poco se aproximaba a él, hasta convertirse en su amante de una noche y se produce una situación inmoral y de infidelidad hacia su propia mujer.

Para terminar, pensando todas relaciones interpersonales entre Antonio y los demás hombres, a mi juicio, por un lado, Vásquez reflexiona sobre el papel importante de la tolerancia, la comprensión, la comunicación, así como la confianza en el mantenimiento del amor entre la relación interpersonal. Por otro, parece que cada personaje tiene su propia vara ética y criterio de acciones y, sus deseos son simples, Antonio quiere buscar la verdad; Aura quiere que Antonio vuelva a su lado para trabajar juntos en la crisis familiar; Maya solo quiere ser acompañada y sentirse menos sola. Sin embargo, en cierto grado, en la relación interpersonal entre estos personajes, el individualismo en la naturaleza humana siempre dirige sus conductas hacia la mala fe, una dirección en contra de las virtudes referidas arriba. Entre la búsqueda de las virtudes y la realidad imperfecta, se advierte un respeto por parte del autor hacia los personajes, precisamente es este respeto el que nos transmite la ética de la narrativa de

Vásquez: escribir no es tan simple como hacer un juicio moral, sino que debe invitar a los lectores a pensar sobre cómo tratar la relación entre uno mismo y otros hombres.

### **5.5: ¿Cómo debemos enfrentarnos a una realidad imperfecta?**

En una entrevista que le hizo el estudioso belga, Jasper Vervaeke, nuestro escritor señaló: “escribimos porque la realidad nos parece imperfecta” (Vásquez, *Ciber Letras*: 2010). Así que, en el universo que describe, nos brinda los diferentes forcejeos de sus personajes frente a esa realidad. Algunos directamente se convierten en la peor realidad de lo imperfecto; otros optan por llegar a un compromiso con ella; algunos deciden “vivir sin pensar” y dejarse llevar por la corriente como los dos hermanos en “*Casa tomada*” de Cortázar; algunos escapan, emigrando a otro país o mudándose a otra ciudad. Sin embargo, hay algunas creencias morales que atraviesan estas atmósferas oscuras creadas por todo tipo de inmoralidades y dilemas morales que antes hemos señalado. Emiten una luz sobre la naturaleza humana e inyectan una esperanza a la realidad imperfecta. Estas creencias que crean el anhelo de hacer el bien, por un lado, se concentran en la “reflexión” de estos personajes que ya han experimentado el dolor, el fracaso y la separación. Por otro lado, en la descripción de los personajes secundarios, aunque esto se dispersa en los distintos rincones de la novela.

Los personajes retratados por su pluma no sirven como modelo de actuación, tal como dice el mismo autor, “la novela no da la solución”, sin embargo, nos recuerda que en el examen del mundo y los personajes existe una reflexión personal del autor sobre la vida misma. En primer lugar, en la novela,

de una manera sutil, el autor demuestra una crítica hacia “la inocencia” que se supone en los jóvenes. Ricardo y Elaine simbolizan a los jóvenes ambiciosos y enérgicos y cuya inocencia se muestra en la falta de reflexión y en el dejarse arrastrar por las circunstancias. Mediante la vida de Antonio, Maya y Aura, nos enseña que la inocencia de la generación que nació en los sesenta consiste en una actitud negligente en su comprensión del pasado, y la indiferencia ante las desgracias ocurridas en el presente, para encaminarse hacia el futuro. Los jóvenes de la novela también se excusan a sí mismos respecto a sus errores con la frase de que “eran inocentes” (247), sin embargo, el autor, a través de la pasividad de Maya, escribe una frase que merece nuestra reflexión: “como si la inocencia existiera en este país nuestro...” (247).

En opinión de Aristóteles, los jóvenes son ardientes por naturaleza porque aún no han sufrido el desengaño y la maldad y, “viven la mayoría de las cosas con la esperanza; porque la esperanza mira a lo que es futuro, para los jóvenes lo futuro es mucho y lo pretérito, breve”, en suma, viven más según su manera de ser que según su razón, (Aristóteles 167). Para Vásquez, por un lado, justamente es esta naturaleza la que hace a los jóvenes no ejercer la auto crítica y la reflexión y, tender a cierta pereza en el pensamiento y la falta de prudencia y auto-control. Las conductas de Ricardo, Elaine y Antonio, en cierto sentido, nos hablan de la falta de auto control frente a sus propias inclinaciones, o sea, la “incontinencia” como la llama Aristóteles, que para él, generalmente, se realiza de dos maneras: una es “desenfrenada temeridad”, y otra es “flaqueza”, porque “unos, aunque hayan deliberado una cosa, no perseveran en lo que han deliberado, por la perturbación del ánimo, y otros, por no consultar bien lo que hacen, se dejan

llevar donde los induce su perturbación” (Aristóteles 204). Por ejemplo, se puede decir que en el caso de Ricardo, el anhelo de lograr el éxito personal no era malo, pero la manera de llevarlo era equivocada; le dominan la temeridad, el deseo y la avaricia. En el caso de Elaine, sus acciones derivan tanto del cumplimiento de la responsabilidad matrimonial como de la protección de su propia familia, sin embargo, no llega a dominar la situación y se ve arrastrada por ella. En el caso de Antonio, su intención de proteger a Aura y su hija, era indudablemente, algo valioso. Pero su excesiva insistencia en su propio juicio ofusca a su razón:

“como gente que dificultosamente creen, ni fácilmente se pueden mudar de su propio parecer, los cuales parecen en algo al conteniente, de la misma manera que el pródigo al liberal, y el atrevido al que es osado; pero en muchas cosas son muy diferentes. Porque el conteniente no se derriba de su parecer por ningún afecto ni codicia (pues cuando conviniere escuchará razón y se dejará persuadir), pero el arrimado no deja su parecer por razón ninguna; pero deseos admítelos y muchos de ellos se dejan vencer de los deleites.” (Aristóteles 209)

Por otro lado, a mi parecer, cree Vásquez como Aristóteles que estos errores cometidos por la incontinencia de estos personajes jóvenes no son mal intencionados, sino crédulos. La carencia tanto de la experiencia como de la prudencia, y del auto control en ellos se puede usar como excusa para cometer sólo algunos de sus errores. Además, justamente debido a su corta edad, estos jóvenes “inocentes” tienen la oportunidad de madurar, ponerse en pie de nuevo en el lugar donde caen, hasta subsanar sus errores. De esta manera, un comportamiento en el sentido moral consiste en que estos jóvenes, que han experimentado el fracaso y el sufrimiento, tienen conciencia y experimentan un arrepentimiento por la maldad que ellos mismos han cometido, así como el coraje para enfrentarla cara a cara. En la novela, el autor nos presenta dos

maneras de reconstruir la vida destrozada desde las ruinas del pasado, una es la de Ricardo: es idealista. La razón del fracaso de esta reconstrucción ya la hemos explorado anteriormente; otra es la de Antonio: frívola, pero más prudente. Ya sabemos que Antonio también se equivocó con respecto a su amada, pero es diferente a Ricardo, él no procura enmendar el daño con pensamientos idealistas, sino que opta por la reflexión para volver años más tarde como una persona madura: un escritor que, entre la sensibilidad y la prudencia, escribe todo lo que le ha pasado y, transmite una confesión a su amada, incluyendo todo su arrepentimiento, amor, culpa y perturbación. Nos presenta una profunda consideración y comprensión sobre la historia, tanto nacional como personal, así como una mirada sopesada para juzgar las circunstancias: “No, yo no contaré mi vida, sino apenas unos cuantos días que ocurrieron hace mucho, y lo haré además con plena conciencia de que esta historia, como se advierte en los cuentos infantiles, ya ha sucedido antes y volverá suceder [...] Que me haya tocado a mí contarla es lo de menos” (15). La violencia, el olvido del mal, la opción egoísta y de mala fe, la pereza en el pensamiento, nunca desaparecerán, y es muy probable que vuelvan a ocurrir. Sin duda, para enfrentar una realidad que nunca es perfecta, Vázquez ya se da cuenta de que, siendo un individuo, uno sólo puede hacerse responsable de uno mismo. Por lo tanto, comparado con el narrador, Santoro, en *Los Informantes*, que vacila entre el olvido y la memoria, lo público y lo privado, el narrador Antonio es decidido, obviamente ya tiene el conocimiento de que para un individuo, ser un tipo determinado de persona es más importante que hacer un tipo de cosas, lo que le importa a Antonio es qué clase de persona podría ser, de esta manera, opta por desarrollarse a sí mismo, escribir su propia

historia y reflexionar sobre los errores cometidos. Circunstancia que le conduce a asumir la responsabilidad de sus acciones.

Por último, a mi juicio, a parte de estas resplandecientes creencias morales señaladas arriba, uno debe ser responsable de su propia conducta y saber la importancia que cobra el arrepentimiento en la reconstrucción moral de uno mismo, Vásquez también, mediante su descripción de los personajes secundarios en la novela, en cierto sentido, nos enseña que uno no sólo debe cumplir los deberes perfectos hacia uno mismo, sino que también debe cumplir los deberes imperfectos hacia los otros hombres<sup>86</sup>, tal como, por ejemplo, conservar una virtud parecida a la amistad pero sin nombre para definirla, según Aristóteles, en este mundo. En la novela, de acuerdo con la historia entre Consu y sus inquilinos, nos presenta el autor cuán valiosa es esta virtud. En vida de Ricardo, Consu le trató sin prejuicios (incluso conociendo su pasado), como a cualquier otro inquilino suyo; y después de su muerte, le organizó su entierro, guardó todas sus cosas personales, porque, según ella, todos sus inquilinos son iguales.

---

<sup>86</sup> En la ética de Kant, el concepto de la responsabilidad está en el centro de sus teorías de la ética. En su opinión, la responsabilidad es el origen de todos los valores morales, “cuyo valor está por encima de todo” (Kant, 2007: 17). Para el ser humano, la responsabilidad tiene un carácter obligatorio, por lo tanto, en su ética, entre la responsabilidad y el deber no hay diferencia en esencia, sino que son asuntos que tiene que hacer uno. En su *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*, Kant dividió cuatro tipos de deberes, a saber, deberes perfectos con nosotros mismos, deberes imperfectos con nosotros mismos, deberes perfectos con los demás hombres, deberes imperfectos con los demás hombres. A su parecer, los deberes perfectos con nosotros mismos se refieren a que cada uno tenemos que hacernos responsables de nuestra propia vida. El principio más elevado de la responsabilidad es mantener la propia vida con todo esfuerzo, desarrollar y mejorarla hasta que contenga el valor máximo en la moralidad; los deberes perfectos con los demás hombres normalmente se refieren al cumplimiento del compromiso con otra persona; los deberes imperfectos con nosotros mismos consisten en el desarrollo del talento individual. Pero este principio es relativamente más amplio porque no hay normas de medición fiables para asegurar qué es suficiente para el desarrollo del talento de un individuo; los ejemplos que da Kant sobre los deberes imperfectos con los demás son tratar de ayudar a los pobres o salvar a la gente que está en peligro. Eso es una conducta bondadosa y merecedora de elogio. Pero la gente no tiene la obligación de hacerlo (Kant, 2007: 36-37).

Reprochó a los periodicos por haber publicado la foto de la habitación del muerto Ricardo y, les consideró como gente que “no respeta nada” (75), por lo que no permitió a ningún periodista entrar en la casa a partir de entonces. Frente a Antonio, una víctima del asesinato de Ricardo, se preocupa por saber y se asegura de que Ricardo era alguien importante para luego entregarle, responsablemente, su casete. Vemos que la conducta de Consu responde al concepto de honradez y ella es, como afirma Aristóteles una persona que “hace la cosa como debe ni por afición ni por odio” (Aristóteles 119). La actitud de Consu hacia Ricardo, aún no es amistad, pero se puede decir que es como una amistad en desarrollo. Según Aristóteles, esta virtud es la base para la producción de la moralidad y el juicio y si logra ser más desarrollada, se convertirá en una amistad verdadera. Podemos decir que una amistad verdadera es poco común y difícil de conseguir, pero cada persona puede conservar la buena voluntad en su interior, es decir, una amistad en desarrollo hacia el otro, así el mundo será más armonioso y humano, y estará en contra de la imperfección, la crueldad, y la fealdad que destruye al mundo.



## 6. *Las reputaciones*: una novela moral y psicológica

Con lo cual narices iguales no hacen hombres iguales.

Rodolphe Topffer, *Essai de la physiognomonie*

En las tres novelas anteriores de Vásquez es constante la atención, la búsqueda y la indagación en torno los grandes acontecimientos históricos. Sin embargo, descubrimos que mediante la narración de estos acontecimientos, el escritor se inclina más hacia la descripción de la naturaleza humana y del cambio en las emociones para capturar la ambigüedad o el conflicto moral. Su cuarta novela, *Las reputaciones*, es la primera novela que escribió Vásquez después de su regreso a Colombia. El diseño del espacio temporal y territorial, la estética narrativa, etc., muestra la intención renovadora del escritor. Por ejemplo, es la primera vez que presenta a sus lectores una novela corta; es la primera vez que se describe el paisaje cotidiano de las calles bogotanas detalladamente, a la vez que se aleja del complejo espacio temporal y territorial que exige la narrativa histórica. Se trata de concretar la historia misma en el tramo temporal de cuarenta y ocho horas. Se puede decir que ésta es una novela que trata de superar a sus novelas anteriores. Tal y como el autor mismo confirma, en cada nuevo libro "se rebela" contra el anterior, trata de hacer algo distinto y procura "ser fiel a lo que decía Gide de no aprovecharse del impulso adquirido" (Cfr. en Mendoza, 2013). Sin embargo, un lector atento puede apreciar que esta rebelión sólo tiene lugar en el plano técnico de la narración, en la forma y la estructura. El núcleo de la obra misma no experimenta un cambio esencial, no hay cambio

en su obsesión por el pasado, lo que indaga, todavía, son espacios emocionales de los personajes a través de los cuales explora si su concepto moral puede establecer algunas relaciones psicológicas y secretas con los lectores, sin importar que estas relaciones estén de acuerdo, desacuerdo o bien ofrezcan un sentimiento complicado y ambiguo.

En su cuarta novela, *Las reputaciones*, el autor presenta a Javier Mallarino, un caricaturista de éxito (“un heredero de Rendón”). Según revela el autor, es un “oficio que yo desconozco por completo. Podría haber optado por un columnista, oficio que conozco mejor y que yo mismo practico, pero me interesaba su mirada, conocer más a esta figura” (Cfr. en Santos, 2013). Este personaje tiene la capacidad de sintetizar la política nacional, de caricaturizar a sus protagonistas con unos sencillos trazos y una frase lapidaria que no da margen a la defensa o la reivindicación de modo que la crítica es más influyente, tal como “un agujón forrado de miel” (42). Esta capacidad lo convierte en el más admirado y odiado de todos los periodistas y políticos nacionales, una leyenda en su país, un hombre hecho de otros muchos hombres.

Una de las víctimas de su estilete entintado es el senador Cuéllar, quien se ve envuelto en un penoso incidente en la propia casa de Mallarino, a la que se ha acercado para implorarlo, de manera sumisa y ridícula, que cesen las críticas contra él. En un episodio algo bizarro, Cuéllar aparentemente ha abusado sexualmente de una niña llamada Samanta. La caricatura al día siguiente no se hace esperar y con ella, se inicia el fin de la carrera y la vida de Cuéllar, quien, al poco tiempo, se suicida arrojándose por la ventana de un quinto piso. En Mallarino no hay, en ese momento, el menor remordimiento. Sin embargo,

veintiocho años después de lo ocurrido, Millarino, en la cima de su carrera, al segundo día después de recibir homenajes nacionales por sus cuarenta años de vida profesional, y el propiciado por el encuentro con la niña de aquel entonces, que actualmente, ya es una mujer, se comienza a cuestionar el sentido de todo lo que ha hecho a lo largo de su carrera, “el para qué de sus dardos, el propósito de tantas puyas, por una parte, tan bien recibidas por la opinión pública pero también, tan dañinas para tantos individuos que quedan sometidos al escarnio público” (Potdevin, 2013).

La crítica define esta novela con la etiqueta de novela moral, lo que ha sido del agrado del autor que afirma: “*Las reputaciones* es una novela moral” porque explora las consecuencias de las decisiones que se adoptan e investiga “cómo lidiamos con nuestros errores y con esa capacidad misteriosa que tenemos los seres humanos para hacernos daño” (Cfr. en Mendoza, 2013). A mí parecer, es prudente añadir una palabra “psicológica” después de la palabra “moral” en cuanto a su definición del género, es decir, una “novela moral y psicológica”, puesto que si Javier Millarino es el protagonista de la novela, es sobre todo el cerebro de Millarino, lo que nos llama la atención. Los protagonistas abstractos entran en la escena uno por uno: el recuerdo del pasado, la lucha por una buena reputación, el ansia por mantenerla, la vacilación en reconocer los errores, la inquietud sobre un futuro incontrolable e impredecible, entre otros. Además, frente al cambio, su rapidez en actuar precede a su velocidad de reflexión y la toma de determinadas decisiones, lo cual contribuye a un gran contraste y tensión narrativa y, precisamente debido a ello, se nos

brinda la ocasión de observar su complejidad sentimental y se nos dirige a una zona gris donde es difícil hablar de lo correcto y lo incorrecto moralmente.

Respecto a ello, a continuación, voy a presentar tres aspectos: primero, de acuerdo con la teoría de Luis Rojas Marcos de que la memoria es creativa, explico cómo y por qué se produce el fallo de la memoria en Millarino; con las teorías de la psicología de masas, tanto de Gustave Le Bon como de Freud, analizo la relación entre el líder de opiniones y las masas y reflexiono en cómo un personaje debe opinar desde un sentido moral; por último, a través de la perspectiva del tiempo y el cambio del estado de opinión, analizo la fragilidad de la reputación y la imagen pública y reflexiono sobre cómo debe una persona pública lidiar con sus errores.

### **6.1: La memoria y la creatividad: ¿se debe confiar en la memoria?**

Qué rara es la memoria: nos permite recordar lo que no hemos vivido.

Juan Gabriel Vásquez, *Las reputaciones*.

“Necesito que haga memoria” (57), el verdadero prelude de la novela se abre con esta frase de Samanta Leal y se convierte en el pasaporte para entrar en la escena psicológica de Javier Mallarino. Por un lado, Mallarino se burla internamente de esta frase de Samanta, al mismo tiempo reflexiona “como si la memoria fuera algo que fabricamos o pudiera conjurarse, a partir de ciertos materiales bien escogidos, con la mera fuerza del trabajo físico” (58); por otro lado, involuntariamente, recibe la bomba lanzada por Samanta y da comienzo su viaje por la memoria recordando una historia que ocurrió hace veintiocho años. En aquel momento, acababa de empezar a vivir separado de su exmujer

Magdalena y se había mudado a un chalet ubicado en las afueras de Bogotá. Para celebrar la nueva mudanza, en particular, para crear un ambiente agradable, para que Beatriz, su hija de sólo siete años, sintiese que la separación de sus padres era “algo aceptable de lo cual se puede hablar con las amigas” (63), organizó una fiesta privada en su nueva casa, en una tarde de domingo, e invitó a unos colegas y amigos de su trabajo y a una amiguita de Beatriz, Samanta Leal, a venir. Cuando saludaba a sus invitados, se encontró con que un congresista, llamado Adolfo Cuéllar, había asistido a la fiesta, lo cual produjo una gran conmoción<sup>87</sup>, Rodrigo Valencia, director del periódico en el que Mallarino trabajaba salió, de entre los invitados, para explicar que había sido él quien le había concertado una cita con el caricaturista, debido a que ya no tenía manera de quitárselo de encima. Malhumorado por la llegada de Cuéllar a su fiesta privada sin ser invitado y, a su vez, disgustado al notar que éste había puesto sus ojos fijamente encima del cuadro artístico del desnudo de Magdalena, tras entrar en el jardín de la casa, Millarino le atendió y logró comprender que el propósito de esta visita no era luchar ni exigir la suspensión inmediata de los dibujos satíricos que había afectado su imagen y reputación, sino rogar al caricaturista que dejara de dibujar sobre él, apelando a su piedad y su igualdad. Su disgusto se refleja a través de sus palabras: “lo he humillado, lo he ridiculizado, ahora me viene a lamer el culo. Qué tipo repugnante. Sí, eso era, una repugnancia impredecible y por eso mismo más intensa, una repugnancia para la cual no se había preparado” (72), entonces sintió primero “un desprecio sólido, palpable como un tumor” (71), luego,

---

<sup>87</sup> Porque nadie, incluido el mismo anfitrión, entendía por qué este congresista conservador cuya reputación estaba cayendo en pedazos, en gran medida debido a las caricaturas satíricas de Mallarino dirigidas contra sus palabras con sentido de discriminación a las mujeres, vino a su fiesta privada.

viendo la postura humillada y la actitud temerosa y respetuosa que presentaba Cuéllar frente a su agresor, él descubrió “sintiendo una emoción confusa que iba más allá del mero desprecio, algo que no era irritación ni molestia sino que se parecía peligrosamente al odio” (72).

Mientras Mallarino reflexionaba sobre esta nueva emoción, alguien de la fiesta vino a decirle que a las dos niñas - Beatriz y Samanta - algo les había pasado. Resultó que, aprovechando un momento en el cual nadie les prestaba atención, ambas se bebieron el alcohol restante que quedaba en los vasos usados de los invitados y, ya muy ebrias, cayeron dormidas profundamente. Mallarino las acomodó en la cama de la habitación principal del segundo piso de la casa y cada veinte minutos iba a verlas y les daba una cucharada de agua con azúcar. Una hora más tarde, el padre de Samanta vino a por ella, y sin terminar de escuchar lo que le estaba contando sobre lo sucedido el dueño de la casa, apresuradamente le dejó atrás y corrió subiendo las escaleras para buscar a su hija. Pronto, Millarino escuchó que un grito venía desde de la segunda planta y vio que dos personas bajaban volando las escaleras como un derrumbe, el que bajaba primero era Cuéllar, le seguía el padre de Samanta, quien mientras le perseguía corriendo gritaba: “¿qué hizo a mi niña? ¡Deme las manos! ¡Déjeme olerle las manos! ¡Déjeme olerle los dedos, malparido!” (82). Confuso y alucinado ante esta escena, Mallarino subió corriendo hacia la habitación donde estaban las dos niñas para entender lo que había ocurrido y encontró que “la cobija de avión, que está encima de las niñas, tirada en el suelo” y Samanta, todavía dormida, inconsciente:

“pero acostada boca arriba, no de medio lado como la había dejado antes, sino acostada boca arriba y con la falda un poco

levantada. Tenía las piernas separadas, o una pierna doblada, creo que era así, una pierna doblada. Miré para otro lado, por prudencia, me entiende, pero no alcancé a voltear la cabeza a tiempo, y algo alcancé a ver. Entonces le di la vuelta a la cama para confirmar que Beatriz estuviera bien.” (82)

La fiesta terminó naturalmente con este accidente, los invitados se despidieron de él uno tras otro hasta que se quedó solo reflexionando sobre lo ocurrido. Como ya hemos visto, Mallarino no ha visto en persona la escena en la que Cuéllar abusó de la niña sexualmente, sin embargo, las palabras pronunciadas por Cuéllar con sentido discriminatorio hacia las mujeres y sus ojos obscenos mirando hacia el cuadro desnudo de Magdalena, y las piernas separadas y las reacciones del padre de la niña, así como la repugnancia y el odio que ya sintió el caricaturista por las súplicas y las zalamerías del congresista antes del accidente, todo eso, en conjunto, le dieron una impresión profunda o una lógica razonable para crear en la memoria algo vivido. Al día siguiente, en tan solo veinte minutos, con pluma, tinta y unos trazos sencillos, creyendo y basándose en lo que “vio” ayer por la tarde en su casa, convirtió su memoria privada de lo que ocurrió entre el congresista y la niña en una memoria duradera sobre el papel, y más tarde, entregándoselo al periódico, la convirtió en una memoria pública, sin importarle las consecuencias de esta acción.

Desde mi perspectiva, un fragmento de la novela que Mallarino leyó después de terminar el dibujo, podría ser la mejor nota de pie para explicar las acciones del caricaturista: “<<Anoche [...] al hundir mi mano derecha en el cofre donde guardo mis papeles, los bichos treparon hasta mi antebrazo, agitaban sus patitas, sus antenas, tratando de salir al aire libre >>” (85). A mi parecer, estos “bichos” que tratan de salir al aire libre, precisamente, simbolizan el

prejuicio y las opiniones subjetivas de Mallarino hacia Cuéllar y que son las piezas capaces de afectar, distorsionar o crear la memoria de una persona. Primo Levi escribió en su artículo “El recuerdo de los ultrajes” que “la memoria humana es un instrumento maravilloso, pero falaz” (Levi, 1995). Semejante idea había sido propuesta más temprano por el famoso psicólogo, Frederic Bartlett. Según él, nuestra memoria no reproduce una copia fiel de la realidad, porque las cosas nuevas que aprendemos y las que sabemos se influyen mutuamente. Recordar no es tan solo un acto objetivo o independiente de nuestra manera de ser o del contexto social. “Al evocar algo que hemos vivido recientemente, lo pasamos por el filtro de nuestra personalidad y de los valores culturales que hemos asimilado del entorno” (Marcos 68). Bartlett llamó “esquema” a este filtro, y otro filósofo y psicólogo, Luis Rojas Marcos, lo relacionó con la creatividad de la memoria y concretó:

“Al reproducir un suceso solemos, sin darnos cuenta, adaptarlo o incluso distorsionarlo para que refleje lo más posible nuestra forma de ver las cosas. Y cuanto menos sentido tenga para nosotros el argumento del suceso en cuestión más tendemos a reconstruirlo, con el fin de darle una cierta lógica. En este proceso de <<normalización>> nuestra memoria incorpora a la narrativa matices que reflejan nuestras opiniones y también los valores de nuestro grupo social.” (Marcos 68)

Por lo tanto, comprendemos que, en el caso de Mallarino, el gran tema que plantea es cuál es la realidad, si la percepción subjetiva desfigura o no la memoria, si la acusación ha sido cierta o no, si constituye o no una historia que consiste en una mezcla entre verdades e invenciones, tal como el autor mismo comenta en su última novela *La forma de las ruinas* (2016): “después de un



hecho tan grave, uno empieza a creer que vio cosas, que algo le pareció sospechoso...” (36)

## **6.2: La reputación y el orgullo: ¿cómo se debe opinar en el sentido moral?**

Tal como dice Luis Rojas Marcos, tenemos que poner al día el pasado para “comprender el significado de hoy y para imaginar con confianza el mañana” (Marcos 68). Desde que Mallarino fue invitado a subir al tren del recuerdo con Samanta, descubrimos que él no sólo recordó este accidente que ocurrió en su casa hace veintiocho años, sino que también evocó su trayectoria psicológica de cuarenta años como caricaturista y reconfiguró cómo él fue convirtiéndose desde un caricaturista anónimo en una celebridad, cuyo prestigio todos los políticos temían y respetaban. Mediante esta trayectoria, nos transmite el autor su alerta hacia los peligros de la obsesión por la fama y la reputación.

Mallarino en su juventud, ya era una persona que tenía un sólido orgullo y sabía perseguir su verdadera vocación, por eso, vemos que siendo uno de “los hijos más autorizados de la burguesía” (29) del país, abandona su carrera de arquitectura para empezar a dibujar caricaturas porque creía que tenía talento y podía “sacarles jugo a sus virtuosismos” (23). En *Psicología de las masas*, Gustave Le Bon escribió que existen dos tipos de prestigio: prestigio adquirido y prestigio personal. El prestigio adquirido es “el que resulta del nombre, la fortuna y la reputación” y “el simple hecho de que un individuo ocupe una posición, posea cierta fortuna, u ostente ciertos títulos, lo imbuje de prestigio por más ínfimo que sea su valía personal”. Por el contrario, el prestigio personal “es algo esencialmente peculiar del individuo; puede coexistir con reputación,

gloria y fortuna, o ser reforzada por ellas, pero es perfectamente capaz de existir en su ausencia” (Le Bon 58). Entre estos dos tipos de prestigios, está claro que Mallarino ya posee el prestigio adquirido con el hecho de haber nacido en una familia de clase alta y obviamente el prestigio que quiere conseguir Mallarino es el segundo. De este modo, encontramos que, en vez de disfrutar del privilegio que le ha otorgado su posición social, gracias a su pluma, luchando contra la censura política que se encontraba en el campo editorial, poco a poco se encaminó hacia la crítica de todo tipo de injusticia que se manifestaba en la clase burguesa y política del país. Al comienzo de la novela, cuando explica su trabajo a Samanta, Mallarino afirma que su trabajo era contar la historia y lo ocurrido, desde una perspectiva ajena a la voz del gobierno. Desde una perspectiva humana, contar la historia y contribuir a la memoria colectiva y privada, y creer que dejar que sólo nos cuenten la historia los políticos “sería un suicidio, un suicidio nacional” (50) y se definía a sí mismo como “un humanista”: “no soy un chistógrafo, no soy un pintamonos. Soy un dibujante satírico” (50).

Al hilo de lo que se ha expuesto, podemos concluir que, de acuerdo con lo expuesto por Mallarino, él busca el factor humano y desea ser una persona con valor en el sentido moral. Sin embargo, la actuación de Mallarino muestra otra realidad. Desde su pensamiento fragmentado, surgido con el desarrollo de la historia, no es difícil darnos cuenta de que hay contradicciones entre lo dicho y lo hecho y la etiqueta de “humanista” que él se atribuyó a sí mismo es sospechosa y, no tan ortodoxa y pura. Tal naturaleza del hombre también puede encontrar una explicación en la *Ética* de Dietrich von Hildebrand. En su opinión, las raíces del mal moral están en la concupiscencia y el orgullo y existen cinco

formas principales de la coexistencia de estos dos elementos<sup>88</sup>. Aquí, el comportamiento de nuestro protagonista puede ser explicado desde la tercera “forma” en la que debemos afirmar:

“Su disponibilidad para corresponder a la llamada de los valores moralmente relevantes nunca es pura y auténtica. No percibe nunca estos valores en su belleza y elevado valor ni reconoce su sentido definitivo y majestuoso. Aprehende estos valores como algo que le inspira un cierto respeto y cuya validez se apoya en la convención, en la tradición y en la opinión pública.” (Hildebrand 406).

Se puede ver que en primer lugar, por un lado, declaró que su trabajo era indispensable ya que dejar que sólo nos lo cuenten los políticos “sería un suicidio, un suicidio nacional” (50), por el otro, también encontramos que antes de ser conocido, los interrogantes que se planteaban eran: “¿valía la pena? “¿Valían la pena el miedo y el riesgo y el antagonismo y la amenaza?” (58). Sin embargo, cuando su mujer, Magdalena igualmente empezó a hacerle preguntas semejantes, tras alcanzar la fama y conoció la sensación del reconocimiento, lo que sintió él era como “una traición, una traición mínima, pero traición al fin y al cabo” (59). Notamos que esta grieta entre lo dicho y lo hecho de Mallarino se debe al aumento de la reputación y el prestigio. Le Bon explica que el prestigio es en realidad “una especie de fascinación que un individuo, una obra, o una doctrina ejercen sobre nuestro espíritu” y, “esta fascinación paraliza todas nuestras facultades de crítica y colma nuestra alma de asombro y respeto” (Le

---

<sup>88</sup> Según Dietrich von Hildebrand, el orgullo y la concupiscencia son como dos distintos centros genuinos de maldad moral. Pero, lo cual no significa que en el hombre inmoral se encuentre habitualmente un dominio absoluto de uno de estos centros. En determinados tipos inmorales puede prevalecer el orgullo; en otros, la concupiscencia y en otros terceros, ambos pueden desempeñar un papel parejo. Y existe cinco tipos de coexistencia de estos dos elementos: primero, el tipo combatiente; segundo, el tipo inconsciente; tercero, el tipo que busca el compromiso; cuatro, el idólatra; cinco: el tipo discontinuo. (Hildebrand 404-414)

Bon 58). La característica especial del prestigio es “impedirnos ver las cosas como son y el paralizar por completo nuestro juicio” (Le Bon 58). Aquí el “nosotros” no sólo se refiere a los seguidores, sino que también incluye a uno mismo. De esta manera, Mallarino no ha notado que él mismo estaba convirtiéndose en un esclavo de su reputación, aún más, está obsesionado con su búsqueda, porque descubrimos que, para conseguir más prestigio, no le importa el sacrificio que necesita hacer para lograrlo. Incluso deja de preocuparse por las amenazas de parte de sus oponentes, frente a su seguridad personal y la de su familia, escuchando el comentario de Valencia, “que en este país uno sólo es alguien cuando alguien más quiere hacerle daño” (36).

Esta búsqueda de la reputación le convierte en una persona orgullosa. Por un lado, vemos que en su discurso de agradecimiento pronunciado en el día de su homenaje, él declaró que “los grandes caricaturistas no esperan el aplauso de nadie, ni dibujan para conseguirlo: dibujan para molestar, para incomodar, para que los insulten” (41), sin embargo, en realidad, descubrimos que, en otra ocasión, él confesó que hubo un tiempo en que deseó el poder de las palabras más que nada en el mundo y “trabajó duro para obtenerlo; lo disfrutó y lo explotó a conciencia” (18). En opinión de Dietrich von Hildebrand, “el orgullo se desarrolla no sólo en relación con la grandeza que se origina por la posesión de valores, sino también con respeto a la grandeza vinculada al poder, a la magnificencia exterior y a la influencia sobre otras personas” (Hildebrand 434). Eso precisamente es lo que le ocurrió a nuestro protagonista. Desde que la escena que cada día salía de su mesa de trabajo fue “elogiada, admirada, comentada, malinterpretada, repudiada” (18) por diferentes medios, empezó a

sentir el orgullo de tener el “poder terrible” de influir a otra persona y no pudo controlar más sus afanes de conseguirlo y explorarlo. De esta manera, descubrimos que cuándo él dibujó la caricatura mortal que aniquiló la reputación de Cuéllar, tenía muy en cuenta las reacciones que produciría al ser publicada la caricatura en este “universo real dónde las opiniones tiene sus efectos y son endeble las reputaciones” (85), es decir, en aquel momento, la consecuencia de su actuación no le interesaba, sino que lo único que le interesaba era utilizar su poder para influir en otra persona, contar su opinión y lo que él creía que había hecho el congresista. Además, declaró que según había comprobado él con los años, “lo que más les molestaba a los caricaturizados [...] no era verse a sí mismos con sus defectos, sino que los demás los vieran: como cuando sale a la luz un secreto, como si sus huesos fueran un secreto bien guardado y Mallarino lo hubiera rebelado de repente” (92). Mediante estas palabras, podemos apreciar que, con su experiencia de tantos años dedicándose a la crítica, se le permite saber cómo humillar o destruir la reputación de una persona. Por tanto, después de enterarse de la noticia del suicidio del congresista, con la misma actitud impune e inocente, sin ninguna sensación de culpa, sino con orgullo, recibió a los periódicos que vinieron a entrevistarle y, pronunció la frase y que, muchos años tarde, se convertiría en una de las frases más influyentes en el público: “lo único que he dicho siempre, mi única respuesta a las quejas y a las agresiones, es así: las caricaturas pueden exagerar la realidad, pero no inventarla. Pueden distorsionar, pero nunca mentir” (41).

Por último, la fisura entre lo dicho y lo hecho precisamente se debe a la confusión del límite de la distorsión y la realidad, de crear humor y sátira. En

una entrevista, le preguntaron a Vásquez qué otorga a la caricatura Mallarino el poder de influir de manera palpable en la política del país, el escritor explicó que, según lo que definió el gran caricaturista Rendón, la caricatura es “como un aguijón forrado de miel”, lo cual produce un humor “profundamente subversivo y corrosivo y, en muchas ocasiones, más dañino para un político que una columna” (Vásquez, *El Cultural*: 2013). Es decir, el poder de Mallarino proviene de su capacidad de hacer humor. A lo largo de la novela, descubrimos que él nunca ha dejado de producir humor satírico, tal como, en su opinión, el director del primer periódico en el que trabajó él era “un hombre con papada de cocinero y ojos pequeños; en su cara desordenada, la boca parecía moverse con independencia de los demás músculos” (25); Tony Blair siempre tenía “orejas grandes” y “Turbay un corbatín” (41). Lo encontramos gozando de este poder de convertir a un hombre vivo en un rasgo fijo, deleitándose en su propio humor e inteligencia. Lo vemos medio bromeando en el discurso que se hizo para su homenaje nacional:

“cuando un político nuevo tiene uno de esos rasgos, uno inmediatamente piensa: que haga algo, por favor, que haga algo para que pueda usarlo, que no se pierda ese rasgo en la memoria del mundo. Uno piensa: por favor, que no sea honesto, que no sea prudente, que no sea buen político, porque entonces no lo podría utilizar con tanta frecuencia.” (41)

En varias entrevistas, Vásquez dice que los escritores son como un tipo de parásitos de la desgracia y el mal ajeno del otro<sup>89</sup>. En *Los informantes*, también,

---

<sup>89</sup> En “La literatura es una permanente reflexión sobre la enfermedad individual y social”, Vásquez revela: “el escritor, el novelista sobre todo, tiene para mí una doble condición muy compleja: por un lado la de enfermo, como dice R.H. Durán: la actitud que todo ser humano asume ante su existencia es una enfermedad y por otro lado la de predador de enfermos, la de parásito de los enfermos, la del individuo que va persiguiendo la desgracia ajena, la enfermedad

aprovechando la boca de Santoro padre, critica el libro que su hijo escribió como “libro explotador”, “libro parasitario” (74) del dolor y la pesadilla de los alemanes judíos en la historia colombiana. En mi opinión, lo que afecta es la perspectiva que adopta la gente que escribe. En el caso concreto de Mallarino, en el proceso de buscar un rasgo que le sirva, lo que debería tener en cuenta, es primero, cómo producir el humor satírico sin pasar a ser una persona cáustica, convertirse en algo para ver “el mundo a través de la humillación ajena”, buscar “entre los otros sus debilidades” y lanzarse a “explotarlas, como perros oliendo el miedo ajeno” (93). La esencia de la crítica se irá cambiando. La crítica no se ejecutará sólo para eliminar las injusticias, sino para conseguir un favor a través de la exageración. Es lo que hemos encontrado en la siguiente observación que hizo Mallarino de Cuéllar, en la que cada palabra exhibe un tipo de arrogancia hacia un posible objetivo de su caricatura:

“su pelo era más de lo que parecía visto de lejos: Mallarino vio la frente amplia y sin entradas y un leve atasco de gomina en la sien izquierda, una mosca frutera atrapada en una telaraña, y luego, al verlo darse la vuelta para sentarse, se fijó en la prominencia del occipital, como si algo pugnara por salir de ahí algo feo, sin duda; un secreto, un pasado tortuoso. [...] Mallarino se encontró frente a un chaleco de hilo cuyos rombos azules y verdes quedaban violentamente rotos por la prominencia del vientre. Mallarino, en sus caricaturas, nunca había aprovechado esas curvas recién descubiertas y pensó que lo haría la próxima vez.” (70)

Pensando en estas palabras y episodios, a mi juicio, con el tiempo, la imagen real de Mallarino se ve cada vez más alejada de la del humanista que se propuso a ser. En él encontramos la que su mayor similitud es con un crítico que

---

ajena, la enfermedad física y metafísica, para aprovecharse de ella para sus propios fines como creador de historias y personajes. Es un parásito de enfermedad.” (Otoya 184)

se glorifica a sí mismo y nunca se enjuicia. Por lo tanto, no tiene miedo al poder de su palabra. Es arrogante y vanidoso, disfruta dominando y cree estar por encima de los demás. En suma, se puede decir que Mallarino es una persona que cree estar en la posesión de un valor moral del que, en realidad, él carece.

### **6.3: La opinión pública.**

Es muy pobre la memoria que sólo funciona hacia atrás.

Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*.

Se puede decir que el tema sobre la reputación y la imagen pública no es un tema nuevo en Vásquez, su atención sobre dicho tema empezó desde su primera novela, *Los informantes*, en la que el escritor eligió a Santoro padre, otra conciencia moral del país como ejemplo, y nos describió cómo su reputación fue arruinada de la noche a la mañana mediante un programa nocturno de la televisión; en su segunda novela *Historia secreta de Costaguana*, mediante la historia del periodista Miguel Altamirano y el francés, Ferdinand de Lesseps, nos narra lo endeble que es la reputación. Como afirma Le Bon, la reputación está estrechamente vinculada con el éxito, si el éxito desaparece, la reputación también. Ahora en esta novela titulada *Las reputaciones*, la obtención y la pérdida de la reputación, de forma natural, se convierten en uno de los temas más explotados. Lo cual, principalmente, se muestra en el análisis de la reputación de Mallarino y cómo Cuéllar la pierde y, en estas dos situaciones, cómo afecta el poder de las masas, o para decirlo de una manera concreta, la opinión pública de las masas.



### **6.3.1: Sugestión, credulidad y la moralidad de las masas.**

En la novela, la ganancia o la pérdida de la reputación, se describe mediante un posicionamiento de dos grupos: el primer grupo lo forman aquellos invitados que participaron en la fiesta privada de Mallarino; el segundo son los lectores del periódico. Respecto a la expresión de “masa”, desde el punto de vista psicológico, el filósofo francés, Gustave Le Bon, propuso un concepto muy convincente:

“En determinadas circunstancias, y tan sólo en ellas, una aglomeración de seres humanos posee características nuevas y muy diferentes de las de cada uno de los individuos que la componen. La personalidad consciente se esfuma, los sentimientos y las ideas de todas las unidades se orientan en una misma dirección. Se forma un alma colectiva [...] una masa psicológica.” (Le Bon 27)

Y la característica más llamativa que presenta una masa psicológica es su anonimato:

“Sean cuales fueren los individuos que la componen, por similares o distintos que puedan ser su género de vida, ocupaciones, carácter o inteligencia, el simple hecho de que se hayan transformado en masa les dota de una especie de alma colectiva. Este alma les hace sentir, pensar y actuar de un modo completamente distinto de como lo haría cada uno de ellos por separado. Determinadas ideas, ciertos sentimientos no surgen o no se transforman en actos más que en los individuos que forman una masa.”<sup>90</sup> (Le Bon 29)

En la novela, primero, podemos encontrar que igual que Mallarino, los invitados no han visto en persona lo ocurrido entre el congresista y la niña, pero

---

<sup>90</sup> En el primer capítulo: las causas que resultan en sus características: en primer lugar, la cantidad de la gente; el segundo lugar, el fenómeno de contagio; el tercer lugar, tiene la inclinación de recibir la insinuación.

al ver la caricatura publicada, al día siguiente, el público mostró su actitud de apoyo y elogio, entre otros recibe, la felicitación y la disculpa de un famoso escritor por haber dudado de la capacidad de Mallarino para mantener la agudeza crítica. Por su parte, Valencia, franca y disimulamente expresó su aprobación de la actuación de Mallarino con una frase: “<<si no lo dice usted, no lo dice nadie>> <<aquí en la redacción estamos listos para lo que venga>> (85)”. Entre estas personas hay políticos, escritores, periodistas, publicistas, ect, es decir, todos ellos son como un grupo de élite con capacidad para pensar y juzgar y, sin embargo, ninguno de ellos, incluido un periódico que simboliza la prueba suprema de la veracidad de lo ocurrido, no se pensó en contar la verdad de lo ocurrido. Eso, precisamente, concuerda con lo que dijo Le Bon: las masas son impulsivas, móviles e irritables, no razonan, sino que actúan por la opinión publica, por lo tanto, muchas veces, son incapaces “de separar lo subjetivo de lo objetivo, admitirán como reales las imágenes evocadas en su espíritu” (Le Bon 38).

Segundo, la opinión de los lectores, que conocen tanto los acontecimientos como los pequeños asuntos del mundo a través del periódico, lanzaron su indignación y crítica sin piedad. Además, esta crítica tiene un carácter conjunto, por ejemplo, en la novela, se menciona cómo el hijo de Cuéllar fue acosado por otros niños del colegio. Durante el proceso nadie reflexionó sobre esta crítica colectiva desde la perspectiva moral, a nadie le importó la salud psicológica del objetivo atacado, ni sintió ninguna culpa moral por ello. Mallarino intentó pensar desde el punto de vista de Cuéllar y dijo: “Acaso Cuéllar, en estos momentos, habría preferido ser uno de esos hombres que nadie ve, una criatura anónima y

escondida” (92). Sin embargo, una evasión física no servía de nada, la consecuencia del ataque ante la opinión pública, con el transcurso del tiempo, no desaparecería por su propia cuenta, sino que podría terminar en una tragedia total: en la novela, después de terminar todo lo que podría perder - la reputación, el trabajo, la familia y la salud -, decepcionado y deprimido, Cuéllar optó por perder lo único que le quedaba: su vida.

En mi opinión, el comienzo y el fin de la historia de Cuéllar, aun en el caso de que éste realmente haya acosado sexualmente a la niña, igualmente cabe hacer la pregunta que hizo Jeffrey Rosen en el diario *The New York Times*:

“<<es cierto que el olvido ayuda a todos a aceptar que las personas evolucionamos y cambiamos con el tiempo; nos rehabilitamos, aprendemos de las experiencias pasadas y ajustamos nuestros comportamientos. La cuestión es sí, pese a mantener imborrable la versión real y palpable de los fallos pasados, si las personas y la sociedad podrían seguir aceptando esta capacidad de cambio tan humana y nos seguirán dando una segunda oportunidad.>>” (Rosen, 2010)

### **6.3.2: La esencia de la opinión pública.**

Aparte de la credulidad de las masas, el escritor también ha reflexionado sobre la voluble opinión de las masas. En esta época se carece de una ausencia total de autoridad y, al mismo tiempo, la disolución de las creencias convierte a la gente de hoy día más escéptica e indiferente que nunca. Uno puede ser deificado por cierto grupo de personas, asimismo, también puede ser empujado al infierno por el mismo grupo de personas. En la novela, bajo la petición de Samanta por recordar los detalles sobre lo que ocurrió hace veintiocho años, Mallarino reconoce que no conocía perfectamente lo que había ocurrido entre él

y la niña Samanta, sino que se encontró con la ambigüedad y la falta de fiabilidad de la memoria. Ante tal situación, llamó a Valencia, el director del periódico dónde él trabajaba, y quiso que éste le ayudara a encontrar el teléfono y la dirección de la viuda de Cuéllar para hacerle unas preguntas sobre el difunto. Sin embargo, para Valencia, esta llamada no era nada normal, por lo que el caricaturista estaba pidiendo no era un favor pequeño, sino que pedirle abrir las puertas a un cuestionamiento de la reputación del periódico. En aquel momento, Mallarino, se encontraba en la cima de su carrera y su reputación. Lo había logrado tras cuarenta largos años de acumulación de caricaturas diarias. Lo que acompañaba esta insistencia diaria era su firme determinación de luchar contra el ataque, la amenaza, la calumnia, incluida la pérdida de la familia. Por lo tanto, en opinión de Valencia, una petición de tales dimensiones era incomprensible, a la vez que inaceptable. En la conversación telefónica que mantuvieron los dos, Valencia expresó su descontento e insatisfacción y mostró su negativa en cuanto a ayudarlo y convertirse en la persona que excavase la tumba de la reputación de su amigo:

“Usted va y confiesa que hizo el dibujo sin haber visto realmente, sin estar realmente seguro. Muy bien. ¿Y luego qué? ¿Se imagina lo que las fieras se den cuenta de que pueden descabezarlo a usted? Y por algo que pasó hace tiempo, además. ¿Cree que se la van a perdonar? No se la van a perdonar. Le van a cortar la cabeza, las fieras de este país de fieras le van a cortar la cabeza. Todos lo que lo odian, los que nos odian, todos los fanáticos se le van a echar encima. Cuando se den cuenta de que usted tiene dudas: se la van a echar encima. En nuestra época no se puede tener dudas, Javier, el que duda se muere. Hay que verse fuerte, porque si no, lo matan a uno. Usted quiere pararse frente a ellos y quitarse el chaleco antibalas y decirles que disparen. Y van a disparar, créame. Lo van a fusilar. ¿De qué sirve eso, Javier?” (113)

Descubrimos que Valencia sabe perfectamente que, por un lado, fuera cual fuese el contenido de la conversación de Mallarino con la viuda de Cuéllar, la crítica de los numerosos enemigos políticos que ha formado el caricaturista a lo largo de su carrera caería sobre él sin ninguna piedad, como si fueran “chacales, que se habían pasado la vida esperando una declaración de vulnerabilidad semejante” (134); por el otro, tal como dice el escritor en *Los informantes*, estamos en una época que es de “mirones y metiches, de chismosos, de indiscretos” (272), la desgracia de uno, sobre todo, de una persona pública, ya deja de pertenecer a uno mismo, se convierte en algo que se puede imaginar, hablar y comentar por todo el mundo, sobre todo, por los fanáticos. En tal situación, tanto a la élite política que antes le respetaba o le temía como sus seguidores fanáticos, a ninguno de ellos le importaba realmente la verdad de lo ocurrido en el pasado, sino que sólo les importaba “la incertidumbre presente del caricaturista y lo que esa incertidumbre revelaba” (135). Nuestro protagonista, ante estas palabras de Valencia se ha de enfrentar directamente una realidad dura y decepcionante: aquellas personas que antes le habían enviado a la cima de la reputación con su miedo, respeto, admiración o amor, ahora estaban “azuzando a una turba enloquecida y dispuesta a juzgarlo en juicio sumario y a quemarlo en la hoguera, la hoguera de la cambiante, la caprichosa opinión pública”, y se puede predecir que si él llama a la viuda del congresista, la opinión pública, se iniciará con un fervor, “disfrazado de indignación o de condena” y terminará en convertirle de autoridad moral a “calumniador o simplemente irresponsable, destructor de la vida de un hombre o simplemente abusador impune del poder mediático” (135). Ante esta situación en la que su destino sería destruido bajo la presión de la opinión pública, él sintió lo que hubiera sentido el Cuéllar de hace

veintiochos años y logró comprender mejor el papel que él mismo había desempeñado en la tragedia de éste. Este papel no sólo denuncia su verdadera naturaleza, la cual está muy lejos de ser humanista, sino que también demuestra su aspecto original, la de ser cómplice de la opinión pública: “no importaba quién tuviera la razón de su lado, no importaban la justicia o la injusticia. Sólo una cosa le gusta al público más que la humillación, y era la humillación de quien ha humillado” (136).

### **6.3.3: *El tiempo y la opinión pública.***

En las obras de Vásquez parece que el tiempo es un tema que nunca termina de ser excavado. En *El ruido de las cosas al caer*, el tiempo es condensado en una frase del narrador: “todo es recuerdo” (23), así construye un túnel que atraviesa el espacio temporal, dirigiéndonos a volver al pasado para averiguar la relación secreta y oculta entre las tragedias actuales y la época del narcotráfico; en esta novela, de nuevo mediante una frase de Mallarino: “todo es presente” (107), nos brinda una perspectiva fijada en la influencia del pasado hacia la actualidad. Lo que no cambia es que, en estas miradas temporales, siempre concibe una historia interesante y que despierta la curiosidad en sus lectores. En *Las reputaciones*, a medida que aparece la persona que simboliza el pasado, Samanta, la historia de hace veintiocho años, de nuevo, rompió las cadenas de la memoria y acosó a su protagonista con una interrogación moral e inquietante: después de descubrir un posible fallo en su recuerdo, cae en la cuenta de que, probablemente, este fallo hubiera tenido como consecuencia la muerte de una persona, ¿cómo debería actuar frente a esta situación?

Podemos ver que, después de ser rechazado por Valencia, Mallarino optó por buscar la información de la viuda por su propia cuenta. Durante este proceso, se encontró con que todo el mundo prestaba su colaboración gracias a su reputación, y comprobó que casi ya nadie se acordaba del congresista muerto, lo cual le hizo recordar las palabras llenas del sentido utilitario de Valencia, cuando ellos dos discutían sobre quién es más necesario en este mundo:

“a nadie le hace falta. No nos ha hecho falta en todos estos años. Estamos mejor sin él. Es más: ya se nos olvidó a todos. Ya lo olvidamos. El país lo olvidó. Hasta su partido lo olvidó. Y en esa época se avergonzaban de él, Javier, ¿usted cree que a alguien le interesa que vuelva a aparecer su nombre en los periódicos? Era un tipo despreciable, este Cuéllar. Usted, en cambio, es importante: es importante para el periódico y es importante para el país” (113).

Valencia en su metáfora sobre Colombia afirmó que es una selva en la que se encuentran las fieras en cualquier sitio, en la que la manera en la que uno sobrevive y se protege nunca depende de la voluntad moral, sino que depende de las buenas relaciones con otros compañeros, sobre todo, de que se ha de ser capaz de conocer y distinguir lo bueno de lo malo y, actuar mirando hacia lo bueno evitando lo malo. De este modo, el autor critica una época en la que se persigue el bienestar material, pero tiene su mundo espiritual y moral vacío. En este siglo veintiuno, en Colombia, este país, en Bogotá, esta ciudad, puedes ver que todo lo que abarca en las zonas centrales de la ciudad predominan los negocios; puedes encontrar el periódico que se mantiene con la publicidad en vez de con el contenido de buena calidad y el pensamiento; los ciudadanos mantienen una actitud frívola e indiferente sobre el otro en el mundo real, y la mayoría de ellos padecen la enfermedad mencionada por Javier Marías: el

síndrome de la mirada roñosa, cada día la prisa domina la existencia y difícilmente pueden dedicar su atención al otro. Bajo la pluma de Vásquez, una muchedumbre apenas se da cuenta de la presencia de Mallarino en plena calle:

“Algunas caras lo miraban con expresión vacía y luego pasaban a la cara siguiente, la de otro peatón cualquiera parado en la acera poblada, otra cara vacía para mirarla con la misma vacuidad; otras ni siguiera reconocían su presencia, sino que se quedaban más allá o más acá, en las montañas, en los edificios, en una porción inhabitada del mundo visible.” (134)

Sin embargo, este mismo grupo de personas, bajo la guía de la prensa y la opinión pública, puede mostrar una característica totalmente distinta a su esencia egoísta y apática, exponen comentarios, críticas y juicios que pueden probar su existencia. Estamos en una época en la que, en el mundo real, las relaciones interpersonales son frágiles y frívolas, pero en determinadas ocasiones, en el mundo virtual construido por todos los medios y herramientas de comunicación y las redes sociales, ellos se reúnen y forman un alma colectiva y una masa psicológica. Bajo la guía de los medios de comunicación, sobre todo, del periódico que según las palabras de Vásquez, es “grosero adulador del momento presente” (106), esta masa se caracteriza por un nuevo temperamento: el pasado que el periódico no recuerda ni menciona se convertirá totalmente en un pasado que nadie recuerda.

Antes de situarse a sí mismo en un problema moral debido a su recuerdo voluntario hacia el pasado, Mallarino una vez lanzó una pregunta retórica: “¿no decía alguien que un hombre exitoso es simplemente alguien que ha encontrado la manera de disimular un complejo?” (73) Sin embargo, cuando realmente un complejo le asedia, él empieza a dudar: ¿Encararlo o disimularlo? ¿Convertirse



en un hombre de éxito para él mismo? ¿O para el otro? Tal como Mallarino dijo: “nadie se humilla solo: la humillación en soledad no es humillación” (92), también sucede lo mismo con el éxito. Aunque de acuerdo con los hechos, parece que Mallarino eligió encarar su complejo, su posible error con el resultado de la muerte de una persona. Circunstancia que le motiva para buscar la información de la viuda. Sin embargo, también hemos encontrado que, en su batalla psicológica, lidiaba entre el “disimular” y el “encarar”. La angustia que sintió pensando en las desgracias que sufrirían en el futuro, le hace a lamentarse de que “es muy pobre la memoria que sólo funciona hacia atrás” (126). Esta frase que enlaza el comienzo y el fin de la novela y, que procede de *Alicia en el país de las maravillas* de Lewis Carroll, es sublimada como el toque final de la novela. Es decir, la gente no puede prever el futuro, así que no puede tomar las decisiones fundándose en una seguridad de que las cosas van a salir bien, sino que todas las decisiones se adoptan en una situación en la cual las consecuencias no son firmes, por lo tanto se precisa la sabiduría, el coraje, la experiencia, el conocimiento, en muchos casos, la moralidad. El forcejeo y la lucha psicológica de Mallarino al final le guía hacia un camino correcto en el plano moral. Vásquez hace que el protagonista después de conocer el origen y la esencia de su propia reputación, tome la decisión de retirarse del círculo del periódico y renegase de todo lo que había hecho durante su carrera: “esa longevidad no era una virtud, sino un insulto: cuarenta años, y a su alrededor no había cambiado nada” (137). Además, el autor compara, de forma paralela, la vida de Cuéllar (uno de los políticos más famosos por su mala reputación cuando vivía, pero olvidado por el mundo tras su muerte) con otro personaje fantasmal, Ricardo

Rendón (el caricaturista más famoso en la historia colombiana cuando vivía, pero también olvidado por todo el mundo tras su muerte), y saca la conclusión:

“en este país amnésico y obsesionado con el presente, este país narcisista donde ni siquiera los muertos son capaces de enterrar a sus muertos. El olvido era lo único democrático en Colombia: los cubría a todos, a los buenos, y a los malos, a los asesinos y a los héroes, como la nieve en el cuento de Joyce, cayendo sobre todos por igual.” (114)

Es decir, frente al tiempo, todo es tan humilde e insignificante como el polvo, como el humo. Si lo correcto, lo incorrecto, lo grandioso, lo pequeño, el héroe y el payaso, todo fuese olvidado por igual, entonces por qué uno no actúa sólo según lo que a él le apetece, según lo que el corazón siente, sin importar y pensar en el criterio social y la mirada del otro. Si el corazón se orienta hacia el bien, sus acciones también serán bondadosas. Sin embargo, desde mi punto de vista, esta decisión que tomó Mallarino por último no es suficientemente convincente, al contrario, la frase que él mismo dijo – “<<Ya qué quieres. A nuestra edad, uno ya no cambia>>” (23) - en el comienzo de la novela se advierte más real. En vez de decir que esta decisión es una victoria de la moralidad, a mi juicio, se ve más como una victoria de la sensibilidad contra la razón, o mejor dicho, demuestra el buen deseo del autor de expresar que su tendencia hacia la bondad supera a su tendencia hacia el mal en nuestra naturaleza humana. Por lo tanto, Mallarino no cae en el nihilismo moral, sino que opta por ser una persona responsable con su propia conciencia moral y un hombre de éxito. Aunque la conclusión de la novela orienta hacia un nihilismo que convierte a toda buena acción en polvo, humo o nube.

## Conclusión

Se puede considerar que, de entre todas las formas artísticas, la novela es tal vez la más relacionada con los temas éticos, ya que la novela puede describir, de forma más detallada y meticulosa, la experiencia psicológica del ser humano y nos narra la crisis espiritual y el sufrimiento moral que se produce bajo los conflictos de lo racional y lo irracional, lo bueno y lo malo en nuestro mundo. Vásquez ha dicho en su último libro de ensayos que “un novelista es un constructor de fábulas con imaginación moral” (Vásquez, 2018: 29) y esta imaginación moral nos da la posibilidad de “entrar en la situación vital, emocional, existencial y psicológica del otro” (Vásquez, 2018: 29). Con sus novelas, Vásquez narra la historia colombiana, pero no se limita solo a ello, sino que, tal como él mismo revela, “con mis novelas he querido escarbar en lugares invisibles de la historia colombiana, de una manera que lo que descubras sean historias universales” (Vásquez, *Zenda*: 2018). La época en la que Vásquez escribe es una época en la que surgen nuevos valores, la ética misma muestra, cada vez más, un estado ambiguo en el que siempre hay un punto de vista que es excusable. En tal situación escéptica sobre la ética, Vásquez afirma que el escritor debe ser alguien “con una conciencia superior”, que “está más consciente del mundo”, porque cree que la moral de la novela no solo consiste en generar conocimiento, sino que también “causa el efecto que Javier Marías llama *reconocimiento* (<<yo sabía esto, pero no sabía lo que lo sabía>>)” (Vásquez, 2018:188). Por lo tanto, en sus obras, con una gran perspicacia, Vásquez produce el reconocimiento de una situación ética con respecto a los asuntos sociopolíticos, tanto en Colombia como en el resto del mundo, que se

han difundido en el pensamiento contemporáneo. Lo demuestra principalmente en los siguientes aspectos: primero, sus obras revelan preocupaciones éticas frente a la violencia. Se puede observar que la violencia, cronológicamente, es una herencia que sigue una singular trayectoria, desde la violencia causada por el bipartidismo en *Historia secreta de Costaguana*, pasando por los años 1940 con *Los Informantes*, la violencia generada por la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en *La forma de las ruinas*, hasta la Colombia del narcotráfico con *El ruido de las cosas al caer*. De manera que, al leer todos sus libros, descubrimos que el autor afirma que “la historia colombiana es una historia casi ininterrumpida de violencias” y nos invita pensar “¿cómo salimos de este ciclo de violencia?” (Vásquez, *Espagnol*: 2018). Se posiciona en contra de una ética que mira a ciegas y sostiene lo que dice Carlos Fuentes: “no hay futuro vivo con un pasado muerto” (Cfr. en Vásquez, *El Norte de Castilla*: 2016). Utiliza, pues, la memoria como herramienta para establecer nuestra relación con el pasado, hacernos experimentar el dolor que nos trae la violencia y de esta manera prevenir que, semejante violencia, ocurra de nuevo en el futuro.

Segundo, sus novelas también muestran preocupaciones éticas frente al terrorismo mundial y nos recuerdan que escapar no es la mejor manera para enfrentar este fenómeno. En tercer lugar, también nos encontramos con las preocupaciones éticas que tiene el autor hacia la era de los “mass media”. A Vásquez le preocupa que la multiplicación de las claves, imágenes, sucesos, mentiras que usan los medios. Cifrar este mundo, nos produce una especie de perversa lógica interna y al final hace perder el sentido de la realidad. Según Vásquez, esta es una nueva amenaza a la que los novelistas actuales deben

enfrentarse y con la que tienen que lidiar, por lo tanto, en su novela *Los informantes*, se muestra la dificultad de distinguir entre lo bueno y lo malo frente a situaciones diversas que obligan a tomar la decisión correcta; en su novela *La historia secreta de Costaguana* el autor indaga sobre qué ocurre cuando la ética se convierte en una condición ocasional que acompaña al periodismo; en su tercera novela, desde otra perspectiva diferente, critica que el conocimiento y sentimiento del hombre, transmitido mediante los medios de comunicación no conduce a la profundización de los problemas, sino sólo hacia la acumulación. En su novela *Las reputaciones*, Vásquez confirma que, a través de la historia de Millarino, la opinión pública, “no responde al entorno, sino al pseudo-entorno construido por los medios” (Lippmann, 2003).

Por la propia condición del ser humano, todo acto es moral. Vásquez confirma que “la novela es el territorio de la ambigüedad, de la contradicción y eso lo sabemos desde Don Quijote, pues en Don Quijote no hay respuestas y eso forma parte, para mí, de la ética de la novela” (Vásquez, *Espagnol*: 2018). Es cierto que en sus novelas descubrimos que Vásquez admite la existencia de una zona gris en la naturaleza humana, y como tal llama a que nos preguntemos dónde está el límite entre lo público y lo privado en *Los informantes*; nos cuestiona cuál es el límite entre el amor en el hogar y el amor nacional en *Historia secreta de Costaguana*, y dónde está límite en la benevolencia hacia el otro en *El ruido de las cosas al caer*. Sin embargo, Vásquez está en contra del nihilismo en el sentido moral, lo advertimos especialmente en su obra *Las reputaciones*. Aunque la conclusión de la novela está orientada hacia un nihilismo que convierte a toda buena acción en polvo, humo o nubes, Vásquez

no deja a Mallarino caer en el nihilismo moral, sino que le orienta a tomar la decisión de una persona responsable con su propia conciencia moral y un hombre de éxito para él mismo, lo cual nos recuerda en cierto modo a la ética de Kant: el poder de la virtud consiste en eliminar todos los obstáculos que se manifiestan en el gusto y el deseo personal y saber cómo distinguir entre lo bueno y lo malo, entre lo que cumple con la ley moral y lo que no. Es decir, tal vez la virtud “objetivamente considerada, sea un ideal e inalcanzable, pero, que no obstante, sea un deber aproximarse a él continuamente” (Kant, 1994: 267). Desde mi punto de vista, Vásquez considera que una persona moral debe esforzarse constantemente en los siguientes tres sentidos: en el sentido social, en el sentido familiar y por último en su sentido como persona.

En primer lugar, desde el punto de vista social, Vásquez piensa que una persona moral debe ser una persona que tiene como prioridad la consideración hacia el otro. En cuanto a tratar la relación entre el uno y la sociedad, descubrimos que muchos protagonistas en las novelas de Vásquez, proclaman el orden y la paz del mundo y muestran su deseo de mantener el control sobre su vida. Esto, por un lado, nos transmite una sensación triste y decepcionante, sin embargo, por otro lado, nos proporciona una perspectiva llena de atención hacia los individuos en el conflicto entre lo individual y lo colectivo. Los “donnadies” bajo su pluma, saben cuan imponente es enfrentarse a la fuerza colectiva individualmente. Después de sufrir en su propia carne el dolor y el sufrimiento, aún quieren proclamar el amor y la protección mutua entre cada individuo, como se muestra en la bondadosa pregunta de Sara en *Los informantes*: “¿a quién había que sobornar para que el mundo se quedara quieto ahí, cuando todos

estábamos bien, cuando cada uno parecía haber sobrevivido a las cosas de la vida que le habían tocado en suerte?” (174). Esto, de hecho, muestra una ética universal: la ética de la reciprocidad, tatar a los demás como te gustaría ser tratado. Segundo, en cuanto a tratar la relación de uno con el otro, Vásquez considera que una persona moral debe ser tolerante y tener un corazón amable, debe admitir que ninguna persona es perfecta, por lo tanto, hay que perdonar el defecto de otra persona, tal como recordamos cuando Consu trata al exprisionero Ricardo con cordialidad en *El ruido de las cosas al caer*. También mencionar cómo trata Sara a Margarita en *Los informantes*, cuando todo el mundo le critica por haber abandonado a su familia y la señala con la etiqueta de la crueldad, Sara es la única persona que defiende su derecho a tomar sus propias decisiones. A través de la ética de la reciprocidad y la tolerancia hacia los defectos humanos, el autor nos proporciona una idea universal, un deseo sobre cómo llevar a cabo la construcción de una sociedad armoniosa. Este pensamiento moral para el bien de los demás, por un lado, presenta el anhelo humano hacia las buenas relaciones; por el otro, también puede servir como lubricante para conseguir una sociedad llena de armonía y prosperidad.

En segundo lugar, en todas las novelas de Vásquez, la complicada relación en la familia siempre es un tema esencial que le preocupa, tal como afirma en una entrevista: “mis novelas están llenas de relaciones padre-hija. Creo que en el fondo toda literatura es autobiografía, y yo escribo de manera muy directa sobre lo que me preocupa” (Vásquez, *Letras Libres*: 2014). Sin embargo, en su mundo literario, mantener la felicidad familiar no es un asunto fácil y requiere un esfuerzo continuo. Desde el punto de vista familiar, Vásquez

piensa que una persona moral debe ser fraternal y para mantener este amor fraternal la gente debe comprender la importancia de la comunicación y luchar contra el egoísmo e individualismo que nos acosa constantemente. En sus novelas todos los distanciamientos que encontramos entre distintos miembros de la familia se deben a la falta de estas dos virtudes. El egoísmo que muestra José Altamirano en *Historia secreta de Costaguana* en la relación con su padre, lo cual directamente, acelera la muerte de este último; el individualismo y la falta de comunicación que se presenta en la relación con su hija, tiene como consecuencia el abandono de esta. En *Los informantes*, justamente, la comunicación, aunque escasa, que tiene lugar en la última época de la vida de Santoro padre, en cierto sentido, salvó la relación entre padre e hijo que se habían ignorado durante muchos años. En *El ruido de las cosas al caer*, Antonio, dominado por la mala fe, se presentó con una imagen literaria que rechaza la comunicación y está poseída por el individualismo, terminó en la novela siendo abandonado por su mujer. En su mundo literario, el único personaje que muestra un esfuerzo por romper la gruesa pared de la incomunicación entre dos miembros de familia es Aura en *El ruido de las cosas al caer*, aunque este esfuerzo terminó fracasando debido a su carácter unilateral. El autor nos hace simpatizar con Aura y juzgar el comportamiento de Antonio en sentido negativo, y de esta manera, nos trasmite que el autor está de acuerdo con la virtud que define Mélich como la experiencia ética en la vida familiar: “el otro no puede serme indiferente, sino que me impulsa y me dinamiza hacia él y para él” (Cfr. en Vallejos, 2014).



Por último, desde el punto de vista individual, el autor considera que para ser una persona moral, no mentir, saber reflexionar y saber arrepentirse son tres elementos indispensables. Primero, Vásquez piensa que una persona moral debe ser una persona honesta tanto consigo misma como con otras personas. La mentira como un elemento ético aparece en todas sus novelas. En *Los informantes*, el padre Santoro ha mentido toda su vida para proteger su reputación como moralista, pero se convirtió en un icono de hipocresía debido a que su mentira fue revelada tras su muerte, y fracasó en su intento de reconstrucción moral porque dicha reconstrucción estaba basada en nuevas mentiras. En *Historia secreta de Costaguana*, la novela entera es una proclamación contra el robo de la historia de Conrad y revela que la historia que él cuenta es la versión real y la de Conrad es un plagio no más. En dicha historia, Miguel Altamirano, mintió escribiendo falsas noticias para satisfacer el interés del grupo político para el que trabaja y el suyo propio, así terminó muriendo como víctima en las luchas políticas de diferentes grupos. En *El ruido de las cosas al caer*, Ricardo, cayó en el auto engaño para sentirse menos culpable frente a su propia conciencia. Elaine, mintió, desde su punto de vista, por el bien de su hija, Maya, pero terminó haciéndola sufrir cuando ésta supo la verdad. Antonio mintió a varias personas para satisfacer su propio interés, terminó atrapado en su propia red tejida con mentiras, finalmente hiriendo profundamente a su ser más amado. Mediante el destino amargado de estos personajes, el autor revela su amor hacia la verdad y su rechazo hacia la mentira como causa primera de la corrupción. En *Las reputaciones*, nos invita el autor a pensar las terribles consecuencias que pueden producir las mentiras difundidas por los mass media. En su ensayo “Las ficciones que persigo”, Vásquez define la

información que recibimos diariamente en la época de los mass media como “distracción y ruido” (Vásquez, 2018: 185) y critica esta “distracción y ruido” utilizando el término del filósofo Harry Frankfurt como “el habla mierda”, advirtiendo que vivimos en una época en la que “la verdad no le interesa ni para defenderla y hacerla saber” (2018: 186) y el deber de un escritor como “un hombre honesto” es ofrecer “verdades que se perderían para siempre si de ellas no se ocupara la imaginación novelesca” (2018: 199).

En segundo lugar, Vásquez piensa que una persona moral debe ser una persona que sabe reflexionar. Él está de acuerdo con lo que afirma Arendt: “pensar no es cosa de eruditos -a diferencia del conocer las verdades de la ciencia- ni de ignorantes, ni de elegidos, sino que todos debemos y podemos pensar” (Díaz, 2011). En sus novelas, hay dos tipos de personas: primero, un tipo de persona que nunca reflexiona sobre sí misma y decide “vivir sin pensar” y dejarse llevar por la corriente como los dos hermanos en “Casa tomada” de Cortázar. En sus novelas, los representantes de este tipo de personas siempre son los jóvenes. En opinión de Aristóteles, los jóvenes son ardientes por naturaleza porque aún no han sufrido el desengaño y la maldad, además “viven más según su manera de ser que según su razón, (Aristóteles 167). Para Vásquez, por un lado, justamente es esta naturaleza la que hace a los jóvenes no ejercer la auto crítica y la reflexión convirtiéndose en el producto de la pereza de pensamiento, a lo que se añade la falta de prudencia y auto-control. Por otro lado, a mi parecer, cree Vásquez como Aristóteles que estos errores cometidos por la incontinencia de estos personajes jóvenes no son mal intencionados, sino que se deben a ser demasiado crédulos, por lo tanto, siempre deja a estos jóvenes “inocentes” tener

la oportunidad de madurar, de ponerse en pie de nuevo en el lugar donde caen, hasta subsanar sus errores. El autor presta atención a los defectos de la naturaleza humana, reivindica que un escritor debe tratar y profundizar en los errores del ser humano, por lo tanto, sus novelas narran “la caída de un hombre destinado a ella” (Vásquez, 2018: 51), con simpatía, y nos ofrece una vez tras otra “la exploración moral del error en el marco de una tragedia en prosa” (Vásquez, 2018: 52), en la que descubrimos que estos jóvenes, que han experimentado el fracaso y el sufrimiento, tienen conciencia y experimentan un arrepentimiento por el mal cometido. Pero poseen el coraje para enfrentarlo cara a cara y reconstruir su moralidad. Podemos escuchar lo que el autor afirma a través de esta frase en *El ruido de las cosas al caer*: “nunca es tarde para remendar lo que uno ha roto. Y eso es lo que voy a hacer. [...] ningún error puede durar para siempre” (31). De esta manera, muchos de sus personajes, crecen y maduran para convertirse en un segundo tipo de personas, que reflexionan adecuadamente sobre sí mismos y sobre la historia de una nación para convertirse en los narradores del sufrimiento tanto de sí mismos, como del otro. Un tipo de existencia moral semejante a la que aparece en las novelas de Conrad: “un organizador moral, constantemente preocupado por cuestiones de verdad y falsedad, por la imposibilidad de conocer a alguien en última instancia, por las limitaciones que nos impone nuestro entorno social, nacional y político ...y por el deber, el deber novelístico de contar la historia, de recordar, de luchar contra el olvido” (Vásquez, 2018: 75).



## **Bibliografía**

### **Obras de Juan Gabriel Vásquez**

#### **Novela:**

*Persona*. Bogotá: Magisterio. 1997.

*Alina suplicante*. Bogotá: Norma. 1999.

*Los informantes*. Madrid: Alfaguara. 2004.

*Historia secreta de Costaguana*. Madrid: Alfaguara. 2007.

*El ruido de las cosas al caer*. Madrid: Alfaguara. 2011.

*Las reputaciones*. Madrid: Alfaguara. 2013.

*La forma de las ruinas*. Madrid: Alfaguara. 2016.

#### **Cuento**

*Los amantes de Todos los Santos*. Madrid: Alfaguara. 2001.

#### **Biografía**

*Joseph Conrad: el hombre de ninguna parte*. Bogotá: Panamericana. 2004.

#### **Ensayo**

*El arte de la distorsión*. Madrid: Alfaguara. 2009.

*Viajes con un mapa en blanco*. Madrid: Alfaguara. 2018.

#### **Entrevistas y otros documentos**

Vásquez, Juan Gabriel. “A manera de despedida”. *El Espectador*. 21 Ago. 2014.  
< [www.elespectador.com/opinion/manera-de-despedida-columna512030](http://www.elespectador.com/opinion/manera-de-despedida-columna512030) >

—. “Diálogo de la lengua. Mano a mano entre el novelista peruano Santiago Roncagliolo y Juan Gabriel Vásquez”. Entr. Caridad Plaza. *Quórum*. 2006: 105-118.

—. “Una cosa son las novelas históricas y otra cosa las novelas sobre la historia”. *Comunicación y Ciudadanía*. 2009: 118-119.

—. “Escribimos porque la realidad nos parece imperfecta”. Entr. Rita Maeseneer y Jasper Vervaeke. *CiberLetras*. Julio 2010.<  
[www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v23/demaeseneer.html](http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v23/demaeseneer.html)>

- . “Entrevista a Juan Gabriel Vásquez”. Entr. Silvana Paternostro. *Bomb*. 2010. <[eljuiciodeelradio.blogspot.com/2012/01/entrevista-juan-gabriel-vasquez.html](http://eljuiciodeelradio.blogspot.com/2012/01/entrevista-juan-gabriel-vasquez.html)>
- . “En Colombia nos acostumbramos a lo extraordinario y no reaccionamos ante el narco”. Entr. Elmer L. Menjivar. *El Faro*, 2 Sep. 2011. <[www.elfaro.net/es/201108/el\\_agora/5644/En-Colombia-nos-acostumbramos-a-lo-extraordinario-y-no-reaccionamos-ante-el-narco.htm?tpl=12](http://www.elfaro.net/es/201108/el_agora/5644/En-Colombia-nos-acostumbramos-a-lo-extraordinario-y-no-reaccionamos-ante-el-narco.htm?tpl=12)>
- . “Literatura y distorsión. Entrevista con Juan Gabriel Vásquez”. Entr. Raúl Rodríguez Freire. *Nuevo Texto Crítico*. Vol. XXIX – XXV. Nº 47-8. 2012: 203-209.
- . “Juan Gabriel Vásquez: Las novelas son más inteligentes que sus actores”. Entr. Javier Yuste. *El cultural*. 24 Oct. 2013. <[www.elcultural.com/noticias/buenos-dias/Juan-Gabriel-Vasquez/5486](http://www.elcultural.com/noticias/buenos-dias/Juan-Gabriel-Vasquez/5486)>
- . “Un fósforo en la oscuridad. Conversación con Juan Gabriel Vásquez”. Entr. Jasper Vervaeke. *Confluencia*. Nº2. 2013:209-216.
- . “Creo en la novela como manera de dialogar con el mundo”. Entr. Jasper Vervaeke. *Letras Libres*. 17 Sep. 2014: 40-43.
- . “Entrevista a Juan Gabriel Vásquez: Los hechos que marcaron nuestra historia son momentos de engaños”. Entr. Juan David Correa. *Arcadia*. 20 Oct. 2015.<[www.revistaarcadia.com/impresa/literatura/articulo/libro-la-forma-ruinas-juan-gabriel-vasquez/45040](http://www.revistaarcadia.com/impresa/literatura/articulo/libro-la-forma-ruinas-juan-gabriel-vasquez/45040)>
- . “El escritor es la voz de lo incómodo”. Entr. Marta Leonor González. *La prensa*. 23 May. 2015. <[www.laprensa.com.ni/2015/05/23/cultura/1836978-el-escritor-es-la-voz-de-lo-incomodo](http://www.laprensa.com.ni/2015/05/23/cultura/1836978-el-escritor-es-la-voz-de-lo-incomodo)>
- . “Es obligación del novelista evitar el olvido interesado de lo más incómodo del pasado”. Entr. Miguel Lorenci. *El norte de castilla*. 7 Feb. 2016.<[www.elnortedecastilla.es/culturas/libros/201602/07/obligacion-novelista-evitar-olvido-20160207005349-rc.html](http://www.elnortedecastilla.es/culturas/libros/201602/07/obligacion-novelista-evitar-olvido-20160207005349-rc.html)>
- . “Juan Gabriel Vásquez: la novela que nació de un hueso perforado”. Entr. Alonso Rabí. OjoPúblico. 14 Feb. 2016. <<https://ojo-publico.com/160/juan-gabriel-vasquez-la-novela-que-nacio-de-un-hueso-perforado>>
- . “Entrevista a Juan Gabriel Vásquez”. Entr. David Crémaux. *La Clé des Langues Espagnol*. 7 Dic. 2018. <[cle.ens-lyon.fr/espagnol/litterature/entretiens-et-textes-inedits/entretiens/entrevista-juan-gabriel-vasquez](http://cle.ens-lyon.fr/espagnol/litterature/entretiens-et-textes-inedits/entretiens/entrevista-juan-gabriel-vasquez)>
- . “Juan Gabriel Vásquez: Conrad me salvó la vida”. Entr. Ana Mendoza. *Zenda*. 13 Mar. 2018. <<https://www.zendalibros.com/juan-gabriel-vasquez-conrad-me-salvo-la-vida/>>

Marías, Javier. “El placer de las digresiones”. Entr. Juan Gabriel Vásquez. *El Malpensante*. 9 Jun. 2010. <[www.elmalpensante.com/articulo/1629/el\\_placer\\_de\\_las\\_digresiones](http://www.elmalpensante.com/articulo/1629/el_placer_de_las_digresiones) >

—. “Los rostros y el tiempo”. Entr. Juan Gabriel Vásquez. *Letras Libres*. 31 Ene. 2011. <[www.letraslibres.com/mexico/los-rostros-y-el-tiempo-entrevista-javier-marias](http://www.letraslibres.com/mexico/los-rostros-y-el-tiempo-entrevista-javier-marias)>

Durán, R.H Moreno. “La novela contemporánea y otras enfermedades”. Entr. Juan Gabriel Vásquez. *Piedepágina*. Diciembre 2004: No.1. <[www.piedepagina.com/numero1/html/rhmorenoduran.htm](http://www.piedepagina.com/numero1/html/rhmorenoduran.htm) >

### **Estudios o reseñas sobre las obras de autor:**

Anónimo. “Juan Gabriel Vásquez ganó el premio RAE por ‘Las reputaciones’”. *El Comercio*, 2 Oct. 2014. <<https://elcomercio.pe/luces/libros/juan-gabriel-vasquez-gano-premio-rae-reputaciones-282946>>

Ardila Jaramillo, Clemencia. “De la realidad a la ficción, de la literatura al periodismo”. *Co-herencia*. Vol.12. N° 22. Medellín: Colombia. 2015:227-248.

Bogoya, Camilo. “Posturas e imposturas en la nueva narrativa colombiana: el caso de Juan Gabirel Vásquez o el arte de la traición”. *Les Ateliers Du Sal*. 2012: 38-48.

Bayona, Jorge Latino Gaitán. “*El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez o *La ciudad de sueño* de Aurelio Arturo”. *Actas del Cuatro Congreso Internacional Celehis de Literatura, literatura española, latinoamericana y argentina*. Mar de Plata: Universidad Nacional de Mar de Plata. 2011. <<http://www.mdp.edu.ar/humanidades/letras/celehis/congreso/2011/actas/ponencias/gaitanbayona.htm>>

Carpio Franco, Ricardo. “Espejos, simulacros y distorsiones: Hacia una tipología de la ‘metaficción historiográfica’ en *Historia secreta de Costaguana* de Juan Gabriel Vásquez”. *Espéculo, Revista de Estudios Literarios*. 2010: N° 44. <<https://webs.ucm.es/info/especulo/numero44/espesimu.html>>

Durán, María A. Semilla. “Nuevas totalidades: la armonización de lo heterogéneo”. *Red Latinoamericana*. 2010. <[www.redkatatay.org/sitio/invitados/archivos/nuevas\\_totalidades.pdf](http://www.redkatatay.org/sitio/invitados/archivos/nuevas_totalidades.pdf) >

Furió, María José. “La figura del padre en las novelas de Juan Gabriel Vásquez *Los informantes* e *Historia secreta de Costaguana*”. *Centro Virtual cervantes: Rinconete*. 16 Ene. 2015. <[cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/anteriores/enero\\_15/16012015\\_01.htm](http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/enero_15/16012015_01.htm) >

—. “El héroe moral en la narrativa de Juan Gabriel Vásquez: *La forma de las ruinas*”. *Centro Virtual cervantes: Rinconete*. 15 Nov. 2018. <[cvc.cervantes.es/el\\_rinconete/antiores/noviembre\\_18/27112018\\_01.htm](http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/noviembre_18/27112018_01.htm)>

Gac-Artigas, Priscilla. “Reconstrucción de una era a través de la deconstrucción de historias individuales: *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez”. *Revista de la Academia Norteamericana de la lengua Española*. 2015: 165-180.

Giraldo, Luz Mary. *En otro lugar. Migraciones y desplazamientos en la narrativa colombiana contemporánea*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana. 2008.

González, Aníbal. “Entrando en materia: novela, poesía y cultura material en *El ruido de las cosas al caer*”. *Cuadernos de literatura*. Vol. XX. N°40. Jul-Dic. 2016:477-489.

González, Conzález Daniuska. “El presente era un peso y un estorbo. Subjetividades de la huerfanía en la narrativa del colombiano Juan Gabriel Vásquez”. *Revista chilena de literatura*. N°97. Abr 2018: 153-174.

Houde, Caroline. “La razón de ser de la presencia de Joseph Conrad en *El sueño del celta* de Mario Vargas Llosa e *Historia secreta de Costaguana* de Juan Gabriel Vásquez”. *Valenciana*. 2015: 101-123.

Jastrzębska, Adriana Sara. “Autoficciones colombianas: entre ironía y denuncia”. *Actas del XVII Congreso de la Asociación de Colombianistas: "Narrar Colombia: Colombia narrada"*. Bucaramanga. 2011. <[https://www.academia.edu/10797209/Autoficciones\\_colombianas\\_entre\\_ironia\\_y\\_denuncia](https://www.academia.edu/10797209/Autoficciones_colombianas_entre_ironia_y_denuncia)>

Mendoza, Ana. “Juan Gabriel Vásquez regresa con una novela moral sobre Las reputaciones”. *La información*. 22 Oct. 2013. <<https://www.radionacional.co/noticia/juan-gabriel-v-squez-regresa-con-una-novela-moral-sobre-las-reputaciones>>

—. “Juan Gabriel Vásquez lanza en España novela moral sobre los creadores de opinión”. *El espectador*. 22 Oct. 2013. <<https://www.elespectador.com/noticias/cultura/juan-gabriel-vasquez-lanza-espana-novela-moral-sobre-lo-articulo-453840>>

Moya, Isabel Uribe. “¿Por qué la obra de Juan Gabriel Vásquez sigue cosechando premios?”. *Las 2 orillas*. 1 May. 2014. <<https://www.las2orillas.co/por-que-la-obra-de-juan-gabriel-vazquez-sigue-cosechando-premios/>>



Ortiz, Braulio. “El novelista es como un historiador que le pone emociones a los hechos”. *Diario de Sevilla*. 15 Jun. 2011. <[https://www.diariodesevilla.es/delibros/novelistahistoriadorponeemocioneshechos\\_0\\_487751239.html](https://www.diariodesevilla.es/delibros/novelistahistoriadorponeemocioneshechos_0_487751239.html)>

Otoya, María Elvira Bonilla. “La literatura es una permanente reflexión sobre la enfermedad individual y social”. *Grandes conversaciones, grandes protagonistas*. Bogotá: Editorial Norma. S.A. 2005: 185-187.

Ponsford, Marianne. “Colombia en dos novelas. *El ruido de las cosas al caer*”. *Arcadia*. 3 May. 2011. <<https://www.revistaarcadia.com/feria-del-libro/articulo/el-ruido-de-las-cosas-al-caer/24838>>

Potdevin, Philip. “Acerca de *Las reputaciones* de Juan Gabriel Vásquez”. *El Rinoceronte Ilustrado*. 31 May. 2013. <[elrinoceronteilustrado.blogspot.com/2013/05/acerca-de-las-reputaciones-de-juan.html](http://elrinoceronteilustrado.blogspot.com/2013/05/acerca-de-las-reputaciones-de-juan.html)>

Ramírez, Marisella Buitrago. “La antimemoria, lo antisocial y la contra-imagen en las últimas dos novelas de Juan Gabriel Vásquez: *El ruido de las cosas al caer* y *Las reputaciones*”. *Revista Papeles*. 2015: 72-77.

Ramírez, Marco. “Configuraciones del miedo en *El ruido de las cosas al caer* de Juan Gabriel Vásquez y *Los ejércitos* de Evelio Rosero”. *Narrativa del miedo*. New York: Peter Lang Publishing. 2018: 147- 161.

Rivas, Luz Marina. “El narcotráfico como mundo de machos imaginarios de lo masculino en 'Cartas cruzadas' y 'El ruido de las cosas al caer' ”. *Cuadernos de Literatura*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Vol. 21. N°. 41. 2017: 303-313.

Sabogal, Winston Manrique. “Las esquirolas del miedo”. *El País*. 4 May. 2011. <[https://elpais.com/diario/2011/05/14/babelia/1305331935\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2011/05/14/babelia/1305331935_850215.html)>

Santos, Elsa Fernández. “El poder literario de las preguntas moralmente necesarias”. *El país*. 10 Nov. 2013. <[www.elpais.com/cultura/2013/11/10/actualidad/1384106494\\_110615.html](http://www.elpais.com/cultura/2013/11/10/actualidad/1384106494_110615.html)>

Tarre, Alejandro. “Sobre *El ruido de las cosas al caer*”. *Prodavinci*. 17 Oct. 2011. <<http://historico.prodavinci.com/blogs/sobre-el-ruido-de-las-cosas-al-caer-por-alejandro-tarre/>>

Tous, Carlos. “Bogotá en perspectiva: un recorrido por las obras de Juan Gabriel Vásquez”. *Juan Gabriel Vásquez. Une archéologie du passé colombien récent*. Presses Universitaires de Rennes. 2017: 57-69.

Urueta, Fernando. “El ruido de las cosas al caer”. *Razonpublica, Arte y Cultura*. 15 Ago.2011. < <https://razonpublica.com/index.php/cultura/artes-y-libros-temas-33/2305-el-ruido-de-las-cosas-al-caer.html>>

Vásquez, María Victoria Albornoz. “El miedo y la memoria en El ruido de las cosas al caer de Juan Gabriel Vásquez”. *Diablotexto Digital*. 2017:51-66. < <https://docplayer.es/79818695-El-miedo-y-la-memoria-en-el-ruido-de-las-cosas-al-caer-de-juan-gabriel-vasquez.html>>

Vervaeke, Jasper. “una mirada en los abismos de la historia. La impronta de Pynchon, Borges y Sebald sobre *Los informantes* de Juan Gabriel Vásquez”. *Revista de Estudios Colombianos*. N°39. 2012: 30-35.

—. “Crónica de una consagración literaria. Juan Gabriel Vásquez y España”. *Resistencia de los negros en el virreinato de México* (siglos XVI-XVII). 2017: 149-165.

—. “Los caminos secretos a Costaguana: Juan Gabriel Vásquez y la influencia conradiana”. *Sommaire Juan Gabriel Vásquez - Presses Universitaires de Rennes*. 2017:135-147.

### **Estudios sobre ética:**

Abbagano, Nicola. *Diccionario de Filosofía*. México: Fondo de cultura Economía, 2003.

Agustín, San. *Obras Completas*. Madrid: Católica.1947.

Arendt, Hannah. *Eichmann en Jerusalén*. Barcelona: Debolsillo. 2009.

Aristóteles. *Ética a Nicómaco*. Biblioteca del IRC en la red Undernet. Proyecto Espartaco. < <https://es.slideshare.net/edwardoc32/tica-a-nicmaco-aristteles>>

—. *Retórica*. Edición de Quintín Racionero, Madrid. Gredos. S.A.1990.

Berisso, Daniel. “Alteridad VS Autointerés, la encrucijada entre cinismo e hipérbole”. *Cuadernos de ética*. Vol.28. N°41. 2013. < <http://aaieticas.org/revista/index.php/cde/article/view/46/94>>

Bernstein, Richard Jacob. *El mal radical*. México: Fineo Lilmod. 2006.

Booth, Wayne C. *Las compañías que elegimos*. Fondo de Cultura Económica. 2005.

Bragado, María José Bruño. “Ética y estética tras el desafío postmoderno en la literatura latinoamericana”. *200 años de Iberoamérica (1810-2010): Congreso Internacional: actas del XIV encuentro de Latinoamericanistas españoles*. Santiago de Compostela. 15-18 de septiembre de 2010:1349-1359.

Cervera, Victoria Camps. "Teoría y práctica de la ética en el siglo XXI". *Isegoría. Revista de filosofía moral y política*. Nº28. 2003: 115-142.

Díaz, Pilar Riera. "El pensamiento de Hannah Arendt, una visión global". *Revista Electrónica d'Investigació i Innovació Educativa i Socioeducativa*. V. 2. Nº 2. 2011: 75-94.

Durkheim, Emile. *El suicidio*. Psicolibro. 2012. < <http://ceiphistorica.com/wp-content/uploads/2016/04/Durkheim-%C3%89mile-El-Suicidio.pdf> >

Ehrenzweig, Darsving. "libertad y acción responsable en Jean- Paul Sartre". *Academia*. < [https://www.academia.edu/16107626/LIBERTAD\\_Y\\_ACCI%C3%93N\\_RESPONSABLE\\_EN\\_JEAN-PAUL\\_SARTRE](https://www.academia.edu/16107626/LIBERTAD_Y_ACCI%C3%93N_RESPONSABLE_EN_JEAN-PAUL_SARTRE) >

Freud, Sigmund. *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores. 1976.

Frost, Mervyn. "Ética y guerra: más allá de la teoría de la guerra justa". *Revista Académica de Relaciones Internacionales*. Nº3. Oct. 2005: 23-49.

García, Eugenio Fernández. "El dedeo, esencia del hombre: la ética de Spinoza. Fundamentos y significado". *Almagro: Castilla La Mancha Universidad*. 1990: 135-152.

Giordano, Alberto. *Razones de la crítica: sobre literatura, ética y política*. Buenos Aires: Colihue S.R.L. 1999.

Gregory, Marshall W. "Redefining Ethical Criticism. The Old vs. the New". *JLTONline*. Vol4. Nº 2. 2010. < [www.jltonline.de/index.php/articles/article/view/287/879](http://www.jltonline.de/index.php/articles/article/view/287/879) >

Haro, Agustín Serrano de. "Intercambio epistolar entre Gershom Scholem y Hannan Arendt con motivo de la publicación de Eichman en jesusalen". *Raíces: revista judía de cultura*. Nº36. 1998: 13-21.

Hassan, Viridiana Molinares. *La zona gris: Imposibilidad de juicios y una nueva ética*. Barranquilla: Universidad del Norte. 2012.

Hegel, G. W. F. *Aesthetics: Lectures on Fine Art*. New York: Oxford University Press. 1975.

Herreras, Enrique. "Platón, política cultura, y el destierro de los poetas". *Quaderns de filosofia i ciencia*. 2009: 83-94.

Hildebrand, Dietrich von. *Ética*. Madrid: Ediciones Encuentro. 1983.

Hobbes, Thomas. *Leviatán*. Madrid, Alianza, 1999.

Huxley, Thomas Henry. *Evolution & Ethics and Other Essays*. Cambridge: Cambridge University Press. 2009.

Kant, Immanuel. *La Metafísica de las Costumbres*. Madrid: Editorial Tecnos. 1994.

—. *Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres*. Ed. Pedro M. Rosario Barbosa. San Juan, Puerto Rico. 2007.

—. *Crítica de la razón práctica*. Trad. Emilio Miñana y Villagrasa y Manuel García Morente. Madrid: Editorial Tecnos. 2017.

Martinelli, Monsignor Raffaello. “El dinero: ¿un bien o un mal?” *El Primicerio de la Basílica de San Carlos y San Ambrosio*. <[https://www.mercaba.org/MARTINELLI/dinero\\_un\\_bien\\_o\\_un\\_mal.htm](https://www.mercaba.org/MARTINELLI/dinero_un_bien_o_un_mal.htm)>

Miguel, Juan Antonio Cebrián De. “Los contenidos éticos de la inmigración” *VII Jornadas del voluntario: La inmigración, campo de solidaridad*. CCHS-IEGD Comunicaciones Congresos. El Grado. 1 y 2 Abr. 2006: 38-49.

Moa, Luis Pío. *Contra la mentira*. Barcelona: Libros Libres, 2006.

Nie, Zhenzhao. *La crítica ética y otras cuestiones*. Wuhan: Central China Normal University. 2013.

Nietzsche, Friedrich. *Más allá del bien y del mal*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza. 1997.

—. *Así habló Zaratustra*. Madrid: Alianza. 1978.

—. “El gay saber”. *Obras Completas*. Buenos Aires: Aguilar Argentina. S.A. 1966.

—. *La genealogía de la moral*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Alianza Editorial. 1996.

Posada, Luz Stella Alzate. “Pasiones, pulsiones y deseo: amalgama fundamental de toda ética”. *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*. 2009: N°21. <https://webs.ucm.es/info/nomadas/21/luzsalzate.pdf>

Rodas, Marcio Gerardo. *Ética informática*. Preufod. 2012. <[https://www.academia.edu/13430579/%C3%89tica\\_Inform%C3%A1tica\\_I\\_E\\_DICI%C3%93N\\_COMPILADO](https://www.academia.edu/13430579/%C3%89tica_Inform%C3%A1tica_I_E_DICI%C3%93N_COMPILADO)>

Sahuquillo, Ángel. “Savater y Almodóvar: ética como amor propio o la vuelta del otro”. *Ética y literatura en el pensamiento hispánico*. Editorial y Distribución Heterogénesis y Asociación de Amigos del Arte Mulato Gil. 2002: 176-200.

Sánchez, César Espada. “Razón y Cinismo”. Tesis. Universidad de Complutense. 17 May. 2005. < <https://eprints.ucm.es/4128/>>

Sartre, Jean - Paul. *El existencialismo es humanismo y otros ensayos*. México: Tomo. 2010.

—. *El ser y la nada*. México: Alianza, 1986.

Schopenhauer, Arthur. *El mundo como voluntad y representación*. Trad. Roberto R. Aramayo. Madrid: Alianza. 2010.

—. *Los dos problemas fundamentales de la ética*. Madrid: Siglo XXI de España Editorial, S.A. 1993.

Smith, Adam. *La teoría de los sentimientos morales*. Ed. Carlos Rodríguez Braun. Madrid: Alianza. 1997.

—. *The Theory of Moral Sentiments*. Sao Paulo: Sálvio Marcelo Soares. 2006.

Triviño, José Luis Pérez. “El nazi bueno o la banalidad del mal según H. Arendt”. *El huffington post*. 19 Nov. 2013. < [https://www.huffingtonpost.es/jose-luis-perez-trivino/el-buen-nazi-o-la-banalidad\\_b\\_4294968.html](https://www.huffingtonpost.es/jose-luis-perez-trivino/el-buen-nazi-o-la-banalidad_b_4294968.html)>

Vallejos, Ramón Mínguez. “Ética de la vida familiar y transmisión de valores morales”, *Revista de educación*. Enero - Abriel 2014. < [http://www.revistaeducacion.mec.es/doi/363\\_178.pdf](http://www.revistaeducacion.mec.es/doi/363_178.pdf) >

Vieja, Teresa López de la. *Ética y Literatura*. Madrid: Editorial Tecnos. 2003.

Xiu, Shuxin. *La crítica ética de la narrativa de Toni Morrison*. ChangChun: Northeast Normal University, 2015.

Zimbardo, Philip. *El efecto Lucifer: el porqué de la maldad*. Ediciones Paidós Ibérica. 2008.

### **Otras fuentes:**

Agamben, Giorgio. *Lo que queda en Auschwitz*. Valencia: Pretextos. 2009.

Aguirre, Antonio Pérez. *25 años de Historia Colombiana 1853 a 1878*. Bogotá : Sucre.1959.

Alazraki, Jaime. *La prosa narrativa de Jorge Luis Borges*. Madrid: Gredos, 1974.

Alvaro Tirado Mejía, Jaime Jaramillo Uribe, Jorge Orlando Melo. *Nueva historia de Colombia*. Volumen 5. Planeta. 1988.

- Anónimo. "El nuevo tiempo". *Bogotá*. N°231. 2 Mar. 1903: 2.
- . "Comunicación entre los mares Atlánticos y Pacíficos". *Correo de la Ciudad de Bogotá*. N°188. 6 Mar. 1823: 653-654.
- . "El canal interoceánico." *La América*. N°180. Bogotá. 27 Abril. 1874: 411-412.
- . "Importancia de la Nueva Granada para los Estados Unidos". *El pasatiempo*. N°87. 16 Feb. 1853: 319-320.
- . "Istmo de Panamá". *Gaceta de Colombia*. N°431. 20 Sep. 1829: 4.
- . "Raíces e identidad, tres escritores latinoamericanos en Europas". *Club del libro en español*. 8 Dic. 2010. < <https://clubdellibro.org/act-035/> >
- . *Un narco se confiesa y acusa: carta abierta al publico Colombiano*. Bogotá: Editorial Colombia Nuestra. 1989.
- . "Executive Order 10924: Establishment of the Peace Corps". 1961. < <http://www.ourdocuments.gov/doc.php?flash=true&doc=92> >
- Argullol, Rafael. *El cazador de instantes. Cuaderno de travesía 1990 - 1995*. Barcelona: Destino. 1996.
- Assmann, Aleida. *Cultural Memory and Western Civilization: Arts of Memory*. New York : Cambridge University Press, 2011.
- Augé, Marc. *Las formas del olvido*. Trad. Mercedes Tricas Preckler y Gemma Andújar. Barcelona: Editorial Gedisa. 1998.
- Beluche, Olmedo. *La verdadera historia de la separación de 1903*. Panamá: Imprenta Artisca, 2003.
- Bon, Custave Le. *Psicología de las masas*. Buenos Aires: Ediciones Morata. 2004.
- Bonilla, María Elvira. "Alma mafiosa". *El espectador*. 5 Oct. 2009. < <https://www.elespectador.com/opinion/alma-mafiosa-columna-164899> >
- . *Le retórica de la ficción* . Bosch: Casa Editorial. 1978.
- Borges, Jorge Luis. *El Aleph*. Madrid: Alianza. 1949.
- Candido, Antonio. *Literatura y Sociedad. Estudios de teoría e historia literaria*. México: UNAM. 2007.
- Cano, Baldomero Sanín. *El oficio de lector*. Caracas: Biblioteca Ayacucho. 1978.

Carpentier, Alejo. *Los pasos recobrados, ensayos de teoría y crítica literaria*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho. 2003.

Celorio, Gonzalo. "Epígono y precursor". *Revista de la universidad de México. Nueva época*. Jun 2012. <  
[www.revistadelauniversidad.unam.mx/0012/celorio/00celorio.html](http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/0012/celorio/00celorio.html)>

Confucio. *The analects of Confucius*. Trad. Arthur Waley. New York: Macmillan Company. 1938.

Conrad, Joseph. *El agente sereto*. Santiago de Chile: Ediciones.1998.

—. *El negro del <<Narcissus>>*. Barcelona: Editorial Barataria, 2006.

—. *El corazón de las tinieblas*. CreateSpace Independent Publishing Platform. 2016.

—. *Juventud*. Galland Books. 2009.

—. *Nostromo*. Literaria. 2007.

Deas, Malcolm. "Joseph Conrad: Nostromo y Colombia". *Revista Credencial Historia*. 1992. <<http://www.banrepcultural.org/biblioteca-virtual/credencial-historia/numero-35/joseph-conrad-nostromo-y-colombia>>

Dorfman, Ariel. *Imaginación y violencia en América*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1972.

Eliot, T.S. *The Cocktail Party*. London: Faber & Faber.1969.

Fernández Rodríguez y José Julio. *Lo público y lo privado en Internet. Intimidad y libertad de expresión en la red*. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 2004.

Friedman, Max Paul. *Nazis y buenos vecinos. La compañía de EE.UU contra los alemanes de América Latina durante la II Guerra Mundial*. Madrid: A. Machado Libros. 2008.

Fu, Xiaoping. "E.L.Doctorow: encontrar lo contrario en la historia duradera".

*Revista Literaria*. China. 22 Jul. 2015. <  
[http://blog.sina.com.cn/s/blog\\_60a487e10102wcy2.html](http://blog.sina.com.cn/s/blog_60a487e10102wcy2.html)>

Fuentes, Carlos. *La gran novela latinoamericana*. Madrid: Alfaguara. 2011.

—. *Nuevo tiempo mexicano*. Madrid: Aguilar, 1995.

- Galleno, Carlos Medina. “Mafía y Narcotráfico en Colombia: elementos para un estudio comparado”. *El prisma de las seguridades en América Latina. Escenarios regionales y locales*. Buenos Aires: Clasco. 2012.
- Gatiero, Ana. “Enseñar las emociones”. *Diario de León*, 31 Mar. 2016. <  
[https://www.diariodeleon.es/noticias/saludybienestar/ensenar-emociones\\_1057527.html](https://www.diariodeleon.es/noticias/saludybienestar/ensenar-emociones_1057527.html)>
- Garduño, Everardo. “La conquista de América. El problema del otro”. *Culturales*. Vol.6. 2010. <  
[scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1870-11912010000200008](http://scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-11912010000200008)>
- Gaviria, Alejandro. *Del romanticismo al realismo social y otros ensayos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2005.
- Genette, Gérard. *Figura III*. Barcelona: Lumen. 1989.
- Harbour, Berna Gonzáles. “John Banville: Los artistas somos caníbales”. *Babelia*. 2 Ene. 2016. <  
[elpais.com/cultura/2015/12/29/babelia/1451404673\\_347114.html](http://elpais.com/cultura/2015/12/29/babelia/1451404673_347114.html) >
- Hernández, Manuel Arteaga. *Historia política de Colombia*. Bogotá: Intermedio. 1968.
- Jacobs, Bárbara. *Las hojas muertas*. Madrid: Alfaguara, 1997.
- Kaldor, Mary. *Las nuevas guerras: violencia organizada en la era global*. Barcelona: Tusquets. 2001.
- Kundera, Milán. *La insoportable levedad del ser*. México: Tusquets, 1985.
- . *El libro de la risa y el olvido*. Barcelona: Seix Barral, 1993.
- Levi, Primo. *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Seix Barral. 2009.
- . *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph Editores. 2009.
- Lippmann, Walter. *La opinión pública*. Madrid: Langre. 2003.
- Llosa, Mario Vargas. *La verdad de las mentiras*. España: Seix Barral. 1990.
- Mantilla, Jesús Ruiz. “El yo más desvergonzado”. *El País*. 13 Sep. 2010. <  
[https://elpais.com/diario/2010/09/13/cultura/1284328805\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2010/09/13/cultura/1284328805_850215.html)>
- Marcos, Luis Rojas. *Eres tu memoria*. Barcelona: Espasa Libros. 2011.
- Márquez, Gabriel García. *El amor en los tiempos del cólera*. Debolsillo. 2014.



- . “Dos o tres cosas sobre “la novela de la violencia”. *Revista Arcadia*. Abri 2014. <<https://www.revistaarcadia.com/agenda/articulo/dos-tres-cosas-sobre-la-novela-de-la-violencia/36312>>
- Martínez, Fernando Guillén. *Raíz y futuro de la revolución*. Bogotá: Tercer Mundo.1963.
- Molano, Enrique Santos. *1903, Adiós Panamá*. Bogotá: Villegas Editores S.A. 2004.
- Molière. *Tartufo*. Pehuén Editores. 2001.
- Montiel, Gabriela. “Estrategia de olvido colectivo, amnesia desde lo individual hasta lo colectivo”. *Gabrielakame*. 17 Dic. 2011. <<http://gabrielakame.blogspot.com/2011/12/estrategias-de-olvido-colectivo-amnesia.html>>
- Naves, María del Carmen Bobes. “Algunos recursos narrativos de Mario Vargas Llosa”. *La literatura hispanoamericana mas allá de sus fronteras*. Coord. Ulpiano Lada Ferreras, Álvaro Arias Cabal. 2005:11-28.
- Nelson Lugo Torres; Soledad Niño Murcia; César Rozo Montejo; Leonardo Alberto Vega Umbasia; Instituto Colombiano de Antropología. *Territorio del miedo en Santa Fe De Bogotá. Imaginarios de los ciudadanos*. Santa Fe de Bogotá : Tercer Mundo Editores.1998.
- Niemöller, Martin. “Cuando los nazis vinieron por los comunistas”. *La política*. 10 Sep. 2017. <<http://www.la-politica.com/martin-niemoller-cuando-los-nazis-vinieron-por-los-comunistas/>>
- Oscar Mejía Quintana. “Estado y Cultura Mafiosa en Colombia”. *Ciencia Política*. Vol 5. N° 10. 2010: 22-42.
- Osorio, Oscar. “Anotaciones para un estudio de la novela de la violencia en Colombia”. *Violencia y marginalidad en la literatura hispanoamericana*. Cali: Universidad del Valle. 2005:93-106.
- Palanco López, N.M. “Historia del periodismo”. *Contribuciones a las Ciencias Sociales*. Nov 2009. <<http://www.eumed.net/rev/cccss/06/nmpl6.htm>>
- Pobutsky, Aldona Bialows. *La novela del narcotráfico en Colombia de Óscar Osorio*. Universidad del Valle. 2014.
- Poveda, Fernando Ayala. *Mabual de literatura colombiana*. Bogotá: Panamericana, 2002.

- Pozzi, Clarisa Anabel. "Un recorrido por "Casa tomada"". *La Izquierdadiario*. 29 Ene. 2015. < <http://www.laizquierdadiario.com/Un-recorrido-por-Casa-tomada>>
- Randall, Stephen J. *Aliados y Distantes: las relaciones entre Colombia y Estados Unidos desde la independencia hasta la guerra contra las drogas*. Bogotá : Terce Mundo Editores, 1992.
- Restrepo, Javier Darío. *El zumbido y el moscardón*. México: Fondo de Cultura Económico, 2004.
- Rodríguez-Bravo, Johann. "Tendencias de la narrativa actual en Colombia". *Cuadernos Hispanoamericanos*. N° 664. Oct 2005: 81-90.
- Rosen, Jeffrey. "The web means the end of forgetting". *The new York Times*. 21 Jul. 2010. < [https://www.realclearpolitics.com/2010/07/25/the\\_web\\_means\\_the\\_end\\_of\\_forgetting\\_238298.html](https://www.realclearpolitics.com/2010/07/25/the_web_means_the_end_of_forgetting_238298.html)>
- Said, Edward W. *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*. Barcelona: Debate. 2005.
- Samper, María Elvira. "cambiar el "chip". *Revista Cambio*. Sep 2008.
- Shakespeare. *Medida por medida*. Barcelona: Espasa libros. 2004.
- Stolle, Enrique Biermann. *Distantes y Distintos. Los inmigrantes alemanes en Colombia 1939-1945*. Guadalupe: Universidad Nacional de Colombia. 2001.
- Svevo, Italo. "Death". *Short Sentimental Journey and Others Stories*. Berkeley. 1967.
- Tafalla, Marta. "Violencia y memoria en Milan Kundera". *Enrahonar*. N°38/39. 2007: 89-100.
- Uribe, Erna von der Walde. "Lengua y poder: el proyecto de nación en colombia a finales del siglo XIX". *Estudios de Linguística del Español*. Vol16. 2002. < <http://elies.rediris.es/elies16/Erna.html>>
- W.Berquist., Charles. *Café y conflicto en Colombia 188-1910, la guerra de los Mil Dias: su antecedentes y consecuencias*. Trad. Moisés Melo. Medellín: Fondo Rotatorio de Publicaciones FAES. 1981.
- Woolf, Virginia. *The Common Reader*. The University of Adelaide Library, 2015.

Wordsworth, William. "The days gone by". *Predule*. New York: Oxford University Press. 1805.

Xu, Zhiyuan. "Leer a Václav Havel en Pekín". *Ohistory*. 30 Oct.2013. <  
<https://chinadigitaltimes.net/chinese/2014/01>>

Zambrano, María. "Kafka, un mártir de la lucidez". *Papeles del "seminario María Zambrano"*. 2012. <  
<https://www.raco.cat/index.php/Aurora/article/view/260737>>

—. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Aliana Editorial. 1993. Impreso.

Zamora, Lois Parkinson. *Narrar el apocalipsis: la visión histórica en la literatura estadounidense y latinoamericana contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica .1994.

### **Otros géneros:**

Biblia, Mateo 23: 3. Nuevo testamento. San Pablo.

Biblia, Mateo 23:25. Nuevo testamento. San Pablo.

La Torah, Levítico. <[www.bibliatodo.com/biblia/La-torah/levitico-19-18](http://www.bibliatodo.com/biblia/La-torah/levitico-19-18)>